GRIJPSTRA & DE GIER

Novelas cortas

(1979-1995)

Janwillem Van de Wetering

Traducción:

Julio Tamayo

cinelacion@yahoo.es

INTROITO

En el siglo XX, las novelas negras eran consideradas literatura de batalla, carne de saldo. En el XXI siguen considerándose seudo-literatura, ni los esforzados franceses han conseguido elevar su status, pero a precio gourmet. La colección Versal (Crimen & Cía.) podía adquirirse a precios ridículos en cualquier tienda, no solo librerías, de segunda mano, cosa que te permitía arriesgar, comprar y leer a ciegas. Así conocí a Wetering, y devoré todos los libros traducidos al español de la serie Grijpstra & De Gier, 8 de 14 (más estos cuentos), más los dedicados al zen, 3. Mucha repercusión no debieron tener porque jamás se han reeditado, ni completado la serie (en breve lo haré). Esta recopilación de todas sus historias cortas, la gran mayoría publicadas en revistas de misterio americanas, sobre todo en "Ellery Queen´s Mistery Magazine", jamás han sido recogidas en su integridad (solo de forma parcial en las recopilaciones "The Sergeant's Cat and Other Stories" y "The Amsterdam Cops: Collected Stories"), y nunca partiendo de su idioma original, el neerlandés ("Grijpstra amp De Gier – Compleet", incompleta porque no recoge las posteriores ni las inéditas, ésta sí, en total 3 más). Si la película de 1979 protagonizada por un imberbe Rutger Hauer, o la serie de 2004-2007, hubieran tenido éxito, hasta su trasvase al cómic de 1985 fue mediocre ("De avonturen van Grijpstra & De Gier", Theo Steeman, no se puede decir lo mismo de la otra incursión de Wetering en el mundillo de los tebeos, "Murder by Remote Control" (1986), la obra maestra del infravalorado Paul Kirchner), la cosa hubiera cambiado. Wetering no es un gran escritor, pero sus personajes y sus historias tienen algo diferente, un puntito filosófico, esotérico, costumbrista, que las hace muy reivindicables, disfrutables, como las negras de Colin Wilson.

Julio Tamayo

ÍNDICE

01 - Azul, y muerto también, sin duda (junio, 1983).....7

02 - El gato del sargento De Gier (agosto, 1983).....21

03 - La tarea no obligatoria.....41

04 - Seis veces esto - seis veces aquello (julio, 1985).....51

05 - Carta presente (febrero, 1986).....67

06 - Los asesinatos en el Callejón de la Beguina Loca (1979).....83

07 - El Conejo de Pascua y el cadáver (marzo, 1979).....97

08 - Pim-pam-pum (julio, 1982).....115

09 - Los comedores de mejillones (abril, 1985).....127

10 - Ahí va Ravelaar (enero, 1985).....147

11 - El narcisista.....163

12 - Un asunto doloroso.....177

13 - Una estudiante de derecho (1986).....195

14 - No injerencia (1989).....213

15 - Un domador de leones.....237

16 - Si hay que pasarse al Zen.....257

17 - La Isla de las Garzas.....269

18 - A la de tres.....279

19 - El ángel de la reina (1991).....297

«Azul, y muerto también, sin duda.»

Era de noche, pero aún no había oscurecido del todo. El sargento De Gier lo había notado y se lo había comunicado al suboficial Grijpstra. El sargento había llamado la atención del suboficial sobre el extraordinario color del cielo, que se extendía de un azul metálico sobre la capital, iluminándola por completo y no solo por las estrellas ya visibles aquí y allá.

—Así es —dijo Grijpstra.

—Azul —dijo De Gier—, y no cualquier azul. Un tono poco común, ¿no crees?

—¿Qué hacemos aquí otra vez? —preguntó Grijpstra.

De Gier se alisó el espeso bigote y se palpó la prominente nariz, de líneas marcadas, pero a la vez delicada. Habló con parsimonia:

—Estamos esperando a los traficantes de heroína, suboficial.

—¿Y cuándo llegarán?

—No lo sabemos.

—¿Y qué aspecto tienen?

—Tampoco lo sabemos.

El suboficial y el sargento, miembros experimentados de la Brigada de Homicidios de Ámsterdam, pero que en ese momento, al no haberse cometido ningún asesinato, colaboraban con el Departamento de Narcóticos, volvieron a guardar silencio. Permanecieron en silencio en un Volkswagen azul, aparcado en Brouwersplein, frente al Concertgebouw, mirando hacia Museumplein. No llevaban uniforme. Esperaron.

—¿A qué esperamos?

—Ya —dijo De Gier—. ¡Que se vayan al diablo! El soplo viene de la Volgerij [la Secreta] y, por lo tanto, es secreto y mínimo. Un policía, un hombre apuesto como yo, alguien que sabe comportarse con discreción y que también es capaz de hacerlo en círculos más altos, ha oído en un burdel, probablemente en el baño, o tal vez incluso aprovechándose del dinero del Estado, que se entregará heroína esta noche. Es decir, aquí.

—¿Y? —preguntó Grijpstra.

—Bueno —dijo De Gier.

Grijpstra esparció ceniza de cigarro sobre su traje de raya diplomática y se arregló la barba incipiente y canosa, que permanecía erizada.

—¿Quieres que te cuente algo? Estamos aquí sentados, como tontos.

—No sería la primera vez —dijo De Gier—. Pero el cielo es precioso, míralo antes de que se ponga completamente negro; entonces ya no tiene gracia.

Grijpstra maldijo, con calma, pues no tenía prisa.

—Es una pena que la Volgerij nunca dé descripciones —dijo De Gier—, porque ahora yo tampoco sé qué hacemos aquí. ¿Acaso un señor vendrá a entregarle un paquete a otro señor?

—¡Qué asco! —dijo Grijpstra.

—Qué mujer tan guapa —dijo De Gier.

—¿Dónde?

—Allí. Con ese abrigo veraniego azul, la bufanda azul al cuello y los zapatos azules. Está llorando, qué lástima, aunque a veces las mujeres que lloran son atractivas.

—Solo llora un poco —dijo Grijpstra—, y eso está permitido. No podemos interferir.

—Quizás sea una prostituta.

—Para nada —dijo Grijpstra—. Y, por cierto, la prostitución también está permitida.

—Aquí no. Está justo al lado del Concertgebouw, y dentro se sirve alcohol. Prostituirse cerca de los cafés está prohibido.

—Deja a esa mujer en paz —dijo Grijpstra.

—Mira —dijo De Gier—. Una carretilla. Con trapos encima. Y sin luz. Eso no está permitido.

—Ya está dejando la carretilla. Cuando aparca, no necesita luz. Por cierto, lo conozco. Es Pietje el Azul, el último trapero del pueblo. Bebe alcohol metílico.

De Gier se ajustó la bufanda de seda bajo la chaqueta vaquera.

—Cuéntame algo sobre Pietje el Azul, yo también estoy aquí sentado y el tiempo se me pasa volando.

—Hace años —dijo Grijpstra—. Cuando todavía existía la estación de Leidseplein. Yo estaba allí por casualidad y entró Pietje el Azul con su mujer, una gorda, igual que la mía. Quizás incluso más gorda, si eso fuera posible. Esa mujer vino a presentar una denuncia y Pietje el Azul la acompañó, por diversión, y también porque estaba involucrado.

—¿Sí?, preguntó De Gier.

—Si sigues interrumpiéndome, pararé.

—No te preocupes. Hay un señor que se acerca con un paquete. ¿Contiene heroína? ¿No? ¿No contiene heroína? No, es un regalo para su mujer, con un lazo. Es el cumpleaños de su mujer. Continúe, suboficial.

—Se llamaba Mien, la esposa de Pietje el Azul, y sufría de una enfermedad venérea.

—¿Era esa la queja?

—Parte de la queja. Se la había contagiado su vecino y ahora Pietje el Azul también la tenía.

—Me pregunto qué hay en ese paquete. Tienes que ver esto. Un caballero respetable molestando a nuestra señora. Solo porque la señora está llorando. Y encima es el cumpleaños de su propia esposa. ¡Vamos, hombre, apártate!

—¿Todavía tiene el paquete? —preguntó Grijpstra.

—Sí.

—¿No lo cambió por otro que la señora llevaba consigo?

—No, los vi claramente desde aquí.

—No veo nada desde aquí —dijo Grijpstra.

—Bien, la queja de Mien era que había contraído una enfermedad venérea de su vecino. Incluso podía probarlo.

—Si se pone demasiado escabroso, prefiero no oírlo.

—Nada escabroso, llevaba pastillas consigo, en un frasco pequeño. Lo dejó sobre el mostrador de la estación de Leidseplein. Como prueba de su enfermedad, ¿entiendes?

—Pero la queja no me queda clara.

—Porque eres demasiado joven —dijo Grijpstra—. Ya no conoces las leyes antiguas. Los entrometidos como tú solo se quedan en la superficie de lo que siempre se cuece a nuestro alrededor, pero si no conoces el trasfondo, no llegarás a ninguna parte.

—¿Cuándo se prohibió, entonces, la propagación de enfermedades venéreas?

—Durante la guerra. Una pequeña ley alemana, para proteger a Heinz y Karl, que estaban cumpliendo con su deber de ocupación aquí y deseaban regresar a la patria con la nariz limpia.

—¿Y Pietje el Azul?

—A él no le importaba mucho. Bebe alcohol metílico y eso desinfecta; solo había venido para complacer a su esposa porque tenía una queja contra el vecino.

—Sí que te marcó —dijo De Gier—. ¡Qué buena memoria tienes, suboficial!

—Lo habría olvidado si no hubiera estado a punto de atropellar a ese mismo Pietje Azul más tarde esa misma noche, en un callejón oscuro por donde empujaba su carretilla sin luz.

—¿Le pusiste una multa?

—Para nada —dijo Grijpstra—. Solo le di ánimos. Un bebedor con estreptococos no se gana una multa de mi parte. Y sí que llevaba luces. Sacó una vela del bolsillo y me la encendió. La había guardado un momento porque hacía mucho viento en ese callejón.

—Esa señora no para de sollozar, —dijo De Gier—, y se queda ahí parada. ¿Qué le puede estar pasando a esa pobre mujer?

—¿El 14/6?, preguntó la radio bajo el salpicadero del Volkswagen azul.

Grijpstra soltó el micrófono.

—Diga, aquí está el 14/6.

—Eso no está bien —dijo la radio—. Los detectives también deben respetar las normas generales. Primero debes confirmar tu número, y solo entonces podrás preguntarme si quiero contarte lo que tengo que contarte.

—Sí, perra —dijo Grijpstra.

—¿Perra? —preguntó la radio.

De Gier le arrebató el micrófono a Grijpstra.

—Aquí el 14/6, Sientje. Sargento De Gier. ¿En qué puedo ayudarle?

—Cariño, dijo la radio. Vaya al cuartel general en Elandsgracht. Allí, un hombre está acosando a los oficiales en la portería.

—Vamos para allá —dijo De Gier.

El Volkswagen salió disparado de la acera.

—¿Y la heroína? —preguntó Grijpstra.

—Nos está esperando —dijo De Gier—. Sientje está en el cuartel general, y quién sabe, ese hombre podría hacerle algo también. Vamos allá.

Grijpstra se aferró al salpicadero.

—Por favor, este es un coche sin distintivos. Nadie lo sabe... ¡Dios mío!

—¿Por qué no se le permite a ese señor circular en bicicleta por la acera un momento?

—Un momento.

—Nada de un momento. Ayudar a los compañeros es lo primero.

—No te saltes el semáforo en rojo.

—Sí, me lo salto.

—¡El tranvía!

—La policía tiene preferencia —dijo De Gier—. Además, quiero ir por las vías del tranvía, será más rápido. Ya estamos aquí.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Grijpstra.

—Bueno —dijo el agente de la estación principal—, mire, aquí solo vigilamos la portería y ese señor está borracho. Si lo arrestamos, no quedará nadie para vigilar la puerta.

—Pero son dos, ¿no? —preguntó De Gier—. Si lo arrestan, su compañero vigilará la puerta un momento.

—Pero no quiere ser arrestado —susurró el agente.

—El uso de la fuerza —susurró De Gier— está permitido por la ley en ciertas circunstancias; seguro que lo aprendieron en el curso.

—Es demasiado grande para mí —susurró el agente.

El señor medía dos metros de altura y era de hombros anchos. Vestía un traje elegante, se balanceaba de un lado a otro, agarrándose con una mano al marco de la puerta del palco, y sonreía.

—¿Usted también es policía? —preguntó el caballero.

—Sargento De Gier, para atenderle.

—Puede atenderme —dijo el señor—, porque si no, le haré pedazos. Maté a una persona inocente esta noche y ahora quiero que me arresten. Tengo que ir a la cárcel.

Grijpstra entró en la oficina. El oficial sentado detrás de la mesa levantó la vista.

—Dígame —dijo Grijpstra.

—Ese señor no mató a ninguna persona inocente, suboficial; ese señor solo está borracho. Afirma que atropelló a alguien en Brouwersplein, pero eso es una tontería, por supuesto.

—¿Cuándo?

—Llevamos una hora hablando con él y no logramos averiguar qué pasó. Apenas puedo ir a ver, porque entonces la comisaría principal ya no estaría vigilada.

El suboficial respiró hondo.

—Compañero. En la unidad de detectives aprendimos a contar —dijo Grijpstra—. Si no me equivoco, son dos. —Señaló al agente—. Uno. —Señaló al agente que hablaba con el señor y De Gier—. Dos.

—No sé cómo funcionan las cosas en la unidad de detectives, suboficial —dijo el agente—, pero en el servicio uniformado trabajamos en parejas. Mi compañero y yo somos una pareja, y eso no se puede separar.

—Basta ya —dijo Grijpstra—. Voy a arrestar a ese caballero y lo llevaré a la celda. ¡Señor!

—¿Sí? —preguntó el señor.

—Está usted arrestado. Está allanando la propiedad. ¿Podría acompañarme a su celda?

El señor hipó.

—Venga conmigo —dijo Grijpstra.

El sospechoso apretó el puño. Miró el puño.

—¡Ven conmigo!

El sospechoso atacó. Grijpstra cayó al suelo. De Gier se abalanzó hacia adelante. El brazo del sospechoso se elevó y se torció hacia abajo, quedando sobre su espalda. Su otro brazo también se torció. Las esposas de De Gier hicieron clic.

—Vigilen al sospechoso un momento, ¿de acuerdo? —dijo De Gier a los agentes.

Se agachó junto a Grijpstra.

—¿Estás bien?

Grijpstra cerró los ojos.

—Una ambulancia —dijo De Gier.

El agente en la cabina llamó.

El sospechoso dio una patada. De Gier, aún agachado, se inclinó hacia un lado y le dio un golpecito en la pierna. El sospechoso cayó de espaldas, gimiendo.

—¿Lo llevan a la celda? —preguntó De Gier—. ¿O lo llevo yo? Prefiero quedarme con el suboficial.

Los agentes se llevaron al sospechoso.

Afuera, sonó una sirena. De Gier abrió la puerta.

—Buenas noches —dijo el paramédico—. ¿Otro sospechoso golpeado?

—Un compañero —dijo De Gier—. Tengan cuidado con él porque es mi amigo.

—Siempre tenemos cuidado. ¿Compañero? ¡Manos a la obra!

Grijpstra abrió los ojos.

—Colabora un momento —dijo la primera enfermera—. Pesas bastante, ¿sabes?

—No peso —dijo Grijpstra—, y no estoy colaborando. Me ausenté un momento, pero ya estoy de vuelta. ¿Dónde está el sospechoso, De Gier?

—En su celda, y tú vas al médico.

—No.

—Llévenselo, enfermeras. Las enfermeras volvieron a bajar la camilla.

—No si el paciente se niega.

Gier puso el puño bajo la nariz de la enfermera.

—Llévenselo. —Puso el puño bajo la nariz de Grijpstra—. Y déjate llevar. Te han golpeado la cabeza contra el suelo y quiero saber si tienes una fractura de cráneo. Puedes volver si no es así.

—¿Quién de los dos tiene el rango más alto? —preguntó la enfermera.

—Soy el de menor rango —dijo De Gier—, pero también el más fuerte. Tengo el cinturón negro de judo.

—Recógelo de aquí y lárgate —dijo el oficial—. ¿Compañero?

—Entonces yo también me voy —dijo De Gier a los oficiales—. Que tengan un buen resto de turno.

El coche azul estaba de vuelta en Brouwersplein, frente al Concertgebouw, en dirección a Museumplein. De Gier iba al volante. Tomó el micrófono.

—El 14/6.

—¿Cariño? —preguntó la operadora de la central.

—Ya estoy de servicio —dijo De Gier—. Y tengo una pregunta.

—¿Qué pasa?

—¿Puedes traer a uno de los oficiales de la logia a tu habitación para que hable conmigo?

—¿Sargento? —preguntó el oficial un momento después.

—Escuche —dijo De Gier—. La situación fue bastante confusa hace un momento. ¿Qué le pasaba exactamente a ese señor?

—El sospechoso está borracho —dijo el agente.

—Ya lo sé, pero ¿qué más le pasaba?

—Dijo que atropelló a alguien en Brouwersplein.

—Detalles.

El agente soltó una risita.

—Supuestamente era un policía.

—¿Al que atropelló?

—Sí, sargento, un policía, eso es lo que dijo el sospechoso.

—Eso es todo.

De Gier volvió a colocar el micrófono bajo el salpicadero. Ahí, pensó De Gier, esa señora de azul sigue ahí, y sigue sollozando. Con el pañuelo en la mano. Voy a echar un vistazo. Salió del coche y se acercó a la señora.

—Buenas noches.

—Por favor, váyase —dijo la señora.

—Solo quería preguntarle algo. Soy de...

Un coche patrulla se detuvo junto a De Gier. Dos agentes bajaron. Habían dejado sus gorras en el coche y mantenían las manos en los bolsillos.

—¿Qué está pasando aquí?

—Ese señor me está molestando —dijo la señora.

Los agentes se dirigieron a De Gier.

—Llevamos un rato vigilándote. Estabas ahí sentado, mirando desde tu coche, y ahora estás molestando a esta señora. Lárgate de aquí, hombrecito, y alégrate de que te vayas tan fácilmente.

De Gier mostró su placa de policía.

Los agentes lo apartaron amablemente de la acera y luego caminaron junto a él.

—Escucha —dijo el agente de mayor rango—. Ni siquiera los policías pueden molestar a las chicas que lloran. Es tentador, lo admito, porque cuando lloran son vulnerables y entonces las tienes justo donde quieres, pero en realidad no está permitido, ¿no crees?

De Gier le mostró su reloj al agente.

—¿Ves cómo pasan los segundos?

—¿Sí? —preguntó el oficial—.

—Cinco segundos más y se va. Necesito hablar con esa señora.

—Piérdase. ¿De acuerdo?

—No sé si reconoció al sargento, amigo —dijo el oficial más joven—, pero Rinus de Gier acaba de ganar el campeonato de judo. Buenas noches, sargento.

De Gier regresó junto a la señora. Le mostró su tarjeta.

—Señorita —dijo De Gier—. Está llorando. ¿La atropelló un coche, por casualidad?

La señora sollozó.

—Dígalo ahora —dijo De Gier—. Llorar tanto no le hace bien; le pone los ojos saltones. La atropelló un coche y está muy conmocionada. ¿Sí?

—No —dijo la señora—. Y no tengo los ojos saltones.

—¿Quiere un cigarrillo?

—Nunca fumo en la calle.

—Entonces, siéntese un momento en mi coche.

La señora dio una calada a su cigarrillo.

—¿Y bien? —preguntó De Gier.

—Te lo diré —dijo la maestra—, tengo una aventura con el señor Doeskate y él iba a casarse conmigo.

—¡Vaya! —exclamó De Gier.

—Llevo un año con esta aventura y él iba a divorciarse.

—¿Ah, sí?

La maestra se sonó la nariz.

—Pero no lo hizo. Y esta noche fui a su casa.

—¿Ah, sí?

—Y la señora Doeskate abrió la puerta. Quería saber qué quería. Y le dije: «Soy la novia de su marido», y entonces me dejó entrar. Luego fue a buscar a su marido, mi novio, y le dije: «¿Y qué pasa? ¿Se van a divorciar o se quedan aquí?». Y entonces él fue a la cocina, cogió una jarra de ginebra y se la llevó a la boca.

—¡Vaya! —exclamó De Gier.

—Y siguió bebiendo. Luego tiró la jarra y salió corriendo. Entonces su esposa dijo: «Mira lo que has hecho». Y entonces corrí tras él, pero ya se estaba marchando en su coche.

—Bueno —dijo De Gier.

—Apenas sabía conducir, pero acabó aquí de todas formas, y yo le seguí en mi coche. Le vi aparcar. Mira, ahí está su coche.

—¿Ese Mercedes?

—Sí, ese Fiat que está detrás es mío.

—Vaya, vaya —dijo De Gier.

La señora sollozó.

—Estaba aparcando, si no, no le habría visto. No tenía ni idea de adónde había ido. Simplemente estaba dando vueltas en coche. Pero estaba aparcando, muy tontamente, porque estaba muy borracho.

—¿Es tu amigo un hombre grande?

—Dos metros y dos centímetros de ancho.

—Ay.

—Así de ancho, dijo la señora. Lo siento, no quería darte un puñetazo en la cara, pero así de ancho es.

De Gier se frotó el ojo.

—Y entonces —dijo la señora—, le vi caminando hacia la estación principal, pero no me atreví a hablarle porque estaba muy borracho. Necesitaba toda la acera, pero entró de todos modos, y ahora estoy esperando a que salga.

—No va a salir pronto porque atropelló a un compañero mío. ¿No te atropelló a ti?

—No —dijo la señora.

—Entonces, mejor vete a casa.

La señora salió y De Gier quitó el micrófono.

—¿Estación principal? 14/6.

—¿Cariño?

—¿Puedo hablar con ese agente un momento?

—¿Sargento? —preguntó el agente.

—Vaya con el sospechoso y pregúntele sobre el accidente. Dígame exactamente qué respondió.

Heroína, pensó De Gier, para eso estoy aquí, pero primero necesito saber cómo es posible. De todas formas, lo de la heroína es una tontería, porque el Concertgebouw está a punto de cerrar y si se entrega un paquete entre la multitud, no lo veré. Por cierto, no me interesan los narcóticos, sino el asesinato.

—¿El 14/6?

—El 14/6.

—Sargento —dijo el agente—. Azul, y muerto también, sin duda.

—¿Qué?

—Eso es lo que dijo el sospechoso —dijo el agente.

—¿Y qué más dijo?

—No dijo nada más.

De Gier apartó el micrófono. Si hay algo, pensó el sargento, que odio, es una situación simple que no puedo comprender. Azul. ¿Qué azul? ¿Azul qué? Esa señora iba de azul, pero no era ella.

El coche de De Gier estaba aparcado delante de la carretilla de trapos. Miró por el retrovisor. Los trapos se movieron. De Gier salió.

—¿Duermes aquí? —preguntó De Gier.

—Más o menos, ¿eh? —dijo Pietje el Azul—. Esa carretilla pesa mucho y Mien está viendo la tele esta noche; a mí no me gusta la tele. Prefiero descansar. ¿Quieres un trago?

—¿Espiritoso? —preguntó De Gier.

—Ginebra añeja Bokma —dijo Pietje el Azul—. Con todas estas comodidades, no voy a empezar con alcohol metílico. Recojo los trapos por afición, así que no tengo que beber todo el día. Es una pena, porque el alcohol metílico tiene un sabor tan picante, ¿verdad?

—Pero sigues azul —dijo De Gier.

—Sí, eso no se quita. ¿De verdad no quieres un trago?

De Gier apartó la botella.

—Dime, Pietje, ¿te atropelló un coche esta noche?

—No.

—¿En serio?

—¡Sí! —gritó Pietje—. ¿Crees que estoy mintiendo? Ya no tengo que hacerlo con todas estas comodidades.

—Pietje —dijo De Gier. Tranquilo, es una noche preciosa. Un coche de policía fue atropellado aquí esta noche, y tú eres el que lleva las luces azules.

—Si me hubieran atropellado —dijo Pietje—, habría dicho algo. Puede que sea un trapero, pero no voy a dejar que me pasen por encima, ni siquiera un Mercedes.

—Ajá —dijo De Gier—, así que era un Mercedes, ¿verdad?

—Pero no me golpeó a mí —dijo Pietje—, sino a ese bolardo de la isleta. Me da igual. Están en medio.

—Yo también suelo chocar contra él, aunque no tenga un Mercedes.

De Gier volvió a su coche. Pensó: ¿Cómo es posible que ese pequeño poste siga en pie si lo han derribado?

Salió del coche y se acercó al poste. Una pequeña luz azul brillaba en su interior.

Si lo hubieran derribado y luego lo hubieran vuelto a colocar en posición vertical, esa luz ya no estaría encendida, pensó De Gier.

Había una abolladura en el bolardo. El sargento se acercó y examinó el parachoques del Mercedes. El parachoques también estaba abollado. El sargento volvió a subir. Suspiró satisfecho. Si hay algo que me encanta, pensó el sargento, es la claridad en una situación. El sospechoso chocó contra el bolardo porque estaba borracho. Estaba tan borracho que necesitaba toda la acera para llegar a la comisaría principal. La diferencia entre horizontal y vertical debía de ser confusa para él. La diferencia entre un bolardo con una luz azul y un ser humano también era confusa para él. Creía haber provocado un accidente grave y quería pagar las consecuencias, en parte porque había engañado a esa agente de policía y a su esposa. Fue a la comisaría, pero los agentes no quisieron arrestarlo como es debido. Grijpstra estaba dispuesto a hacerlo, pero el sospechoso volvió a pensar que tal vez no pagaría lo suficiente si solo lo condenaban por conducir ebrio y posiblemente por homicidio involuntario; así que lo derribó. Así fue como sucedió.

Tomó el micrófono.

—El 14/6.

—¿Cariño?

—Hola Sientje —dijo De Gier. No me llames cariño porque otros coches patrulla están escuchando.

—No, cariño.

—¿Alguna noticia de Grijpstra?

—Un golpe en la barbilla, nada más. Va para allá.

Grijpstra golpeó la ventanilla. De Gier le abrió la puerta.

—Estaba bien —dijo Grijpstra. Armé un escándalo por tu culpa; no lo olvidaré pronto.

—Lo siento —dijo De Gier—. No volveré a hacerlo. Si vuelves a estar inconsciente en el suelo, te pisaré la cabeza sin querer y seguiré pisoteándote un rato más.

—Gracias —dijo Grijpstra—. ¿Qué tal la heroína?

—¿Qué heroína?

—La heroína —dijo Grijpstra— que se suponía que debían entregar en Brouwersplein esta noche. Un cargamento grande.

—¿Ah, esa heroína?

—Esa heroína —dijo Grijpstra.

De Gier maldijo.

—¿Por qué maldices?

—Porque hay algo que no entiendo.

—¿Y qué es lo que no entiendes, muchacho?

De Gier señaló.

—Ves lo mismo que yo. Hay un vehículo de la GEB [compañía eléctrica] aparcado junto a la isleta y el conductor, con uniforme azul, abre el poste donde está encendida una luz azul.

—Lo veo —dijo Grijpstra—, y lo entiendo. Es un control.

—¿Ah, sí? ¿A medianoche? ¿Un control de qué?

—De la luz azul encendida. Esa luz advierte al tráfico de que no debe subir esa colina a toda velocidad, y si se apaga, se produce una situación peligrosa. Ese señor de la GEB está cumpliendo con su deber.

—La luz está encendida —dijo De Gier—. Lo veo, y tú también. Ese hombre de la cerradura también lo ve. Pero aun así, abre el poste con su llave especial.

—¿Cómo voy a saberlo? —preguntó Grijpstra—. Cambia los fusibles. Limpia los cables. Prueba el enchufe. ¿Qué sé yo del hombre de la cerradura?

—Él no hace eso —dijo De Gier—, saca cajas envueltas en celofán de ese poste. Tú a la derecha, yo a la izquierda. Armas en mano.

El hombre de la cerradura también tenía un arma en la mano. Disparó. De Gier cayó al suelo cuando sonó el disparo y pateó la pierna del sospechoso con ambos pies. Grijpstra lo atrapó. Las esposas de De Gier se cerraron con un clic.

—¿Te golpeó? —preguntó De Gier.

—No —dijo Grijpstra—, pero yo le pegué. Creo que esas esposas ya no son necesarias.

—Adelante —dijo el comisario—. El comisario jefe lo está esperando. Buen trabajo, lástima que el sospechoso no haya sobrevivido al arresto.

—Suboficial —dijo el comisario jefe—, sargento. Mis felicitaciones, también en nombre del jefe de Narcóticos. El sospechoso ya está detenido. Se identificó al sospechoso y se encontraron pruebas en su domicilio que conducirán a nuevas detenciones. Según su informe, el sospechoso le disparó, por lo que usted no disparó un tiro de advertencia, sino que respondió con un disparo certero.

—Sí —dijo Grijpstra.

—Lo que no entiendo —dijo el comisario jefe—, es que el color azul aparezca tan a menudo en su informe.

—Azul —dijo Grijpstra—, y muerto también. Sin duda.

—¿Perdón?

—Se lo explicaré, señor —dijo De Gier—. Verá, fue así. Era de noche, pero aún no estaba completamente oscuro. El peculiar color del cielo, que se extendía de un azul metálico sobre la capital, iluminándose en su totalidad y no solo las estrellas ya visibles aquí y allá, me llamó la atención.

—¿Ah, sí?

El comisario condujo a De Gier hasta la puerta. Empujó al sargento hacia el pasillo e hizo un gesto a Grijpstra para que se acercara.

—¿Qué fue eso? —preguntó el comisario jefe.

—Ha pasado demasiado tiempo desde que estuvo de servicio en la calle —dijo el comisario.

—Tras una muerte violenta, los compañeros a veces se estresan demasiado.

—Sí —dijo el comisario jefe—. Es cierto. Lo había olvidado.

El gato del sargento De Gier

—Un tiro a ciegas —dijo el sargento De Gier mientras se ponía la chaqueta—. Eso siempre viene bien.

Se detuvo frente al espejo junto a la puerta y se ajustó la bufanda de seda.

El suboficial Grijpstra apartó al sargento. Grijpstra levantó el brazo izquierdo e intentó alisar el pliegue bajo la axila. De Gier también levantó el brazo.

—La mía está aún más hinchada. La pistola es demasiado grande.

Grijpstra sonrió en el ascensor. Había sido una tarde tranquila, con café en la cantina y charlas amistosas con los compañeros. De Gier refunfuñó satisfecho a su lado, todavía quejándose de la pistola desproporcionada. Grijpstra asintió, dando explicaciones. La pistola policial moderna es la Walther P-5, y aunque no pesa mucho y dispara bien, con mucha precisión, incluso hasta doscientos metros —según Grijpstra—, el arma no es adecuada para los detectives, porque es demasiado larga.

—Y demasiado ancha —dijo De Gier—. Bien por los uniformados, porque se les permite exhibir el arma, pero con nosotros debe permanecer oculta.

La puerta del ascensor se abrió, dejando ver un pasillo estrecho y pulido por el que oficiales impecablemente vestidos caminaban rígidamente de un lado a otro. Los uniformes azul brillante contrastaban solemnemente con las paredes gris claro del pasillo. Una oficial de piernas largas pasó balanceándose ligeramente con un busto generoso pero firme; tenía el cabello largo y rubio, abundante bajo el sombrero redondo. Grijpstra la miró con aprobación. Estaba pintando en casa, en su tiempo libre. El lienzo ya estaba esbozado con trazos amplios y ahora necesitaba color. La oficial tenía los labios color lila. Grijpstra eligió ese color para una flor que había imaginado en primer plano.

La oficial hizo un gesto con la cabeza a Grijpstra y saludó a De Gier.

—Hola, Rinus.

—Hola, Sjaan —dijo el sargento.

—¿Sjaan? —preguntó Grijpstra en el patio—. ¿Por qué no se llama Jeanne? ¿O Janet? ¿Adónde vamos exactamente?

De Gier subió al coche y levantó el pestillo de la puerta trasera.

Esperó a que Grijpstra se acomodara dentro.

—Se llama Sjaan —repitió el nombre, saboreándolo—. Excelente holandés, y además una excelente mujer. Vamos a Buitenveldert.

El coche se detuvo en el primer semáforo. Grijpstra tiró del envoltorio de celofán de un cigarro. Miró al sargento con curiosidad.

De Gier aceleró, siguiendo a los ciclistas que también habían esperado demasiado y se habían saltado el semáforo en rojo.

—Un tiro a ciegas en Buitenveldert, en Ouborg, una villa, un barrio elegante.

—¿Y Sjaan?

De Gier tuvo que tener cuidado porque subió a la acera para evitar el tráfico congestionado. Además, iba con exceso de velocidad. Había más espacio en la Museumplein.

—¿Sjaan? Es una mujer estupenda —dijo Grijpstra con paciencia.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has intentado?

—Todavía no.

El semáforo del Concertgebouw también estaba en rojo, pero De Gier siguió las vías del tranvía.

—Creo que es estupenda, pero quizás no quiera demostrarlo.

Miró a Grijpstra triunfante.

—Un disparo en la noche.

Se encorvó un poco para poder mirar hacia arriba, a través de las ramas de los árboles de la calle Beethovenstraat.

—Es una noche preciosa, pero interrumpida por un disparo. Eso es lo que dijo esa señora por teléfono. Vive al lado, también en una villa cara. Después del disparo, se marchó un coche, un coche caro, plateado. No sabe la matrícula. Y también se oyeron gritos.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Grijpstra—. Echa un vistazo.

De Gier miró por el retrovisor. Un coche patrulla había salido del pequeño aparcamiento junto a la comisaría de Van Leyenburglaan y los seguía con las luces intermitentes y la sirena a todo volumen.

—No te preocupes —dijo Grijpstra, dando una calada a su puro.

Miró el velocímetro.

—Cien.

Escuchó el chirrido de los neumáticos. Él asintió.

—Asientes —dijo De Gier—. Antes siempre me regañabas cuando conducía demasiado rápido. Has cambiado.

—La gente cambia —gritó Grijpstra.

Tuvo que gritar porque el coche patrulla ahora circulaba a su lado.

—Ah —dijo De Gier y frenó.

—¿Por qué no condujiste más rápido? —preguntó Grijpstra.

El coche patrulla se detuvo frente a ellos y los agentes salieron del vehículo.

—Porque ellos tienen un coche nuevo y nosotros uno viejo —dijo De Gier—. Los coches viejos no van tan rápido. Además, me cerraron el paso.

—¡Jo, jo, jo! —gritó uno de los agentes—. Iba con exceso de velocidad, señor. Y no se detuvo inmediatamente. ¿Está ciego? ¿Está sordo?

De Gier mostró su placa de policía. Grijpstra sacó el micrófono de debajo del salpicadero y lo levantó como prueba.

—¿Detectives, eh? —preguntó el agente de la izquierda. —¿Podemos ir con ustedes? —preguntó el agente de la derecha. —¿Algo divertido? —preguntó el agente de la izquierda.

—Pueden venir conmigo —dijo De Gier—, si no hacen tanto ruido. Está muy cerca. Ouborg. ¿Dónde está Ouborg exactamente?

El coche patrulla avanzó delante de ellos. La dirección indicada era una callejuela, con casas a ambos lados, tras la cual un pintoresco molino de viento surcaba el cielo nocturno con sus aspas. Había una señora en la calle, saludando con la mano.

—¿Por qué tardaron tanto? —preguntó la señora.

Un momento después, De Gier golpeó con fuerza la ventana con su pistola.

—No tiene permiso para entrar —dijo un agente.

—Tranquilo —dijo Grijpstra.

—Vete al infierno —dijo De Gier—. Miré por la ventana trasera. Hay una señora tumbada en una cama. Está desnuda y sangrando.

Un agente se acercó con una piedra.

—Esas pistolas son demasiado ligeras; son grandes, pero la mitad es de plástico. ¿Me puede dar un momento?

Funcionó de inmediato.

—Sjaan —dijo Grijpstra dos minutos después.

—¿Perdón? —preguntó De Gier.

—Se parece a Sjaan —dijo Grijpstra—, eso es todo lo que quiero decir. Está muerta. Siéntese, sargento, no puede con esto. ¿Se suicidó? Tiene una pistolita en la mano. Un disparo en la sien. ¿Pero por qué no lleva nada puesto?

—Tengo que hacer una llamada —preguntó un agente—. ¿Puedo? Tengo el número.

—¡Qué lugar tan lujoso! —dijo el otro oficial—. Todo es de cuero y terciopelo. Ese cuadro es de Karel Appel. Y esas Obras Completas son de Vestdijk, mi hermano también las tiene, cincuenta volúmenes, cincuenta florines cada uno, haga las cuentas.

—Una casa que vale un millón —dijo Grijpstra—. ¿Verdad, sargento?

De Gier estaba de pie en el umbral, hacía una silueta preciosa recortada contra el oscuro cielo despejado, flanqueado por pequeños álamos. (De Gier es alto, delgado, estrecho de cintura y ancho de hombros. Lleva bigote, al estilo de los jinetes de caballería de hace cien años. Sus ojos son grandes, marrones y expresivos. Sus pómulos son marcados. Tiene el pelo castaño, espeso y rizado). Se quedó allí, erguido, en aquel umbral, pero luego se desplomó hacia un lado.

—Te has puesto pálido—dijo Grijpstra—. No mires el cadáver. Era una mujer hermosa, pero ahora está sangrando y tiene un aspecto aterrador. ¿Has descubierto algo?

—Sí —dijo De Gier—, hay un coche calcinado en el garaje, de una marca cara. Un Camaro, creo, o un Corvette, algo así, largo y escurridizo, parece un pez depredador. Chevrolet fabrica esos coches, para los ricos.

—¿Qué sabemos ahora? —preguntó Grijpstra seis horas después, de vuelta en el coche, de camino de regreso a la sede en Elandsgracht, a través de una ciudad silenciosa, salvo por el canto de los pájaros y el chirrido de los patines de un repartidor de periódicos.

—Que esa señora está muerta —dijo De Gier—, y que el médico no está satisfecho, ni tampoco los analistas de huellas dactilares. —Levantó un dedo—. El médico sospecha que la señora muerta contenía narcóticos. —Levantó otro dedo—. Los expertos en huellas dactilares examinaron su mano. Ella no había disparado. Si hubiera disparado, la pasta que le frotaron en la mano se habría decolorado por los vapores de la pólvora mezclados con el aceite del arma. Por la grasa. Los vapores de la pólvora y el aceite forman un tipo de grasa que tiñe la pasta. Pero la pasta no se tiñó bien.

—Tecnología —dijo Grijpstra con desdén. (Grijpstra es un hombre mayor, con un traje azul de raya diplomática, camisa blanca y corbata de lunares. Tiene una cabeza grande y un cabello rizado de color blanco grisáceo. Solo puede mirar de dos maneras: con amabilidad o con desdén.)

—Suboficial —dijo De Gier—, la tecnología existe y tiene sentido. Si el cadáver no disparó, alguien más disparó. El asesino disparó y luego tomó la mano de la señora y le sujetó la pistola.

—¿Por qué se había quitado la ropa? —preguntó Grijpstra—. ¿Estaba haciendo el amor con el asesino? El médico no lo veía con claridad.

—¿Semen en el condón? —preguntó De Gier.

—Se llevó el condón a casa. En su coche plateado, el mismo que la vecina vio marcharse poco después del disparo.

—Pero —dijo De Gier—, el amante del cadáver, el cuerpo sin vida de la señorita Cora Fischer, un cuerpo hermoso, y además desnuda, no conduce un coche plateado, dijo la vecina.

—No —dijo Grijpstra—. Conduzca, no quiero ir al cuartel general.

—¿Adónde quiere que lo llevemos, suboficial?

—Al Kloveniersburgwal —dijo Grijpstra—, al hotel donde sirven copas toda la noche. Quiero beber ginebra y cerveza. Quiero fumar puros. Si nos emborrachamos, dejaremos el coche.

—Aquí tiene —dijo De Gier cinco minutos después—, aquí está su cerveza, aquí su ginebra y aquí mi café.

—¿Tiene coñac? —preguntó Grijpstra—. ¡Qué pub tan pintoresco! Deberías ver esas vigas del techo, a ese dueño tan desagradable y a ese grupo de alcohólicos. ¡Qué ciudad tan encantadora es Ámsterdam!

—Hay coñac en mi café —dijo De Gier—. ¡Salud, suboficial! Cora Fischer. Ha sido asesinada. Primero amada, luego asesinada. Atacada con un pene y una pistola. Y además era hermosa. Es un crimen magnífico; me alegra trabajar para la policía. Yacía allí tan relajada, desnuda. Por eso no hubo resistencia. ¿La drogaron?

—Aún no lo sé —dijo el patólogo seis horas después—. Siéntese ahí, sargento. La autopsia revelará la verdad. No le había visto aquí antes. ¿Puede con esto? Tengo que apuñalar, cortar y serrar.

—No lo soporta —dijo Grijpstra—, y la verdad es que yo tampoco, pero tenemos que estar aquí porque el inspector está trabajando y el comisario no se encuentra bien. Adelante.

—Voy a dar un paseo —dijo De Gier—. Hace buen tiempo, no se ve a menudo, y casi nunca voy a cementerios. Daré una vuelta por el edificio y disfrutaré viendo los adornos florales de las tumbas. Volveré cuando termines.

Grijpstra observó cómo el médico, con bata quirúrgica y delantal de plástico, hacía la incisión: dos cortes largos desde los hombros hasta el ombligo y uno más corto a través del bajo abdomen hasta la zona púbica, y cómo otro médico, un clon del primero, cortaba el cuero cabelludo para dejar al descubierto la superficie del cráneo. Uno seguía cortando mientras el otro serraba, eléctricamente y con fuerza, de modo que el serrín salpicaba su máscara.

«Mejor me pongo a pensar en algo —pensó Grijpstra—. Esto no tiene buena pinta. La están destruyendo, ya lo está —pensó Grijpstra—. Se llama Vlijm Wever, y también es el dueño de la villa, la propiedad millonaria, Ouborg, Buitenveldert. El hombre es excesivamente rico, aunque no es ni notario ni dentista. Ni siquiera es contable. Es rico porque posee garitos de juego clandestinos y un café de jazz en Noordwijk. Conocemos su nombre, pero nunca lo hemos arrestado. Apenas paga impuestos porque sus ingresos declarados se esfuman con los intereses de su hipoteca. El Mercedes automático en el que transporta sus ciento cincuenta kilos está registrado a nombre de un socio extranjero. Es un fanfarrón, un personaje del hampa, un estafador y un sinvergüenza. Con nuestra vieja arma policial, la FN 7.65, no podríamos matarlo a tiros, porque las balas se le quedarían incrustadas en la grasa o rebotarían en sus músculos. Con la nueva superarma podríamos matarlo a tiros, pero no lo haremos porque está prohibido. Además, un informe de nuestros seguidores clandestinos ha revelado que frecuenta burdeles; sabemos que tiene orejas grandes y prominentes y que tiene una nueva amante desde hace un año, una tal Cora Fischer, ex-modelo de pintura, ex-estrella brillante del arte y la cultura.»

«¡Caramba! —pensó Grijpstra—. Los patólogos manejaban sus cuchillos como carniceros indiferentes pero hábiles. Las partes extraídas del cadáver abierto, tras ser rociadas brevemente con agua oxigenada, se vertían en cuencos y botellas. Mientras tanto, el patólogo 1 hablaba monótonamente pero con claridad. Un escriba, fuera del alcance de las salpicaduras, escribía: «Hígado», dijo el patólogo 1, «ligeramente agrandado, descolorido». Pesó el hígado e informó del peso. El escriba escribía sin levantar la vista. El patólogo 1 cortó el hígado. Observó los colores. El patólogo 2 hurgó en la cabeza. ¿Dónde estaba?, pensó Grijpstra. Ah, sí, brillaba en el sector artístico y adinerado de la población. ¿Segmento? ¡Bah! Ahí va otra rebanada de hígado. Un sándwich de hígado, no volveré a comer eso en un buen tiempo. Brillaba. Pero el famoso pintor se deshizo de ella. No tenía trabajo, ni medios de subsistencia, pero seguía siendo atractiva. Vlijm Wever la contrató. Era anfitriona en su café de jazz en Noordwijk y ocasionalmente también en los antros de juego clandestinos. Eso dicen los Volgerij [la Secreta], nuestros tipos turbios que viven en el mundo de las sombras y lo pasan todo por teléfono con tinta invisible y voz susurrante.»

—¿Y bien? —preguntó Grijpstra al patólogo, que se estaba lavando las manos.

—Todavía es muy temprano —dijo el patólogo—. Tenemos que hacerle pruebas, pero por lo que parece, no se inyectó. Inhaló un poco, se puede ver en la mucosa nasal, pero la cocaína no es muy adictiva, y bebió un poco. Fumó demasiado; fumar es muy peligroso, ¿sabe?

—¿Puedo fumar? —preguntó Grijpstra.

—Preferiblemente no.

—Lo haré de todas formas —dijo Grijpstra—. Este es un buen cigarro. Estoy un poco nervioso, ¿sabe?

—Sí —dijo el patólogo—. Sople hacia el otro lado, por favor. Voy a abrir la ventana. Fumar es muy perjudicial para la salud; podría morir.

—Ah —dijo Grijpstra—. ¿Y de qué murió?

El patólogo sonrió.

—Por la bala, en la cabeza. Sin duda. Y por su vanidad. Era una mujer hermosa.

—¿Y bien? —preguntó De Gier.

—Aún no lo saben con certeza —dijo Grijpstra—, pero había alcohol en su sangre. Y en ese alcohol, o en esa sangre, probablemente una pastilla para dormir. Van a investigar más a fondo, pero es probable que sea así. Es precioso esto, ¿verdad?

—Vi tres mirlos —dijo De Gier—, y un cuervo. También carboneros, e incluso una urraca. Algunas lápidas tienen inscripciones conmovedoras. Y vi a un señor, con un casco de moto bajo el brazo y gafas de sol. Ese señor solía boxear, a juzgar por su nariz torcida, y todavía practica artes marciales, a juzgar por su andar ágil y equilibrado. Mira, ahí se va, en su motocicleta de cuatro cilindros.

Grijpstra miró.

—Un caballero muy grande. Más de dos metros. ¿Qué querría ese caballero?

—No lo sé —dijo De Gier—, pero me miró pensativo un rato. ¿Sigue pareciéndose a Sjaan?

—Ahora sí —dijo Grijpstra. Le han vuelto a poner el cuero cabelludo, con el que le habían cubierto la cara, y le han cosido la incisión en forma de Y con la que le abrieron el torso. Le han vuelto a colocar los intestinos, pero algunos de sus órganos están ahora en frascos. ¿Sabes que meten de todo en un cadáver así, hasta los guantes?

De Gier se tambaleó. Grijpstra lo sujetó.

—Lo siento.

—Señor Wever —dijo De Gier cuatro horas después—, debe escuchar con atención. Hay ciertos hechos. Uno de ellos es que tiene una reputación dudosa. Sus garitos de juego y su café no son de fiar; se dice que es un estafador y un importante traficante.

—Los hechos —dijo el señor Wever, sentado erguido en su silla, con las manos sobre las rodillas, de modo que sus dedos corazón descansaban sobre los pliegues impecables de sus pantalones a medida y la barbilla sobre el borde de su jersey de cuello alto, tosco pero artísticamente tejido—, tienen que ser probados. No lo ha hecho hasta ahora. No lo ha hecho porque no se guarda mercancía en mis establecimientos. ¿Qué quiere, entonces? ¿Eh?

—Quiero decirte —dijo De Gier— que eres un villano astuto, una maldición para nuestra sociedad, una llaga purulenta en el trasero holandés, eso es un hecho. Otro —levantó un dedo— que encontramos a tu novia en tu cama y el hecho también es —levantó otro dedo— que fue asesinada.

—Bueno —dijo Vlijm Wever riendo, mostrando las decoraciones doradas pegadas en sus encías—. ¿Cómo se te ocurrió eso?

—Tecnología —dijo De Gier—. No se suicidó. Tenía somníferos en el cuerpo.

—Ya lo sé, ya lo sé —Vlijm Wever se acarició el peluquín—. Porque lo acabas de decir. Pero creerlo, bueno. ¿Lo creerá el juez después? Cora tomó una pastilla para dormir, lo hacía con bastante frecuencia, porque era muy nerviosa. Y se preocupaba por todo tipo de nimiedades, si la quería o no. Y si yo estaba en Noordwijk, en mi café, con Yvette. Yvette es mucho más guapa que Cora. Más joven también. La variedad, ya sabe de lo que hablo.

—¿Y su coche? —preguntó De Gier.

De Gier se estaba enfadando. Golpeó la mesa con la mano.

—¿El coche? ¿Eh? Quemado, señor Esqueleto. ¿Lo hizo ella misma? Imposible. Usted lo hizo, señor Tirano. Escuche.

—Pero no quiero escuchar —dijo Vlijm Wever—. Es usted un maleducado. Soy un caballero de buena posición. No estaba en casa. Coartada, ¿sabe? ¿Conoce esa expresión? ¿Ese concepto? Se suicidó. Ella sola. Con su propia y delicada manita. Estaba sola en casa.

Vlijm Wever se puso de pie. Dada su estatura no se notaba la diferencia.

—Siéntese, señor Griezel —dijo De Gier.

De Gier seguía enfadado. Si se marcha, lo arrestaremos en el pasillo por no pagar las multas de tráfico; tiene un montón. Y vamos a clausurar sus garitos de juego.

Vlijm Wever volvió a sentarse.

—Para nada. En mi casa juegan al blackjack. La justicia dice que está permitido. Pero si quieres insultar un rato, no hay problema. Resulta que yo no estaba en casa. Resulta que puedo probarlo. Ya sabes lo que pasó. Se suicidó.

—Lo que pasó es esto —dijo De Gier—. Al principio estabas orgulloso de Cora. Porque era tan guapa y tan famosa. La acogiste en tu casa y le permitiste sentarse en tu café de jazz para que la gente la reconociera. Esa es Cora. La Cora. Le compraste ese coche, ese Camaro de cuarenta mil dólares. Ropa. Joyas. Nunca tenías suficiente. Pero luego la novedad se desvaneció y Cora siguió rondando por ahí, costando dinero. Tu dinero. Eres un hombre de negocios y te gusta el equilibrio. Lo que se va tiene que volver. ¿Dónde? ¿Dónde? Así que...

Vlijm Wever alzó las manos, de espaldas a De Gier. El esmalte de sus uñas reflejaba la luz del sol que se filtraba.

—Basta ya, basta ya. Qué tontería. Qué locura.

—Para nada —dijo De Gier—. Es cierto. ¿Qué se suponía que debía hacer Cora? Solo tenía que convertirse en mensajera. El Camaro cruzaba la frontera de un lado a otro sin parar. Con medio kilo de cocaína y una onza de heroína. Escondidas en su ropa interior, quién sabe. Entre sus pechos. A Cora no la arrestan tan fácilmente. Es demasiado guapa, tiene su discurso preparado. Pero luego ya no quiso.

—¿No? —preguntó Vlijm Wever—. ¿Por qué no entonces?

—No te hagas el gracioso —dijo De Gier—. Estás sudando, ¿sabes? ¡Madre mía, cómo estás sudando! Y tienes un tic nervioso en el ojo. Y estás haciendo gestos raros con las manos. Te estás tocando el suéter. No hagas eso. Solo tienes que escuchar. Ella ya no quería. Era una chica guapa, pero no tonta. Las cosas materiales son malas para la gente. Ella no quería ser mala. En realidad era bastante simpática.

Wever suspiró.

—¿Simpática? Era una mimada. Histérica. Todo giraba en torno a ella.

De Gier removió su café. Se hizo el silencio en la habitación.

—¿Cómo? —preguntó Grijpstra.

—Sí —dijo De Gier—. Entonces le prendió fuego al coche. Hace unas noches. Llamaron a los bomberos. Ese coche tan bonito con el que estaba tan contenta, se deshizo de él. Estaba asegurado, pero eso no significaba mucho para ella. No ibas a comprarle uno nuevo, ¿verdad? Luego tuviste una conversación seria con ella.

—Supongamos —dijo Vlijm Wever en voz baja—, supongamos, solo por conveniencia, que todo eso fue así. No lo fue, pero en fin. Yo no la maté porque no estaba allí.

—Tú —dijo De Gier—, no estabas allí, pero tu mano derecha sí. Un tipo grande, mucho más grande que tú, y con buena figura, nada que ver contigo, y un pequeño programa en su cabeza, en un coche plateado. También conduce una motocicleta, ¿sabes?

—Me voy —dijo Vlijm Wever—. Estoy harto de ti. Voy a pagar esas multas como es debido y luego me voy. Adiós.

—¿De verdad estabas enfadado? —preguntó Grijpstra.

—Sí —dijo De Gier.

—Sí, sí, sí —dijo Grijpstra—. Creo que tenías razón.

—No me gusta fanfarronear, pero a veces hay que hacerlo.

—No sabías que era ese motociclista, ¿verdad?

—Sí, lo sabía.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque lo presentía. Ese hombre no tenía nada que hacer en la morgue. Ese hombre no es un moribundo. Ese hombre es un asesino. Y también una especie de artista. O simplemente está gravemente enfermo. Una anomalía profunda. Quizás nunca ha tenido entre sus manos a una mujer tan hermosa. Estaba desnuda, ¿recuerdas? La agarró y luego la asesinó. Un vínculo que lo arrastró a la morgue, y a mí, el perseguidor. Yo soy un ángel de luz, él un demonio de oscuridad.

—Vaya, vaya, vaya.

—Tenía razón —dijo De Gier—. Lo viste, ¿no?

Grijpstra apagó su cigarro a medio fumar con un golpe seco que hizo estallar una chispa en el cenicero.

—Misticismo, eso es una tontería. No te sirve de nada. Tenías razón, sin duda, pero estamos donde solemos estar: en ninguna parte. ¿Qué hacemos con Vlijm Wever? Él no estaba allí, ¿verdad? De verdad que no estaba. Y ese otro, el que sí lo hizo, puede decir que no estaba. En Noordwijk, los testigos ya nos esperan. Estuvieron jugando a las cartas toda la noche. Y ese coche plateado pertenece a un conocido, un conocido lejano. Usado con matrículas prestadas. ¡Oh, no!

—Un café con una galleta —dijo De Gier quince minutos después.

—Hola, Sjaan —dijo Grijpstra en el comedor.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó la oficial.

Grijpstra se levantó de un salto. De Gier acercó su silla.

—Sabes —dijo De Gier—, lo que hice no estuvo mal. No podía probar nada, pero sí podía causar revuelo. Una conmoción. En el alma. Provocar reacciones. Realmente lo enfadé, y la ira es una enfermedad. Lo que haga ahora podría ser irracional. Nunca se sabe.

—¿De qué hablas? —preguntó Sjaan—. ¿No me van a dar café?

—Eres un encanto —dijo De Gier— por pedirlo. Las feministas traen su propio café. Eres una mujer de verdad, y muy hermosa. Apenas puedo creer lo guapa que eres. Me inspiras ternura y protección.

—El sargento —dijo Grijpstra— se guía demasiado por su intuición, y también por la tuya.

—Me gusta que me guíen por mi intuición —dijo Sjaan, mientras apartaba la silla y cruzaba las piernas.

—Tienes unas piernas preciosas —dijo Grijpstra—. Es una pena que no pinte figuras humanas, si no, te pediría que posaras para mí.

—Posar —dijo De Gier, dejando el café—. Cora también fue modelo. El mundo parece grande y lleno de variaciones, pero quizás las variaciones sean repeticiones.

—¿Qué? —preguntó Sjaan.

—El sargento solo dice tonterías —dijo Grijpstra.

Cuatro horas después, sonó el teléfono en casa de De Gier. El sargento se levantó tras dejar a su gato y guardar el libro. Abrió la puerta.

—Buenas noches —dijo su visitante—. Me llamo Fred.

Fred se sentó. El gato logró escapar de un salto.

—Ahí estaba mi gato —dijo De Gier. Gato despreciable.

—¿Sí?

—Escucha esto —dijo Fred—. Te observé bien esta tarde en el cementerio. Eres policía, un proxeneta estatal, pero tienes buen aspecto. Me gustaría pelear contigo.

—¿Sí?

—Pero no es necesario —dijo Fred—. He venido a traerte dinero. Toma.

Fred colocó un sobre sobre una mesita.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Diez mil florines. Recibirás más después, pero entonces tendrás que hacer algo a cambio. Todavía no, es un regalo. Tampoco tienes que abstenerte de hacer nada, porque no puedes hacer nada. No hay pruebas. Ya lo sabes.

—No estás diciendo nada nuevo —dijo De Gier.

—Eres policía —dijo Fred—, y puedes sobornar a policías. Eres un buen policía, y por eso tendrás enseguida mucho dinero. Los otros policías que tenemos son unos don nadie. Sirven para los mensajes. Para cuando haya una redada, para cuando vayan a acordonar Amstelstraat o Zeedijk para saquear. Esos policías de pacotilla nos avisarán entonces, y no estaremos por aquí un buen rato. Un policía de verdad, eso estaría bien.

—¿Sí?

—Sí.

De Gier encendió un cigarrillo.

—¿No ofreces nada? —preguntó Fred.

—No —dijo De Gier—, porque eres un visitante indeseado. Quizás yo tampoco quiera ese dinero. Quizás te dispare después. No quiero pelear contigo porque esto es solo un piso pequeño y quiero que mis cosas no se muevan.

—Si empezamos a pelear —dijo Fred—, tú y tus cosas vais a morir. El jefe está enfadado contigo. Lo trataste mal, muy mal. Al jefe no le gusta eso. Por eso no tienes otra opción. Tienes que trabajar para nosotros y tienes que manejar el dinero, porque si no lo haces tú, lo haremos nosotros.

—Dime algo —dijo De Gier.

El gato pasó junto a la pierna de Fred. Fred lo recogió. Lo volteó. En su otra mano, un cuchillo se abrió de golpe. La punta del cuchillo arañó bajo la barbilla del gato. El gato comenzó a ronronear.

—Gato podrido —dijo Fred—. Puedo abrirlo del todo, igual que abrieron a Cora esta tarde. Solo que no lo coseré otra vez. Simplemente lo dejaré aquí abierto.

—No deberías hacer eso —dijo De Gier.

Fred apartó al gato de su regazo.

—No, todavía no, pero más tarde, si te portas mal, mataré al gato, a tu anciana madre y a todos tus seres queridos. Si no tengo tiempo, lo tendrá otro. El jefe tiene mucho dinero, una cantidad incalculable. Puede comprar cualquier cosa. Oh…

—¿Sí?

Fred sonrió, lenta y ampliamente.

—Dinero, ya sabes. Cocaína, quinientos florines el gramo. Heroína también. La compran con tanta facilidad. El dinero entra sin parar. Nunca se acaba. Todo es posible. Puedes comprar coches con él, buenos coches. Puedes viajar con él. Mira qué bronceado estoy.

—Bonito color —dijo De Gier.

—Bermudas. Estuve allí. Voy a ir otra vez. A las Seychelles. A Indonesia. Ya he estado antes, pero allí todo es enorme. Todas las islas. Tú también puedes venir. Toma. —Fred levantó el sobre—. ¿Cuando tienes vacaciones, te las tomas alguna vez?

—Sí —dijo De Gier.

—Vaya, mira eso. —Fred se puso de pie—. Entonces me voy.

—Adiós —dijo

De Gier y cerró la puerta tras Fred.

De Gier esperó hasta oír el golpe de la puerta del ascensor al cerrarse y el zumbido del ascensor. Salió más rápido que el ascensor.

—Psst —dijo De Gier.

Fred quiso subirse a su coche, pero se giró al oír el siseo de De Gier, que rompió el silencio. Fred se levantó de un salto. Se quedó de pie con las piernas separadas y los brazos extendidos hacia adelante, a la altura de las caderas.

Extendió las manos hacia su oponente.

—Aquí no —dijo De Gier—. Eso no tiene gracia. Allí, al otro lado de la calle, en el parque.

—¿Pelea? —preguntó Fred. No, seguro que no.

—Correcto —dijo De Gier.

Cruzaron juntos. Era tarde, el cielo estaba despejado y la luna brillaba. No había nadie en el parque. Los patos graznaban adormilados y un cisne se alejaba lentamente; una pluma blanca y erguida, impulsada por una sola pata que se movía perezosamente hacia adelante.

—¿Estás seguro de que quieres hacer eso? —preguntó Fred.

De Gier caminaba junto a Fred con calma, con las manos a la espalda. (De Gier es grande, pero no es un gigante. Entrena con regularidad, una noche a la semana, a veces dos. Tiene el cinturón negro de judo. A menudo entrena también los domingos por la mañana. A veces participa en competiciones. Fred mide dos metros y cuatro centímetros. Él también entrena con regularidad. Tiene un alto dan en karate. Puede partir ladrillos por la mitad. Fred bebe mucho. De Gier menos. De Gier fuma, Fred también.)

—Voy a destrozarte —dijo Fred—, pero no del todo, porque el jefe prefiere ir despacio.

—Primero avisa.

De Gier soltó una risita. Caminaron junto a un campo de hierba, junto al estanque. Un mirlo despertó, silbó una sola nota y volvió a dormirse.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Fred.

—Que no avise.

De Gier pateó y golpeó al mismo tiempo. La patada fue contra la espinilla de Fred, el golpe justo debajo del estómago. Fred se tambaleó. De Gier saltó a su alrededor. El brazo derecho de De Gier rodeó la cintura de Fred, casi con cariño, mientras el sargento se doblegó y se deslizó hacia atrás hasta que sus pies tocaron los zapatos de Fred.

—Oye —dijo Fred.

Pero para entonces ya estaba tendido en la grava, pues el movimiento de De Gier continuó sin esfuerzo.

—Toma —dijo De Gier, y se agachó.

Golpeó a Fred dos veces en los ojos con el puño. Volvió a golpearlo, no muy fuerte, pero con el revés de la mano. Sus nudillos tocaron la barbilla de Fred. Fred suspiró. De Gier regresó a casa.

—¿Sí? —preguntó el paramédico.

—En el parque Gijsbert van Amstelpark —dijo De Gier—, hay un hombre. Alrededor de Van Nijenrodeweg 570, aproximadamente. Está inconsciente. Lo atropellaron.

—¿Llamaste a la policía?

De Gier colgó. —No —dijo al teléfono—, porque reconocen mi voz. Volvió a descolgar.

—¿Sí? —preguntó el jefe de policía Simon Cardozo, asignado temporalmente al Departamento de Investigación Criminal de la Capital, División de Delitos Graves.

—Oiga —dijo De Gier—. Mi gato está en peligro.

—¿Tabriz? —preguntó Cardozo.

—Solo tengo uno. ¿Puede quedarse con usted?

—¿Por mucho tiempo? —preguntó Cardozo.

—No mucho. Solo voy a dejarlo allí.

—Voy a recogerlo —dijo Cardozo—, porque no tiene coche, solo una bicicleta.

Unas dos horas después, un ladrón irrumpió en la villa de Ouborg donde Cora Fischer, ex-modelo de pintores y ex-compañera de un gánster, había encontrado un final tan trágico. No había nadie en casa, y el ladrón encontró una maleta y la llenó con ropa y joyas. El ladrón se sintió mal por un momento, junto a la cama de Cora, pues recordó cómo yacía allí, muerta y desnuda. Regresó a casa en bicicleta, con la maleta a cuestas. Un coche patrulla lo vio, pero siguió su camino.

—¿A las tres de la mañana? —preguntó un agente—. ¿Con una maleta a cuestas? ¿En este barrio? ¿Con casas que valen un millón?

—Tiene las luces encendidas —dijo el otro agente—, delante y detrás. Un ciclista con luces en regla debe ser buena persona.

—Mira esto ahora —dijo Vlijm Wever unas diecinueve horas después—. Eres bastante atrevido, ¿no? ¿Sabes que Fred está en el hospital?

De Gier estaba sentado en una mesa baja, en un sillón de cuero. Bebía cerveza.

—Tienes un buen sitio —dijo De Gier—. Pero caro.

—Ven a sentarte con nosotros —dijo Grijpstra—. Te ves muy incómodo ahí de pie.

Wever se sentó. Chasqueó los dedos. La chica trajo las bebidas. Era una chica guapísima, con falda corta, tacones altos y sin nada más puesto.

—Y pensar —dijo Grijpstra—, que Noordwijk fue una vez un pueblo de pescadores, con hombres que llevaban jerséis y pipas en la barba, y sus esposas ropa interior azul de algodón.

—Escucha —dijo Wever—. Freddie te dejó un sobre.

—Para eso vine —dijo De Gier y dejó el sobre sobre la mesa.

Wever se guardó el sobre en el bolsillo. Un trío, con piano, batería y bajo, interpretó una versión de «This Here», al estilo de Louis van Dijk.

—¿El revestimiento es de palisandro? —preguntó Grijpstra.

De Gier observó a su sospechoso. Reflexionó que el sospechoso tenía algo blando en el rostro, no blando en el sentido de amable, sino de débil. A ese fanfarrón le han ido demasiado bien las cosas durante demasiado tiempo, pensó De Gier. Se ha degenerado. En su día fue un gran deportista. Ascendió desde estibador hasta dueño de una casa de apuestas y comerciante de mercancías, pero sus músculos se han convertido en masas flácidas.

—No se levante —dijo De Gier.

Los grandes dedos de Wever, adornados con anillos, se aferraron a los reposabrazos de su silla, con las nalgas suspendidas sobre el asiento

—¿Por qué no? Este es mi café, hago lo que quiero.

—Está arrestado —dijo De Gier—, baje el cuerpo.

Las nalgas de Wever se echaron hacia atrás.

—¿Arrestado por qué?

—Por una sospecha grave. Sospecho que traficas con drogas, que ganas dinero con la prostitución de mujeres y que ofreces oportunidades para juegos de azar prohibidos.

Wever suspiró. Sus mejillas se hundieron. Hizo un gesto.

Grijpstra observó las manchas de humedad en los reposabrazos de la silla de Wever.

—Escúchame —dijo Wever—. Estás loco. ¿Qué quieres? Hoy en día todo está permitido. Se tumban desnudos en la playa. ¿Qué tienen de malo las prostitutas? Lo que tengo aquí es un café de jazz y sexo, no un burdel. Los burdeles ya no existen. Miró a su alrededor. Señaló a los clientes.

—¿Y por qué trajiste a todos esos policías contigo? ¿Creías que estaba loco? ¿Creías que no me daba cuenta de que todos esos tipos con cara seria son agentes?

Empezó a levantarse de nuevo.

—Siéntate —dijo Grijpstra—. El sargento te acaba de decir que te han arrestado, ¿no? Eres nuestro detenido.

—Necesito ir al baño —dijo Wever.

—Nada —dijo Grijpstra—, solo necesitas esnifar un poco de cocaína. Te recorre el cuerpo de una forma agradable y te sientes poderoso de nuevo. Pero ya no lo eres, esos tiempos se acabaron. Hiciste demasiado a la vez. Incluso intentaste sobornar a mi colega. Eso también es un delito, ¿sabes?

—Bueno —dijo Wever—. Son todos unos corruptos. ¿Acaso no leen el periódico? Ni siquiera los comisarios sirven para nada. Sobornos, ¡uf!, se les puede comprar.

—Eso no es cierto —dijo Grijpstra—. Sus diez mil libras están de vuelta en su bolsillo. También lo vamos a arrestar por amenazas, ¿sabe? Su Freddie amenazó al gato de mi sargento. Y usted hizo que Freddie asesinara a su novia —dijo De Gier—. Eso está totalmente prohibido. Le di dos ojos morados y una nariz rota como regalo, pero eso no es suficiente.

—¿Cómo pueden arrestarme si no pueden probar nada? —preguntó Wever—. ¿Cómo...?

—Silencio —dijo De Gier—. Ese pianista toca muy bien. De maravilla. Quiero escucharlo un momento. Quiero otra copa. ¡Señorita!

Resultó ser un momento agradable después de todo.

La chica en topless trajo una ronda, y luego otra. A Wever se le permitió ir al baño, bajo la supervisión del Suboficial Grijpstra, quien lo registró y le confiscó un estilete y un gramo de cocaína. La música, animada por los aplausos de los agentes de paisano, tanto hombres como mujeres, y los demás invitados, mejoraba cada vez más. El pianista tocaba con moderación, dejándose llevar por el ritmo preciso del bajo y la batería. El baterista comenzó con solos tentativos, pero tampoco se entregó por completo.

—¿Soplas? —preguntó Grijpstra. ¡Esta música es realmente para ti!

De Gier sacó su flautín del bolsillo interior. Se puso de pie y repitió el tema que tocaba el piano. El público aplaudió suavemente. De Gier variaba las notas, el baterista marcaba el ritmo bajo sus claras notas.

Grijpstra miró a Wever. «Tiene miedo», pensó Grijpstra. «Todo va bien. Este es un buen escenario de De Gier. Va más o menos como lo habíamos imaginado. Pero bueno, ya veremos».

Llegó el momento. La puerta giratoria dejó entrar a una mujer alta y esbelta, de unos treinta años, o un poco mayor. Una mujer en todo el esplendor de su belleza. Llevaba el cabello recogido en mechones exuberantes. Vestía un vestido excepcional de lino, pintado con motivos chinos. Piedras preciosas brillaban en sus manos y cuello. Se sentó al fondo de la pequeña sala.

De Gier continuó tocando y el grupo lo acompañaba. Las camareras iban y venían. El ambiente era animado, aunque no del todo relajado. Incluso los comensales comunes intuían algo del drama que se desarrollaba. Wever tardó un rato en ver a la mujer que acababa de entrar. La luz estaba tenue, el humo del tabaco envolvía las lámparas y la mujer estaba sentada bastante lejos de él.

—Cora —susurró Wever.

De Gier guardó su flauta en el bolsillo interior. Grijpstra dio una calada a su cigarro. Hizo un gesto con la mano libre. Un joven de cabello rizado y desaliñado, vestido con un traje de terciopelo desgastado, se levantó y se acercó a él.

—Cardozo —dijo Grijpstra—, ha llegado el momento.

Sacó una hoja de papel, la alisó y se la entregó a Wever.

—Esta es nuestra orden de registro. Quédese sentado aquí; vamos a echar un vistazo. Primero arriba.

Wever sudaba, maldecía y profería palabrotas.

Grijpstra volvió a hacer un gesto. Dos hombres se levantaron de un salto.

—Vigilen al sospechoso un momento.

De Gier y Grijpstra se pusieron de pie; los hombres se sentaron.

—Sabes —dijo De Gier quince minutos después—, si no encontramos nada, no tenemos absolutamente nada.

—Vamos —dijo Grijpstra—, ya tenemos una mesa de ruleta con accesorios.

—Nada —dijo De Gier—. Se librará de eso. Y de todo lo demás también, incluido el soborno. Ni siquiera quiero arrestarlo por prostitución; ningún fiscal le hace caso ya. Lo quiero por asesinato y tráfico de heroína.

Estaban de pie en una habitación grande, apoyados contra los paneles de madera exótica, con las manos en los bolsillos y la barbilla en el pecho. A su alrededor, los agentes de paisano deambulaban, recogiendo y dejando todo en su sitio.

—¿Suboficial? —preguntó Cardozo.

—¿Jefe de policía? —preguntó Grijpstra.

—Mira allí —dijo Cardozo, señalando una tabla de roble sobre la chimenea.

—Ya la he visto —dijo Grijpstra—, es una figurita de yeso que representa a una dama oriental recostada de lado. Ya hemos encontrado figuritas así; son huecas y contenían heroína. Hay una en el escritorio del comisario. Cuando las encontramos, siempre están vacías.

—Esa figurita —dijo Cardozo— no es hueca.

Grijpstra pareció sorprendido. De Gier se acercó a la figurita. La cogió y le dio la vuelta. Se la mostró a Cardozo.

—¿No es hueca, en efecto? ¿Y ahora qué?

—Es exactamente la misma figurita que la del comisario —dijo Cardozo—, pero no es hueca. Es extraño, ¿no crees? La encontramos en la oficina de un comerciante de materiales.

La pesó en la mano.

—Pesa un kilo, aproximadamente. Me parece extraño.

—¿Tú crees? —preguntó De Gier.

Extendió un dedo y rascó la figurita.

—Cuidado —dijo Cardozo—. Se está desmoronando, ¿ves? Un trozo así pesa un gramo.

—El yeso no se desmorona tan fácilmente —dijo Grijpstra.

—No es yeso —dijo De Gier.

—Si no me equivoco —dijo Cardozo—, tienes medio millón en tus manos.

De Gier pulverizó la escama y esnifó la mitad.

—Tienes razón.

Grijpstra hizo sonar su silbato. Enseguida, la sala se llenó de agentes de paisano.

—Estamos listos —dijo Grijpstra—. Detengan a todos los que trabajan aquí y que suban los coches patrulla.

—El sospechoso de abajo —dijo uno de los agentes—, creo que está sufriendo una crisis nerviosa. Se acusa a sí mismo de asesinato, de una tal Cora Fischer, y no deja de señalar a nuestra Sjaan. Sjaan está guapísima esta noche, ¿verdad?

Unas diez horas después, el sargento De Gier admitió que quizás no había seguido las normas al pie de la letra. Prestó declaración en el despacho del comisario, que estaba sentado frente a él detrás de su escritorio. Grijpstra estaba junto a la ventana y miraba un geranio.

—No —dijo el comisario—, pero Freddie amenazó a su gato; eso es una circunstancia atenuante. Y Vlijm Wever sigue confesando, lo cual es bueno, porque los impulsos no nos llevan muy lejos.

—Freddie no ha confesado —le dijo Grijpstra al geranio—, pero no se encuentra bien porque su jefe lo ha identificado como el asesino; no pudo soportarlo.

—¿Ha vuelto su gato a casa? —preguntó el comisario.

—Sí, señor —respondió De Gier.

La tarea no obligatoria

Yacía en una cama articulada rota y llenaba el tiempo alternando entre sufrimiento y reflexión. El ambiente del hospital, aunque se esfuerzan por hacerlo agradable, es a la vez deprimente y molesto; además, no estaba tumbado junto a la ventana. Mi compañero de habitación doble tendría vistas si pudiera girarse sobre su lado izquierdo. No podía; cinco costillas rotas. Podríamos cambiar, pero no quería quejarme; ya hay suficientes quejas en este invernadero estéril. La vista que no podía ver también era molesta, por cierto.

Al arquitecto paisajista, probablemente ganador de un concurso para niños con talento matemático, le dieron un acre para dividir usando reglas de plástico y lápices afilados. Lo convirtió en paralelogramos, coloreados con el amarillo de las caléndulas y el rosa marchito de las rosas silvestres de un huerto. Unos setos tupidos alrededor de un banco, y listo. El paciente de al lado negaba con la cabeza con desánimo cada vez que lo levantaban de vez en cuando. Luego me miraba de nuevo, si no estaba escuchando su pequeño aparato de jazz o simplemente vegetando, sedado con preparados de opio. Cuando me miraba, veía a un anciano cuyos rizos, antaño bien cuidados, estaban ahora enyesados de forma descuidada, y cuya nariz y boca, irreconociblemente hinchadas, estaban llenas de tubos que conducían a un andador móvil. Me habían ingresado por una grave hemorragia interna en la cabeza, que buscaba una salida, empujando y abriéndose paso a través de la nariz y la garganta. El flujo estaba ahora más o menos coagulado, y mientras tanto recibía sangre nueva de una botella que se rellenaba constantemente y que también colgaba del andador. Un especialista de ascendencia china (sus ojos apenas se elevaban y la complacencia de sus mejillas pálidas indicaba una interferencia patriótica) me examinaba con regularidad y me decía que las cosas siempre acaban mal con una dolencia tan rara. Si yo no quería la cirugía, él tampoco.

A estas alturas, la coagulación aún podría funcionar, ¿y qué pensaba yo realmente de ello? Permanecí en silencio; el instrumental me impedía hablar, y de todos modos sonreí automáticamente, porque las tiritas me levantaban las comisuras de los labios. Él acariciaba mis rizos, que se mantenían erguidos entre las vendas, y seguía su camino cabizbajo. Mi cabello parecía fascinarle, pues nunca podía apartar las manos de él, y esos rizos también me valieron mi única visita. Soltero e incluso sin novia (la mujer "atractiva pero corpulenta" que conocí en Vrij Nederland resultó demasiado cara a la larga), sin amigos ni conocidos, no esperaba compasión, pero Fritsje pasó a verme de todos modos. Fritsje es mi primo, el hijo huérfano de padre de mi única hermana, una ramera, ahora también fallecida, y mi sucesor en la tierra, un contable; yo también lo fui durante muchos años, hasta que a los cincuenta y siete años me enviaron al gran silencio con una pala de oro metida por el culo.

Frits no apareció de la nada, pues el hospital se encuentra en una especie de valle, lejos de la zona urbanizada, y había tenido que entregar su pequeño DAF con la matrícula aún azul y estaba volviendo a subirse a una bicicleta. Su doble motivación —espera heredar de mí y tiene mi pelo— apenas me conmovió. El chico es vanidoso y le da miedo quedarse calvo —al fin y al cabo, ya tiene treinta años— y si yo conservo mi pelo, él también. Echó un vistazo a lo que debía de ser mi cabeza, se movió entre andadores y paredes durante unos cinco minutos y se marchó. Me deseó lo mejor, eso sí, y lo mejor era la muerte; el hombre de ascendencia china en tres cuartos del pasillo ya lo había confirmado. No me enfadé por eso; es un mundo cruel. Mi dinero es para el pequeño Frits, mucho más de lo que puede esperar (afortunadamente, el pequeño Frits no es un soñador; ese talento le fue negado igual que a mí), y solo le deseo salud y bienestar. Que pueda deslizarse a toda velocidad en un magnífico vehículo cada día, porque pedalear siempre inclinado torcidamente contra el viento es un insulto a la humanidad. Ya me había defendido lo suficiente, pensé; es una de mis frases favoritas.

Una vez trabajé un Lundi Bleu [Lunes Azul o Lunes Triste] en la sucursal parisina de la empresa de Ámsterdam que estaba a punto de despedirme pronto, y *dèfends-toi* [defiéndete] me dijo el jefe; eso siempre se me quedó grabado. ¿Acaso el mundo no destruye a los débiles? Sigue diciendo que sí a las autoridades que te gobiernan, pero también sigue trabajando en cómo te hubiera gustado que fueran las cosas para ti mismo.

Así es como organicé mi apartamento minimalista en el piso de arriba, junto a la curva del canal, y mi única obra de arte en la pared, siempre cambiante, realizada por pintores cada vez más caros y seleccionada por mí en función de la habilidad, la productividad y la atención mediática (empecé con Willink y no terminé con Cre-mer). Una vez que una obra de arte de este tipo se consolidaba en el mercado, se revendía, y la ganancia —libre de impuestos, por supuesto— a menudo igualaba mi salario anual, que había sido reducido drásticamente por las autoridades fiscales. Me cuidaba mucho, quiero decir, porque nadie más lo hacía, y después de mi despido, mantuve una disciplina férrea, hasta que las visitas a subastas y galerías cesaron, tras las palpitaciones, la hemorragia y la noticia de mi muerte, entregada con resignación oriental. «Esa operación es mucho trabajo», dijo el doctor Tjong Tjin Tjoeng, «microscópicamente, ¿sabe?, y de las dos veces que lo intentamos, salió mal dos veces». Se rió con desánimo, pues a la tercera va la vencida; eso se aplica incluso a un junco.

Mi compañero de infortunio, sentado a mi lado, entabló conversación mientras esperaba su próxima dosis de opio. El pobre hombre sufría mucho, y para distraerlo le pregunté cómo y qué le pasaba. Yo tampoco me sentía bien —acababa de escupir un coágulo de sangre tibia, con grumos—, pero la amabilidad parece ser recíproca, porque su respuesta me mantuvo entretenido. El hombre es detective, del departamento de Homicidios, y fue agredido durante un paseo vespertino por el pequeño parque frente a su edificio. Un tal Freddie, un gánster de mala fama, lo atacó por sorpresa. La víctima, emboscada de repente, no tuvo defensa y Freddie, un bruto con instintos de deportista, siguió dándole patadas y puñetazos hasta que mi narrador quedó inconsciente en el césped, y permaneció allí hasta que los paramédicos lo subieron a una ambulancia, por orden de Freddie.

—¿Planea vengarse? —pregunté, más interesado de lo que el paciente podría haber imaginado, pues nunca sé muy bien qué hacer con la venganza. A mí también me han hecho mucho daño, y me defiendo bien, pero soy demasiado cobarde para atacar.

—No —dijo mi vecino—, porque ya fue una venganza. No debería seguir, así es en nuestro negocio.

La deuda aún no superaba el crédito, pero al preguntarle, continuó:

—Yo mismo agredí a ese Freddie, en el mismo sitio; entonces no sospechaba de mí. Y encima lo llevé al hospital, con la nariz rota, los ojos morados, una conmoción cerebral y la tibia fracturada; en cuanto al dolor y el tiempo de recuperación, es más o menos lo que tengo ahora.

—¿Cómo pasó eso, entonces?

Mi vecino recibió su inyección y se quedó dormido, pero charló un rato después, y comprendí que Freddie estaba metido en el narcotráfico, que el detective lo sabía, y que Freddie también lo sabía y por eso quería sobornar y amenazar al mismo tiempo.

La amenaza, ese concepto siempre me fascina. Quien desee defenderse con el objetivo de convertir una posición inicial débil en una posición final más fuerte, debe saber analizar una amenaza. «¿Tiene algo que perder, entonces? ¿Un niño o un cuervo?» Que no tenía esposa era evidente, pues seguramente lo visitaría, pero su único visitante era un hombre mayor, con traje de raya diplomática y una enorme pistola bajo la abultada chaqueta.

—Ni un niño ni un cuervo —dijo el detective herido—, solo un trabajo, y está a su disposición.

¿Qué tienes, entonces? Cuando te sientes amenazado, algo debe poder ser arrebatado, ¿verdad? Dinero o bienes. La vida, si fuera necesario, pero me pareció una persona intrépida; un hombre corpulento, incluso atlético, de unos treinta y tantos años, con un bigote de caballería de antaño, ojos marrones suaves pero valientes y un aura general de eficacia indiferente.

—Un gato.

Lo entendí mejor. Freddie había amenazado a su gato. Los gatos no son tan listos como la literatura intenta hacernos creer. Puedes conquistarlos con palabras dulces y golosinas, y luego descuartizarlos. Después, colocas esos pedazos en una caja de zapatos sobre el felpudo. El detective, que vivía solo, había forjado una relación con su gato, y entonces no quieres encontrar esa relación mutilada en la puerta de tu casa.

Sin embargo, como policía de homicidios, tampoco puedes permitir que te amenacen. Un dilema. Resuelto por mi compañero de sufrimiento, dándole a Freddie una paliza tremenda por adelantado. Vengado por el mencionado Freddie con un método similar. Ojo por ojo, diente por diente. «Pero esto tiene que parar en algún momento», explicó mi compañero temporal, «porque si no acabarás en una especie de Israel».

—¿Así que lo dejas así?

Sonrió y dijo:

—Ay.

—¿Esperas a que se te curen las costillas y entonces ya basta?

—Exacto.

Habló con los labios aterciopelados por el opiáceo inyectado. También señaló, moviendo lentamente el brazo, pues cada movimiento le causaba dolor.

Había cuatro tulipanes negros en un pequeño jarrón junto a su cabeza de Adonis, con una ramita verde.

—¿De Freddie?

Se quedó dormido, con la boca abierta. Leí la tarjeta. «Saludos y no le deseo una pronta recuperación, F.»

Tulipanes negros, tienen algo inquietante (yo también trabajé en un Blauer Montag [Lunes Azul] en Hamburgo). Negros con un brillo rojizo, del color de la sangre enferma, en la que me revolcaba a diario; esas enfermeras no los cambian constantemente, en un hospital así hay mucho lamido y goteo, podrías seguir hablando sin parar.

En fin: flores.

Más tarde, cuando el detective recuperó la consciencia y esperaba a su colega, que iba a traer pilas nuevas para la pequeña máquina de jazz, oí que aquella primera pelea, entre el detective y Freddie, había ocurrido hacía mucho tiempo y que Freddie había estado en la cárcel desde entonces, por algo completamente distinto. Ahora que F. estaba libre, fue a buscar una explicación y envió tulipanes negros.

—Déjalo así —dije, dejando el interrogante en el aire, pues aún no estaba satisfecho.

—Estará bien —dijo el paciente—, pero sin mi intervención, y ni siquiera la necesita. Hay mucho trabajo en McDonalds, y mientras tanto, estoy aquí tumbado muy cómodo.

Gimió porque tuvo que cambiar de posición, pero aun así me dio la impresión de que no estaba tan mal. Tenía jazz fresco que podía escuchar con sus pequeños auriculares, y su colega ya se acercaba.

El médico chino, que hacía milagros, vino a verme y quiso hablar conmigo a solas. El detective estaba inmóvil; yo podía caminar un poco, arrastrando el andador conmigo, con mucho cuidado, porque si esos tubos se sueltan, se arma un gran lío en el pasillo.

Estábamos sentados en una pequeña consulta médica y el doctor permaneció en silencio. Al principio, pensé que me hablaría de discriminación, porque tenía problemas con su nombre y le había lanzado una mirada insultante, pero siempre tengo esa cara y principalmente odio a mi propia gente. No fue así. Tjoemp Tjimp Tjamp siguió haciendo muecas hasta que su máscara se transformó en compasión.

—Debes escuchar —dijo con benevolencia. Las cosas no te van bien. Esa sangre es casi imposible de detener y no podemos seguir bombeando sangre nueva; no puedes conseguir sangre sana así como así, de la fábrica, el suministro es limitado.

Escuché con cortesía porque esto se trataba de mí, el señor Superfluo, pero bien entrenado en defensa.

—Tu corazón está debilitado —dijo Tjamp—, y tus pulmones son solo alquitrán. Fumas demasiado, pero ya lo sabías.

Levantó su cigarrillo para restarle importancia al anuncio, y yo quería que lo apagara, porque en ese momento cambiaría todos los cielos cercanos (nunca me he atrevido a ser realmente malo y sé lo que me corresponde) por una colilla arrancada de un excremento de perro. Se rió un buen rato, y yo pienso rápido.

De repente, mi sueño volvió a mi mente, un sueño vivido poco después de mi despido y casi olvidado. Como holandés, uno se preocupa fácilmente, y en aquel entonces temía no haberme esforzado lo suficiente. Si hubiera estudiado mejor el negocio de la informática, ¿no habrían querido quedarse conmigo? Trivialidades, ahora lo entiendo, pero en aquel entonces me sentía atrapado en ellas. Era una tranquila noche de verano tras un agradable día de cielo azul, durante el cual compré un Dibbits y un Heyboer, el primero a un hombre rico que dejó que los billetes verdes brillaran en su puño, y el segundo a un entusiasta abatido que lo había dejado. Así pues, dormí plácidamente, acurrucado en el pliegue de mi colchón de plumas de ganso, y en mi sueño caminé por un bosque. Era un bosque holandés, plantado para pasear, y el sendero serpenteaba entre arbustos en flor. Una voz resonó desde los arbustos, mecánica y sin entonación. «Recibí seis órdenes al nacer», repetía la voz (pues cuando la cinta terminaba, volvía a empezar), «y solo cuatro debían cumplirse. Eso ya se hizo hace mucho, no hace falta nada más».

Incluso en mis sueños intento defenderme, así que busqué entre los arbustos el origen de aquella voz. El aire estaba vacío, salvo por mariposas y criaturas zumbando. «Recibí seis órdenes, solo cuatro debían cumplirse». ¿Acaso se cumple una orden? ¿Se grabó la cinta correctamente? ¿O era lenguaje informático?

Me desperté y esa noche no volví a dormir, sino que me fumé un paquete de cigarrillos vacío frente a la ventana abierta. Seis tareas, cuatro aprobados. Positivo, eso seguro. Mientras fumaba, intenté averiguar cuáles serían las cuatro notas aprobatorias y lo descubrí. Incluso yo debía haber aprendido algo de la vida. Autocontrol: con moderación. Destreza: un poco, perseverancia: también un poco, defensa personal: ¿seguro que un siete? ¿Y el resto? ¿Se suponía que debía devanarme los sesos pensando en eso?

Tjoeb Tjab Tjieb hablaba de nuevo, con las manos cruzadas sobre su sensible vientre bajo la bata blanca de médico. El estetoscopio se tambaleaba mientras hablaba.

—Estamos dispuestos a realizar esa operación si es necesario, pero usted puede decidir por sí mismo.

—¿Y si no? —pregunté, con la nariz tapada y congestionada.

De eso precisamente quería hablar. Si no, moriría. Si es así, entonces también, pero tácitamente lo omitió, porque los médicos son científicos y son concisos, y los chinos, según leí en Van Gulik, detestan la verborrea excesiva.

Permaneció en silencio pacientemente.

Asentí.

—¿Sí?

Un momento, solo asentí porque su afirmación me resultó clara. Solo un poco más de tiempo para pensar, por favor.

Empujé mi laboratorio móvil de vuelta por el pasillo y me topé con otro, también detrás de su carrito. Aún era joven, pero parecía infeliz. Así que me tragué la broma que acababa de contar (si deberíamos jugar al baloncesto; al fin y al cabo, ambos éramos móviles y el deporte es saludable), junto con una costra de sangre que se acababa de desprender.

Murmurando para mis adentros, me incorporé en la cama. Un chino como este tiene buen pene, pero mientras tanto, en un año en China, han jodido a más de cincuenta y dos millones de especímenes, y pensar que con todo el celo y la perseverancia de una guerra mundial, ni siquiera han matado cincuenta millones. Perdón, no debería decirlo así, pero es cierto. Demasiados pacientes, pocas camas, conciencia social, falta de tiempo, pero ¿no podían simplemente jugar un rato conmigo?

Era la hora de las visitas, y mi vecino paciente estaba recibiendo a su amigo, el mayor ayudante con el elegante traje de señor. El suboficial —conocí su rango porque el policía golpeado lo llamó por ese nombre— llevaba una caja. Algo se movía dentro. La puerta de la habitación estaba cerrada, la tapa se abrió y de la caja salió un gato, gordo y feo, con todos los colores imaginables en su pelaje enmarañado.

El estúpido animal soltó un chillido de alegría al ver a su amo, abrazó a mi compañero de cuarto con sus patitas cortas y le dio hipo de placer. «Le traje», dijo el suboficial, «porque este tonto no come porque cree que estás muerto».

Me di la vuelta, ¡ay de todo ese amor! No tengo gato, ni siquiera un geranio; solo conozco a Fritsje, y solo viene a verme para comprobar si todavía tengo pelo, por si acaso contrae esa enfermedad hemorrágica. Para distraerme, volví a pensar en mi sueño. Ese sueño fue astutamente construido; ahora lo entendía.

En aquel entonces, todo iba bien, justo después de mis altibajos, porque seis tareas y solo cuatro calificaciones aprobatorias —que ya tenía—, así que había aprobado, ¿no?

Ahora, sin embargo, veía claramente que nada es en vano y que esas otras dos tareas, aunque opcionales, no podían ser insignificantes. ¿Pero en qué consistían? ¿Qué me había quedado por hacer? La pregunta me atormentaba ansiosamente en la cabeza, repleta de aparatos, hasta que alguien me dio un golpecito en el hombro.

¿Me gustaba el jazz?, preguntó el suboficial. Por supuesto. En casa, tengo un armario lleno de cintas, copiadas de discos prestados, de cuando todavía era contable y tenía empleados que no podían negarse.

Me preguntó si me importaba que él, el suboficial, trajera instrumentos musicales al día siguiente para tocar algo suave con su amigo, que ya estaba mejorando. Me dejaron elegir.

Elegí «Noche en Túnez» y seguí adelante, porque la muerte no es poca cosa.

Al día siguiente, el suboficial apareció con unos bongos metidos en una bolsa de basura, que, sorprendentemente, tocaba con gran destreza, y mi vecino tocó la flauta, también con mucha precisión y suavidad, porque el ruido pertenece a un hospital. Después de «Noche en Túnez», tocó «Pyramid», del Modern Jazz Quartet, con todas sus variaciones. Se me saltaron las lágrimas tras las vendas porque realmente tocaban para mí, disfrutando de mi placer, respondiendo a todos mis deseos; nunca había escuchado una música tan conmovedora.

Esos dos comparten una hermosa amistad; Fritsje también lo creía, pues casualmente estaba de visita y estaba sentado encorvado en su taburete, con las manos tapándose los ojos para no mostrar que algo le preocupaba.

Por la noche, Foe Jong Hai vino a decirme que la operación sería completamente inútil si se retrasaba más, porque ya había llenado dos tazones más de mocos y mucosidad. «¿O lo dejamos así?», susurró, moviendo nerviosamente las cejas.

Dije que no. Por un momento pensé que se enfadaría, porque tenía que perder un tiempo precioso jugando una carta que no tenía ninguna posibilidad de ganar, pero no te equivoques con la gente del este. Me acarició el hombro y me dijo palabras amables. Debió de ocurrir esa misma noche, porque me desperté temprano por la mañana, cuando la pequeña enfermera auxiliar, rubia y con ojos azules de ángel, me dijo que todo había terminado. Bueno, no todo, solo la operación, y parecía que había sido un éxito.

Se quedó conmigo, me tomó de la mano y me explicó que el frío provenía de un collar de hielo que congelaba todo el dolor y curaría la vena. Lloré; no importaba. Dijo que muchos pacientes lloran después de la anestesia general porque un hospital es muy lúgubre y la existencia no es más que una continua miseria.

Hace meses que volvió a pasar, y ya estoy en casa, recuperado y listo para seguir adelante. Fritsje tiene su coche; lo arreglé con astucia. Un chico como él no debería sentirse obligado; es una carga demasiado pesada. Inventé toda una historia al respecto. Me compré ese coche por cuatro duros (Fritsje conoce la astucia de su tío), pero ahora no tenía ganas de sacarme el carné de conducir. Así que le pregunté si quería quedárselo, y no necesitaré el dinero los primeros años; lo conseguí con un trabajo artístico y, por el momento, no hay mucha actividad en el mundo del arte. Al final quiso pagarme, pero sigo posponiéndolo, y ahora a veces viene a prepararme la cena y a escuchar mis cintas. Escuchamos de todo, excepto «Noche en Túnez» y «Pyramid», porque fue pura suerte y el recuerdo me duele demasiado. Por cierto, ser amable no es fácil. Frits no viene muy a menudo. Yo también sé cocinar.

Se suponía que esa era la quinta tarea, y apenas estoy empezando con la sexta. Como habitante de la ciudad, nunca me acerqué a la naturaleza. No fue por falta de voluntad, y ahora todo el apartamento de arriba está repleto de ella. El carnicero de enfrente quería tirar sus peces de colores por el inodoro; me enteré justo a tiempo, y ahora los tengo en un acuario grande; creo que lo están disfrutando. Siempre es mejor que tenerlos dando vueltas uno tras otro en una pecera pequeña. También tienen aire, gracias a un tubo, y juegan con las burbujas. Cultivo begonias, y algo silvestre y majestuoso en los alféizares de las ventanas y perejil en la cocina, y adopté un perro y un gato de un refugio, ambos ancianos, pero el perro todavía quiere salir a pasear. El gato hace pis al lado de su arenero; llevo años haciéndolo yo mismo; así que fregar el suelo me viene de maravilla.

Sigo yendo a Koe Loe Yok para un chequeo. Me alegra que esté contento conmigo, porque al final no resultó ser un encanto, y el buen tipo está de nuevo un poco más convencido de sus habilidades, para poder salvar a otros que sufren infartos y luego empiezan a sangrar terriblemente. Seguimos desconfiando el uno del otro; él porque he vivido demasiado y yo porque seguramente tiene cuatro hijos; la población mundial no deja de aumentar. Ninguno de los dos se ha ocupado aún de esa tarea. Eso es evidentemente asunto de otros, y leo con placer en el periódico que el arsenal de armas nucleares aumenta constantemente.

Seis veces esto - seis veces aquello

Una mañana de verano templada y cálida, pensó el suboficial Grijpstra, y aparte de esa avispa, no hay nada malo. Esa pequeña criatura zumba molestando y está armada con un aguijón venenoso. ¿Qué sé yo de las avispas? ¿Atacan de repente? Que yo sepa, no; solo pican si las molestas. ¿Cómo no molestar a mi oponente? Quedándome quieto. Mientras observo, entonces veo la conexión. Cómo esa avispa entró en la habitación, zumba por ahí, y tal vez se vaya de nuevo, porque la ventana está abierta.

En esa misma habitación, en el tercer piso del cuartel general en el Elandsgracht, frente al suboficial, estaba sentado el sargento De Gier, con los pies sobre el escritorio y la cabeza apoyada en la pared. Él también observaba a la avispa. Las manos del sargento estaban extendidas y levantadas. De Gier esperó. La avispa voló y se lanzó en picado al mismo tiempo, directamente hacia De Gier.

¡Zas!

—Aquí tienes —dijo De Gier—. Un enemigo menos. —Arrojó el pequeño cadáver a rayas a la papelera—. A su servicio. De nada.

—¿De verdad era necesario? —preguntó Grijpstra—. ¿Violencia a primera hora de la mañana? ¿Es esa la solución? ¿Hay que aplastar siempre al oponente de inmediato?

—Sí —dijo De Gier—. Comprendí la situación y actué al instante. ¿Alguna vez te ha picado una avispa? No ha vuelto a ocurrir esta mañana. Ni hinchazón dolorosa, ni sensación de ardor punzante. Siéntete feliz y agradecido.

Llamaron a la puerta. Entró un caballero de mediana edad, elegantemente vestido. Los detectives se pusieron de pie y estrecharon la mano del caballero. De Gier le ofreció una silla al cliente. Grijpstra sacó un lápiz y papel.

—Díganos, ¿qué podemos hacer por usted?

El caballero se secó la cabeza con un pañuelo de seda. Un costoso reloj brillaba en su muñeca velluda.

—Me llamo De Vries y deseo presentar una queja.

—¿Qué ocurre? —preguntó Grijpstra.

El caballero habló, cortés pero nervioso, autoritario pero confuso. Grijpstra escribió, De Gier escuchó.

—¿Eso es todo? —preguntó Grijpstra cinco minutos después—. ¿Puedo resumirle los detalles?

El caballero asintió. Grijpstra se aclaró la garganta.

—Su nombre es De Vries. Trabaja en Johannes de Zwart N.V., una gran cadena de supermercados y licorerías. Es contable público y jefe del departamento de Dirección Central. De Zwart posee supermercados por todo el país, todos rentables. Su sucursal más grande está aquí en la ciudad, en Nieuw-Zuid, un distrito próspero donde la gente acomodada disfruta de los lujos. El supermercado debería estar generando grandes beneficios, pero la última auditoría muestra lo contrario. El dinero ha desaparecido.

—Millones, suboficial.

—¿Cuánto exactamente?

—Dos coma ocho millones, suboficial.

—¿Cómo lo calcula?

—Mire —dijo De Vries—. Sabemos las compras, ¿no? Sabemos el margen de beneficio, ¿no? Entonces también sabemos cuál debe ser la facturación, ¿no? Dieciséis coma ocho millones.

—¿Y eso es en realidad?

—Catorce millones.

—¿No se habrá equivocado? —preguntó De Gier—. La contabilidad tiene que ver con llevar los libros, ¿no? ¿Revisó bien los libros en cuestión? ¿No miró en la columna equivocada? Ninguna administración tiene razón. Debería leer el periódico alguna vez; los presupuestos gubernamentales, miles de millones, van y vienen. Mil millones son mil millones y usted solo habla de dos coma ocho.

—Hágame un favor, oficial —dijo De Vries—. Ahórreme sus tonterías. Cada dígito se prueba, se analiza minuciosamente y se procesa. No me diga cómo calcular. La programación de Centraal Beheer es correcta y las computadoras no cometen errores. El robo es un delito, y ustedes son de la policía.

—El robo se comete desde fuera —dijo De Gier—, por personas con máscaras y gorras. La malversación es la apropiación indebida desde dentro. Un empleado se apropia de bienes que se le han confiado. La malversación es peor que el robo porque es mezquina y astuta. Por eso también se castiga con mayor severidad.

—No lo sabía —dijo De Vries.

—Pero seguro que saben que se trata de un delito económico —preguntó Grijpstra—. ¿Quién los envió? Somos del Departamento de Homicidios. Se equivocan.

—Vamos —dijo De Vries—. Estuve en el departamento correcto y esperé una hora. Exijo atención inmediata. Johannes de Zwart N.V. es un pilar de nuestra sociedad. Damos trabajo y alimentamos a la población. Usted solo está aquí sentado. ¡Póngase a trabajar, suboficial!

—Un momento —dijo Grijpstra. Tomó su teléfono—. ¿Es usted, inspector?

El inspector tenía una voz estridente y fuerte.

—¿Sí? —gritó el inspector—. ¿Sí? ¿Sí? ¿Sí?

—Tenemos un cliente desaparecido para usted. Desaparecidos millones. ¿Tiene un momento? ¿Puedo llevarlo?

—¿Hora? —gruñó el teléfono—. ¿Hora qué? ¿Hora dónde? Siguen cometiendo fraudes y tenemos poco personal. La hacienda ha perdido sus cajas fuertes y las constructoras su hormigón, las empresas de alquiler de coches buscan sus vehículos y los ferrocarriles sus vagones. Mis archivos están a punto de reventar y mi secretaria tiene todo el mes. Sí, sí. Sí, sí.

—Estás muy ocupado, ¿verdad?

El teléfono sonó con tensión.

—Cuelga —dijo De Gier—. Lo acabo de ver en el comedor. Se derramó café en la bragueta porque se le había olvidado la taza. Se lo van a llevar pronto y no hay sustituto.

De Vries se levantó y miró por la ventana.

—¿Va a hacer algo o nada? Si no, me voy, pero no por la puerta.

Bajó la mirada.

—Ya es bastante alto aquí.

Levantó la pierna.

—¿Me puede empujar? El marco de la puerta está altísimo.

—¿Qué pasa? —preguntó De Gier.

—El suicidio también es una especie de asesinato, ¿no? Estás a favor de eso, ¿verdad?

—Entonces, ¿seguro que hará algo? ¿Sí? ¿O no?

—Siéntate —dijo Grijpstra— y dime qué has hecho hasta ahora.

De Vries repasó con los dedos.

—Programas revisados. Resultados comparados con otras sucursales. Inventario realizado. Suministro de mercancías inspeccionado. Cajas registradoras revisadas. Personal verificado. Trabajé en la sucursal.

—Y no encontró nada —dijo De Gier.

—Sí encontré algo, sargento, una diferencia de 2,8 millones.

De Vries colocó una calculadora de bolsillo sobre el escritorio de Grijpstra e introdujo la cifra.

—¿Ve cuánto es eso? Casi no cabe. Eso se gasta en un año. ¿Quiere saber cuánto es eso por día? ¿Dividido entre trescientos? ¿Sin descontar los domingos y festivos?

De Gier leyó la respuesta:

—Nueve tres tres tres tres punto tres tres tres tres.

—Una tonelada al día —dijo De Vries.

—Menuda fuga, ¿no?

—Fraude —dijo Grijpstra.

—Falsificación —dijo De Gier—, pero ese no es nuestro estilo, señor De Vries. Estamos dispuestos a transmitir su queja si no puede esperar, y entonces nuestros colegas examinarán su caso con la máxima precisión, pero simplemente se necesita especialización. ¿Cómo podemos ayudarle si no tenemos la experiencia pertinente? Los pequeños negocios turbios, señor De Vries, ocurren sin que nos enteremos.

De Vries volvió a la ventana y levantó una pierna.

—Tranquilo —dijo Grijpstra—. Piénselo bien, señor. Es cierto que últimamente hay pocos asesinatos y la ociosidad no nos conviene. Vamos, deme una pista.

—¿Violencia? —preguntó De Gier—. ¿Se pelean en sus oficinas? ¿Desapareció su secretaria, recién divorciada, en circunstancias sospechosas?

De Vries lo pensó un momento.

—Van Gennep.

—¿Asesinado? —preguntó Grijpstra—. No recuerdo el nombre y tengo buena memoria.

—Un accidente mortal —dijo De Vries—, en mayo de este año, en Mallorca. Ni siquiera sabíamos que estaba allí. Soltero, encargado de la compra de equipos. Se fue de vacaciones, pero no regresó. Se cayó de las rocas.

—¿Nos informaron del caso? —preguntó Grijpstra—. Probablemente no. ¿Hubo algún informe de la policía española?

—Accidente, oficial de policía, y se trató como tal.

—Háble me de Van Gennep —dijo De Gier.

—No debo decirlo, sargento, pero no lo extraño. Un fastidio. Además, siempre compraba demasiado. Yo limpiaba el desorden que dejaba. Lo que no encontraba, lo dejaba como estaba. Van Gennep no sabía leer ni escribir, y las facturas estaban mal archivadas, en la medida en que existían.

—¿Facturas de compra de equipo?

—Sí —dijo De Vries.

Grijpstra repasó sus notas. Tomó una hoja en blanco y escribió: 16.8 - 14 = 2.8. Levantó la hoja.

—¿Es así y no de otra manera?

—Así es —dijo De Vries.

—Entonces puede irse —dijo Grijpstra—. Nos pondremos en contacto con usted. Su caso está en trámite.

—Atrapen al ladrón —dijo De Vries y se dirigió a la puerta—. Por favor. Mi jefe es un diablo que me persigue y me llama todas las noches, incluso los fines de semana. Esto no puede seguir así. Me estoy volviendo loco.

De Gier cerró la puerta.

—Está loco, ¿no lo cree? Sin embargo, los contables calculan bien. Mi cuñado es contable y suma números de teléfono, de memoria, una página entera. Pero, ¿cómo funciona esto? ¿No te parece improbable esa historia de pérdidas? ¿Una conexión defectuosa en los conductores de electrones que hace que las ganancias se esfumen en los semicondensadores? ¿Cómo es posible que un supermercado en Nieuw-Zuid no obtenga ganancias?

Sonó el teléfono. El sargento escuchó y habló. Colgó el auricular y se puso la chaqueta.

—Hay trabajo que hacer. Un indigente se ahogó en Het Kolkje. Es conocido y alcohólico. ¿Vienes a echar un vistazo?

—No —dijo Grijpstra. Miró su reloj—. Son las diez de la mañana, el día aún se está alargando. Voy a dar una vuelta y a las tres de la tarde nos vemos en ese supermercado.

De Gier se marchó. Grijpstra reflexionó. Mientras tanto, revisó su cálculo: 16,8 - 14 = 2,8. ¿Quién sabe algo de números? ¿Qué son los números? Símbolos matemáticos. Símbolos borrables. ¿Quién borró dos coma ocho millones? ¿Acaso no es suficiente para invertir y usar las ganancias para vivir a cuerpo de rey hasta la muerte? Sin embargo, el borrado continúa. El estafador no sabe cuándo parar; el ladrón sigue robando. ¿Quién sabe algo de números? Buscó en la guía telefónica y encontró el número de la Universidad Libre.

—El jefe del departamento de matemáticas, por favor.

Una voz femenina dijo:

—Hola.

—Soy la policía, señora.

—¿Es usted profesora?

—Sí.

—Ayudante Grijpstra, Departamento de Delitos Graves. Quisiera hablar con usted. ¿Es posible?

—Sí.

—¿Ahora?

—Me llamo Elize Schaarsma. Me encontrará en la habitación dos doce. A las dos de la tarde.

—Profesora Schaarsma —dijo Grijpstra—. Hay una tienda con una facturación de catorce millones, pero debería ser dieciséis coma ocho millones, teniendo en cuenta el margen de compra y beneficio fijo. ¿Le suena?

«Es atractiva —pensó Grijpstra—. Tiene un rostro dulce. Una profesora de unos treinta años. Ven y mira, ven y mira. Y mientras la mira, escuche con atención. ¿Verdad que la profesora tiene una voz agradable? ¿Encantadoramente ronca y a la vez clara?»

—Me suena, suboficial. Puede llamarme Elize. Me gustan los caballeros de la vieja escuela. ¿Está casado?

—Sí, Elize.

—¿Contento?

—No, Elize.

—Yo tampoco, pero ahora que estoy sola otra vez, me aburro un poco —escribió—. ¿Puedes echar un vistazo? ¿Ves la comparación? Ha surgido una diferencia de dos coma ocho millones.

—Hasta ahí llegué, Elize.

—¿Y ves el factor?

—¿Perdón?

—Seis, suboficial. Dieciséis coma ocho dividido entre dos coma ocho. Seis veces la diferencia es igual a la cantidad original. El factor ya está dado. Seis, ¿lo ves?

—¿Seis veces esto? —preguntó Grijpstra—. ¿Seis veces aquello?

Frunció el ceño y arrugó la nariz.

—Demasiado vago, suboficial. Las matemáticas son difíciles desde Newton, aunque cada vez son más fáciles desde Einstein.

Se inclinó hacia él. Grijpstra aspiró su perfume.

—¿Sabía usted, suboficial, que la relación entre causa y efecto ya no se mantiene?

—¿Y eso qué significa para nosotros? —preguntó Grijpstra, atónito.

—Donde siempre hemos estado, suboficial. En ninguna parte.

—¿Y eso sigue siendo calculable?

—Difícilmente.

Sonrió para consolarla

—¿Pero no es mucho mejor así? ¿Acaso esa lógica no nos frenó desesperadamente?

Grijpstra se quedó atónito.

—¿No me cree, suboficial?

—¿Pero Elize? ¿Sentido común?

Se rió con ánimo.

—¿Sabe cómo definió Einstein el sentido común? Como la acumulación de prejuicios que surgen antes de los dieciocho años.

El suboficial se puso de pie.

—¿Ya se va? —preguntó la profesora con pesar.

—Me muevo en el plano bidimensional —dijo Grijpstra—, y mi tiempo, por desgracia, es limitado. Una vez que atrapen al delincuente, me gustaría cenar con usted. ¿Sería posible?

—En el plano bidimensional —dijo ella en voz baja—. Donde el tiempo es lineal, del pasado al ahora, al futuro. Apresurado y vulgar, limitado y erróneo.

Habló un poco más alto:

—No puedo detenerte. Ni conozco nada mejor que recomendarte. Seis, suboficial, está en el número seis. No hace falta multiplicar, también puedes dividir.

—Busco el seis —dijo Grijpstra con decisión—. Gracias, Elize.

Lo acompañó hasta la puerta.

—Y si encuentras tu solución provisional, iremos a comer, perfecto. ¿En mi casa?

—En tu casa —dijo Grijpstra—. Te llamaré, y mi nombre es Henk.

Grijpstra dudó en la puerta.

—Seis —dijo la profesora. Eso es uno más dos más tres. O uno por dos por tres. Un número sagrado en la Cábala. La Estrella de David hexagonal. El último dígito, pensó Kepler. ¿Has oído hablar alguna vez de Johann Kepler?

—No, Elize.

—Siglo XVI. Un matemático. En aquella época se creía que solo existían seis planetas, y Kepler, a su vez, pensaba que la proporción de sus distancias al sol ocultaba la clave de la ley del universo. Se equivocó en sus cálculos, pero no en vano, aunque su premisa era errónea.

—Entonces —dijo Grijpstra.

—¿No sabes nada de matemáticas?

—Dos líneas paralelas se cruzan en el infinito —afirmó Grijpstra con aplomo.

—Tu línea y la mía —dijo Elize—, y la de todo lo demás. Ya sabes bastante. Muchos científicos empezaron con menos.

—Adiós —dijo Grijpstra, agarrando el pomo de la puerta.

Ella guardó silencio. Él asintió. Caminó por un largo pasillo.

«Lo incalculable —dijo Grijpstra al vacío que lo rodeaba—, no me gusta. Todo tiene que tener sentido al final. —Sí que lo tiene —dijo mientras conducía hacia el supermercado—. Tiene que tener sentido, porque si no, no estamos aquí para nada».

Grijpstra se detuvo frente al supermercado. «Son las tres. De Gier está aquí. El mejor. Si De Gier dice que estará aquí a las tres, entonces estará aquí a las tres».

De Gier no estaba.

«Dos por tres son seis», dijo Grijpstra, entró en el supermercado y se hizo presentar al gerente de la sucursal.

—Jansen —dijo el gerente—. Encantado de conocerle. Le estaba esperando. La Dirección Central llamó esta mañana. Dijo que la policía vendría a interrogarme y a registrar la zona. ¿Está solo?

—Solo.

—¿A modo de presentación? ¿O es que no cree en la diferencia? No hay diferencia. Esta sucursal está prosperando y ganando mucho dinero. La Dirección Central está completamente desquiciada. Por favor, tome asiento, suboficial.

«¿Es este el sospechoso?, pensó Grijpstra con desánimo. ¿Este hombre tan encantador con su bata y el nombre de su empleador bordado en el pecho? ¿Este patriota afable con el rostro abierto? ¿Su tupé corto? ¿Sus mejillas sonrojadas? ¿Sus brillantes ojos azules? ¿He visto alguna vez un supermercado tan impecable? ¿Por qué estoy perdiendo el tiempo?»

—El señor De Vries dice que… —dijo Grijpstra con frialdad.

—Lo sé, lo sé —dijo Jansen, señalando su tupé—. Esos burócratas de la Dirección General de Contabilidad están locos. Nosotros ganamos dinero y ellos arman líos. Llevan meses así. Pero aquí todo funciona como debe. La mercancía llega en remolques cargados y sale en bolsas de la compra. El dinero de los clientes entra en la caja registradora y yo entrego el efectivo a diario. Lo que indica el ordenador está ahí, en monedas y billetes. Bueno, de vez en cuando hay alguna discrepancia; las cajeras trabajan rápido, es fácil cometer un error. Medio por ciento menos un día, medio por ciento de más al siguiente.

—Dos coma ocho millones —dijo Grijpstra con frialdad—. ¿No se han esfumado ya?

—Bueno —dijo Jansen alegremente—. Solo en la cabeza del jefe de contabilidad. Ese señor De Vries, ese caballero, es el que come.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando en Johan de Zwart N.V.?

—Treinta años.

—¿Cinco veces seis?

—¿Eh? —preguntó Jansen.

—¿El número seis le suena de algo?

—¿Qué? —preguntó Jansen.

—Seis veces lo que se ha vendido debería ser su facturación.

—Tonterías —dijo Jansen—. ¿Le han comido la cabeza, verdad? ¿Tan pronto? ¿Podría ser contagioso?

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó Grijpstra.

El suboficial contó a las chicas que colocaban botellas y paquetes en los estantes. Seis chicas, pero una séptima se unió a ellas. Contó a los chicos que abrían paquetes de cartón; eran tres. Contó los tableros y los estantes, las mesas y los armarios. Demasiados. La tienda estaba abarrotada y cada vez lo estaba más. Contó las cajas registradoras, abriéndose paso entre los clientes que se agolpaban. Había cinco. Unas señoras le empujaban los carritos contra las espinillas, unos niños pequeños se le subían a los pies, un bebé que pasaba babeaba sobre su manga. Miró el escote de una señora que se inclinaba. Dos. Le dieron un codazo en la espalda con una hogaza de pan francés. Uno. Una joven cogió ocho botellas de pasta de chile frita. Un señor gordo cogió dos muñecos de jengibre. Quien compre tres latas de sopa de alubias se lleva la cuarta gratis. ¿Qué estoy contando?, pensó el suboficial. Soy demasiado tonto para este trabajo. Nunca he podido resolver acertijos. ¿Seis quiénes? ¿Seis dónde? En este caso no hay seis.

El señor Jansen se acercó.

—¿Ha encontrado algo, suboficial?

—Me voy —dijo Grijpstra.

—Le llevaré a la salida trasera —dijo Jansen—. Está demasiado lleno en la parte delantera de la tienda. Es imposible pasar. Hay una puerta y seis filas de clientes que ya han terminado, cargados con bolsas.

—Espere —dijo Grijpstra. Jansen se detuvo.

—¿Seis? —preguntó Grijpstra.

—Claro que sí, ayudante. Mire. Seis cajas, seis filas.

—Acabo de contar cinco —dijo Grijpstra—. No vi la sexta del final porque hay un carrito lleno de cajas de cartón que me obstruye la vista.

—Tenemos seis —dijo Jansen.

—¿Puedo hablar con usted un momento en su oficina?

El interrogador y el entrevistado se sentaron uno frente al otro.

—Sabe —dijo Grijpstra—, creo sinceramente que me mintió hace un momento.

—¿Yo?

—Usted.

Grijpstra sacó un cigarro de su envoltorio de celofán y lo encendió. Intentó soplar un círculo. En vano. El pequeño círculo que no logró formar fue una nube borrosa sobre la cabeza de Jansen.

—¿Yo, suboficial? ¿Mentir?

—Sí —dijo Grijpstra alegremente—. Pero, ojo, tuve ayuda de una profesora. ¿No dijo que todo estaba en orden aquí?

—Todo está en orden aquí, suboficial.

—Cinco veces sí, una vez no —dijo Grijpstra triunfalmente—. Ja, ja. Qué simple, pero tienes que dar con la solución.

—No lo entiendo, suboficial.

Grijpstra miró la base húmeda de su cigarro.

—Ah.

—¿De qué me va a acusar, suboficial?

Grijpstra desestimó la acusación con un gesto de su cigarro:

—No le estoy acusando, señor Jansen, sino que sospecho. Sospecho que usted es un asesino. Queda arrestado. No tiene que decir nada más si no quiere, porque lo que diga puede usarse en su contra. También puede llamar a su abogado más tarde desde mi oficina. Quítese el abrigo y póngase la chaqueta. Viene conmigo.

—¿Sospechoso de asesinato? —susurró Jansen.

—Disculpe. También de malversación, por supuesto. Lo olvidé por un momento porque no estoy involucrado en malversación. Verá, aquí hay seis cajas registradoras y una no está conectada a su computadora. Vamos a demostrarlo; enviaré a un experto, un electricista.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Jansen—. ¡Qué tontería, suboficial!

—¿Se puede hacer de otra manera? —preguntó Grijpstra—. Una sexta parte de su facturación ha desaparecido. ¿Dónde? En su bolsillo. No en la caja registradora ni registrada. Es muy sencillo. Cinco cajas registradoras están conectadas a la computadora y una no.

—Tonterías —dijo Jansen—. ¿Y ese asesinato? Estaba de vacaciones en mayo, ¿no?

—Sí, estaba de vacaciones en mayo —respondió Jansen. ¿En Mallorca? No, no en Mallorca. Un viaje a pie por mi propio país.

—¿Como excursionista? —preguntó Grijpstra—. ¿Con tu pequeña tienda de campaña a cuestas? ¿En plena naturaleza? ¿De árbol en árbol sin dejar rastro?

—En efecto.

—No —dijo Grijpstra—. Estuviste en Mallorca. Con tu cómplice, Van Gennep, de tu Dirección Central. El mismo Van Gennep que manipuló los registros e instaló seis cajas registradoras, pero solo cinco estaban conectadas. Un momento. —Jansen guardó silencio—. Fue al revés, señor Jansen. Usted era el cómplice. Van Gennep ideó el truco. Era amigo suyo. Sin usted, el plan no habría funcionado. Debe vaciar la caja registradora a diario y compartir el botín con él, el cerebro criminal.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Jansen.

—¿Está casado?

—No.

—Tampoco Van Gennep —dijo Grijpstra.

—¿Y?

—Cada vez lo veo más claro —dijo Grijpstra—. Dos solteros, sin ataduras familiares problemáticas, robando juntos. Compartiéndolo todo con la idea de escaparse después. Pero tú lo querías todo y Van Gennep se cayó por el precipicio. ¿Una patada en el trasero? ¿Le señalaste primero la hermosa vista?

—Acertijos —dijo Jansen—. Y tú mismo te inventas las respuestas.

Grijpstra se puso de pie.

—Para nada. La policía española lo descartó todo como un accidente. Pero ¿y si fuéramos a echar un vistazo? ¿Si averiguáramos dónde estaban acampando? Hay campings allí. En los campings llevan registros de nombres. Voy a demostrar que estabas allí con Van Gennep. ¿Dónde dejaste el dinero?

—¿Qué dinero?

—Los dos millones ochocientos mil —dijo Grijpstra—, y mientras tanto, se ha añadido algo más. De acuerdo, dejémoslo en tres millones; ¿qué importan unos cientos de miles más o menos? Hay documentos en su casa. Respecto a las transferencias. Supongo que cambió el dinero por cheques en dólares y los envió. Ya lo resolveremos. ¿Una cuenta en el extranjero? ¿Curazao? ¿Bermudas? ¿Esas islas locas al suroeste de Inglaterra donde todo vale? ¿Una cuenta numerada en Suiza?

—Siéntese —dijo Jansen.

—Qué hombre tan astuto —pensó Grijpstra—. Ahora tiene una pistola en la mano. Supongo que la sacó del cajón de su escritorio.

—Bájela —ordenó—. Solo está empeorando las cosas. Amenazar a un funcionario público en el ejercicio de sus funciones... el juez se lo toma muy en serio.

Jansen se levantó y cerró la puerta con llave. La puerta era de madera contrachapada en la parte inferior y de cristal opaco en la superior. Su pistola seguía apuntando al suboficial.

—A la taquilla, suboficial. Voy a atarte y encerrarte. Mordaza en la boca y esposado. Apagaré la luz y no te encontrarán hoy, pero sí mañana, cuando venga la señora de la limpieza. ¿Me das las esposas, por favor?

—Por supuesto que no —dijo Grijpstra—. Estás arrestado y seguirás arrestado. ¿Has perdido la cabeza?

—Muy bien.

Jansen se tocó la sien.

—Siempre lo he hecho. Listo como un palo. A menudo me han subestimado, incluso Van Gennep. El loco de Van Gennep, que quería llegar a los cinco millones. Eso me llevó demasiado tiempo y yo quería tres millones para mí. Ahora los tengo y pronto me iré. El verdadero criminal trabaja solo, cruza la frontera y es libre como un pájaro. Adelante, dame las esposas. Y tu pistola.

—¿Quieres que te diga algo? —preguntó Grijpstra—. Te haces el duro, pero querías que te arrestaran.

Jansen guardó silencio.

—Pareces sorprendido, ¿verdad?

Jansen miró.

—Escucha. ¿No me señalaste tú mismo la sexta caja registradora? ¿Aunque sabías que buscaba algo con el número seis?

Jansen miró boquiabierto al suboficial.

—Ese fue tu sentimiento de culpa subconsciente, señor Jansen. Lo vemos muy a menudo. Los sospechosos cometen errores a propósito. Baja esa pistola y ven conmigo.

—Voy a dispararte —susurró Jansen—. No me dejas otra opción. Preferiría no hacerlo, pero si lo hago, no hay ningún riesgo. Esta pistola hace poco ruido y hay contenedores por todas partes, donde tiran la mercancía. Por última vez, suboficial, entregue se equipamiento. Desde luego, no voy a pelear contigo. Te tumbaré desde donde estoy, te meteré en la taquilla y me iré.

—No —dijo Grijpstra.

Jansen estiró el brazo y cerró un ojo con fuerza. Llamaron a la puerta.

—Ahora no —gritó Jansen—. Estoy ocupado un momento. Voy enseguida.

Se oyó un ruido en la puerta.

—¡Fuera de aquí! —gritó Jansen.

De Gier entró directamente por la puerta maciza, siguiendo a su pie, que rompió trozos de madera contrachapada y cristal.

—¡Cuidado! —gritó Grijpstra.

De Gier no prestó atención ni aminoró la marcha. Saltó sobre Jansen. El brazo izquierdo del sargento golpeó el brazo derecho de Jansen hacia arriba. La pistola se disparó y cayó. De Gier le torció los brazos a Jansen a la espalda y le puso las esposas.

—Está usted arrestado —dijo De Gier.

—Ya lo estaba —dijo Grijpstra—. ¿Dónde estabas?

De Gier recogió la pistola y se la guardó en el bolsillo. Levantó al sospechoso.

—Me retrasé por complicaciones. Ese vagabundo borracho de Het Kolkje fue agredido por otro vagabundo borracho. Había que encontrarlo. Y había testigos, pero también se habían marchado. El asunto ya se ha resuelto. Lo siento, suboficial.

—Uf —dijo Grijpstra—, pensé que podía contar contigo.

—No se puede contar con nada —dijo De Gier—, y mejor así.

—Somos bastante buenos, ¿no? —dijo De Gier, apoyado en la barra de un café en Prinseneiland—. La queja se resolvió el mismo día. A ver si encuentras algo así hoy en día.

—No —dijo Grijpstra—. Dos ginebras más, señor.

—Voy a cerrar —dijo el señor—, pero ustedes pueden quedarse un rato más.

—¿Qué quieres decir con «no»? —preguntó De Gier.

Grijpstra bebió y pidió que le sirvieran otra copa.

—A los sospechosos armados y amenazantes hay que hablarles con calma, no abalanzarse sobre ellos. Una conversación tranquila facilita la confesión; sale sola porque creen tener un caso sólido.

—Sí, sí, llegué justo a tiempo.

De Gier también pidió que le sirvieran otra copa.

—No me dispararán —dijo Grijpstra—. Soy demasiado buena persona. Esa profesora también dijo eso, y me invitó a comer.

—Cuéntame sobre esa profesora.

Grijpstra habló.

—¿Mientras yo perdía el tiempo con una borracha muerta? —preguntó De Gier—. ¿Qué vas a hacer con ella después de cenar?

—Nada, sargento, un café. Un coñac si me lo puedo permitir. Ayudar con los platos. Y me voy a casa.

—Te escurres —dijo De Gier—. Me gusta oírlo. La deseas a la vez, sin desearla. La amas en lo indeterminado. Eso encaja bien con lo que te dijo. La existencia es un caos y el verdadero sabio se comporta en consecuencia.

—Más bebida —dijo Grijpstra—. Para usted también, posadero. ¿Es usted un verdadero sabio?

—Soy un necio —respondió el posadero.

—Yo también —dijo De Gier—, pero la diferencia suele ser confusa para los inexpertos.

Siguieron bebiendo y se emborracharon. Amaneció y caminaron a casa, del brazo, por las orillas desiertas del canal.

—No soy un verdadero sabio —dijo Grijpstra—, pero estoy en mis cabales. Respeto a esa profesora y la encuentro hermosa. No se debe profanar la belleza, aunque tal negligencia provoque soledad.

—Pobre Grijpstra.

—No, no, Rinus, te equivocas. Al contrario. Cuando no tengo que preocuparme por los demás, soy un hombre satisfecho y feliz. Vivo en un mundo seguro porque mis acciones se rigen por leyes fijas. Quien piensa con calma, como yo, y razona con precisión milimétrica, como yo también, y sigue la corriente, de A a B…

—¿Como tú todavía?

—Sí —sonrió Grijpstra con modestia. Pero necesito ayuda, de personas más sensatas, como esa profesora y también de ti, porque eres muy ágil.

Grijpstra suspiró.

—Qué voz tiene esa mujer. Un poco ronca, me gusta oírla así. Me asignó el número seis y esperaba que encontrara mi solución provisional.

De Gier siguió caminando, escuchando.

—Mira —dijo Grijpstra—. Este es el entorno ideal para transmitir mi intuición. Mira, estamos caminando por muelles vacíos. Sabemos que nada puede pasarnos. En el vacío, la amenaza es inexistente. Ya casi llego a casa y luego me iré a la cama. Lo sé con certeza. ¿Puedes seguirme un poco?

—No, en absoluto —dijo De Gier—. Y tampoco te creo, ni siquiera como amigo. Aquí también reina el caos.

Grijpstra liberó su brazo. Era hora de despedirse. Como no se mantenía en pie, se agarró a una farola. Al resbalar, tiró de la farola hacia sí. La farola se cayó. Sobre Grijpstra.

—¿Qué? —preguntó el comisario a la mañana siguiente.

—La farola se cayó sobre Grijpstra, señor —dijo De Gier—. Como el suboficial estaba borracho, no se apartó. Era una farola pesada. Tres costillas magulladas. Llamé a la ambulancia, la llamé yo.

—¿Y?

—Acabo de salir del hospital. El paciente está bastante bien.

—Las farolas no se caen así como así —dijo el comisario.

—Esta sí, señor. Orinaron sobre ella, ¿sabe?

—¿Grijpstra? ¿Orinaron encima?

—Perros, señor. Lo investigué. Creo en lo inesperado, pero no en lo improbable. Los factores se combinan de forma impredecible, pero si uno mira hacia atrás, siempre encuentra una conexión. Hay muchos perros en ese barrio y siempre orinan contra esa farola. Hay ácido en la orina, y el metal se corroe. Puede tardar mucho tiempo, cincuenta años, cien años... ¿quién sabe cuántos años tiene un poste así? Pero un buen día, un buen día, se debilitará. Y entonces llega Grijpstra y derriba ese poste. Ja, ja. De Gier puso cara seria.

—Pobre Grijpstra —dijo el comisario.

Carta presente

Volví a mirar la tarjeta de visita tras encontrarla en mi archivo. La coloqué bajo la letra g, cuidadosamente pegada a una hoja en formato cuarto con los agujeros correspondientes; al parecer, sabía que la necesitaría de nuevo. El documento está colocado bajo la g porque la persona en cuestión se llama Grijpstra, Henk Grijpstra, suboficial de la policía de la capital, y esa coincidencia me jugó una mala pasada cuando abrí la carpeta entonces, pues la tarjeta está en la casilla de ge (desconocido), no de Gr (de Grijpstra).

El suboficial, un hombre paternal con el pelo gris y tupido, de complexión robusta, vestido con un traje formal azul oscuro de tres piezas, me visitó en aquel momento para informarme sobre mi padre. Así se expresó. Yo lo diría de otra manera, pero, debido a mi profesión, me preocupo un poco por el uso del lenguaje, ya que soy un estudioso de la lengua y la literatura neerlandesas y editor de profesión.

—Siento molestarle —dijo el suboficial Grijpstra tras acomodarse con cautela en la silla de visitas.

Por un instante, me sentí aliviado, como ciudadano de pleno derecho en un país libre. El suboficial explicó que la visita policial se debía a un hecho lamentable: la muerte violenta de mi padre. En una verdadera democracia, el ciudadano está protegido por las autoridades. El suboficial indicó que yo, como víctima (¿acaso no es terrible cuando un hijo pierde a su padre?), podía contar con ayuda. ¿Acaso el Estado no es también un padre? Me sentí seguro. Sin embargo, de inmediato me sentí acorralado, no tanto por el amable y cortés suboficial, sino por su acompañante, un sargento silencioso, que también me dio su tarjeta de visita. Más tarde, tiré la tarjeta del sargento. Una sola pista en mi conciencia es suficiente. La tarjeta del sargento también pertenecía a la letra g, porque al oficial investigador de menor rango lo llamaban De Gier [El Buitre].

Un buitre es un ave que picotea cadáveres; la asociación me estremeció. Allí yacía yo, indefenso en la arena blanca y ardiente; allí estaba mi limpiador y destructor, aleteando en la rama de un árbol muerto, un último segundo fugaz y la hoja vorial (el pico del buitre) se convirtió en un aperitivo.

Leo demasiados libros, y demasiados buenos; siempre veo todo al instante, por muy malo que sea. El hombre en sí, por cierto, no se parecía en nada a un pájaro; es un hombre guapísimo, de unos cuarenta años, con un bigote de fiesta, y el tipo de perfil que se encuentra en los mejores anuncios de revistas, una proyección improbable, demasiado bueno para ser verdad. Un héroe de película, el sueño exagerado de cualquier mujer; ¿acaso debía preocuparme por semejante imagen? ¿No podía simplemente encogerme de hombros mientras observaba su ropa casual contemporánea, el elegante traje de mezclilla, la llamativa bufanda de seda azul claro que colgaba de forma exagerada bajo su barbilla de carácter fuerte pero encantador? ¿No podía simplemente aceptar que su presencia solo me irritaba y escuchar lo que el suboficial tenía que decir?

El suboficial hablaba con un modesto acento de Ámsterdam y me miraba con compasión con sus suaves ojos azules. Tenía papada y era bastante cariñoso. El suboficial Grijpstra lamentaba que mi padre hubiera muerto de un repentino ataque al corazón, y le dolía que la muerte prematura lo hubiera sorprendido en los brazos de una mujer, una mujer con la que no estaba casado. Seguramente conocería a la novia de papá. ¿La mujer que lo abandonó a su suerte, que huyó sin llamar a un médico?

Intenté controlar el temblor de mi labio inferior. Un poco de nerviosismo era comprensible. Al fin y al cabo, yo era el único hijo de papá y estaba emocionalmente involucrado en su muerte, pero si actuaba demasiado nervioso, podría llevar a estos detectives, que ahora me observaban atentamente, simultáneamente pero individualmente, por el camino equivocado. La entrevista, había dicho el suboficial, era solo un trámite. Se esperaban respuestas breves y concisas; si las daba, la dolorosa conversación podría terminar rápidamente.

—Sí —dije—. Pertenece al círculo de conocidos. Se llama Mónica y es la novia de mi amigo Huup. Hace tiempo que sé que estaba enamorada de papá. Papá también. Papá era discreto, claro, pero bueno, mamá murió hace años (no dije «falleció» porque el silencio es más noble que las palabras), pero bueno, Mónica es una mujer hermosa y resulta que le atraen las personas mayores (intenté sonreír cortésmente porque hoy en día nos expresamos con mucha fluidez).

El suboficial mostró comprensión en silencio, pero el sargento habló. Vio la contradicción. ¿Mónica y papá? ¿Una relación íntima? ¿Tan íntima que papá murió en brazos de Mónica? ¿Y Mónica era la novia de Huup? ¿Mi amigo Huup?

—Sí —dije.

Y, para variar, hice una pregunta:

—¿No es complicada la realidad? Verá, Mónica es muy hermosa. A Huup le gusta contemplar cosas bellas. Colecciona objetos de arte que, según él, tienen derecho a existir. Pero no deberían tocarse. Deja que Mónica lo guíe; en realidad no necesita nada más.

El hecho de que a Huup le gusten los chicos dulces no se mencionó. Yo también soy discreto; eso lo heredé de mi padre.

Los detectives no dejaban de mirarme mientras procesaban mi información. ¿Qué veían? ¿Que soy una persona perspicaz? Sin duda lo soy; mi coeficiente intelectual es excepcionalmente alto y soy patológicamente sensible. Por lo demás, no valgo mucho: bajo, calvo (solo tengo treinta y dos años), algo encorvado, excesivamente tímido y, exteriormente, parezco servil. Bajo mi aparente sumisión se esconde un complejo de superioridad, y puedo, indirectamente, ser deliberadamente agresivo. «Conócete a ti mismo», dijo Sócrates, y añadió que eso es muy difícil. «Dejarse conocer es mucho más fácil».

Intenté comprender qué pensaban los policías mientras sacudían la ceniza de sus puros y la mezclaban con el café. Afirmaron que Huup, si Mónica amaba a papá con su permiso, no se beneficiaba a sí mismo, ni siquiera si esa unión terminaba fatalmente. En mi caso, las cosas eran un poco diferentes. Yo era el único heredero de papá. Sus bienes pasaron a mí: una exitosa editorial, una gran villa en Kudelstaart, una propiedad comercial en Herengracht, con un apartamento donde papá dormía la siesta y también se quedaba a dormir cuando trabajaba hasta tarde, y un fajo de bonos. Huup no recibió nada de esto. ¿Por qué él, entrenaría a esta esteta Mónica —aún desconocida para la policía— de tal manera que, al exhibir su pecho y sus nalgas, le subiera la presión arterial a papá, de modo que, en palabras de nuestro médico de cabecera, «su padre sucumbió a un infarto»?

Es entretenido especular sobre los pensamientos ajenos, pero solo si uno se mantiene al margen, porque si uno forma parte de la situación, ve demasiado pronto a dónde conducen las pruebas, y entonces sobreviene el miedo.

Pero, ¿acaso el suboficial Grijpstra y el sargento De Gier querían demostrar algo? En este problema matemático, hasta ahora, yo era el ganador. Existen tensiones entre padre e hijo, rey y príncipe. Había leído lo suficiente sobre el crimen en sí como para saber que, en un caso de asesinato, primero hay que analizar las relaciones dentro de la familia. Un hijo destrona a su padre. Piensen en la antigua Grecia y el reino británico, descritos por Shakespeare, pero ¿acaso no estábamos ahora en Holanda, tierra de plácida comodidad, de igualación y concesión? ¿Hasta dónde estaba dispuesta a investigar la policía?

¿Cuánta atención prestaron a esa circunstancia sospechosa? Mónica no estaba allí cuando llegó la policía, al apartamento encima de estas oficinas amueblado con muebles antiguos, pero dejó rastros. Su pequeño bolso yacía junto al sofá de papá. La localizaron esa misma noche, en el bar de Brouwersgracht, donde estaba, bajo los efectos del alcohol y un palo. Eso era curioso: ¿Por qué Mónica no llamó a un médico? ¿Por qué huyó cuando papá empezó a comportarse de forma extraña: jadeando, tocándose el cuello, gimiendo? Sí, estaba muy confundida, explicó con un ceceo y una risita, y por eso buscó refugio en el ambiente familiar del pub local.

¡Pero señorita! ¿No se sentía mal el señor Habbema? ¿No estaba usted con él? ¿No debería haberle ayudado entonces?

—Creí que estaba enfadado conmigo.

Sí, claro. Qué lista, ¿eh? Haciéndose la tonta. Era posible, ¿por qué no? Papá aún no estaba completamente indefenso, porque llamó a su médico de cabecera en Kudelstaart, su amigo. Y el buen hombre vino, a pesar de que estaba de visita por su cumpleaños.

¿Puede un ataque al corazón indicar un asesinato? ¿No es una conexión descabellada? Para mí no, porque leo literatura japonesa y Tanizaki describe un caso así en su novela “La llave”. ¿Fue una coincidencia que el sargento De Gier estuviera jugando con su manojo de llaves y mirándome atentamente por debajo de sus largas pestañas? Huupje vendría si lo miraran así, pero esa intromisión velada no me atraía en absoluto. Puede que sea un monstruo, pero soy normal, y solo me excito en compañía femenina.

El suboficial quería saber cómo iban las cosas con Huup.

La policía piensa de forma lineal. ¿Qué tenemos aquí? La novia de uno, en la cama con el otro. ¿Cómo funciona eso exactamente? ¿Conocía a Huup desde hacía mucho tiempo?

Di una respuesta detallada porque la conversación se desvió del punto central. Ciertamente, conocía a Huup desde hacía mucho tiempo; fuimos juntos al colegio, hasta la universidad. Juntos en la editorial, pero Huup en una empresa diferente, que no competía con A.W. Habbema e Hijo.

Los jefes de Huup publican trabajos científicos, y nosotros nos centramos más en el sector popular, en hierbas, alimentos saludables y tonterías místicas.

Mientras escribo este ensayo, tengo ante mí nuestro último trabajo: una historia completamente absurda sobre la telepatía de las mascotas. ¿Sabías que Kitty puede leer tus pensamientos? Eso es una tontería, porque los gatos no pueden leer. Ni siquiera pueden pensar; como mucho, pueden sentir. Cualquiera que tenga una mascota sabe que el animal percibe el estado de ánimo humano y reacciona a él. Este contacto tácito es el tema de nuestro libro. El autor, que a petición nuestra se explaya durante doscientas páginas sobre este fenómeno, no hace más que repetirse vagamente, con ejemplos dudosos o no. Eso fue precisamente lo que hizo, y nosotros nos encargamos de la preparación para imprenta, el diseño de la portada y las bonitas ilustraciones. El lector ve así confirmado, con un lenguaje más o menos claro, lo que ya sabía desde hace tiempo, y tanto el proveedor como el comprador quedan satisfechos. El libro será un futuro regalo de San Nicolás y no puede hacer daño a nadie, pero me produce pensamientos sombríos. El gato de papá sigue vivo y se está vengando de mí. El animalito suave y tierno se convirtió en un tigre infernal y me sisea, incluso cuando le doy de comer.

En la empresa de Huup, hacen ciencia, mientras nosotros simplemente nos las arreglamos como podemos al margen. Los puestos que Huup y yo ocupábamos antes de la muerte de papá eran prácticamente lo mismo. Ambos pertenecíamos a las filas de los servicios. Como pequeños sirvientes sumisos, solo hacíamos el trabajo más sencillo que nos encomendaban los superiores. Dos aspirantes a doctorado olvidados que no conseguían lo que querían. Durante las muchas horas de borrachera que pasábamos juntos en el bar marrón del Brouwersgracht, este trato injusto era el leitmotiv de nuestro lamento. Mónica siempre estaba allí, pero no participaba en la conversación. Era simplemente hermosa, y permitíamos que se aferrara a nosotros para que al menos tuviéramos algo de lo que sentirnos orgullosos. Su bella presencia confirmaba nuestra autoconfianza, la posibilidad de seguir demostrando nuestra valía. ¿Cómo? Ascendiendo. ¿Qué podíamos hacer, entonces? Publicar libros y así acumular más poder. ¿Qué editorial estaba a nuestra disposición? A.W. Habbema e Hijo. ¿Qué se interponía en nuestro camino? La presencia de papá.

A Huup y a mí se nos ocurrió la misma idea al mismo tiempo, una variación de la solución de Tanizaki. En ese cuento, una joven manipula a su anciano esposo, que sufre de una afección cardíaca, con la intención de deshacerse de él,

pero el hombre sabe lo que su esposa quiere y le sigue el juego. ¿Se uniría papá también? El tema de Tanizaki es muy antiguo; para abordarlo, profundizó en su propia historia literaria, en las sutilezas japonesas, pero también leyó a Poe y Wilde. ¿Se muestra algo nuevo? En absoluto; lo único que hacemos es variar una motivación que ya estaba en el código operativo de la primera célula viviente. La gracia reside en aprovechar constantemente cualquier circunstancia disponible. La hipertensión de papá, la belleza de Mónica. 1 + 1 = 0. Pedimos otra ronda y nos miramos con una mezcla de emoción y picardía, Huup y yo. La autopsia de la muerte de papá nos hizo estallar en carcajadas. También hicimos algunos planes para el futuro.

Huup, que tiene buena presencia y sabe cómo tratar con clubes de lectura y supermercados, se convertiría en director comercial, con un sueldo excelente y el derecho a adquirir una participación minoritaria en Habbema en Zoon; yo me encargué de la sólida influencia, determiné el contenido de nuestro fondo y supervisé el diseño de la mercancía. Huup vendía la mercancía que yo había fabricado. ¿Estuvo bien? Estuvo maravilloso, dijo Huup.

—¿Y yo? —preguntó Mónica.

—¿Quieres trabajar? —preguntó Huup.

—Bueno, trabajar…

—En nómina —dije rápidamente, porque la necesitábamos y tenía que quedarse en el barrio—. Serás la anfitriona —dijo Huup—, o algo así. Se rió entre dientes al oír «algo así». Nos quedamos en silencio un momento y terminamos el siguiente vaso. Una joya para el negocio, nuestra Mónica, con sus piernas largas y esbeltas, pechos sin sujetador, caderas firmes, labios húmedos siempre entreabiertos, ojos sensuales y semicerrados.

No me convence lo que pensaba Huup; él es el esteta. Yo soy un poco más; prefiero actividades que lleven al clímax. También pensé en los dedos largos y delgados de Mónica, tan ágiles, tan útiles. Para mí, ¿por qué no para papá? ¿Para su presión arterial? Papá estaba demasiado gordo. Tenía la cara ligeramente morada, con las venas a punto de estallar. Le temblaban las manos constantemente; además, era débil. Sobre todo, no debía alterarse, el médico insistía en ello. En la euforia previa a la victoria, olvidé que papá también era un hombre encantador, y no solo una especie de barrera que había que derribar para abrir el camino a un futuro brillante.

—Pero —dije—, quizás papá ya no ve la posibilidad de tener una erección.

—¿Y qué? —dijo Huup—. La especialidad de Mónica, son ejercicios para los dedos, ¿no? ¡Eso te incumbe!

Mónica sonrió. Le encantan ese tipo de alusiones. Es traviesa.

Admiré los dedos de Mónica, extendidos inmóviles a ambos lados de su vaso de whisky. ¿Acaso esa noble herramienta no practicaba regularmente en mi parte oculta? ¿Con el permiso tácito de Huup? Así era él, compartiendo todo con equidad. Para él, Mónica era el acompañamiento decorativo; para mí, ella encarnaba los juegos turbios.

¡Qué bien lo pasamos aquella noche, nosotros, los conspiradores, los creadores del plan perverso! Ahora lo veo de otra manera. ¡Qué panda de perdedores éramos juntos! Yo, un sapo venenoso y gordo, graznando por el fango. Huup, un patético revoltijo de complejos repugnantes. Mónica, una belleza reservada, completamente corrompida por una infancia asfixiante en instituciones, compartiendo su soledad crónica con malas compañías.

La forma en que estábamos sentados allí, yo con un suéter holgado y vaqueros manchados, Huup de cuero, adornado con cadenas de oro, Mónica como una muñeca de moda: demonios conspirando en una habitación infernal. Y estúpidos también, porque miren cómo terminó.

Escribo todo esto para aclarar mis ideas y también para confesar: ¿siguen leyendo, suboficial Grijpstra, sargento De Gier? Verán, sé cómo deberían ser las cosas ahora, porque quien se va no debe agravar aún más las molestias que causa a los demás. Lo sé porque una vez oí a dos agentes hablando; yo estaba sentado detrás de ellos en el coche patrulla, arrestado por conducir bajo los efectos del alcohol. Un agente dijo que lo habían llamado por un suicidio esa misma noche. —¿Hay alguna carta? —preguntó el otro. —Sí, era un ciudadano respetuoso de la ley. Así es como actúa una persona decente, ¿no? El hombre se ahorcó, pero antes se clavó una nota en el estómago. Adiós. No pude soportarlo más. Firmado y todo. Nadie más tiene la culpa. Por eso también escribo este ensayo, porque me arrepentí. He cometido suficientes faltas; cuando estés junto a este sobre con su contenido, podrás abrir y cerrar tu expediente.

Mónica fue violada una y otra vez, en las casas donde se hospedaba, con tanta frecuencia y de forma tan extensa que no quería volver a ser violada. Llevaba un cinturón de castidad invisible e indestructible. Eligió a Huup porque Huup no quería nada de ella, y a mí porque, dada mi apariencia, no debía esperar mucho. Aunque sí esperaba algo, y ella no era irracional; de ahí el ejercicio con los dedos, su única especialidad sexual.

Tiemblo al escribir esto porque recuerdo lo buena que era y lo maravillosas que eran las sensaciones que evocaban sus dedos al acariciarme y amasarme; y porque el final se acerca. El fin de la tortura, de mi dolor, pero antes de eso hay que realizar algunos trámites. Tengo que llamarte y luego disparar. Al principio quería que el proyectil me atravesara entre los ojos, pero leí en alguna parte que una bala del calibre 22 — lo que yace aquí junto al teléfono no es más que una pistola de juguete mejorada— es tan ligera que podría quedarse incrustada en el hueso de la frente. Sería mejor disparar a la boca y apuntar ligeramente hacia arriba; así le das al cerebro desde dentro. Una especie de gratificación oral suprema. No es nada apetitoso; solo chupé el cañón un momento, el metal sabe a aceite lubricante.

Sigan leyendo, agentes de la ley. Un hijo que asesina a su padre no es bueno, estoy de acuerdo con ustedes. Si el canalla comete semejante acto obsceno, o ya lo ha cometido, ¿puede ser peor? Pero seguro que aguantan un golpe, ¿no? ¿Profesionalmente? Lo hace por necesidad de validación, por posesividad, por impaciencia mal canalizada, y merece todo el castigo. Mi expediente se cierra, y el de papá también, con los detalles que ahora les proporciono.

Papá era un hombre encantador que me cuidaba muy bien, y también a mamá en aquel entonces, pero una vez mamá se distrajo y la atropellaron en la Plaza Dam. No, por favor, eso no tuvo nada que ver conmigo; estaba de vacaciones en Francia. La única debilidad de papá era que comía demasiado. Yo también, e incluso las mascotas adquirieron el hábito. Esa debilidad era importante, coincidí con Huup, durante la conversación inicial en aquel maldito café del Brouwersgracht, al que ya no voy.

—¿Cuál es el punto débil de tu padre? —preguntó Huup—. Necesitamos saberlo si queremos contactar con él.

Papá era un glotón, pero podía controlarlo. Seguía al pie de la letra la dieta impuesta por el médico de cabecera, pero se levantaba todas las noches a las dos; el perro lo despertaba entonces. Juntos iban a la cocina y vaciaban la nevera. Queso, lonchas de jamón, aceitunas, pepinillos, tostadas con sardinas y anchoas, café y sopa aparte, un festín. Para compensar, papá hacía gimnasia y el perro se subía a una escalera; antes también podía bajar, pero en los últimos años papá tenía que levantarlo y bajarlo con cuidado. Después volvían a la cama, tras una visita al baño para tomar Alka-Seltzer y otros sedantes. El perro también los tomaba.

Huup había visto la película “La gran comilona”, un melodrama en el que varios ancianos, todos con enfermedades incurables, comen hasta reventar.

—Algo así —dijo Huup—, preparamos un festín completo y lo llenamos tanto que explota.

—Demasiado difícil —dije.

—Subestimas las barreras de papá. Somos calvinistas por educación; lidiamos con la culpa. Si nos pasamos de la raya, se da cuenta. No olvides que A. W. Habbema, mi abuelo, pudo fundar la editorial gracias a la venta de láminas edificantes que heredó de su padre. ¿Cómo puedes conseguir sutilmente que papá se dé un atracón? Toda la comida está a la vista, se acerca y ve lo que estamos tramando.

—¿Sutil? —preguntó Mónica—. ¿Sexo sutil? Se subió un centímetro la minifalda y jugueteó con el botón superior de su blusa.

—El sexo siempre funciona —dijo Huup, alejándose un poco más de Mónica—. Tu padre es heterosexual, ¿no?

—Sí —dije, ignorando el puchero de Huup—. Claro, papá no tenía relaciones sexuales. Los viudos respetables se controlan.

—Sin embargo…

—¿Y qué? —preguntó Huup, secándose las manitas sudorosas e hinchadas en su chaqueta de cuero—. Anda, colega.

Sabía que con esa actitud me tenía completamente atrapado. En el colegio, ya éramos amigos. Nos defendíamos mutuamente de la pandilla. Yo era un fracasado, y él un niño pequeño que daba miedo. Los demás eran normales y sanos. Juntos superamos los primeros años y, más tarde, también la adolescencia. La amistad, sí, ahora la veo de otra manera. Desperdiciamos nuestros talentos por miedo cobarde. Éramos la sombra el uno del otro, cada vez más oscura a medida que nuestra unión crecía, y Mónica era una hermosa adición a ese plano de oscuridad absoluta.

Le conté a Huup todo lo que sabía sobre los secretos sexuales de papá. Una vez, en una fiesta familiar, papá bebió demasiado y me hizo sentarme a sus pies mientras se deleitaba con sus recuerdos. Al día siguiente me pidió que olvidara la revelación, pero fue difícil porque su verborrea se me había quedado grabada en la memoria. A papá le gustaba exprimir las bolsitas de té sobre el fregadero, con una expresión de placer en el rostro; ojos entrecerrados, labios curvados; siempre me reía de esa travesura. Ya no recuerdo por qué mencioné las bolsitas de té aquella noche de borrachera; quizás porque quería conocerlo mejor. La conversación derivó hacia la lujuria, y papá, desinhibido por la ginebra, admitió que él también la padecía. «Sí, porque exprimes las bolsitas de té», debí haber dicho. Papá: «¿Qué tiene que ver eso?». Y yo: «Una asociación de cuando eras bebé, cuando apretabas los pechos de tu madre para que saliera más leche».

Papá, con aire soñador: «Siempre me han encantado los pechos». A continuación, contó una anécdota. Cómo papá, cuando aún gateaba en el corralito, observaba a su maestra de jardín de infancia mientras se vestía. Cuando papá era un niño pequeño, sacudía los barrotes de su corralito y soltaba llantos roncos. La maestra de jardín de infantes disfrutaba del comportamiento travieso del pequeño y le dedicaba más atención a sus actuaciones. Mostraba sus muslos, se desvestía lentamente y con picardía, se acariciaba con caricias y movimientos inquietos, y papá saltaba en su corralito y le daba hipo, tenían que alzarlo y darle palmaditas en la espalda, y mientras tanto le acariciaba los pechos. «Una locura, ¿verdad?», dijo papá. «Lo recuerdo perfectamente, y ni siquiera tenía dos años».

Quise huir entonces, pero la mano de papá se posó en mi hombro. Tenía aún más cosas que asimilar.

La institutriz se quedó en la familia, y más tarde, cuando papá se hizo adolescente, lo atraía con frecuencia a su habitación para seguir burlándose de él. A papá se le permitía abrazarla y acariciarla, pero ella también era cristiana y creía que ese placer pertenecía al cielo. Estaba dispuesta a ayudarlo en el camino, siempre y cuando la tradición no se rompiera por completo, y así vemos a la mujer madura y al joven en ciernes, desnudos entre las sábanas, besándose y acariciándose, en fin...

Hasta que el abuelo, furioso, los pilló, y la joven se marchó sollozando, cargando maletas abultadas.

—¿Qué hizo exactamente entonces? —pregunté, atónito—. ¿Cuando llegó el abuelo?

—Me tocó —dijo papá, señalando su bragueta—. Algo así. Nunca del todo.

Ahora, el eslogan, balbuceado por papá tras vaciar el decimocuarto vaso: «Esa jovencita, hijo, se parecía a Mónica».

—¡Ajá! —dijo Huup—. Donde hay voluntad, hay un camino, amigo. El que busca, encuentra. Y tan rápido. Que Dios nos bendiga en esta aventura.

Papá conocía bien a Mónica; a veces la llevaba a casa con Huup, y luego comíamos los cuatro. Papá siempre era muy amable con nuestra acompañante. ¿Cómo pude sospechar que Mónica se parecía al placer juvenil reprimido de papá? Si no me lo hubiera dicho, seguiría vivo. Ah, ese subjuntivo, no me extraña que haya caído en desuso. ¿Acaso no apunta a la imposibilidad de la felicidad humana?

Huup entrenó a Mónica con el objetivo final de seducir a papá. Yo ayudé con diligencia. Convencí a papá de que necesitábamos rediseñar el jardín, y Huup y Mónica estaban deseosos de ayudar. Fue un verano precioso, y mis amigos, siempre dispuestos, aparecían los fines de semana. Papá era demasiado mayor y Mónica demasiado frágil, por eso Huup y yo hicimos todo el trabajo. Mientras nosotros excavábamos el jardín, acarreábamos piedras y martillábamos vallas, Mónica se quedaba a solas con papá. Se refugiaban en la terraza trasera, donde Mónica se desvestía, excepto por un bikini diminuto. Cuando se vistió de nuevo después de tomar el sol, su falda se subió y su blusa se abrió. Mónica también intentó jugar con el perro y el gato para que papá pudiera desear su cuerpo retorciéndose, humildemente exhibido sobre las alfombras persas, pero los animales no querían saber nada de ella. «Igual que en la Alemania nazi», dijo Huup, mientras cargaba sacos llenos de tierra o sacaba algas del estanque de los peces de colores, «allí también se construyó mucha belleza antes de que cayeran los grandes golpes».

¿Cómo es posible que supiéramos lo que hacíamos y, sin embargo, nos precipitáramos hacia la ruina?

Huup ganó músculo y yo adelgacé bastante. Oímos a papá y a Mónica riendo en la terraza trasera. Salvo por los gruñidos y bufidos de las mascotas, el ambiente era agradable. Huup tenía prisa, y yo también un poco, aunque quizás hubiera preferido dejar que la camaradería continuara.

Papá no quería, pero al mismo tiempo, lo deseaba muchísimo. La seducción duró meses. El jardín se convirtió en un espectáculo para la vista. Huup instó a Mónica a darse prisa; se acercaba el otoño y ya habíamos cortado la leña para la chimenea. Cediendo a nuestros ánimos, Mónica logró convencer a papá del sincero deseo de su abrazo. Sus risas en la terraza se transformaron en suspiros. Comenzaron las caricias, no en la terraza porque papá desconfiaba de los curiosos, sino en el apartamento de arriba de nuestra oficina. El pecado debía cometerse en secreto. Y así, papá también murió en secreto, y Mónica huyó presa del pánico, dejó su bolso junto al banco y concertó una visita para mí de la Policía Central, Departamento de Delitos Graves.

«Así que su padre tuvo una aventura con esta joven», dijo el suboficial Grijpstra. «La situación aún no me queda clara, pero no la molestaré más hoy». Se marchó, seguido de su impecable sargento, quien me miró con desaprobación en la puerta. El énfasis de lo que su jefe había dicho recaía en ese día. Todavía no me había librado de ellos; tenía que entenderlo. La desconfianza, la acusación en la mirada del sargento, era bastante clara.

Comprendí que casi me entendía. Porque, a juzgar por eso, algo andaba mal, aunque los hechos parecían confirmar mi inocencia. Mónica era la novia de Huup. Huup era gay. Mónica era muy guapa y yo, en realidad, era muy feo. La muerte de papá significó un repentino cambio de poder y posesiones hacia mí. Todo apestaba por todos lados, pero los cazadores de delincuentes sabían que no había nada que demostrar, siempre y cuando mantuviera la compostura. Los policías agarran a los delincuentes por el cuello de vez en cuando, si entran por casualidad durante un crimen en curso. Normalmente actúan simplemente de forma preventiva; están ahí y se aseguran de que no olvides su presencia.

Grijpstra y De Gier me visitaron dos veces más, después de lo cual dejaron de venir. ¿Qué tenían que demostrar? ¿Qué les importaba realmente? Los detectives de la Escuadra de Homosexuales se sumergen en un mar de depravación a diario. Cuando me visitaban, me dejaban hablar mientras me miraban, informándome cortésmente y en silencio que me consideraban un hombrecillo desagradable y un tipo astuto. Como si necesitara su ataque tácito. Ya tengo suficientes críticas; autocrítica. Su reproche sí me afectó, especialmente el del suboficial, de quien, dada su actitud paternal, pensé que podría esperar algo de comprensión.

Bien. Papá muerto, asunto mío. Huup apareció al día siguiente, recordándome mi promesa; tenía que nombrarlo director ahora. Mónica vino y se sentó en el banco de visitas. Les pregunté si no podían esperar un momento. Los detectives aún no habían cerrado el caso. ¿No sería mejor mantener la distancia por el momento?

Seguían volviendo e insistiendo, y cada vez era más difícil mantenerlos a raya. Huup empezó a llamarme "colega" otra vez, y Mónica me acariciaba los muslos por debajo de la mesa.

La expresión "ejercicio de dedos" volvió a cruzar por mi mente. Tenía que deshacerme de Huup y Mónica; la amistad, si es que alguna vez existió, se estaba arruinando por el recuerdo de lo que habíamos hecho juntos. ¿Cómo te deshaces de la gente? ¿De una vez por todas? ¿Acaso el asesinato de papá no fue un buen ejercicio de dedos? La connotación sexual que le dábamos al término podía desaparecer. ¿Acaso no era yo un experto en asesinatos?

Deshacerme de Huup fue sencillo; el ejercicio de dedos terminó en un abrir y cerrar de ojos. Huup siempre me subestimó; un error imperdonable entre criminales. Si creces con alguien, es lógico que lo conozcas bien. Doy la impresión de ser perezoso y suelo parecer tonto, pero Huup debió de mirarme a los ojos, que estaban un poco demasiado juntos, con bastante frecuencia.

También sabía que me había doctorado con honores, que jugaba al ajedrez de maravilla y que solo me reía con chistes groseros porque veía la profundidad que se escondía tras la vulgaridad. Al parecer, no lo sabía lo suficiente.

¿Cuál era el punto débil de Huup? ¿Qué circunstancias debía combinar? Yo tenía dinero, Huup no. Huup tiene aficiones caras, y su peculiaridad más costosa es su afición por los tipos duros. Le encantan los verdugos que hacen sonar las cadenas. Los verdugos se contratan, sobre todo si son adictos a la heroína, y yo encontré un ejemplar espléndido en un bar de yonquis que, a pesar de su mente nublada, comprendió rápidamente cómo quería utilizarlo. Claro que no le dije que Huup tiene el cráneo ovalado y que casi muere de una fractura de cabeza cuando, de niño, recibió un golpe en la cabeza durante una lucha libre. Le dije que a Huup le gustaba que lo golpearan, preferiblemente en la cabeza, y si era posible con una cadena de acero. El golpe en el patio de la escuela fue con la mano desnuda. ¿Qué no podría lograr el tipo fanfarrón entrenado en el café de chatarra con una gruesa cadena?

Huup se desplomaba de vez en cuando. Lo llevé al sofocante trastero y lo presenté al verdugo. Le di a Huup algunos billetes para consolidar la nueva amistad y seguí dándole dinero, pero no duró mucho. Encontraron a Huup temprano por la mañana en un callejón, entre otras inmundicias. Todavía sangraba por la cabeza. Murió murmurando. El callejón se llama Gebed Zonder Eind (Oración Sin Fin).

Mónica era más difícil, pero como dijo Huup, querer es poder. Conocía a Mónica a la perfección; sabía cuál era su punto débil. Mónica era alérgica al glutamato monosódico, esa sustancia que usan los cocineros chinos para realzar el sabor de la comida rancia. También se usa para ablandar la carne. A Mónica no le sentaba bien. Le provocaba mareos; con una sobredosis, incluso se desmayaba.

Compré una lata de glutamato monosódico.

Tras la muerte de Huup, su parte de Mónica pasó a ser mía, y nuestra relación más íntima creó obligaciones. Me pidió regalos, y le regalé un deportivo italiano de morro alargado. A Mónica le encanta conducir rápido, no respeta los semáforos y se cruza delante de los demás en el tráfico. Además, conduce muy bien, así que mis expectativas no se cumplieron de inmediato. Tenía prisa, de ahí la lata.

Mónica es vanidosa.

Todos los factores se dieron, y llegó el día en que pude juntarlos. Estábamos de vacaciones en París y la llevé a un restaurante de tres estrellas, justo al lado de la circunvalación principal del centro. A Mónica no hay nada que le guste más que recorrer esa autopista a toda velocidad, todo el día si es necesario, cambiando de carril a escasos centímetros del coche de al lado.

Fui excesivamente amable y pedí su plato favorito: un filete mignon con champiñones. «¿Qué te pasa en el pelo?», le pregunté justo cuando iba a cogerlo. «¿No está bien?» «Está ridículo. Completamente encrespado. ¿No puedes peinarlo bien?»

Fue al baño para comprobar si tenía razón y espolvoreé glutamato sobre el filete, aplastándolo con el tenedor para derretir los gránulos. Volvió, terminó el filete y entonces se molestó por mis comentarios groseros. Parecía que me había puesto de muy mal humor y solté un comentario sarcástico tras otro. Mónica no se enfada fácilmente, pero si le señalas su lenguaje primitivo, suele funcionar. Le dije que ser guapa podía estar bien, pero que no era más que superficial, y que uno podría esperar algo de inteligencia y educación de una mujer. Se enfureció y se marchó. Había dejado las llaves del coche sobre la mesa para que las cogiera. Nos alojábamos en un hotel a la vuelta de la esquina; sabía que podía encontrarme allí más tarde. Le grité otra palabrota, me senté de nuevo y pedí un coñac. Para cuando se tomó el segundo coñac, debió de estrellarse. Los gendarmes me enseñaron después cómo había ocurrido el accidente. «La señora iba a toda velocidad». Ciento cuarenta, pensaron; al parecer, se puede saber por las marcas de frenada. Las marcas de frenada eran breves y atravesaban directamente la barandilla que protege la autopista. El coche de Mónica salió disparado brevemente y luego chocó contra una intersección más baja, y un parisino en un Renault, padre de cuatro hijos, que volvía a casa después de una noche de horas extras en su oficina.

Ese difunto, buen e inocente caballero francés se ha vuelto insoportable para mí; aparece en todos mis sueños y no deja de preguntarme si no podría haberlo arreglado de otra manera. «¡Cuatro hijos, señor!». No se me habría ocurrido.

Los animales de papá también me persiguen. El perro come mal y sufre de eccema, y el gato me espera en rincones escondidos y se abalanza sobre mí, siseando y arañando. Una vez fui amigo del gato; me traía bolas de papel arrugado que yo tenía que tirarle y que luego recuperaba. Ya no puedo conciliar el sueño sin pastillas, y con ellas sigo asesinando a mi padre y a mis amigos,

una y otra vez, en meticulosas repeticiones de lo que realmente sufrí. Papá muere durante el continuo ejercicio de dedos de Mónica, el cráneo ovalado de Huup se abre bajo la cadena del verdugo. El esbelto cuello de Mónica se echa hacia atrás bruscamente cuando el coche deportivo se estrella contra los adoquines parisinos; oigo el crujido de sus vértebras. El educado caballero francés también se queda sin aliento y luego se acerca a preguntar amablemente si no se podría haber hecho de otra manera.

El suboficial Grijpstra dejó su tarjeta, con la petición de que le llamaran si se les ocurría algo más. Bueno, se me ocurrieron muchas cosas. No le llamaré yo mismo, suboficial, aunque su número privado también está en la tarjeta, pero ya es de noche y usted está sentado, probablemente junto a su esposa, viendo la televisión tranquilamente. Llamo a su emisora de radio. Los agentes que se encargarán del caso rutinario le harán llegar mi carta más tarde.

Informe de la emisora de radio, comisaría de Ámsterdam

...Enero de 198; hora: 19:37 horas. Transcripción literal de la conversación: «Hola, ¿es la policía?» (Sí) Debes escuchar esto.

Me llamo Pieter Habbema y te llamo desde mi oficina, Editorial Habbema, Herengracht 610. Voy a... eh... pegarme un tiro en la cabeza. (No debería hacer eso, Sr. Habbema) ¿Qué dijiste? (Repetición)

¿Que no debería hacer eso? Vamos, agente. Ojos que no ven, corazón que no siente. (Sr. Habbema...)

No, guarde silencio un momento. Hay una carta esperándolo, para los detectives. Todo está en la carta. Los motivos. Cómo llegamos a esto. Completo. Culpable y bien. Ahora solo apriete el gatillo. (un clic) ¿Qué pasa? ¿Clic? Ajá, ya lo veo. El seguro sigue puesto. Siempre soy tan torpe. Bien, arriba, y listo para disparar. ¿Ve? Se ve el círculo rojo. Ahí va. (un disparo)

Informe del coche patrulla 6/7; hora 19:54 ...y encontramos el cuerpo sin vida de un hombre. Carta presente...

Los asesinatos en el Callejón de la Beguina Loca

—Sigue ahí parado —dijo el jefe de policía Cardozo—, y hace media hora estaba exactamente igual. Debajo de ese olmo. ¿Lo ve?

El suboficial Grijpstra miró.

—Ahí parado, mirando fijamente el agua. Sin parar. Ni siquiera mueve las manos. ¿Qué hay que ver?

Grijpstra gruñó.

—Siempre hay algo que ver. Unos pedazos rotos. Latas vacías. Una gaviota en un trozo de madera.

Siguió caminando, vaciló al notar que Cardozo no lo acompañaba y regresó lentamente. Al suboficial le importaba poco que estuviera perdiendo el tiempo; de todos modos, no había nada especial que hacer. Oficialmente, estaban de vigilancia, controlando el barrio rojo de Ámsterdam, el municipio que les proporcionaba trabajo, a ellos y a unos tres mil policías, para mantener la paz y el orden.

Los dos hombres, ahora una pequeña isla tranquila en el flujo de potenciales clientes enloquecidos por el sexo, podrían ser padre e hijo; o conocidos dispares que representaban cada uno un estrato de la población de Ámsterdam. Grijpstra, con su pulcro traje azul oscuro, adornado con una impecable raya diplomática, podría pasar por un ciudadano ejemplar, aunque la presencia de este corpulento y aparentemente educado caballero en la intersección de la Steeg van de Dolle Begijn y la Rechtboomsloot no era de fácil explicación. Cardozo, treinta años menor, encajaba mejor en este ambiente: con su cabello rizado y chaqueta arrugada de Manchester, su andar desenfadado y ágil, sus miradas furtivas dirigidas a las mujeres semidesnudas que llenaban los escaparates. Podría ser un estudiante, planeando malgastar una buena parte de su paga mensual allí. De hecho, era un estudiante, ocupado en aprender el arte de la investigación, y el ayudante debía enseñarle los trucos del oficio.

—¿Pero qué mira ese tipo? —preguntó Cardozo con voz lastimera.

El suboficial se limitó a encender un pequeño cigarrillo negro. Cardozo tosió cuando el humo le llegó a su nariz, de hermosa forma curva. Tiró de la manga del suboficial.

—Escuche, suboficial. No entiendo esto. También es difícil quedarse quieto tanto tiempo. Lo sé porque lo he intentado muchas veces cuando he estado de servicio. ¿Podría estar enfermo ese hombre? Creo que deberíamos decirle que siga caminando. Fíjese en esos pequeños matones de allí, esos fanfarrones con sus chaquetas de cuero y sus pendientes. Son unos punks, y de los malos. Si dejamos la situación así, se le acercarán sigilosamente y lo empujarán al canal. Entonces podría lastimarse, o incluso ahogarse. ¿Puedo ir a verlo un momento?

—No.

La mano pesada de Grijpstra descansaba sobre el hombro de Cardozo.

—Pero te diré lo que puedes hacer. Invítame a entrar en ese bonito café y pide una salchicha gruesa y una taza de café. Quizás entonces te cuente una historia y te ponga al día sobre lo que está pasando aquí. Esa historia es bastante complicada, porque hay cuatro cadáveres, pero si escuchas con atención, aprenderás algo.

Cardozo consideró la propuesta.

—¿Pago?

—Sí.

—¿Y ese tipo que está ahí parado mirando al agua aparece en la historia?

—Sí.

—¿Una historia de asesinatos?

—Tres asesinatos, un suicidio.

—¿Sucedió recientemente?

—Sí.

Cardozo parecía desconcertado.

—¿De verdad estás seguro? ¿Cómo es posible entonces que no sepa nada de esos asesinatos en este barrio? Leo el expediente todas las mañanas; incluso llego a la comisaría especialmente temprano para saber qué ha pasado esta vez.

Grijpstra sonrió con paciencia.

—Porque no hubo denuncias de asesinato.

—¿Lo dejaron pasar? ¿Hicimos algo mal? ¿Nosotros, el escuadrón de homicidios?

Grijpstra soltó una risita.

—Usted y yo, y una docena más. Los detectives inteligentes que forman la brigada, que ahora mismo no tienen trabajo porque supuestamente no pasa nada. No, no, no hicimos nada mal. Pero ese hombrecito que no se mueve de ahí es la prueba viviente de que no tenemos que meternos en todo.

El suboficial presionó con fuerza el pecho de Cardozo con dos dedos.

—La policía mantiene el orden público. No es nuestra intención contribuir a perturbarlo. Hay muchas cosas que no nos incumben. —Señaló—. Tu señor sobrevivió a la terrible experiencia; puede que no debiera haberlo hecho, pero eso no es asunto nuestro. Somos agentes del orden, no ángeles guardianes.

Cardozo volvió a mirar al sujeto de la conversación antes de dejarse llevar por el suboficial al café.

—Parece medio muerto. ¿Lo está?

—Sí —dijo Grijpstra—. Buenas noches, señora. Una buena salchicha grasienta en un panecillo blanco recién hecho y un café. Lo mismo para mi amigo, que paga él. Describe a nuestro hombre —dijo Grijpstra cuando por fin terminó de limpiar su plato y tragarse los restos del panecillo.

Cardozo miró por la ventana.

—Hombre. Blanco. Mide un metro ochenta y cinco, pero no pesa más de sesenta kilos. Unos veinticinco años. Creo que no se molesta en quitarse la ropa antes de acostarse, y el lavabo está atascado. Ha perdido la navaja de afeitar y el barbero no le ha cobrado nada en meses.

—¿Un vagabundo?

Cardozo dudó.

—¿Borracho? ¿Yonqui?

Cardozo volvió a mirar.

—Un drogadicto, tal vez. Diría que viene de buena familia y que estudia aquí en la universidad. Todavía conserva algo de prestigio. Hay muchos estudiantes viviendo en este barrio, en los pisos superiores de las casas del canal. Los áticos no dan mucho de alquiler y a las prostitutas no les gusta subir muchas escaleras. Sí, un estudiante, y su habitación no está lejos.

Se giró hacia el suboficial.

—¿Tengo razón?

—Vas por buen camino. ¿Qué más ves?

Cardozo miró, pensó y habló.

—Creo que está loco, demente. ¿Qué hizo exactamente? ¿Asesinó a su novia? Pero dijiste que había cuatro cadáveres. ¿No es exagerado?

Negó con la cabeza.

—De ahora en adelante, todo es cuestión de suerte. Necesito más información. —Imitó la voz de un ordenador—. No hay suficientes datos, no hay suficientes datos.

Grijpstra asintió.

—Bien, entonces es mi turno. Lo que ves ahí es la mitad de un par; y la otra mitad ya no está en la Tierra. La mitad que desapareció era un pequeño llamado Rikkie, y sus restos se conocen como Robert. Rikkie murió porque creía que podía volar. Podía, sí, pero solo hacia abajo. Siete pisos más abajo y ¡plop! ¿No es extraño que siempre hagan "plop" al chocar contra los adoquines? Uno esperaría un crujido seco si se rompieran los huesos; pero no, solo se oye ¡plop! Un sonido húmedo.

—¿Bajó volando?

—Igual que la beguina que da nombre al callejón. Una beguina es una monja. ¿Conoces esa historia?

—No.

Los labios carnosos de Grijpstra se curvaron hacia abajo con desaprobación.

—Deberías conocerla. La historia de la ciudad es particularmente interesante, jefe de policía, y explica el presente, entre otras cosas. Escucha. Este callejón no existía todavía en el siglo XVII, y lo que sí existía era un sendero que conducía a un convento, un edificio bastante grande rodeado por una muralla y un patio de baldosas entre la muralla y la casa. En el convento había monjas, mujeres santas que intentaban rezar mejor que sus compañeras. La monja que da nombre al callejón ganó. Contó diez veces más cuentas que sus hermanas y murmuraba mientras contaba. Ni que decir tiene que fue canonizada y experimentó hermosas visiones y desarrolló poderes milagrosos. Y si eso no era evidente, ella lo creía de todos modos.

—¿Ah, sí?

—¿No creerás que me lo estoy inventando? Pues bien, esas otras monjas, que eran un poco lentas y pecadoras, molestaban a esa buena mujer, y todo ese comportamiento torpe a su alrededor la perturbaba tanto que las mató a todas. Y cuando terminó, se fue volando.

—¿Arriba o abajo?

—Abajo. ¡Hop! —al patio.

—¿Plop?

—Por supuesto.

—¿Y Rikkie repitió el pasado?

—A su manera. Rikkie es el cuarto cadáver en mi relato contemporáneo. El primer cadáver fue el de una chica que vivía aquí en el callejón, una chica dulce, de provincias.

Grijpstra guardó silencio. Cardozo alzó las manos.

—Continúa, suboficial, ¿por qué murió esa dulce muchacha? ¿Era una prostituta?

—Una prostituta ocasional. No se sentaba tras la ventana porque vivía en una habitación de arriba, pero se dejaba llevar de vez en cuando, aunque no aceptaba a cualquiera que le atrajera. Al principio era una buena chica, pero cuando la agencia de empleo dejó de darle trabajo porque cometía demasiadas faltas de ortografía y debido a su apatía general, se dedicó a la prostitución.

—¿Consumía alguna sustancia?

—No encontré ninguna pista. Lo único que se sabía era que no había vaciado su buzón durante unos días y que los vecinos estaban preocupados y llamaron a la oficina. Mandé derribar la puerta. Se llamaba Annie y estaba acostada en la cama.

—¿Muerta?

—Sí, durante un par de días, según el médico. Llamé a otro médico y se puso bastante nervioso. El veneno era supuestamente exótico: veneno de serpiente del norte de África. Quedaba un poco en un frasco extraño y abombado, y el resto se encontró en su sangre. El veneno mata mediante una parálisis lenta e indolora. Los técnicos del laboratorio se pusieron rojos. Lo consideraban raro, muy raro.

—¿Y usted también empezó a preocuparse?

Grijpstra suspiró.

—¿A mi edad? Pero sí fui a trabajar, todavía no soy demasiado viejo para eso. La chica no tenía amigos árabes ni negros. Parecía que solo se relacionaba con un tal Robert y un tal Rikkie, estudiantes que ocupaban el ático de la casa de enfrente. Como vecinos de enfrente, se hicieron amigos y a veces desayunaban juntos los domingos por la mañana; amigos, ¿sabes?, amigos.

—¿Robert y Rikkie no serán homosexuales por casualidad?

—No del todo, todavía había espacio para la relajación habitual.

—¿Se acostaban con ella?

—Rikkie con frecuencia, Robert de vez en cuando.

—¿Cómo sabes todo eso?

Grijpstra desestimó la pregunta con un gesto.

—Recopilar información, a través de los vecinos, los comerciantes y la cafetería donde estamos ahora, es un trabajo rutinario. También fui a la universidad donde estudiaban Robert y Rikkie. Ambos resultaron ser estudiantes de cuarto año de psicología, y ambos muy prometedores. Deberían haber recibido su notificación en uno o dos años. ¡Unos caballeros brillantes!

—Ajá.

Grijpstra arqueó las cejas.

—¿Entiende el jefe adónde voy?

—Todavía no del todo, pero empiezo a ver la lógica. Sigue un rato, suboficial.

—No.

Grijpstra chasqueó los labios.

—¿Un vaso de leche? Nada de cerveza, seguimos de servicio.

—Lo que quieras.

Trajeron la leche. Grijpstra se aclaró la garganta.

—Estudiantes brillantes. Y viajeros, también, cruzaban la frontera en cada período de vacaciones. Una vez fui a presentarme a los caballeros, y cuando subí con ellos, les pregunté si podía ver sus pasaportes.

Cardozo aplaudió.

—Sellos del norte de África.

—Sí, y me los llevé y los encerré una noche, porque tenía serias sospechas. Incluso se pusieron parlanchines a esas horas y dijeron que Annie quería suicidarse y que se había apropiado del veneno que habían traído consigo; algo curioso. Pero aún así, no había mucho de cierto en ello, porque los hechos no apuntaban a un suicidio. La chica parecía impecable, su habitación estaba limpia y bien cuidada: libros en la estantería, flores en un jarrón, un pequeño televisor, geranios en el balcón; ese tipo de ambiente no encaja con un suicidio, esperaba más desorden, más caos, eso es lo que se suele ver en personas que ya no ven salida. Sin embargo, se había suicidado.

—Ajá —dijo Cardozo—. ¿Y entonces fuiste y les diste un buen empujón a los sospechosos?

—Para nada. Simplemente los dejé ir a casa. Por cierto, la muerta no estaba embarazada, se me olvidó mencionarlo, y deberías haberlo preguntado. Y había una nota que decía que se había suicidado, sin más explicaciones. Ese también es un punto importante que podrías haber mencionado fácilmente.

—Disculpe —dijo Cardozo.

—Mejor suerte la próxima vez. Así que esos muchachos volvieron a casa, con una hermosa casa, construida con maestría, con paneles finamente elaborados y auténticas pinturas, bellas obras abstractas. Muchos libros también, discos y casetes, un equipo de sonido de primera clase, alfombras persas.

Grijpstra frunció los labios con admiración.

—Sí. Magnífico.

—¿Un dormitorio?

—Sí, con una cama doble.

—¿Así que pensabas que odiaban a las mujeres y por eso tuvieron que acabar con el sufrimiento de una de ellas?

Grijpstra se limpió los labios con una servilleta.

—Se me pasó por la cabeza. Robert y Rikkie eran aspirantes a psicólogos, así que podrían haberle dado un codazo a Annie. No es una mala hipótesis, pero es imposible de probar. Pensé en dejarlo así y ver qué pasaba. Los sospechosos siempre cometen errores, y un buen policía tiene paciencia.

—¿Qué clase de errores?

—Ya sabes —dijo Grijpstra—. Una vez trabajé con un oficial francés y aprendí un poco de francés en la secundaria. Por eso entendí lo que quería decir ese hombre cuando dijo que *l'histoire se répète* [la historia se repite]. Nada realmente nuevo sucede jamás. Esa monja de hace un momento era una arpía arrogante, pero la fulana cayó rendida ante su cara de santa. Los listillos siempre se pasan de la raya; aprenden un poco y luego creen que ya lo saben todo. Un error que a veces cometo yo mismo.

—¡No, seguro que no!

Grijpstra lo miró con severidad.

—Lo siento, suboficial. Estaba haciendo una pequeña broma.

—A veces —dijo Grijpstra en voz baja— uno se pasa de la raya.

El suboficial empezó a levantarse. Cardozo parecía avergonzado.

—De verdad lo siento. ¿Continúas?

Grijpstra volvió a sentarse.

—Escucha... ¿qué había logrado? Sabía que se había usado veneno de serpiente del norte de África y que mis dos sospechosos habían visitado la kasbah argelina y habían traído ese veneno. ¿Qué más sabía? Que una chica —de no más de veinte años— yacía muerta en una cama bien hecha. También sabía que era amiga de mis astutos anormales. ¿Qué más tenía? Una nota de

suicidio. Tuve que demostrar que esa nota había sido escrita bajo coacción, que existía algún tipo de extraña obligación involucrada. Apenas podía creer que la hubieran obligado a la fuerza a tragar veneno y escribir una nota. Ni látigos ni puños apretados. Pero no avancé más hasta que Rikkie murió y Robert sufrió una crisis nerviosa. Robert me contó cómo había sucedido. Habían manipulado a esa mocosa, tal como sospechaba. Annie, a pesar de su agradable vida, sufría de depresión. Rikkie se aprovechó de eso. La obligó a leer libros sombríos y la involucró en conversaciones destructivas. Se tomó el tiempo y el esfuerzo de dejarle claro que este planeta es un infierno, lleno de dolor y enfermedad, con campos de concentración, prisiones y manicomios, que la tortura empeora a cada hora, que el hombre está enfermo y su enfermedad es incurable. Demostró, aparentemente con total claridad, que no somos mucho más que ardillas encerradas en jaulas que pasan el tiempo sin sentido corriendo en una rueda que incluso nosotros mismos pusimos en marcha. ¿Conoces esa teoría?

—Soy judío —dijo Cardozo.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Los judíos sufren mucho.

Grijpstra lanzó un puñetazo que golpeó el brazo de Cardozo.

—¡Ay! ¿Por qué hiciste eso?

—Para que sufras aún más. Guárdate esas cosas para ti. El sufrimiento no es solo para el pueblo elegido, ¿sabes? Yo también sufro.

Cardozo se frotó el brazo. Grijpstra frotó su puño contra la mesa.

—Qué asco. Le deseo a Israel paz eterna y estoy dispuesto a admitir que los judíos son más inteligentes, pero esas patéticas palabras me dan asco. Un truco para hacernos sentir culpables, esos lamentos tuyos. ¿Has conocido a mi esposa?

—¿Ella también es judía?

—No. Ojalá lo fuera. Solo está gorda. Me hace sufrir.

—Bien —dijo Cardozo. ¿Y qué pasó después?

Grijpstra respiró hondo.

—Rikkie y Robert, paralizados, —señaló con la cabeza la figura inmóvil bajo el olmo—, pero sobre todo Rikkie, que estuvo más tiempo en la cama con Annie que su amigo, manipuló a la víctima hasta que quedó completamente desorientada y luego le aconsejó el suicidio, la única opción libre que un mortal tendría. Todos vamos a morir, pero tal vez se nos permita elegir el momento. Rikkie vino a decírselo, trajo la botella y prometió acompañarla.

—¿Tomaron el veneno juntos?

—Él bebió agua. Luego se levantó de la cama, borró todo rastro de su presencia y se fue a casa.

—¿El resbalón?

—También escribió una nota, pero se la llevó consigo.

—Y luego salió volando por la ventana; pero dijiste que había cuatro cuerpos; ¿de dónde sacaste los demás?

Grijpstra guardó silencio.

—¿Otras chicas?

Cardozo tocó el brazo de Grijpstra. Repitió la pregunta.

—No. Rikkie había demostrado ser un buen psicólogo y ahora era el turno de Robert. Robert iba a ganar el partido y logró crear una situación espectacular.

—¿Estaban experimentando?

—Lo inusual —dijo Grijpstra—. Lo que buscaban era la ruptura del superyó. ¿Conoces ese término?

Cardozo frunció el ceño.

—No lo creo. ¿Algo que trascienda el ego?

—La tradición —dijo Grijpstra—. La tradición no es más que un conjunto de tabúes. La sociedad crea tabúes para asegurarse de que todo siga su curso. No harás, y así sucesivamente. Bueno, ya hemos avanzado mucho en la destrucción de las barreras, pero aún quedan algunas. Hoy en día todo está permitido; puedes acostarte con tu madre, puedes insultar a la reina y todo el mundo roba al Estado; pero todavía no hemos llegado a la idea de que esté permitido matar. No matarás, el último mandamiento, jefe de policía Cardozo. Si ya no tienes que preocuparte por eso, eres verdaderamente libre, entonces eres la gran águila que se eleva en el cielo azul. Robert y Rikkie pretendían liberarse de tal manera que pudieran romper los límites del universo.

—¿Lo sientes?

—Creo que empiezo a sentir algo.

—Bien, sígueme un rato más. Ahora Robert tenía que enfrentarse a su superyó. Eligió su propio camino, pero su logro debía superar al de Rikkie. Un nuevo récord. Planeaba cometer dos asesinatos. ¿Recuerdas que me señalaste a un par de tipos hace un momento?

—¿Los punks? Ahí van otra vez. ¡Qué gentuza!

—Los punks. Fundaron un club aquí y todos los miembros son iguales. Pantalones cortos negros ajustados, chaquetas de cuero, gafas de sol. Se rapan la cabeza salvo unos mechones, hacen sonar cadenas, se cuelgan tapones de botellas de refresco de las orejas, etc. Se atreven a hacer cualquier cosa. Roban a ancianas, a personas discapacitadas, prenden fuego a habitaciones donde hay niños solos... No tienen mucha cabeza, pero hacen lo que pueden.

—Escoria.

—Bueno, todavía no son tan malos, hay algo más; están intentando integrarse. Robert estudió el club y preparó una trampa. Captó a uno, se lo llevó al ático cuando Rikkie no estaba, tuvo sexo con él y le dio dinero. El chico, como era de esperar, se había dado cuenta de que la casa guardaba bastantes objetos de valor y compartió ese conocimiento con sus compañeros. Cuando esos chicos entran a robar, se llevan todo lo que pueden, y lo que no se pueden llevar, lo rompen.

—Un momento —dijo Cardozo—, eso me suena. ¿El bote de pintura en aerosol?

—Sí. Robert no dejaba nada al azar. En Argelia conoció a un mercenario especializado en explosivos. Por dinero, ese hombre fabricaba una bomba con un bote de pintura en aerosol. Si alguien apretaba el botón, el bote explotaba; tenía una mecha incorporada para evitar que se desintegrara inesperadamente. Robert compró dos botes de pintura en aerosol con pintura negra y convirtió uno en una granada. Dejó los botes sobre la mesa, armó la bomba y salió por la puerta.

Los gamberros vigilaban la casa y se colaban en cuanto sabían que Robert y Rikkie no estaban. Encontraron los botes de pintura en aerosol, destrozaron uno y se volaron por los aires con el otro. Y no solo un poquito. Había suficiente TNT en esa cosa horrible como para arrancar el techo de la casa. No había visto semejante desastre desde la guerra. Una estantería estaba negra de pintura y la otra roja de sangre. Los brazos y las piernas de esos chicos colgaban de los agujeros en la pared de la cocina y una mano estaba pegada a una viga del techo, y se cayó al suelo mientras yo miraba.

—¡Ay!

—Sí. ¡Pum! ¡Chapoteo! Pero Robert se había excedido. Rikkie llegó a casa esa noche. Rikkie era un chico astuto, pero tenía un sistema nervioso normal. Annie había muerto en paz, se había quedado dormida y luego, gradualmente, pero lo que Robert había hecho resultó una escena que ni los fascistas querrían ver. A Rikkie se le salieron los ojos de las órbitas y sintió un mareo. El shock fue demasiado para él; tuvo que escapar y lo hizo por un agujero en la pared frontal.

—¿Viste eso?

—No, pero estaba cerca. No tenía ganas de irme a casa ese día cuando terminó mi turno; nunca lo hago, por cierto. Estaba en el restaurante chino, a una calle de distancia, comiendo fideos, pero las sirenas me molestaron y dejé los pequeños gusanos blancos sin tocar. Robert también llegó cuando yo llegué a la propiedad en cuestión. El sospechoso tenía su excusa preparada. Según nuestro brillante psicólogo, los punks habían planeado volar su apartamento, pero la bomba explotó demasiado pronto. Rikkie se cayó a través de la pared del susto. De nuevo, no pude probar nada. Los restos de los botes de pintura en aerosol no me dieron la pista correcta. Escuché la divagación de Robert y volví al restaurante chino con vagas sospechas. No fue hasta que Robert se derrumbó —unos meses después, me lo encontré en el canal y me detuvo— que comprendí la verdadera situación.

—¿Pero seguro que te diste cuenta de que Robert lo había planeado todo?

—Sí, pero no entendí los detalles hasta que él mismo me los señaló.

—No le arrestaste.

—No —dijo Grijpstra—, y estás preguntando lo obvio. Ahí está Robert, disfrutando de su libertad. Las pruebas que necesitaba para el arresto se esfumaron con él.

Cardozo volvió a mirar a Robert, que seguía inmóvil, a menos de quince metros de distancia.

—Lo entiendo. Una confesión durante una crisis nerviosa no tiene suficiente valor. Si hubieras esposado a Robert, una vez en la celda, podría cambiar de opinión, y entonces solo necesitarías un abogado bien descansado para dejarle claro al juez que la policía ha vuelto a incumplir las normas.

—Exacto. Entonces te quedas ahí parado como un agente inepto, delante de gente perezosa como siempre, tartamudeando alegremente. El sospechoso queda en libertad por falta de pruebas. Todo el mundo está enfadado contigo, incluso el fiscal. Ya he vivido eso suficientes veces.

—¿Y qué?

—En caso de duda, el agente investigador prefiere no hacer nada. Yo no hice nada. Sigo sin hacer nada.

Un escalofrío recorrió la espalda de Cardozo, provocando otro escalofrío que le hizo temblar todo el cuerpo. Grijpstra miró por la ventana.

—Y ahí está nuestro superviviente. No lo arresté y, de alguna manera, logró seguir funcionando. Su experimento no tuvo un éxito completo porque el superyó continuó ocultando el horizonte de la acción humana.

—¿Quizás aún no se ha dado cuenta del fracaso?

Grijpstra hizo un gesto de disculpa.

—El seguro pagó los daños; renovar y redecorar el apartamento, eso, naturalmente, mantiene a un chico como él ocupado un tiempo. Y Rikkie se fue, hay que pensar. Eso también ayudó. Como compañero, debió de ser una molestia. Una calma y una paz sin precedentes, de repente. Robert siguió estudiando con diligencia, aprobó otro examen, pero luego empezó a soñar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo contó. Nos encontrábamos de vez en cuando. Todavía me reconocía de aquella vez. Luego me contaba lo que le pasaba por la cabeza. Al principio, solo eran sueños, y solo los tenía de noche, como es normal, pero luego llegaron las alucinaciones y ya no le importaba si era de día o de noche. Se topó de nuevo con los punks, y con Rikkie, y también con Annie. Aquello lo volvió loco y empezó a murmurar y a poner caras raras. Eso también pasó, todo pasa. Ahora... Ahora está mirando el agua del canal.

—¡Dios mío, qué manera de engañarse a sí mismo! ¿Adónde va todo esto, suboficial?

Grijpstra no oyó la pregunta. Miró a los dos punks.

—Oigan...

Cardozo fue el primero en llegar a la puerta, a todo galope. También había visto a los punks, y sus rostros, maquillados según la última moda siniestra, con rayas de rímel para acentuar los pómulos y belladona goteando en sus ojos, de modo que la mirada, a la vez sensual y amenazante, hechizaba a la presa. Grijpstra también corría, torpemente, pero con determinación.

Cardozo corría, pero no lo suficientemente rápido. Llegó justo a tiempo para oír el chapoteo. Los punks habían cumplido su cometido, con una patada y un empujón. Ya casi se habían ido, pero aún eran visibles al final del canal.

Cardozo se esforzó al máximo, inclinado, con los brazos moviéndose bruscamente; sus pies apenas tocaban los adoquines. Pasó volando junto al primer punk cuando su mano resbaló y golpeó al chico debajo de la oreja izquierda. No se molestó en ver caer a su víctima, sabiendo que Grijpstra ayudaría al sospechoso a levantarse. El segundo punk cometió un error; Miró por encima del hombro para calcular la distancia que lo separaba del vengador. Cayó al suelo. Cardozo ejecutó las llaves necesarias para esposar al sospechoso mentiroso. Luego, levantó al muchacho de un tirón y lo arrastró de vuelta al lugar donde Grijpstra había hecho sonar su silbato.

Aparecieron agentes uniformados, se desnudaron y se zambulleron en el canal. El cuerpo de Robert fue sacado de las aguas tranquilas. Las radios móviles crepitaban entre los vapores que se elevaban del agua; una ambulancia retrocedió, haciendo sonar su sirena recién apagada.

—¿Muerto? —preguntó Grijpstra a los paramédicos.

El conductor y su ayudante se arrodillaron junto al cuerpo empapado.

—Eso parece. Tiene una herida cerca de la sien, no muy profunda, por lo que se ve. Se cortó con óxido viejo, ahí abajo, claro. No es una mutilación mortal. ¿Por qué no nadó? Hoy en día todo el mundo sabe nadar, ¿no?

—Quizás no quería nadar.

—¿Qué?

—Quiero decir —dijo Grijpstra— que cayó de cara al agua y tuvo la opción de bucear o salir a la superficie. Eligió lo primero, porque de lo contrario seguiría vivo.

—Está bien —dijo el conductor de la ambulancia—. Los policías siempre hablan por encima de mi gorra. Se le ve muy tranquilo, ¿no cree?

Grijpstra y Cardozo se agacharon a ambos lados del cuerpo y observaron el rostro de Robert.

—Muy tranquilo —dijo Grijpstra—, y con razón.

Miró a Cardozo.

—Lo que ve aquí, jefe de policía —dijo el suboficial amablemente—, es un buen ejemplo de final feliz.

El Conejo de Pascua y el cadáver

La sirena del pequeño y abollado Volkswagen aulló de forma inquietante entre los árboles desnudos del Bosque de Ámsterdam. Acababa de pasar por encima de al menos tres señales rojas con franjas blancas, pero eso estaba permitido porque el cochecito pertenecía a la policía, aunque no estuviera identificado como tal. Aun así, parecía perdido en el parque vacío, y el aullido, que alternaba entre intensificarse y desvanecerse, sonaba débil y lastimero.

Era Domingo de Pascua y llovía. Los dos ocupantes del coche, el suboficial Grijpstra y el sargento De Gier, estaban acurrucados en sus impermeables, observando los chirriantes y oxidados limpiaparabrisas que apenas podían cumplir su función. Grijpstra acababa de decir que deberían pedir un coche nuevo, y De Gier asintió, pero ambos sabían que solo rellenarían el formulario cuando el pequeño vehículo se desintegrara por completo, y aún no había llegado ese momento. Aunque, quizás, después de todo… Bueno, la calefacción no funcionaba otra vez. Los detectives temblaban. Frío. Humedad. Y temprano, además. Ni siquiera eran las nueve, y ni un alma a la vista en el parque. En realidad, estaban de descanso, pero la central de radio del cuartel general los había despertado esa mañana. Supuestamente, había un caballero muerto colgando de un árbol en el Bosque de Ámsterdam, y les pidieron que fueran a echar un vistazo. Un cadáver, había dicho la operadora de radio, porque escribía poemas en su tiempo libre y amaba las palabras bellas.

El grueso dedo índice de Grijpstra pulsó un botón rojo y la sirena se detuvo en medio de un aullido. Llevaban un rato siguiendo los senderos sinuosos y solo habían visto garzas tranquilamente pescando en zanjas y charcos, aleteando lentamente solo cuando el coche se acercaba.

—¿Sabes quién descubrió el cuerpo? Todavía estaba un poco adormilado cuando me llamaron.

De Gier miró su cigarrillo humeante y luego dejó que su atractivo perfil girara lentamente hacia la izquierda, hasta convertirse en un rostro aún más hermoso, enmarcado por un bigote tupido y ancho bajo unos pómulos prominentes que acentuaban sus grandes y sensuales ojos marrones.

—Sí, un caballero deportista, de esos que visten chándal y trotan por ahí. No prestaba atención y casi se topa con los pies del cadáver. Y entonces empezó a correr aún más rápido, justo el tiempo suficiente hasta que llegó a la Amstelveense Weg y encontró una cabina telefónica. Luego llamó seis veces dos y seis veces dos nos llamaron, y aquí estamos.

De Gier bostezó.

—Al menos eso creo. Estamos aquí, ¿no?

—Estamos aquí —dijo Grijpstra, queriendo decir algo alentador cuando fue interrumpido por una sirena y, unos segundos después, por otra.

Dos coches negros se acercaron a toda velocidad al Volkswagen, y De Gier maldijo y giró bruscamente a la derecha. El Volkswagen dio tumbos sobre la hierba húmeda y se metió en un macizo de flores. De Gier frenó; el coche derrapó un poco más y se hundió en el barro.

Los dos coches negros se detuvieron, y unos hombres vestidos con traje corrieron hacia el césped. Los hombres sacaron el Volkswagen. Grijpstra bajó la ventanilla y miró fijamente hacia afuera.

—Buenos días, suboficial, buenos días, sargento —dijo el hombre que estaba más cerca—. ¿Dónde está el cuerpo?

—¿No deberían saberlo ustedes mismos?

—No, suboficial —dijeron tres hombres a la vez. Entonces el primero volvió a hablar—. Creíamos que lo sabía. Lo único que sabemos es que hay un cuerpo colgando en el Amsterdamse Bos y que este es el Amsterdamse Bos.

Grijpstra se volvió hacia el sargento.

—Sabes algo, ¿verdad?

La suave voz de barítono de De Gier canturreó las instrucciones. «Gire a la derecha después del estanque grande, luego primero a la derecha y después a la izquierda. O al revés. Por aquí cerca».

Los tres coches se alejaron lentamente, el más grande delante. No tenían que conducir mucho. Un caballero con una chaqueta deportiva azul brillante saltaba frenéticamente al borde de un camino. Cuando se acercaron, se dio la vuelta y echó a correr. Lo persiguieron hasta que se detuvo y señaló. Los expertos salieron de los coches negros y prepararon su equipo. Mientras se tomaban fotos y una grabadora de vídeo empezaba a grabar, los dos detectives rodearon el cadáver. El cadáver quedó inmóvil, hasta que Grijpstra resbaló y golpeó su hombro contra una pierna colgante. El cadáver se balanceó un instante, pero Grijpstra extendió una mano y restableció el orden.

—Bien —dijo Grijpstra. ¿No te parece?

El sargento murmuró algo y miró hacia otro lado.

—Presta atención un momento. Mira, trajo una silla plegable de camping y un rollo de cuerda nueva. La soga está perfecta, ¿no la ves? Dejó la silla, se subió a ella, la cuerda alrededor de la rama, la cuerda alrededor de su cuello, pateó la silla, ¡listo!

—En efecto —dijo un hombre—. Se acabó. Está muerto, y cuando uno está muerto, lo está. Un término correcto, suboficial. No encuentro nada relevante, salvo que está muerto. Y creo que se ahorcó.

—¿No hay señales de pelea, doctor? ¿Hematomas? ¿Contusiones?

—Por lo que veo, no. Lo examinaré detenidamente más tarde, pero el cadáver tiene un semblante tranquilo. Ya lo he visto antes. Ningún signo de pánico. No, de verdad, no hay nada de qué preocuparse. Un pequeño suicidio.

El sargento sintió que también debía hacer algo. Se obligó a mirar el cadáver y se aclaró la garganta.

—Unos sesenta años. Bien vestido. Ese traje tiene algunos años, pero lo llevaba a la tintorería con regularidad. Camisa limpia. Corbata nueva. Barba gris corta, recortada y peinada. Un hombre que no se descuidó.

El cuerpo fue descolgado y colocado en una camilla. El doctor se inclinó sobre el rostro y olfateó.

—Mmm, bebió algo. ¿Hay algo en sus bolsillos?

Otro hombre había palpado el cuerpo.

—Nada, doctor. Absolutamente nada. Quería mantenerse en el anonimato, supongo. Pero revisaremos su ropa más tarde. Quizás encontremos una marca de lavandería.

—Llévenselo, —dijo Grijpstra, tocando el codo de De Gier—, nos vamos, sargento. Todavía tenemos bastante que hacer hoy. Adiós, caballeros.

—¿Qué tenemos que hacer pues? —preguntó De Gier en el coche.

—Desayunar. Estamos cerca de Schiphol.

—No quiero café de una máquina expendedora.

—No —dijo Grijpstra—, tampoco lo conseguirás. Mostramos nuestras identificaciones policiales a la policía militar y cruzamos su puerta. Luego llegamos a un restaurante de verdad, para gente de verdad. Y luego vamos a comer comida de verdad. Huevos fritos. Tocino crujiente. Tostadas. Tomate. Sí, un tomate frito, ¡qué rico!

De Gier soltó una risita y dejó que el micrófono se moviera de debajo del salpicadero.

—Ese cadáver. Un hombre. De unos sesenta años. Traje azul de tres piezas. Dentición postiza. Ojos azules. Barba corta y gris. Sin papeles. Ya está de camino a la morgue. Se sospecha de suicidio.

—Gracias —dijo la radio.

—¿Tienen esa descripción? ¿Alguien que desapareció anoche?

—No, pero seguramente alguien llamará. Les mantendremos informados.

—Bien, entonces cerramos. Que tengan un buen resto de turno.

—¡Oigan! —gritó la radio.

—¿Sí?

—No tan rápido, sargento. Tenemos otro asunto.

De Gier frenó y apagó el motor. Un pato salió de entre la hierba alta y cruzó el camino, seguido de siete pequeñas bolitas de plumón que chillaban, en fila. La radio continuó hablando y dio una dirección al otro lado de la ciudad.

—Tienen que ir allí. La señora ha sido envenenada, probablemente con un huevo de Pascua de chocolate. La ambulancia que la recogió dio la alarma. Según el paramédico, el veneno podría ser paratión, una sustancia agrícola muy peligrosa, o arsénico. Le hicieron un lavado de estómago de inmediato y la enfermera pensó que se recuperaría.

Grijpstra extendió la mano y De Gier le entregó el micrófono.

—Zus —dijo Grijpstra—, ¿por qué tenemos que ir a casa de esa señora si acaba de ser ingresada en el hospital?

—No me llamo Zus —dijo la radio—, me llamo Sonja. Y el marido de la víctima sigue en casa. Un tal señor Moozen, abogado.

—¿No debería haber ido con su esposa?

—Las enfermeras llamaron del Hospital Wilhelmina. Dijeron que el señor era mejor que los esperara en casa; no se fiaban de la situación y no querían que los acompañara.

Grijpstra rió, roncando.

—No, si la señora está envenenada... Bien, ya vamos. Pero hoy tenemos el día libre, ¿sabes, Zus?

La radio crepitó.

—¿Hola, Sonja?

—Diviértete —dijo la radio—. Haz tu mejor esfuerzo. Y si hubiera podido enviar a otra persona, lo habría hecho, pero un tranvía se descarriló en algún sitio. ¿Sabes? ¡Cerillas!

—Ya sé —dijo Grijpstra—. Adiós, Zus. «

—¿Cerillas? —preguntó De Gier.

—Sí, es un chiste viejo. Coges una vaina vacía y la llenas de cerillas, solo las cabezas. Luego la cierras a martillazos y la metes en las vías del tranvía. Cuando llega el tranvía, las ruedas presionan la vaina con tanta fuerza y rapidez que la pequeña bomba explota. Si colocas varias vainas en fila, hay muchas posibilidades de que las pequeñas explosiones juntas generen la fuerza suficiente para arrancar el tranvía. Y entonces ya no puedes avanzar más.

—Qué bien —dijo De Gier—. Nunca lo he hecho.

—Yo sí —dijo Grijpstra—, a menudo. Cuando estaba en la escuela primaria, solíamos ir al campo de tiro a buscar casquillos, especialmente para eso. Era divertidísimo, toda esa gente con esas caras pálidas saliendo tambaleándose del tranvía, y un conductor tan tartamudo... no podías parar de reír.

De Gier miró por la ventana. El Volkswagen seguía circulando por las largas y desiertas avenidas de Nieuw-Zuid. Eran las diez y cuarto de la mañana y todos seguían durmiendo en silencio o de camino al baño, o a la cocina, a por la primera taza de café. Pero al menos un señor se había levantado temprano esa mañana y había salido a dar un paseo por el bosque, con una silla plegable bajo el brazo y un rollo de cuerda en la mano. Para acabar con toda esa miseria de una vez por todas. Un anciano, bien vestido, con una barba cuidada.

—¡Uf! —exclamó De Gier en voz alta.

Grijpstra acababa de cruzar un semáforo que había cambiado de naranja a rojo.

—¿Qué? —Oh, nada. Maldita sea.

—Sí —dijo Grijpstra—. Es verdad.

Siguieron conduciendo en silencio. El túnel de Coen también estaba vacío. Las casitas de Noord pasaron rápidamente y, al cabo de un rato, se convirtieron en bungalows. Grijpstra encontró el bungalow adecuado. La primavera había teñido de lila un magnolio detrás del seto de aligustre bien cuidado. El camino a la puerta principal estaba bordeado de brillantes azafranes amarillos.

—Azafranes —dijo De Gier—. Son unas florecitas bonitas, ¿verdad? De un color fresco.

—No me gustan nada —dijo Grijpstra—. Parecen hechas en una fábrica. Plantas de ordenador, los bulbos salen de una máquina y están programados de antemano para que se vean bonitos. Puedes llamar.

—Tengo hambre —dijo De Gier y llamó—. Esos crocos me recuerdan al queso. El queso es el desayuno. Y hoy podemos olvidarnos del desayuno.

La puerta se abrió y un hombre vestido con vaqueros y un suéter miró sombríamente a los detectives. Grijpstra mostró su placa de policía. El hombre asintió e hizo un gesto de invitación. Un hombre sacado de una revista femenina, alto, delgado, con un rostro de rasgos marcados y una barbilla prominente. Unos cuarenta años.

—Espero que esto no tarde mucho, caballeros —dijo Moozen—. Quería ir en la ambulancia, pero los paramédicos se opusieron. Quiero llegar al hospital cuanto antes; mi esposa está muy enferma.

—¿Estaba consciente su esposa cuando se la llevaron, señor Moozen?

—Apenas. No podía hablar.

—¿Había comido un huevo de chocolate?

—Sí. El huevo fue un regalo. De amigos, pensé. Esta mañana tuve que pasear al perro y me encontré con un conejito de Pascua en el camino. Un conejito enorme, de cuarenta centímetros de alto. Llevaba el huevo, envuelto en papel de aluminio, entre sus patas. Metí la dichosa criatura en casa y se la enseñé a mi esposa. Se rió, agarró el huevo de inmediato y empezó a comérselo. Le encanta el chocolate. Pero enseguida se puso muy enferma. Llamé a urgencias y afortunadamente llegaron en pocos minutos. Todo sucedió de repente. ¿Puedo ir al hospital ahora?

—Claro, le llevaremos. ¿Podríamos echarle un vistazo rápido al conejito de Pascua?

Moozen abrió la puerta de comunicación y un perrito negro saltó hacia los detectives, ladrando amistosamente. Moozen fue a la cocina y regresó con el conejito de Pascua en brazos. Grijpstra acarició al conejito con los nudillos. Chocolate puro.

—Qué aspecto tan desagradable tiene esa bestia —dijo De Gier.

La liebre tenía la boca desdentada abierta. Los ojos estaban muy juntos, hundidos en el cráneo. Las orejas estaban dobladas hacia atrás. Parecía como si la liebre estuviera lista para abalanzarse, golpear o roer.

—¡Uy! —exclamó Grijpstra.

—¿Nos vamos? —preguntó Moozen.

De Gier encendió la sirena y Grijpstra volvió a colocar la luz azul intermitente que había quitado del techo para el viaje de ida. El imán la succionó. La ciudad seguía tranquila; el trayecto fue corto. En el hospital, resultó que su prisa había sido innecesaria. La señora Moozen aún no había recuperado la consciencia. La enfermera, una chica enérgica que observaba a la compañía con semblante serio tras sus gafas de montura metálica, prometió que volvería si la paciente mejoraba.

—¿Podemos fumar aquí? —preguntó Grijpstra.

—Si es necesario.

Sonrió levemente, miró el cuerpo alto y ancho de hombros de De Gier con una mirada femenina y ansiosa, movió las caderas al darse la vuelta y salió de la sala de espera.

—¿Hay café por aquí, hermana?

De Gier gritó:

—Hay una máquina en el pasillo, pero está terminantemente prohibido fumar allí.

—Sí, claro —dijo De Gier a la puerta que se cerraba de golpe.

Se levantó y miró los carteles en la pared blanca. Una imagen de dos cigarrillos encendidos, cruzados bajo una calavera. Otra imagen de un niño pequeño perfectamente sano mordiendo una manzana. Un dibujo de un conductor ebrio (la embriaguez se indicaba con varias burbujas de aire dibujadas en círculo alrededor de la cabeza) con la leyenda «No si tienes un accidente, sino cuando tienes un accidente».

De Gier suspiró, apagó su cigarrillo en un cenicero de metal y entró en el pasillo. Regresó con café. Grijpstra ofreció puros. Moozen dijo que no fumaba.

—Bueno, entonces —dijo Grijpstra pacientemente, exhalando una densa nube negra de humo—, empecemos. ¿Tiene usted idea de quién odia tanto a su esposa como para querer envenenarla? ¿Acaso la señora tuvo una discusión con alguien?

La pregunta quedó suspendida en el aire en la pequeña habitación blanca. Moozen reflexionó un momento. Los detectives esperaban. De Gier miraba al suelo, Grijpstra al techo. Pasó un minuto entero.

—Sí —dijo Moozen—. Una discusión. Conmigo. Últimamente hemos tenido, bueno, dificultades. Pero en realidad ya se han solucionado. Al principio, pensamos en divorciarnos, pero ayer decidimos no hacerlo. Las cosas se han arreglado de nuevo.

—Vaya —dijo Grijpstra.

—¿Hubo algún problema en particular? —preguntó De Gier.

Moozen se enderezó.

—Sí. Mi esposa tenía un amante.

Su voz sonaba firme, cada palabra articulada con precisión.

—¿Tenía? ¿Ya no?

—Ya no. Empezó hace un mes más o menos. Problemas con la calefacción central. El sistema de calefacción es nuevo. Presenté una queja por escrito a la fábrica y recibí una respuesta inmediata. Me dijeron que enviarían a un técnico. Y vino. Tuve la impresión de que el sistema solo presentaba un defecto menor, pero el técnico no se iba. Prueba esto, revisa aquello. Todo tipo de trasteos con piezas nuevas que no encajaban. Y mi esposa estaba constantemente en el sótano. Le pregunté si veía algo en el hombre, y lo admitió; siempre es muy honesta. Dijo que se había enamorado un poco. El hombre se fue, pero siguieron viéndose. En moteles.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque mi esposa me lo dijo. Pero tuve que preguntarle; no lo dijo por iniciativa propia.

—¿Y no te lo tomaste en serio?

—No. Puedo aguantar un golpe, pero esto me afectó demasiado. La ex-esposa del técnico no está bien de la cabeza, está internada en una institución, declarada demente. Él se divorció hace poco. Los niños, por supuesto, se quedaron con él, dos niños pequeños. Mi esposa y yo llevamos seis años casados; nos gustaría tener hijos, pero hasta ahora no lo hemos logrado. Ella se quedó embarazada, pero perdió el embrión a los pocos meses. Sospeché que la idea de cuidar a los hijos de ese hombre le atraía. Y ella dijo que estaba enamorada. Así que insistí en que tomara una decisión. O ese hombre, o yo. No los dos a la vez.

—¿Y te eligió a ti?

—Sí. ¿Tuviste algo que ver con ese técnico? ¿Hablaron? ¿Se reunieron?

Moozen intentó sonreír.

—Sí, pero en aquel entonces solo hablábamos de problemas de calefacción.

—¿Sabe su nombre y dirección?

—Sí.

De Gier anotó los datos.

—¿Nos vamos, suboficial?

Entró la enfermera.

—La señora está mejor y consciente.

Moozen se levantó de un salto.

—Un momento, señor —dijo Grijpstra en voz baja—, nos gustaría hablar con su esposa un momento.

La enfermera condujo a los detectives a la habitación de la paciente. El rostro de la mujer estaba pálido como la muerte, pero sonrió cuando Grijpstra se presentó. De Gier la observó. Hermosa, menuda, esbelta, con una nariz ligeramente arqueada y una boca sensual.

—¿Se encuentra un poco mejor, señora? —preguntó Grijpstra.

—No muy mal.

—¿Tiene alguna idea de quién le hizo esto?

—No.

—La señora está muy débil —dijo la enfermera—, ¡deben irse ya!

—¿Podemos hablar con el doctor un momento? —preguntó Grijpstra desde el pasillo.

—El doctor está ocupado.

—Nosotros también, enfermera —dijo Grijpstra con un tono frío.

La enfermera levantó la vista alarmada.

—Por favor, acompáñenme.

—No va a morir —dijo el doctor—, pero por ahora está enferma, y muy enferma. El paratión es un veneno potente; le ha destrozado el estómago. Probablemente se recupere; por suerte, aún es joven, pero tardará un tiempo en poder comer algo rico. Será una dieta larga y difícil.

—¿Gachas de avena? —preguntó Grijpstra.

—Sí. Gachas de avena. Gachas de leche.

Grijpstra se estremeció. El doctor sonrió con aire de disculpa.

—¿Alguna idea de quién lo hizo? Todavía no.

La sonrisa del doctor permaneció en sus finos labios.

—Empezaría por el marido. La idea de que el matrimonio y el amor tengan algo que ver está desfasada. Si juntas a dos personas, el resultado es asesinato y caos, sobre todo si una depende de la otra. El matrimonio es una situación imposible; deberíamos abolirlo.

Los ojos azul claro de Grijpstra brillaron.

—¿Está usted casado, doctor?

La sonrisa del doctor se desvaneció.

—Por supuesto.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—El tiempo suficiente.

Grijpstra también parecía serio, y yo también. Pero el veneno es desagradable.

—Si la señora tiene algo más que decir, quizás quiera transmitírnoslo. Aquí tiene mi tarjeta de visita.

De Gier no dijo nada mientras conducía el Volkswagen entre el tráfico cada vez más denso. Grijpstra permaneció en silencio a su lado. El técnico resultó vivir en un edificio de apartamentos bastante grande. De Gier aparcó. Grijpstra encendió un cigarro nuevo.

—¿Podría ser una tragedia familiar?

—Tal vez.

—¿De verdad lo crees?

—¡De verdad lo crees! —repitió De Gier con desdén—. ¿Qué clase de pregunta es esa? No creo nada. Oí lo que dijo Moozen y lo que dijo esa pobre mujer —que, por cierto, no fue gran cosa— y lo recordaré todo. Los sospechosos tienden a mentir un poco a veces. La última vez que interrogué a una mujer envenenada... ¿te acuerdas? ¿Ese pequeño caso en West? Esa mujer se lo hizo a sí misma para echarle la culpa a su novio, y claro, se tragó demasiadas pastillas; casi muere también. Quizás esto sea una repetición. Pero ese conejo de Pascua... ¿viste a esa bestia?

—Sí. Una maldita bestia.

—Hecho especialmente para la ocasión. No se compra un monstruo así en el supermercado.

—Quizás deberíamos buscar un escultor; esa liebre estaba demasiado bien hecha, un aficionado no habría podido lograrlo. Tal vez el propio Moozen sea un tipo bastante artístico. ¿Cómo se hace un conejito de Pascua de chocolate?

Grijpstra intentó estirarse en el espacio reducido. No funcionó. Bostezó.

—Con un molde, creo, de yeso o algo así, y dentro se vierte el chocolate caliente.

—¿Un pastelero?

—O un técnico. Ellos también trabajan con todo tipo de materiales. Vamos a echarle un vistazo a ese amante-caballero.

El técnico era un hombrecillo delgado, con abundante cabello negro y despeinado, y unos ojos grandes y vivaces; un hombre nervioso, nervioso de una manera agradablemente infantil. De Gier recordó que la señora Moozen también era de baja estatura. El piso era bastante espacioso, con cuatro habitaciones. Tenían que tener cuidado de no pisar los juguetes de plástico esparcidos por todas partes. Dos niños pequeños jugaban en el suelo; el mayor fue inmediatamente a buscar su regalo de Pascua para enseñárselos. Una cesta llena de huevos caseros de chocolate. El otro niño también vino a enseñar su cesta; la suya era de un tamaño más pequeño que la de su hermano.

—Mi hermana y yo hicimos esos huevos anoche —dijo el técnico—. Ella vino a vivir aquí cuando mi esposa se fue, pero este fin de semana se va a casa de mis padres, así que tengo que cuidar a los niños. No podemos salir porque Tom tuvo sarampión, pero ya no es contagioso, dijo el médico. ¿Verdad, pequeño Tom?

—Sí —dijo Tom—. Klaas todavía tiene que contagiarse. Tuve un sarampión muy fuerte.

—Seguro que Klaasje también se contagiará —dijo Grijpstra con tono tranquilizador, pues Klaasje hizo un puchero—. ¿Eh, Klaasje?

—Sí —dijo Klaasje alegremente.

—Por favor, tomen asiento, caballeros. ¿Son de la policía? No entendí bien lo que dijeron, los niños estaban armando un escándalo.

—Detectives —dijo Grijpstra.

—¿Ah, sí? ¿Hice algo malo? ¿Quieren un café?

El técnico sirvió el café y los niños desaparecieron, cerrando la puerta de golpe tras ellos.

—¿Problemas?

—Sí, señor —dijo Grijpstra—. Por desgracia, solemos traer problemas. Esta mañana, la señora Moozen ingresó de urgencia; fue envenenada a propósito. Nos han dicho que usted la conoce.

—¡Annette! —exclamó el técnico—. ¡Dios mío! ¿Está grave?

De Gier hizo una pausa mientras liaba su cigarrillo y miró al sospechoso. Sus ojos marrones brillaban, pero no de placer. El sargento estaba a la vez interesado y deprimido. Reflexionó por enésima vez que no era apto para su profesión. No le gustaba molestar a la gente. Se removió en su asiento y su pistola automática le rozó la piel brevemente. Empujó el arma con impaciencia. No era el momento adecuado para recordar la violencia, la violencia letal que forma parte del equipo de todo agente de investigación.

—¿Qué pasó? —preguntó el técnico—. ¿Está en peligro de muerte?

—Primero una pregunta rápida, señor —dijo Grijpstra lentamente—. Dijo que su hermana y usted estuvieron ocupados haciendo huevos de chocolate anoche. ¿Quizás también hicieron un conejito de Pascua? El ingeniero dio una calada a su cigarrillo. Grijpstra repitió la pregunta.

—¿Conejito de Pascua? Sí, o no, en realidad. Lo intentamos, pero fue un desastre total. Teníamos un molde para los huevos, pero el conejito de Pascua tuvo que amasarse a mano. Al final, hicimos un pudín plano con forma de conejo. Le pedimos prestado el molde a los vecinos.

—¿Podemos echar un vistazo a la cocina?

El técnico no hizo ademán de levantarse.

—¡Envenenada! ¡Qué terrible! ¿Dónde está ahora?

—En el hospital.

—Por favor, dígame cómo está, no puedo soportar tanta tensión.

—El médico dice que está fuera de peligro, pero probablemente seguirá delicada de salud por un tiempo.

El técnico se levantó.

Sobre la encimera de la cocina yacían restos del chocolate que se había usado para los huevos. Grijpstra pidió un sobre y metió algunos trozos.

—¿Sabe que Annette y yo tuvimos una aventura?

—Sí, señor.

—¿Y le dijeron que ella rompió la relación recientemente? ¿Que prefiere quedarse con su marido?

—Sí, señor.

El técnico limpió la encimera con una esponja.

—Pero usted podría pensar que yo tuve algo que ver con el envenenamiento, después de todo, por celos o algo así. Pero eso no es propio de mí. Usted no puede saberlo. En realidad, no me importa mucho si sospecha de mí o no. ¿Puedo visitar a Annette? ¿En qué hospital está?

—En el Wilhelmina.

—Entonces iré para allá. Los vecinos pueden cuidar a los chicos un rato. ¡Qué desgracia! ¡Pobre Annette!

Grijpstra y De Gier ya estaban en el porche.

—Por favor, espere un poco más hasta que tengamos noticias suyas. Intentaremos llamarle o pasar hoy mismo si es necesario.

—Buen tipo —dijo De Gier cuando el Volkswagen volvió a aparcar en el patio de la estación principal—. Y la señora Moozen también me pareció muy simpática. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Voy a ir a la cantina —dijo Grijpstra—, tomar café, comer galletas, leer el periódico y pensar. Y tú vuelve a casa del señor Moozen y rómpele una oreja a esa liebre malvada. Llévala al laboratorio, junto con este sobre. Si los dos tipos de chocolate son iguales, tendremos algo de pruebas contra el técnico.

De Gier volvió a arrancar el motor.

—Quizás ese técnico no sea tan amable como parece. Y Moozen tampoco. ¿Cuál de los dos? ¿Podría ser que ese técnico haya vuelto loca a su propia esposa primero, para luego asesinar a su novia? Si los sospechosos tienen anomalías, hacen cosas terribles. La novia ya no quiere y termina con la boca llena de veneno. ¿Algo así?

Grijpstra se apoyó en la puerta de De Gier y se dirigió al patio vacío.

—No. Claro que podría ser, pero ese técnico me pareció muy confundido, porque algo terrible le había pasado a Annette. Si no hubiera mostrado tanta compasión y si esos chicos no hubieran estado correteando por el piso, lo habría interrogado a fondo.

—¿Y Moozen?

—Sí. Ese hombre es abogado. Los abogados pueden inventar las bromas más tontas. Hacer un conejito de Pascua o encargar uno. Guardarlo en el armario.

—Y por la mañana, supuestamente paseando al perro, dejar el Conejo de Pascua en el camino del jardín.

—Sí, sí, sí, sí, sí, —dijo De Gier y siguió diciendo «sí» hasta que Grijpstra se giró y le dio un golpecito en el codo.

—Ahora dices «sí», pero no pareces muy convencido.

—Yo tampoco —dijo De Gier—. Ese Moozen también sufrió; se sentía mal porque su esposa estaba en tan mal estado.

—Los asesinos también son personas, y también sufren.

De Gier volvió a asentir con la cabeza.

Grijpstra caminó hacia el edificio, negando con la cabeza, y se encorvó un poco. Se encontraron una hora después, en el comedor. De Gier trajo un plato de sándwiches. Grijpstra extendió la mano rápidamente. El suboficial ya se había terminado un sándwich antes de que el sargento se sentara.

—¿Entonces es el mismo chocolate?

—Eso no significa nada. Uno de los técnicos de laboratorio dijo que su padre es pastelero. Solo hay dos mezclas adecuadas para hacer huevos y conejitos de Pascua, y la mezcla de la que está hecho nuestro conejito, y con la que el técnico hizo los huevos, es la más fácil de conseguir.

—¿Y qué?

—Así que nos hemos metido en un lío. Volvamos a Moozen y veamos cómo están las cosas con su círculo de amigos y conocidos. Quizás Annette tenga aún más amantes, o la situación haya dado un giro inesperado y Moozen tenga una amante celosa.

De Gier quiso coger el último sándwich, pero Grijpstra se le adelantó.

—Se han acabado los sándwiches en la cantina.

—Qué pena —dijo Grijpstra con la boca llena. Masticó y tragó—.

—Oye, tenemos un mensaje sobre el cadáver en el Bosque de Ámsterdam. Un caballero cuya descripción coincide con la de nuestro cuerpo ha desaparecido. En la central de radio dicen que llamó una señora, la casera. Tenía alojado en su casa a un tal señor De Vries que últimamente se comportaba de forma extraña y salió anoche a la calle y no ha vuelto. Fue a preguntar al café de la esquina, y el dueño afirma que De Vries sí estuvo en el pub, pero que no se emborrachó y se marchó a las dos de la madrugada, que es su hora de cierre. La dueña dice que oyó la puerta principal abrirse y cerrarse dos veces a las dos de la madrugada. Después, probablemente fue a buscar su silla de camping y su cuerda.

—¿Un anciano con barba?

—Sí. —Bueno, entonces es él. Subiré a tomarle una foto; tomaron muchas esta mañana. Si esa señora es tan amable de reconocer al señor, al menos tendremos una cena hoy. ¿Sabe que se comió mis sándwiches, suboficial? ¿Y que todavía tengo hambre?

—No importa —dijo Grijpstra con satisfacción—. El pan engorda y hay que cuidar la figura. ¿Vamos entonces a ver a esa señora?

—Es él —dijo la señora, y se palpó la cabeza con cuidado, que estaba casi completamente cubierta por bigudís de plástico amarillo—. ¡Qué horror, qué horror! ¡Dios mío! Y era un hombre tan respetable. Llevaba cinco años viviendo aquí, ¿sabe? Normalmente no se quedan tanto tiempo. He tenido toda clase de gentuza aquí, pero el señor De Vries era un caballero. Una vez le dije cuándo era mi cumpleaños y me trajo flores, y al año siguiente también. Luego se le olvidó una vez y después...

—¿Tuvo dificultades, señora? ¿Preocupaciones?

La señora asintió tan rápido que los bigudís chocaron entre sí.

—Sí. Preocupaciones. No podía pagar sus deudas y las cosas iban mal para su negocio. Tenía una especie de pequeña fábrica en el callejón de aquí, a la vuelta de la esquina. Hacía cositas de cobre. Adornos, decía. Pero los vecinos se quejaban del ruido, y además parecía que apestaba. Ácidos y esas cosas, ¿sabe? Y luego tuvo que dejar el local, pero no sabía adónde ir, y mientras tanto no podía trabajar y no paraba de recibir cartas de advertencia. Le estaban volviendo loco. Y se pasaba la noche yendo y viniendo. En zapatillas para no despertarme, pero aun así lo oía.

—Gracias, señora.

—Estaba completamente solo —dijo la maestra mientras conducía a los detectives a la puerta principal—. Igual que yo. Y siempre fue tan educado. —Lloró—.

—¡Felices Pascuas! —dijo De Gier mientras abría de golpe la puerta del Volkswagen.

—Igualmente.

—Ahora, volvamos con el señor Moozen.

—Él tampoco estará contento cuando nos vuelva a ver; hoy no estamos haciendo feliz a nadie.

—No estamos aquí para eso —dijo Grijpstra—. Estamos aquí para mantener el orden. A veces creo que a la gente no le gusta el orden; maldita sea, es verdad.

Encontraron a Moozen en su jardín. Volvía a llover, pero el abogado no parecía darse cuenta de que se estaba mojando. Se quedó mirando sus crocos, o lo que quedaba de ellos. Los había derribado uno a uno y había aplastado algunos contra el césped.

—¿Cómo está su esposa, señor Moozen?

—Un poco mejor. Por ahora, tiene que quedarse allí.

Grijpstra tosió.

—Visitamos al... eh... ex amante de su esposa.

—¿Lo arrestaron?

—No, señor.

—¿Es un sospechoso claro?

—Todavía no —dijo Grijpstra—. Lo que quería preguntarle es si alguna vez se involucra en casos penales, señor Moozen.

Moozen aplastó otro croco.

—No, me especializo en derecho civil. Nunca he tenido nada que ver con asesinatos ni homicidios. Pero no puedo imaginar que Annette pudiera despertar intenciones homicidas. Usted no la conoce, pero ella es la dulzura personificada. Estoy seguro de que rompió su relación con el técnico con la mayor discreción posible, y también conozco un poco a ese hombre. No me parece un envenenador.

—A nosotros tampoco.

El abogado suspiró y se volvió indeciso hacia los detectives.

—¿Acaso tiene enemigos, señor Moozen? —preguntó De Gier—. ¿Podría ser que el huevo no fuera para usted?

Moozen se encogió de hombros.

—Oh, tal vez, pero no sabría decir quién. ¿Alguien que me odie tanto que desee mi muerte?

—¿Acaso trabaja en un caso con aspectos turbios?

—Sí —dijo Moozen—, una colisión entre dos semirremolques, en plena noche. Sin testigos. Un conductor muerto y un hombre gravemente herido, cientos de miles de dólares en daños y un informe policial poco claro. Me hice cargo del caso de un colega que padece una enfermedad mental. Ambas partes están atacando con vehemencia, incluso a mí, porque creen que no estoy haciendo bien mi trabajo, pero no quieren cambiar de abogado otra vez.

—¿Algún otro asunto, señor?

—Tengo bastantes deudas que cobrar para mis socios; tampoco es tarea fácil. Los morosos suelen ser de mal genio. Y a veces tengo que escribirles notas con un tono cortante o ser desagradable por teléfono.

—¿Pasteleros?

—¿Perdón?

—¿Alguna vez ha sido desagradable con un pastelero?

—Que yo sepa, no. ¿Por qué?

Grijpstra parecía cansado.

—Ah, claro —dijo Moozen—. Disculpe, hoy no estoy muy lúcido. Un pastelero haciendo un conejito de Pascua. Pero desde luego no he escrito ninguna carta a pasteleros.

—Vale —dijo Grijpstra—, entonces deberíamos revisar su correspondencia. ¿Vamos a su oficina?

—Tengo una oficina en casa; por favor, suba conmigo.

La siguiente hora la pasó hojeando numerosas carpetas. De Gier tomaba notas, anotando los nombres y direcciones de los casos más complicados. El garabateo en su libreta y el crujido del papel empezaron a aburrirle. Cuando la libreta se le resbaló de la mesa y tuvo que agacharse para recogerla, un pensamiento fugaz cruzó por su mente. Apenas pudo comprenderlo.

—Un fabricante de adornos. ¿Conoce a alguien que fabrique adornos?

—¿Adornos? —preguntó Moozen—. ¿Qué tipo de adornos?

De Gier se rascó los rizos.

—Bueno, no sé. Decoraciones, creo. De cobre.

—No.

Siguió hojeando.

—Un momento —dijo Moozen después de unos minutos—. Cobre, dijiste. Eso es metal. Uno de mis socios es mayorista de metales y tiene una reclamación sobre una empresa llamada Ornamento. Era una cantidad considerable; todavía estaba lidiando con ello esta semana. Casi diez mil, incluyendo los intereses. La deuda ya tiene unos años; ha hecho algunos pagos, pero no han sido muchos. Le escribí una nota a esa empresa, sin rodeos. O pagan o vamos a juicio. Creo que incluso ya presenté la demanda. Ya veremos.

Sacó una pequeña carpeta.

—Aquí, en el Jeroenensteeg.

De Gier se levantó de un salto.

—¡Lo tengo, Grijpstra! El Jeroenensteeg está a la vuelta de la esquina del Singel, y esa casera con los pies que se arrastran está allí. ¿El dueño de Ornamento se llama De Vries?

—Sí —dijo Moozen—. ¡Eso es! ¡Ya! No hace falta buscar más.

—Pero nunca he conocido al señor De Vries —dijo Moozen con tono quejumbroso. Ni siquiera he podido llamarlo porque tiene el teléfono desconectado.

Grijpstra miraba el papel timbrado de Ornamento. Debajo del nombre, había imágenes de pomos y aldabas con forma de cabezas de león.

—Leones —dijo Grijpstra—. Si se pueden hacer leones de cobre, también se debería poder hacer un conejito de Pascua de chocolate.

—Oh, no —dijo Moozen.

—Sí, señor Moozen. Y ya no podemos procesar al sospechoso porque lo encontramos esta mañana en un árbol del Bosque de Ámsterdam. Condenado a muerte por ahorcamiento.

—Oh, no —dijo Moozen—. Qué terrible. ¡Pobre Annette! Ojalá me hubiera comido ese huevo, pero no me gusta el chocolate.

—Todavía no hemos llegado —dijo Grijpstra quince minutos después.

El Volkswagen se había quedado atascado en un embotellamiento en la Damrak. De Gier no escuchaba. Se quedó mirando fijamente a una chica pelirroja que estaba en la parada del tranvía junto al coche. El sargento sonrió amablemente. La chica también.

—Todavía no —dijo Grijpstra—. Primero vamos a ir a ver a esa señora de los bigudís, a ver si encontramos la llave de la pequeña fábrica en la habitación de De Vries. Luego tenemos que ir a la fábrica para ver si queda chocolate, y tal vez también el resto del veneno. Después tenemos que revisar las huellas dactilares del conejito de Pascua, y luego ir a la morgue a buscar las de De Vries. Son las mismas huellas, por supuesto, pero tenemos que estar seguros.

Luego, escribir el informe, impecable y por triplicado, algo realmente especial para ti. Cuando lo hago, tengo que rellenarlo todo el tiempo. Y llamar al técnico, porque sigue preocupado. ¡Qué fastidio!, pero prefiero hacerlo ahora porque mañana tendremos otros problemas y esto quedará sin terminar.

La chica se había apartado del coche, pero volvió a mirar un instante.

—Qué listo fuiste al pensar en esos adornos —dijo Grijpstra, satisfecho—. Si no se te hubiera ocurrido, todavía estaríamos rebuscando en ese archivo. A veces eres muy inteligente, pero yo también, porque te elegí para trabajar conmigo. Eres una herramienta en mis manos. Jaja.

—Jaja —dijo De Gier y abrió la puerta—.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Salir —dijo De Gier—. Esa chica ya me ha sonreído varias veces. Y tengo hambre. Ella puede que también. Voy a preguntarle si quiere ir a comer al restaurante chino conmigo; hay uno muy bueno cerca, también muy caro, pero por una vez no me importa.

—¿Y qué hay de todo ese trabajo?

De Gier extendió la mano y le dio una palmadita a Grijpstra en el brazo.

—Puedes hacerlo, suboficial. Eres el cerebro y te comiste mis sándwiches. Que tengas una feliz Pascua.

El tráfico se detuvo un momento mientras Grijpstra salía y rodeaba el coche. Al volver a entrar, De Gier y la chica se giraron hacia él y bajaron del tranvía. La pareja pasó con cuidado junto al parachoques del Volkswagen. De Gier se rió entre dientes al ver a Grijpstra. Grijpstra parecía furioso. De Gier volvió a reírse entre dientes.

—Sí —murmuró Grijpstra, levantando lentamente la mano—. Buena suerte entonces.

De Gier asintió amablemente y siguió caminando. Había pasado el brazo por los hombros de la chica.

Pim-pam-pum

Allí estaba sentado, en el invernadero, en una silla de mimbre, como una planta de invernadero que no prosperó y que se conserva porque tirarla sería un desperdicio; un anciano encorvado, fumando un cigarro cuya envoltura se había soltado y que mantenía cerrado con cuidado con el pulgar.

Había visitado a mi tía en la enfermería de la residencia de ancianos y me dirigía a mi coche para disfrutar de una tranquila tarde de domingo en el bosque otoñal, cuando el hombrecillo me saludó con la mano y se sentó allí tan solo que era imposible pasar de largo. Estaba loco, por supuesto; todos los ancianos de la residencia lo estaban, mi tía también. Ella tampoco parecía saber quién era yo, pero le pareció agradable que alguien la visitara. Mientras hablaba con ella, movió la lengua hasta que se le pusieron los dientes boca abajo, y entonces ya no pudo hablar. Pero eso no importaba; ella no sabía quién era yo, no sabía quién era ella, no tenía ni la más remota idea de dónde estaba. Cuando dije «hola», solo castañetearon sus dientes; estaba demasiado lejos para poder usar sus cuerdas vocales. Este hombrecillo era más moderno, aunque claramente parecía un loco, con su cráneo calvo y puntiagudo del que aún crecían algunos largos mechones grises y con sus ojos negros como el carbón sobre la estrecha y recta naricita en la que se le resbalaban unas pesadas gafas. Llevaba un traje oscuro sin forma, una camisa sucia sin corbata y zapatillas desgastadas. No dejaba de sacudir la ceniza de su cigarro con cautela en una lata que había contenido comida para gatos: la etiqueta mostraba un gatito de aspecto alegre.

—¿No tienes visitas hoy?

—Nunca tengo visitas.

No lo dijo quejándose, simplemente constataba el hecho.

—No conozco a nadie, excepto a mis clientes, al casero y a la señora de la limpieza, pero ahora ya no estoy allí y mi piso está alquilado de nuevo, por supuesto. Se han olvidado de mí; solo me conocen aquí. La enfermera y la profesora. Saben que me llamo Willems. «Hola, señor Willems». Son muy amables, ¿sabe? Me sirven la comida a tiempo, el té, el café y el chocolate por la noche; eso es bueno para dormir y malo para ir al baño. E incluso me dejan fumar. Aquí está totalmente prohibido, por el cáncer, ¿sabe? Pero si fumo en el invernadero y no tiro la ceniza, no hay problema. Tonterías, ¿sabe?; creen que el cáncer se va por esas ventanas selladas. Para nada. Simplemente se queda aquí, en silencio. Me da igual. No me importaría tener cáncer; son solo pequeños bultos y gusanos diminutos, con colores preciosos, y no paran de proliferar, se puede sentir dicen, pero yo todavía no siento nada.

Se rió de sus chistes y a mí también me parecieron bastante buenos, así que no tuve problema en reírme con él. Me dio un cigarro y deslizó la lata entre nosotros.

—Sí, tuve suerte de haber podido entrar. Porque cumplí sesenta y cinco años, ¿entiendes? Para entrar aquí tienes que ser anciano y estar loco; si solo estás loco, vas a Den Dolder, y ahí empiezan a fastidiarte, y no quiero eso para nada. ¿Has estado alguna vez allí? ¿En Den Dolder?

Nunca había estado allí.

—Yo sí. Hace mucho tiempo. Horrible, ¿sabes? Te ponían un traje de esa tela dura y áspera, y luego andabas rascándote y frotándote todo el día, y nada de zapatos normales, nada, tenías que llevar zuecos. Clac-clac-clac, por esos largos pasillos. Y a la hora de la cena llamaban, y entonces toda la manada empezaba a saltar por los aires, o a gatear, o a correr como locos, para demostrar que estaban chiflados, ya te haces una idea. Y también tenías que hacer manualidades. Había un tipo allí, una especie de mono, uno enorme, que podía partir esas latas gigantes por la mitad. Entonces le sangraban las manos, pero ni se daba cuenta. Ese tipo te miraba con una mirada tan aterradora, como si quisiera partirte por la mitad también. La verdad es que eso estuvo bastante bien; del puro miedo empecé a comportarme con normalidad, y entonces me dejaron irme de nuevo. Y como por aquel entonces tenía ese negocio de muñecas —que era todo un lío: levantarse temprano por la mañana, conducir hasta las ferias en la furgoneta, escribir facturas, y hacer repartos— no se pueden empaquetar las muñecas, hay que entregarlas uno mismo, me mantuve normal por aquel entonces. Bueno, hasta cierto punto. Hablaba mucho conmigo mismo y decía «bang-bang-bang» y «estás muerto», ¿sabes? Pero no demasiado. Y muy bajito. La gente no me entendía; pensaban que solo estaba balbuceando algo.

Una enfermera negra trajo una bandeja con café y pasteles. Miró su reloj.

—Se acabó el tiempo de visita, señor Willems.

—Eres una chica guapísima —dijo Willems con satisfacción—. Si todas son como tú en la selva, yo también iré algún día, con un espejo y cuentas. Con el espejo, atraeré a una a los arbustos, le daré un puñado de cuentas y, mientras las mira, me lanzaré sobre ella de repente. Solo para desahogarme... ¿No puede quedarse un rato? De todas formas, nunca tengo visitas y aún no he terminado mi historia.

—De acuerdo —dijo la enfermera—, entonces volveré a la selva. Pero no por mucho tiempo. Vamos a limpiar esto más tarde y tienes que barrer afuera; se ve terrible con todas esas hojas y la señorita va a inspeccionarlo esta noche.

Se marchó. Willems y yo la vimos irse. Tenía piernas largas y rectas, y el ajustado uniforme blanco disimulaba la hinchazón.

—Es preciosa, ¿verdad? —dijo Willems—. Una vez tuve una muñeca parecida. La vendí. Una pena. Pero conseguí un buen precio por ella y estaba un poco arañada, y con tanto traqueteo en la furgoneta de reparto, no mejoraba.

—¿Qué tipo de muñecas tenías entonces? ¿Juguetes?

—No, no, no. Muñecas publicitarias. Para el escaparate. Las heredé de mi tío fallecido, que había montado el pequeño negocio. Le enviaban muñecas de una fábrica alemana, de segunda mano, con descuento, y las vendía en ferias textiles, normalmente en Utrecht. Pude incorporarme sin problemas. Muy fácil. Mientras pagaras las facturas puntualmente, los alemanes seguían enviando. Deberías haberme visto. En una feria como esa, yo tenía mi propio rinconcito, y colocaba todas esas muñecas a mi alrededor, todas desnudas, y luego les retorcía los brazos hasta que hacían hermosos gestos suplicantes para los clientes: «Llévenme con ustedes, llévenme con ustedes», decían esas muñecas, y allí me sentaba yo, justo en medio de todo.

—¿Tú también hacías gestos?

—No. Daba lástima. Cuando solo miro, doy lástima. Solo miro.

Willems me miró en silencio. Se había subido las gafas y sus ojos miraban apagados a través de la montura. Las comisuras de sus labios apuntaban hacia abajo. Sus mejillas también.

—¿Y bien? Muy lamentable.

La vida volvió a su rostro.

—Me fue muy bien, ¿sabes? Porque las muñecas eran baratas. No gané mucho; solo les ponía un pequeño margen de ganancia a esos precios alemanes, porque esas muñecas solían estar abolladas o descoloridas, ¿entiendes?, pero aun así podía vivir dignamente. Tampoco necesitaba mucho; por las tardes, me sentaba en casa, observando a la gente en Leidseplein —vivía encima de esa tienda de sándwiches de allí— y pulía y engrasaba la Maxim, y la reparaba un poco, apretando muelles, apretando tornillos, sí.

—¿La Maxim?

Una repentina ráfaga de viento hizo que las hojas secas crujieran junto a las ventanas. Willems se levantó y pegó la nariz al cristal. Volvió arrastrando los pies a su silla y se sentó con un suspiro.

—Hojas. En realidad, son bastante agradables, ¿sabes? Un trabajo placentero. Porque nunca se acaba. Se las lleva el viento tan rápido como los barres, y si logras amontonarlas en la carretilla, esta se vuelca, y cuando las vuelves a tener en un montón, tienes que entrar a echarte la siesta, y mientras tanto, se las lleva el viento otra vez. Algún día lo conseguiré, porque entonces no se añadirán más; sería una pena, pero siempre puedo esparcir trozos de papel y luego barrerlos de nuevo.

—¿Dónde está esa Maxim, señor Willems? —preguntó, frotándose las manos—.

—Se la llevaron. La policía se la llevó. Dijeron que era demasiado arriesgado. No se permite tener armas, y mucho menos automáticas; ni siquiera se permite tener un cartucho vacío. Infringir la Ley de Armas es un delito, y se va a la cárcel por eso. Pero yo tenía una Maxim completa, impecable, con miles de balas, repuestos, trípode, correas, tambores de munición, una mira pequeña y bonita. Me las arreglé para salirme con la mía. Ja, ja.

—¿Una ametralladora?

—Ah, sí. Pero podía conseguir una fácilmente, así que quizás no cuenta. Estuve en la RAF, ¿sabe?, y después en la Fuerza Aérea. Incluso fui un héroe, ¿quiere que se lo cuente?

—Aquí tiene.

Apagó su cigarro y miró dentro de su caja. Todavía quedaba uno.

—¿Quiere ese?

—No, para nada.

—Genial, entonces lo enciendo. Un buen puro. Sí, fui un héroe. Escapé a Inglaterra, eso fue en 1943, tenía veintinueve años y me querían para trabajos forzados. Sí, sí, me jodieron allí. Y en realidad soy de Zandvoort, nos habían trasladado porque había búnkeres por todas partes en aquel entonces, con alemanes dentro, pero yo aún conocía el camino. Y había un pequeño bote esperando, no para mí, sino para los alemanes, por supuesto, pero tenía de todo: motor, aceite, lo que sea. Solo había que subir y salir de allí. Eso fue con mi hermano. Llevábamos una especie de traje de marinero, para no llamar la atención. Mi hermano sabía de barcos, era pescador. Hacía buen tiempo ese día, salimos del puerto con un chapoteo. Saludo. Nos fuimos. ¿Cómo es posible, eh? Si de verdad quieres algo, nunca es tan difícil. Y los ingleses nos acogieron como es debido. Me habían rechazado para el ejército aquí, pero de repente ya no había nada malo en mí. Los dos en la Real Fuerza Aérea, mi hermano como piloto de caza, pero se estrelló enseguida, y yo como artillero de cola en un Lancaster, en una de esas cabinas de plástico. Con una Maxim justo en la cara, justo lo que quería. Bang-bang-bang, estás muerto. Pero esta vez sí que murieron, bueno, al menos aquella vez; no tuve mucha suerte y volábamos tan alto que los cazas alemanes apenas podían acercarse, pero conseguí alcanzar a uno, ¡zas!, así fue, hecho pedazos. Me hizo correr. Eso es lo que siempre había querido. ¿Sabes?

No lo sabía. Pero Willems, frotándose la barbilla bien afeitada, me lo explicó. De niño, tenía pistolas de juguete de fulminantes y disparaba a los transeúntes, a los coches y a los tranvías. «¡Están muertos!», gritaba. Y la gente se reía, pero después dejaron de hacerlo, porque ya era mucho más grande y seguía haciéndolo.

—¿Por qué quería usted que esas personas murieran, señor Willems?

Me miró sorprendido.

—Pues claro. Es lógico, ¿no? ¿Usted no hace eso?

Le dije que a veces sí.

—No, no, usted no hace eso. Nadie lo hace. Esto es un desastre total, me di cuenta enseguida. Mi padre era limpiador de ventanas y también bebía. Un día se bajó de la escalera y ¡zas!, ahí estaba. Todos los huesos rotos. Unos días más en el hospital, y se acabó. Lo había calculado muy bien. Porque aquí no hay nada. Nada, nada, absolutamente nada. Ni siquiera si te dan la comida a tiempo y esas chicas negras cachondas te rodean. Sigue sin ser nada. Nos equivocamos por completo al meternos en este lío. Completamente equivocados. Pero lo más

loco es que la gente no quiere verlo. ¡Míralos! ¿Acaso ves a gente riendo por la calle? ¿O simplemente alegres? Todos están de mal humor. Todo lo que hacen es difícil. Trabajos de mierda, esperar el autobús, si tienen coche se les estropea o lo destrozan ellos mismos. La mayoría están endeudados, no se sienten bien, hace mal tiempo, y mientras tanto se ponen débiles y al final mueren. Todos ellos. Esa enfermera también, ahora está guapa, pero mírala después, no quedará nada de ella, se convertirá en un saco cualquiera, como los demás. Ahora bien, ni siquiera he mencionado la guerra, ni los campos de concentración, ni el hambre, ni el tifus, ni la peste, ni todo lo demás que puedas imaginar. No, ser una persona común y corriente ya es bastante malo; nunca deberías empezar con eso.

—Pero usted sí que lo ha empezado, señor Willems.

Se ajustó el flequillo y se sentó en el borde de la silla. Su pequeña garra de pájaro descansaba sobre mi rodilla.

—Sí. Art. Porque mi padre había bebido demasiado otra vez y mi madre no me prestaba atención. De todas formas, no me preguntaron nada. De repente, estaba allí. Lo miré a los ojos puntiagudos y me pareció detectar un brillo alegre.

—Pero no crees que sea tan malo, ¿verdad?

Se rió.

—No. Porque he encontrado una salida. Aquí en los Países Bajos, siempre dicen que hay que construir. Construcción. Fabricar cosas. Todo tiene que ser más grande y mejor. Y más saludable. Pero eso es una tontería. Un pensamiento erróneo. Hay que pensar al revés. Las cosas tienen que ser destruidas. Lo que existe tiene que desaparecer. No se debe construir, sino destruir. Por un momento pensé que esos alemanes lo habían entendido; destrozaron mucho cuando llegaron, Róterdam, por ejemplo; yo estaba allí cuando lanzaron esas pequeñas bombas incendiarias desde sus Junkers. Todo un espectáculo, la verdad, y el fuego no paraba de crecer. Incluso fui al centro de la ciudad para verlo bien. ¡Menudo incendio! Todo el lugar en ruinas. Dios mío, qué bonito era. Pero esos alemanes querían construir, al final, ¿entiendes? Un imperio entero, y quién sabe qué más. Y jugar a ser los jefes, supongo. Cuando vendí sus muñecas, seguían queriéndolo: escribir notas y llamar. «Haga esto, señor Willems, haga aquello, señor Willems». No hice absolutamente nada, solo vendí esas muñecas que me enviaron, sin expansión, sin agencia, sin contratar vendedores. Esos alemanes son aún más tontos que nosotros. Con sus marcas rígidas, sus trajes de tres piezas y esas cabezas de campesino bastardo rapadas.

Creo que nunca lo entenderán; seguirán atiborrándose de salchichas hasta atragantarse. Los ingleses son mejores. Se mantuvieron tranquilos, siempre muy educados. «Por favor» y «Si quiere», pero mientras tanto, ese Lancaster estaba destrozando distritos enteros de la ciudad. Me quedé allí sentado un rato, observando desde mi pequeña cúpula; cuando volamos de regreso, se podía ver cómo ardía hasta el horizonte, y esas grandes y sucias nubes de hollín arriba, con llamas rojas en su interior, y mi Maxim siempre lista para disparar, lástima que solo conseguí aquel que tenía delante, pero aquel se hizo añicos, era un Messerschmitt. Sí.

Willems se quedó pensativo.

—¿Y le permitieron llevarse esa Maxim a casa, Sr. Willems?

Se rió a carcajadas.

—No, ¿qué pensaba? Como estoy loco, probablemente estoy diciendo tonterías, ¿verdad? Para nada. Simplemente regresé a Holanda y aquí pude transferirme a la fuerza aérea. Ya no tenía nada que hacer, porque se acabó, solo estuve trasteando un poco en Soesterberg, estaba con la seguridad allí. En aquel entonces se podía robar bien. Esa Maxim estaba en una caja y en la caja el cargador. Una ametralladora completa, con todo. La caja en un camión pequeño, y allá fui. Era sargento por aquel entonces, así que podía trastear un poco, y los subordinados colocaron la caja ordenadamente en la plataforma de carga. «Aquí tiene, sargento.» — «Gracias, chicos.» Conduje la caja hasta Ámsterdam y la guardé en un almacén; a nadie le importó, yo mismo llevaba los inventarios. Rellenar los datos e introducir un nuevo número fue cuestión de segundos.

—¿Y después?

—Me jubilé y me convertí en civil. Alquilé un pequeño apartamento en Leidseplein. Cogí el maletín y lo desempaqué. Preparé el arma para disparar. Ah, esa Maxim estaba allí, luciendo tan bien, apuntando directamente a la gente. Si yo hubiera apretado el gatillo, habrían salido disparados a la calle en masa.

—Pero no lo hiciste.

Se rascó detrás de la oreja. Sus gafas colgaban torcidas. Un poco de baba le cayó por la comisura de los labios.

—Pero no lo hiciste. No.

—Cobarde, ¿sabes? Puedo pensarlo, pero solo lo hago si alguien dice que hay que hacerlo. Soy débil, lo sé. Siempre lo he sido. E infantil. Cuando te haces mayor, empiezas a ver eso en ti mismo. Me senté allí un par de noches, con todas las luces apagadas, la habitación completamente a oscuras, la ventana abierta, la Maxim apuntando hacia adelante, con el cañón sobre el marco de la ventana, y simplemente fantaseando, ¿sabes? Pero nunca llegó a nada, y cada noche tenía que desmontar esa cosa y guardarla en su caja, si no, la señora de la limpieza la vería.

Suspiré aliviado.

—Así que nunca disparaste un tiro.

—No, solo contra ese Messerschmitt en aquel entonces, y es muy posible que otro tirador se hiciera con esa maldita cosa. Había doscientos bombarderos rodeándome, con seis tiradores en cada uno. A veces creo que solo estoy haciendo el ridículo. No. No soy nadie. Un pistolero, y tuve que ir a Den Dolder por eso en aquel entonces, y ahora estoy aquí sentado: fumando puros y barriendo hojas.

—Es algo.

Me miró con desolación, una lágrima rodando por su mejilla. Se la secó con impaciencia.

—Y la policía tiene mi Maxim. Entraron sin más una tarde. Detectives. Todavía recuerdo el nombre de uno de ellos, se llamaba Grijpstra, de la comisaría. Un hombre muy amable, el otro también, mucho más joven. Se llevaron la Maxim y me dejaron atrás, y a la mañana siguiente vinieron los hermanos a buscarme, me trajeron aquí. Fue culpa mía. No debí haber dejado esa muñeca. Qué tonto fui, pensándolo bien.

—De verdad tiene que irse, señor, —dijo la enfermera negra con alegría—, y el señor Willems va a barrer el camino, ¿verdad, señor Willems?

Terminó la tarde y volví en coche a Ámsterdam. Yo también trabajo para la policía, pero ya no estoy en activo; desde que tengo esa dolencia estomacal, dirijo la tienda de uniformes. Me detuve un momento en la estación y encontré a Grijpstra en la cantina; su ayudante, el sargento De Gier —«el héroe de película», como lo llamamos—, estaba sentado junto al suboficial. Grijpstra es algo mayor, más o menos de mi edad. Me senté con ellos e interrumpí su discusión; ambos afirmaban que le tocaba pagar al otro.

Cuando pagué, se mostraron un poco más amables.

—Un tal Willems» —dije—, ¿les suena ese nombre?

Pensaron un momento.

—Repita esto —dijo De Gier. Una ametralladora y una muñeca.

Grijpstra me miró con expresión sombría.

—¿Qué tiene con ese Willems? ¿Seguro que no es pariente suyo?

Les conté cómo había conseguido el nombre.

—Ah. Entonces todo está bien. Sí, lo atrapamos. Un truco ingenioso de De Gier; incluso consiguió un apretón de manos del comisario jefe. No sospechaba nada, pero me dejaron acompañarlo; fue muy amable por parte del sargento. Yo también recibí un apretón de manos.

—Cuénteme cómo fue todo.

—Que De Gier se lo cuente.

—No —dijo De Gier—, no le voy a contar nada. Todavía me avergüenzo de ello. Deberíamos haber dejado a ese hombre sentado allí.

—Aquí tienes a Grijpstra.

Grijpstra es un hombre amable; está mal casado y lleva una vida dura, pero si te acercas a él con educación, vuelve a mostrar su verdadera personalidad. Todavía lo conozco de la escuela de policía; nos sentábamos uno al lado del otro.

—Bien. Escucha esto. ¿Conoces Tivoli? ¿Ese lugar en Leidseplein? ¿Ese que siempre cambia de dueños y de uso y que permanece vacío entretanto? Bien. Había un maniquí en el tejado, hace unos meses. Uno de esos maniquíes publicitarios que ponen en los escaparates. Ese maniquí estaba vestido de anciano, muy bien hecho. Tenía flecos de tela pegados a la cabeza calva, llevaba gafas, un viejo traje oscuro y zapatos, todo completo. Delante del maniquí había una ametralladora. El maniquí estaba sentado en una silla plegable. La ametralladora apuntaba al Stadhouderskade. Todo era falso, por supuesto; el arma era un tubo de estufa con una boquilla sujeta con alambre de hierro. Una cinta de lino atravesaba la habitación, con piñas de pino o de abeto clavadas en ella, esas cosas largas y puntiagudas. La muñeca estaba ligeramente inclinada, mirando a través de la mira; la mira también era de alambre de hierro, cuidadosamente doblado en círculos. Parecía real, sobre todo si uno se paraba en el muelle. Todos los días llegaban a la comisaría quejas de ciudadanos ingenuos que creían que allí había un loco que quería matarlos a tiros.

De Gier levantó la mano.

—Tienes que contarlo bien. Harry Mulisch también vino a regañar, y no es ningún ciudadano tonto.

—Bien. El señor Mulisch también creyó que era real. Yo también lo habría creído. Pero soy tonto, es cierto, sargento, lo vio bien. Quizás el señor Mulisch se había tomado una copa en el Americanin.

—Bien —dijo De Gier—. Continúe, suboficial.

—Así que el sargento de la comisaría hacía algo al respecto cada vez. Enviaba a dos oficiales que sabía que aún no estaban al tanto de la broma de los títeres, y tenían que saltar la valla junto al Tivoli, o cruzar el agua en un barco turístico, y cuando finalmente estaban en el tejado, y se habían manchado los uniformes, entonces veían que no pasaba nada y dejaban todo así para los siguientes incautos que enviaría el sargento. Toda la comisaría se partía de risa con la muñeca, y los ciudadanos no paraban de quejarse, así que había algo que hacer cada noche. Hasta que De Gier se involucró; había oído la historia del sargento del servicio uniformado y tuvo que echarle un vistazo. Y yo tuve que acompañarlo.

—Un desgarro en mi traje. Muy bien. Un desgarro muy pequeño —dijo De Gier—, y su mujer lo arregló muy bien.

—Mi mujer nunca arregla nada.

—¿Quién lo arregló entonces? —preguntó De Gier.

—No es asunto suyo.

—Nellie, has vuelto a ver a Nellie.

Grijpstra sonrió.

—No es asunto suyo, sargento. Así que estábamos dando vueltas por el tejado, resbalando y deslizándonos sobre el desorden —los tejados aquí también están sucios, ¿sabe?— y De Gier fue a examinar la muñeca. Con mucho cuidado. ¡Y con su lupa, nada menos! ¿Y qué dice nuestro superdetective? ¿Nuestro psicólogo? ¿Nuestro observador de almas? Dice: «Aquí hay algo raro, suboficial; quienquiera que haya hecho esto está loco. Está demasiado bien hecho. Si encontramos al responsable, debemos arrestarlo».

De Gier asintió.

—Exacto. Pero no debería haber dicho eso. Debería haberlo dejado ahí.

—Pero no lo dejó ahí. Volvió a subir al tejado, esta vez sin mí, con una cámara del escritorio y tomó unas bonitas instantáneas. Las reveló y las pegó en la pared de nuestra habitación de arriba. Y se quedó mirándolas fijamente.

—Claro —dijo De Gier—, tiene sentido, ¿no? Quienquiera que las haya hecho se copió a sí mismo, por supuesto. No podía ser de otra manera. Y entonces nos topamos con el hombrecito de verdad, cuando fuimos a comprar bocadillos de anguila otra vez, a mi costa. «Ahí va», le dije al suboficial, y este se acercó a Willems y entabló una conversación. Un hombrecito muy extraño, por supuesto, tal como lo había imaginado. No quiso llevarnos a su casita. Vive allí, en esa tienda de sándwiches, pero el suboficial insistió un poco y, efectivamente, allí estaba la ametralladora. Lista para disparar. Ni siquiera estoy seguro. Si hubiéramos apretado el gatillo, habría habido cadáveres afuera.

—Ese hombre estaba loco, ¿sabes? —dijo Grijpstra—, y ahora te lo has encontrado. ¿Está bien?

—Sí, claro —dije—, barre las hojas y babea sobre las enfermeras.

—Qué amables son ustedes, la verdad. Me imagino que el jefe les dio la mano.

—El trabajo de la policía es proteger a la población civil de sí misma —dijo Grijpstra.

De Gier se puso de pie.

—Tonterías. Deberíamos haber dejado a ese hombre sentado allí. Tenía razón. Lo que nos explicó esa noche era totalmente cierto. Un pensador original con una premisa sólida. Si lo destruyes todo, no quedará nada, y entonces habrás evitado toda la miseria de una vez por todas. El hombre sufre, pero nadie deja de sufrir. Hay demasiada gente. Deshazte de ellos. Willems tenía razón.

De Gier se dirigió al otro lado de la sala y empezó a coquetear con la nueva camarera. La camarera era negra, y tan hermosa como la enfermera de Willems.

—Me pregunto si el sargento realmente pertenece a la policía —le dije a Grijpstra.

Grijpstra también se levantó.

—Deberíamos irnos de una vez, para ver si todo va bien en la ciudad. ¿Qué dijiste?

Lo repetí.

—Oh, no. De Gier es un buen chico. Inteligente y aplicado. Pero lee demasiado. Ahora está sentado ahí otra vez, absorto en un montón de libritos sobre budismo, sobre cómo es lidiar con el sufrimiento y demás. Pero creo que todavía no lo ha entendido bien. Que tengas una buena noche. ¿Crees que Willems está bien allí?

—Está bien allí —dije.

Los comedores de mejillones

—Un profesor muerto —dijo el oficial desde la central de radio por teléfono.

—Justo lo que necesitabas, pero qué lástima para ese pobre hombre, ¿verdad?

El suboficial Grijpstra intentó despertarse de su primer sueño.

—¿Qué? ¿Dónde? Vive, bueno, vivía, eh, qué pena. Leidsekade 143, ¿no te queda cerca?

—Sí. ¿Ya estabas en la cama? Son las once menos diez.

—He estado todo el día de un lado para otro —dijo el suboficial Grijpstra, asignado al Departamento de Delitos Graves de la policía municipal de la capital—. Estoy cansado. Me quedé dormido. No estoy de servicio ahora. —Despertó lentamente—. Tienes que llamar al sargento De Gier, está de servicio.

—Ya viene de camino, suboficial. El comisario dijo que tienen que ir solo ustedes dos, porque el fallecido es una persona muy culta; eso quizás sea más complicado, ¿no?

—Adelante —Grijpstra colgó el teléfono. Parecía enfadado—. Siempre hay algo. ¿Y ahora qué? —preguntó el suboficial, refiriéndose alternativamente a su traje azul oscuro de tres piezas, que abotonaba cuidadosamente alrededor de su corpulento cuerpo, al peine, que crujía en su espesa cabellera gris, y a la pistola que se dejaba introducir con cierta dificultad, en la cartuchera de su cinturón.

Probablemente suicidio —sugirió el suboficial, caminando a la sombra del muelle de Lijnbaan. Los patos, esperando que les diera de comer, graznaban, animándolo. Las ramas cargadas de vegetación joven ondeaban con frescura; era principios de verano y soplaba una brisa. Los profesores piensan demasiado —pensó Grijpstra—. Creen que el mundo se va al garete. Probablemente sea cierto, pero los tontos no lo ven con tanta claridad. Si su perspicacia se vuelve demasiado para este profesor, entonces podré volver a la cama rápidamente, porque el suicidio solo requiere un informe, y De Gier tiene derecho a escribirlo. Yo tengo un rango superior y, por lo tanto, tengo derecho a descansar.

Cruzó el Raamplein, tropezó con un perro salchicha que orinaba contra un olmo —tan cerca del suelo que se escondía entre la maleza—, logró mantenerse en pie corriendo un instante y llegó a la Leidsekade, sudando. La casa del difunto era inconfundible; la multitud, apiñada desordenadamente junto a la acera, estaba iluminada rítmicamente por las luces azules intermitentes de dos coches patrulla. Grijpstra se abrió paso entre los espectadores sedientos de sangre y subió los escalones de piedra. Los agentes que custodiaban la puerta principal pintada de verde señalaron sus gorras.

—¿Suicidio? —preguntó Grijpstra alegremente.

—Asesinato, suboficial.

—¿Por qué? —preguntó Grijpstra con gravedad.

—Sin arma. Un disparo en la frente. El vecino oyó el estruendo y llamó inmediatamente. El estruendo fue a las diez y media. Llegamos al lugar cinco minutos después.

—Qué rápido —dijo Grijpstra—. ¿Alguien vio a alguien salir de la casa?

—No, suboficial.

—¿Cómo entraron?

—El vecino tenía la llave.

—¿Ninguna esposa o novia llorando?

—Solo cien mil mejillones, suboficial. En acuarios. Por todas partes. Incluso en el baño. Con luces verdes en los tanques, bombas de burbujas y abriendo y cerrando las conchas constantemente. Da miedo, ¿sabe?

—¿Ya entró el sargento De Gier?

—Sí, suboficial.

—¿Y la foto y las huellas dactilares, caballeros?

—Llegarán en breve.

Grijpstra leyó el nombre pintado en la puerta con letras cursivas pulcras: Hans van der Meer.

—Un profesor de mejillones —dijo el oficial que había hablado.

El oficial que había permanecido en silencio asintió.

—Los mejillones se han vuelto demasiado caros —dijo Grijpstra.

—Por supuesto —dijo el oficial que había permanecido en silencio—. Si los profesores empiezan a entrometerse. Los profesores cuestan cientos de miles al año.

La puerta estaba entreabierta. De Gier esperaba en el pasillo. Rinus de Gier es un hombre corpulento, de hombros anchos y cintura estrecha. Viste ropa informal contemporánea a medida, adornada con una bufanda de seda cuidadosamente doblada. Sus rizos brillan y su bigote siempre está peinado hacia arriba. Sus pómulos altos realzan sus dulces ojos marrones. Su edad es una suposición, pero él mismo sabe que tiene 42 años. Grijpstra es diez años mayor. De Gier no tiene novia y Grijpstra se ha librado de su esposa. De Gier sigue buscando la felicidad, pero Grijpstra no quiere saber nada de ella.

—¿Y? —preguntó Grijpstra.

—Bueno —dijo De Gier—. Ese médico lo confirmará después: el señor está muerto. —Señaló.

Grijpstra entró por la puerta indicada.

—Oh, cielos. —Se detuvo e hizo una reverencia, con las manos a la espalda—. Lo tendió con cuidado. Boca arriba. Boca cerrada, ojos abiertos. —Habló en voz alta, para ahogar el burbujeo de las burbujas de aire en los grandes tanques de agua colocados junto a la pared—. ¡Qué luz tan horrible!

—Verde —dijo De Gier—, para cultivar las plantas de las que se alimentan esos mejillones. El señor era oceanógrafo. Esta es una granja de mariscos casera, financiada por el estado. El profesor vivía con los bichos.

—¿Y eso? —preguntó Grijpstra—. ¿Televisión?

—Computadora, suboficial.

—¿Esos números tan extraños significan algo?

—Una receta —dijo De Gier—. Para añadir nutrientes extra al agua de los tanques.

—Cuéntame —dijo Grijpstra, sentándose sobre una pila de recipientes de plástico amarillos.

—La vecina estaba aquí cuando llegué. Vive abajo y oyó el disparo. Primero llamó a la policía y luego fue a ver qué pasaba. La anciana, confundida por la visión sangrienta de este señor, volvió a casa a tomar valeriana para calmar sus nervios.

—¿Sospechosa?

—Para nada.

—¿Por qué tenía ella la llave?

—Porque viene a girar las perillas de vez en cuando, cuando el profesor está de viaje. Viajaba mucho. Las perillas son para el calentador del acuario.

—Un hombre apuesto —dijo Grijpstra, inclinándose sobre el cadáver—. Bonita barba. Bronceada. Atlético.

—Viene del buceo.

De Gier abrió la puerta de un armario metiendo el dedo índice, envuelto en un pañuelo, por la rendija.

—¿Ves? Traje y equipo. El buceo es un deporte saludable. El profesor cumplió 39 años; su pasaporte está ahí, sobre el escritorio. Soltero y vive solo, según el vecino, pero recibe visitas femeninas con regularidad. Siempre, aunque nunca al mismo tiempo, las mismas dos mujeres: una empleada y una estudiante.

—¿Sabes quiénes son?

De Gier sacó una libreta.

—Bakini Khan, una joven, la estudiante, y Truus Vermeulen, algo mayor, doctora en oceanografía. Miembro del personal de la universidad. Da clases.

—¿Direcciones? ¿Números de teléfono?

—Ya los conozco, ambas viven en el barrio.

—Escucha —dijo Grijpstra, apoyando la barbilla en la mano—. Quizás ya nos estamos acercando a algo. Se oyeron voces discutiendo antes del disparo. Una voz femenina y una masculina. ¿Sí?

—No —dijo De Gier—. Quizás estaban allí, pero el vecino no las oyó. Solo un golpe seco y breve y el portazo de la puerta principal. Sé a dónde quieres llegar. Bakini Khan, es un nombre precioso, ¿verdad? Una joven exótica, incluso la vecina lo decía, y las mujeres no ven exotismo en las demás.

Aquí está el profesor Hans van der Meer —dijo De Gier señalando el cadáver—, y las hadas del Este usan los cuerpos de las demás para satisfacer sus deseos. Surge un amor tierno. No llega a nada. El profesor termina prefiriendo los mariscos. Ella, Bakini, siente celos de esas pequeñas criaturas que se abren y se cierran eternamente y decide hacerle al profesor una propuesta que no podrá rechazar. Lo amenaza con un arma de fuego. El profesor, completamente entregado a su ciencia, se niega valientemente. ¡Bang!

Grijpstra se agachó, apoyándose en algo.

—Un caso clásico. Una verdadera herida de muerte, sargento, ya no se ven muchas así. Ahora disparan a diestro y siniestro, con ese ruido de balas, eso es por culpa de las automáticas, que provocan desperdicio. ¿Se acuerda del chino del otro día? ¿Dieciséis balas? Completamente destrozado. Y sin que le alcanzara ni un solo órgano vital. Solo muerto por la pérdida de sangre.

De Gier también se agachó.

—¡En el blanco! Diez puntos y un beso del ayudante del campo de tiro. No parece un profesor.

—Más bien parece un pirata —dijo Grijpstra asintiendo—. Con ese anillo de oro en la oreja. A las mujeres les encantan los piratas. A los piratas les da igual. A las mujeres les fascina eso.

—Fascinan —dijo De Gier—. Yo también lo creía. Y sigo creyéndolo. El profesor jugaba con las mujeres, pero cada vez le resulta más difícil. Ya no lo toleran. Nuestra sospechosa es una mujer.

—¿Y ahora? —preguntaron los hombres que estaban en el pasillo, ya medio dentro de la puerta abierta—. ¿Podemos empezar ya? ¿Han terminado los detectives la investigación?

—Solo buscamos el casquillo —dijo Grijpstra—, para el análisis balístico y antes de que lo tiréis. El casquillo debe estar por aquí cerca. Miren bien.

—Aquí —dijo un hombre, señalando con su cámara de vídeo.

Grijpstra metió el casquillo en un pequeño sobre de plástico con su bolígrafo. Le entregó el sobre al camarógrafo.

—¿Podrías llevarlo a la armería más tarde? —Calibre 38 —dijo De Gier—. Una pistola, supongo. Modelo pequeño, cabe en el bolsillo de una chaqueta y en un bolso. ¿Salimos y hacemos una llamada? Tengo los números de teléfono de las señoras mencionadas. De todas formas, aquí nos están pisoteando.

—Un momento —dijo Grijpstra—. ¿Alguien tiene una cámara Polaroid? ¿Una decente? ¿Podemos sacarle una foto al cadáver? Cuanto más espantosa, mejor.

Las luces ya estaban parpadeando. La foto se reveló en la mano extendida del ayudante.

—Genial. Gracias y adiós. Incluso se ve la sangre que sale de la herida, la nariz y la boca.

Grijpstra llamó desde un café mientras De Gier tomaba café y dibujaba guiones en una servilleta. Primer guión: Profesor muerto Hans van der Meer. Segundo guión: una cantidad desconocida pero grande de mejillones, todos vivos. Tercer guión: una joven exótica, una tal Bakini. Cuarto guión: otra joven no exótica, una tal Truus. La pistola no llevaba guión porque era simplemente una extensión, un brazo, de un cuerpo. ¿Qué más? ¿Un guión para una posible persona desconocida? Eso siempre se podía añadir después. ¿Algo más?

—¿Señorita Khan? —preguntó Grijpstra por teléfono—. Lamento molestarla tan tarde. Está hablando con la policía, suboficial Grijpstra, de la Brigada de Homicidios. Ha ocurrido algo desagradable y mi colega y yo queríamos hablar con usted. ¿Sigue siendo posible? Estamos por la zona.

—De acuerdo —dijo Grijpstra un momento después—. ¿No me has pedido café? Entonces me tomaré el tuyo. Gracias, buen café. La calle Derde Looiers Dwarsstraat está muy cerca. Podemos dar un paseo. Hace un tiempo precioso y bochornoso afuera. Jaja.

—¿Disfrutas de tu trabajo? —preguntó De Gier.

—No.

—Lo pensaste un momento —dijo De Gier—. ¿Viste esos recipientes de plástico amarillos que estaban allí? ¿Entre el cadáver y los acuarios? ¿Apilados en el suelo?

—Me senté sobre ellos —dijo Grijpstra—. ¿Algún problema?

—¿Qué sé yo, suboficial? Nunca sé nada. Me parecieron fuera de lugar, un color tan chillón, entre todo ese verde apagado.

Grijpstra apartó su taza de café vacía.

—¿Desde cuándo ves colores? Yo pinto por afición, tú no.

—Pintura barata y asquerosa —dijo De Gier—. Comercial, y ese mundo de mejillones era pura naturaleza. Muy bonito, arena blanca y limpia, plantas de un verde intenso y esos mejillones azul oscuro, que se movían y se balanceaban lentamente.

—¿Ah, sí?

—Ah, sí —dijo De Gier soñadoramente—. Y en esas sucias cajas amarillas había caracteres chinos estampados. Y el vecino dijo que el profesor acababa de regresar de Taiwán.

—¿Crees que esas cajas tenían algo que ver con la muerte?

—¿Que qué estoy pensando, suboficial? Nunca pienso nada. Pero me llamaron la atención, por el contraste, y con el crimen siempre hay que buscar el contraste. Un drogadicto vestido con harapos conduciendo un Rolls Royce. Una vez detuve uno, y eso no me pareció bien. Una señora elegante corriendo descalza por un callejón. ¿Te acuerdas? Eso tampoco me pareció bien.

—Cajas —dijo Grijpstra—. ¿Qué se supone que debo hacer con las cajas?

—Olvídalo. —De Gier se puso de pie—. ¿Nos vamos?

Grijpstra murmuró algo por el camino.

—¿Qué murmura el suboficial?

—¿Sabes lo que somos? —preguntó Grijpstra—. Eso es lo que he estado pensando últimamente, ahora que me hago mayor y más sereno. Somos unos sinvergüenzas. Y nos gusta serlo, eso es lo peor. También pensaba en esa belleza exótica que ahora está tropezando indefensa por su pequeño apartamento. Simplemente provoqué su miedo a propósito. «Ha ocurrido algo desagradable». Sí, claro. «Somos del escuadrón de homicidios, señorita».

Sí, claro. Dije eso para ponerla nerviosa. Soy el lobo del sueño de la infancia, lamiendo con lujuria de su boca babeante, acechando día y noche para acosar a los inocentes.

—¿Entonces es inocente?

—Por supuesto —dijo Grijpstra—. ¿Por qué una dulce estudiante le dispararía a su propio profesor en la cabeza? Por otro lado: ¿quién sabe lo que ese desgraciado le ha hecho? ¿Cómo tuvo que humillarse para sacar un siete en sus exámenes?

—Ahora que lo mencionas —dijo De Gier—, ese cadáver sí que tenía mala pinta. Un hombre espantoso y egocéntrico, y no solo porque se estuviera desangrando. Si ese mocoso lo hizo, probablemente también sea culpa nuestra. En este país en decadencia, la autoridad funciona cada vez peor. La gente empieza a protegerse, y nosotros estamos agravando la miseria acosando aún más a los desesperados, cuya seguridad apenas nos importa.

Grijpstra se tambaleó.

—Otra vez ese perro salchicha. ¿Tiene ese animalito problemas de vejiga?

De Gier sostuvo a su superior, que estaba a punto de caerse.

—Cajas amarillas sucias —dijo—. Con compartimentos y espirales dentro. ¿Para qué servirán?

—Aquí —dijo Grijpstra y tocó el timbre.

La puerta se abrió de golpe. Unos pies delgados, gráciles y morenos aparecieron en las escaleras. Una joven estaba de pie frente a ellos. Apenas tenía veintitantos años, ojos grandes y expresivos, y una larga melena negra que caía sobre sus delgados hombros. Llevaba un camisón de tela batik.

—¿Señorita Bakini? —preguntó Grijpstra.

Ella asintió.

—Grijpstra —dijo Grijpstra.

De Gier levantó su placa de policía.

—Detective Rinus de Gier.

Disfruto de mi trabajo —pensó De Gier, caminando detrás de Bakini—. El crimen suele ser desagradable. Los sospechosos lo ensucian todo y nosotros nos limitamos a intentar limpiar el desastre y arreglarlo. Con la nariz tapada y náuseas. A nuestro alrededor, el alarido desordenado de monstruosos fenómenos marginales, los monstruos de las cavernas del infierno egoísta. Pero miren ahora. La sospechosa no solo es una mujer adaptada, sino mucho más: es una esbelta aparición del cielo oriental y vive en un interior de un gusto sutil, cuyos colores me resultan maravillosamente agradables.

—¿Quiere té? —preguntó Bakini.

Lo sirvió de una tetera de cobre en tazas de porcelana sin asa.

—No tengo azúcar ni leche, pero el té es de jazmín. ¿Le gusta? ¿Le importa sentarse en cojines en el suelo? No tengo sillas.

Ni siquiera pregunta qué le pasa, pensó De Gier. Es genuinamente educada. Esta es la actitud tranquila y expectante de la gente verdaderamente civilizada. Nosotros simplemente irrumpimos torpemente para abusar de ella con nuestros propios fines mezquinos. ¿Qué pretenden los policías sino encerrar a los indefensos con grilletes? Ella lo sabe perfectamente, pero se mantiene educada. Qué admirable y bien pensado, pues ni siquiera un demonio puede resistirse a la pura bondad. Observó una varita de incienso humeante en un pequeño cuenco de barro, sobre una mesa baja. Sobre la mesa también había un acuario donde los mejillones chasqueaban lentamente, disfrutando de la filtración del agua rica en nutrientes. Bakini se había sentado frente a la mesa, con las piernas cruzadas y recogidas bajo su bata lisa.

—Un té delicioso —dijo Grijpstra.

Bakini asintió.

—Qué lugar tan hermoso en el que vives —dijo De Gier, mirando una estatua de Buda que, desde la repisa de la chimenea, dominaba la habitación con su tranquilidad.

Bakini sonrió.

—¿El profesor Hans van der Meer? —preguntó Grijpstra—. ¿Lo conocías bien?

—¿Está muerto?

—Sí —dijo De Gier—. Le dispararon en la cabeza a las diez y media de esta noche.

Bakini permaneció en silencio. Bien, pensó De Gier. La gente del este tiene una mejor manera de reaccionar. Yo me encorvo cuando oigo algo desagradable, pero ella se sienta derecha. Yo agito las manos, ella las junta. Yo abro mucho los ojos, ella los mantiene entrecerrados. Ese olor a incienso es parte de ello, y también el suave burbujeo del acuario. Muy agradable.

Grigpstra sintió ganas de sonreír con resignación y tuvo que esforzarse por parecer severo. ¿Y ahora qué?, pensó el ayudante. La conversación debía continuar.

—¿Eres surinamesa o indonesa?

Bakini alzó las pestañas.

—Pakistaní, nacida en Surinam. Hice mis exámenes finales de bachillerato aquí y llevo dos años estudiando con el profesor Van der Meer. Lo conozco bien. Trabajo con Hans en la granja de Zelanda y le ayudo con sus experimentos en casa. En la universidad, asisto a sus clases. También viajamos juntos a la granja de mejillones de Karachi.

—¿A Taiwán no? —preguntó De Gier.

—No. La señorita Vermeulen sí; suele ir con él. El profesor viaja mucho.

—Pero ahora ha muerto repentinamente, asesinado. ¿No le resulta perturbador?

—Sí.

Su voz tembló, y el temblor hizo que De Gier se estremeciera agradablemente.

—Está usted tan tranquila —dijo Grijpstra—. Como si esperara la muerte de Van der Meer.

Bakini inclinó la cabeza.

—Soy científica. La muerte forma parte de la vida. Una surge de la otra, no puede existir sin la otra.

De Gier dejó que su voz se volviera fría.

—Sí, sí. ¿Estuvo en casa esta noche?

—Sí.

—¿Sola?

—Sí. Hablé con Hans. Me llamó. Quería que fuera a su casa, pero no fui.

—¿Puedo preguntarle algo? —preguntó Grijpstra.

Ella levantó la cabeza.

—Tuvimos una aventura.

—Cierto. ¿Hasta esta noche?

—Rompí con él.

—¿Hace mucho tiempo?

—Ayer.

—¿Por qué?

Bakini se puso de pie con un movimiento fluido, sin tocar el suelo con las manos.

—¿Otra taza de té?

Sirvió de nuevo en las tazas que los detectives alzaron respetuosamente.

—Rompí con él porque Hans es demasiado codicioso. Los científicos servimos a la humanidad. El mundo está cubierto en tres cuartas partes de agua; el océano alimenta a la humanidad, pero el mar se está secando. El caudal de agua viva disminuye constantemente y nuestra tarea especial es revertir esta tendencia. Nuestro trabajo no solo es útil, sino de suma importancia.

—¿Sí? —preguntó De Gier—. ¿Y el profesor no servía a la humanidad?

—No —dijo Bakini, volviendo a colocar la tetera sobre la pequeña estufa calentada por una vela—. Los profesores están bien pagados, pero Hans nunca tiene suficiente. En Karachi, compró larvas de mejillón a bajo precio a través de su empresa privada para revenderlas con ganancias. La situación se le estaba complicando. Trajo kits para el cultivo de mejillones de Taiwán; allí se fabrican bajo patente, y ahora su empresa tiene los derechos exclusivos de venta para toda Europa Occidental.

—¿Buenos kits?

—Muy buenos. —Bakini vaciló—. ¿Cómo debo dirigirme a usted?

—Rinus, si lo prefiere.

—Muy buenos kits, Rinus. Podrían duplicar la producción de los cultivos de Zelanda, pero Hans no tiene permitido ganar nada con ello. Si lo hace, es un ladrón.

—¿No quiere trabajar con un ladrón? —preguntó Grijpstra.

La voz de Bakini permaneció suave. Ignoró el tono insistente de Grijpstra.

—Sí, trabajo. Es mi profesor. Mantengo esa relación, pero ya no quiero acostarme con él.

—Hablas en presente. El profesor está ausente permanentemente.

Negó con la cabeza.

—Como científica, tengo derecho a dudar de la naturaleza lineal del tiempo. ¿Lees a Einstein?

—¿Ese señor de la relatividad?

—Toda la ciencia —dijo Bakini—, comienza y termina con la experiencia. Gracias a Hans, he experimentado mucho. Eso permanece.

Le sonrió.

—Por un tiempo.

—Una pregunta más —dijo De Gier.

—¿Tienes buena puntería?

—Sí.

—¿Con pistola?

—Con arpón.

—¿Bajo el agua?

—Practico mucho bajo el agua.

—¿A qué hora te llamó el profesor? —preguntó Grijpstra.

Observó los números que cambiaban en un reloj electrónico, a la sombra de la estatua de Buda.

—Las diez, creo.

Grijpstra desdobló su cartera y le mostró la foto Polaroid.

—Van der Meer murió a las diez y media.

Ella se sentó y sostuvo la foto con ambas manos. Su cabello caía sobre la instantánea mientras tocaba el papel con la frente.

—Pobre Hans.

—¿Tuvo el profesor aventuras con otras mujeres?

Miró al suboficial en silencio por un momento.

—Estoy segura de que no. Hans era muy firme.

—¿Conoces sus inclinaciones políticas?

—Partido Laborista, igual que yo, pero traicionó al pueblo.

De Gier había estado sentado con las piernas cruzadas, pero empezó a sentir calambres y dejó que sus pies resbalaran sobre la estera de junco.

—¿Sabes? —dijo lentamente—, en algunos países, los crímenes contra el pueblo se castigan con la pena de muerte. ¿Qué tipo de peces se cazan cuando se caza bajo el agua?

—Tiburones. Los tiburones son dañinos y hay demasiados. Alteran el equilibrio del océano.

—¿No era Hans un tiburón? —preguntó Grijpstra.

—Sí, lo era.

—¿No deberías haberle disparado entonces?

Los grandes y dulces ojos de la chica brillaron.

—Creo en un socialismo democrático, sin arbitrariedades. Para evitar el abuso de poder, los poderes punitivos de los países democráticos rinden cuentas a un gobierno elegido democráticamente. La sociedad aquí tampoco es perfecta todavía, pero hay una lenta evolución que con el tiempo hará imposibles las prácticas egocéntricas. Tengo paciencia.

—Encantadora y fría a la vez —dijo Grijpstra cuando volvieron a la calle—. Una combinación inusual.

De Gier parecía soñador. Grijpstra le dio un puñetazo en el brazo.

—¿Hola?

—Hola.

—¿Y bien?

—Bueno, la otra. ¿Por qué no la llamas?

—¿Dónde? —preguntó Grijpstra—. No hay cobertura y los cafés ya están cerrados.

De Gier miró su libreta.

—Vamos a tenderle una emboscada a la doctora. Directamente a la mujer. Sí.

—Aquí está —dijo Grijpstra un momento después—. Korte Leidsedwarsstraat. Ambas señoras viven a diez minutos a pie de la casa de la víctima. Sospechoso, ¿no crees?

—Muy sospechoso —dijo De Gier—. Y mi intuición no me falló esta noche. También acerté con esas sucias cajas amarillas.

Grijpstra llamó.

—Piérdete —dijo la mujer que abrió la puerta—. No tengo tiempo. Tienes suerte de que no tenga alquitrán en casa, si no, te lo echaría por el cuello. ¿Qué quieres?

—Policía —dijo Grijpstra—. Aquí tienes mi tarjeta. El profesor Van der Meer fue asesinado esta noche y queríamos hablar con usted.

La mujer, de unos treinta años, no fea pero algo corpulenta, parecía imperturbable.

—¿Sospechosa? ¿Y qué pasa si no les dejo entrar?

—Entonces nos llevaremos un buen rato —dijo Grijpstra— y volveremos enseguida.

—El profesor Van der Meer —dijo Grijpstra, sentado en una silla recta frente a una mesa desnuda, bajo un techo blanco del que colgaba un letrero de neón— fue asesinado a tiros esta noche a las diez y media, con una... ¿Puedo hacer una llamada?

—Con una Walther PPK —dijo la voz desde la armería de la comisaría—. El arma de moda. El Rojo Gijsje trajo casi mil antes de que lo atraparan, y ahora todo el centro de la ciudad está armado con una. Un arma de precisión, suboficial. Práctica, impecable, pequeña y manejable.

—Con una pistola Walther PPK —dijo Grijpstra.

—¿Ah sí? —preguntó Truus Vermeulen.

—Tu jefe y colega ha muerto —dijo De Gier—. Acabas de ir a Taiwán con él. ¿No te entristece su muerte?

—Mañana tenemos un nuevo profesor —dijo Truus—. Hay muchísimos profesores. Demasiados; matar a uno solo no ayuda en nada. Los crían a montones.

—Quizás tú le sucedas. Eras su primera asistente, ¿no?

Truus apoyó la cabeza en las manos y miró desafiante a sus interrogadores, desde debajo de su abundante melena rubia, con sus brillantes ojos azules.

—¿Están inventando un motivo? Podría sucederle perfectamente, pero los que otorgan los títulos son señores y favorecen a los de su clase.

Se hizo el silencio en la fría habitación. Truus se puso de pie.

—¿Quieren mejillones? Tengo una olla llena en el horno. Deliciosos, con hierbas. Es parte de mi trabajo y se me da bien. Nos dedicamos a diversas actividades; también pensamos en las ventas del producto, y cuanto más sabrosos estén, más rápido se venden.

A cada detective se le entregó un plato y un tenedor, y Truus sirvió de una olla alta y marrón apta para horno, llena hasta el borde.

—¿Una copa de vino para acompañar? Tengo un Beaujolais blanco; un poco terco, pero marida bien.

—Estamos de servicio —dijo Grijpstra.

—Entonces beberé sola.

Truus llenó una jarra de esmalte con una botella sin etiqueta.

—Qué rico —dijo De Gier—. ¿Sabes que haces unos mejillones buenísimos?

Truus volvió a llenar su jarra.

—No sabes lo que te pierdes, un buen vino.

—¿Vives sola? —preguntó Grijpstra.

—¡Salud! —dijo Truus—. Por el difunto Hans, quiero decir. Sí, vivo sola. No necesito a nadie de tu sexo. ¡Todos los hombres al polo! Y que se acabe la superpoblación, porque ese es el único problema real. Si todos desaparecéis, tampoco tendré que trabajar más, porque entonces habrá comida de sobra.

—¿Todos los hombres al polo? —preguntó De Gier—. ¿No se acabará entonces? ¿En una generación?

Truus llenó su jarra. Bebió y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¡Tú, policía idiota! ¿Nunca has oído hablar de la clonación? Ya estamos muy avanzados en eso, ¿sabes? Cada célula humana tiene un código completo de creación y control. Genética, ¿sabes? En las circunstancias adecuadas, podemos duplicarnos. Para las mujeres, es muy fácil. Nos damos a luz y desechamos el cuerpo viejo.

—Interesante —dijo Grijpstra.

—¿Dónde estabas esta noche a las diez y media?

—Aquí sola. Friendo mejillones. Que te estás comiendo ahora mismo.

De Gier miró a su alrededor.

—¿Los cultivas tú misma?

Truus miró su botella vacía.

—¿Ya vacía? Ve a buscar una nueva.

Regresó. El corcho se desmoronó con el golpe del sacacorchos. Truus empujó el corcho, bebió, miró hacia un lado y escupió los trozos de corcho.

—No, yo no cultivo nada. La fábrica de Hans es lo suficientemente grande y no le gusta la competencia. Vende el excedente a la pescadería de la esquina. Es un tacaño, nuestro granuja muy culto.

—Bueno, señorita, el profesor ya no existe.

Truus asintió a Grijpstra.

—Era. Cuesta acostumbrarse. ¿O es una broma?

Grijpstra deslizó la foto por la mesa.

—Bueno —dijo Truus—. Sangre en la cabeza. No está mal.

Señaló los contenedores de plástico amarillos apilados junto al cadáver.

—Y ahí yace su nueva y flamante mercancía.

—¿Tienes idea de quién pudo haber disparado al profesor?

—Podría —dijo Truus.

—Y haber. Y podría. Y disparar también. ¡Cuántos verbos! ¿Quizás los chinos?

—¿Chinos?

—Bueno, por esos contenedores de plástico. Hans les hizo firmar un contrato, pero esas cajitas se venden solas. Si se las enseñas a un cultivador, compra mil enseguida; un negocio redondo. Quizás los chinos prefieran venderlas ellos mismos después de todo.

—¿No lo estás confundiendo con heroína? —preguntó De Gier.

—Estás confundido —dijo Truus.

Alzó su copa:

—Brindo por el desmantelamiento del capitalismo. Ahora que Hans se ha ido, hay un parásito menos.

Dejó la copa, apretó el puño y levantó el brazo.

—¡Por el proletariado!

Grijpstra miró la olla de mejillones.

—¿Todavía no has comido suficiente? —preguntó Truus—. Sírvete, están justo delante. Voy a buscar otra botella.

—¿De verdad es comunista? —preguntó De Gier.

—Está completamente loca —dijo Grijpstra—, y si tenemos suerte, puede que hasta se emborrache.

Truus regresó.

—Que disfruten de la comida, caballeros.

Se sentó y miró fijamente al frente.

—Creo —dijo De Gier—, que nuestra anfitriona está nerviosa. ¿Pero por qué estaría nerviosa? ¿Porque no tiene coartada?

—No necesito ninguna coartada —dijo Truus—. Nadie me obliga a tener una. Estaba en casa. Aquí. Vivo aquí, ¿no?

—Puede que tengas razón —dijo Grijpstra—. Conocía al profesor íntimamente, se podría decir. Siempre viajaban juntos. Una colaboración intensa, así es como se llega a conocer bien a alguien.

—Sí —dijo Truus—. Por supuesto. Cuando un hombre trabaja con una mujer, la mujer es quien trabaja.

—Juntos en hoteles por la noche —dijo De Gier.

—En mi propia habitación —dijo Truus—. Y a él le permitían golpear mi puerta. A mí no. Sí, nos engañaron.

—¿Te refieres a los celos? —preguntó Grijpstra—. ¿Esa alumna del profesor? ¿Cómo se llama? ¿Bikini?

Truus vació su taza e intentó mirar fijamente a Grijpstra, pero sus ojos vagaban sin rumbo. Grijpstra seguía mirando a De Gier.

—¿Por qué no?

De Gier acercó la foto.

—Mira, el profesor no se ve muy apetecible aquí, pero era un hombre guapo, con ese cuerpo musculoso y ese rostro impactante. Un genio, una autoridad en su campo. El sospechoso lo admiraba, lo amaba...

Grijpstra asintió con tristeza

—...pero el amor no fue correspondido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Truus con voz ronca—. ¿Yo? ¿Enamorada de un hombre? ¿Están ustedes en el club de la comedia, acaso?

—Truus quería casarse —dijo De Gier.

—Come más mejillones —dijo Truus.

—No, muchas gracias, señorita.

—Vamos, la olla todavía está casi llena.

De Gier se frotó el vientre.

—No, en serio, señorita. Encantadora, por cierto.

Se volvió hacia Grijpstra.

—Una mujer despreciable.

Truus golpeó la mesa con el puño. La taza y la botella se balancearon, los tenedores repiquetearon contra los platos.

—¿Me está acusando sin más? —rugió Truus—. ¿Así sin más, sin ninguna prueba?

—Solo estamos hablando de una teoría, señorita —dijo Grijpstra, reprendiéndola.

—Celos —dijo Truus con amargura—. ¿Es que no ves más allá de tu propia erección? Mejor que te indignaras moralmente. ¿Acaso hay que tolerar a semejante estafadora?

—Sí, eso es lo que dice ahora —le dijo Grijpstra a De Gier—, pero no me creo ni una palabra. Quizás no era consciente de su propia posesividad sexual. Para mí, simplemente lo acorraló, por puro capricho. Quizás ni siquiera sea un asesinato. Vive cerca, de repente se le acercó corriendo y se oyó el disparo.

—Homicidio involuntario en toda regla —dijo De Gier—. Una rabia extraña provocada por la envidia de la vagina.

—Lo hemos visto muchas veces —dijo Grijpstra—. La frustración femenina que lleva a un comportamiento histérico. Truus estaba loca por el profesor, pero el profesor estaba loco por Bikini.

—La vida es cruel —dijo De Gier.

—¿Lo están pasando bien? —preguntó Truus—. Cómanse otro mejillón, luego yo tomaré otro sorbo, así todos tendremos algo que hacer.

—Pero ella bebe bastante —dijo De Gier—. Una persona normal se emborracha tambaleándose después de dos botellas de Beaujolais, y Truus ya va por la tercera.

—Sigo estando al día —dijo Truus—, y sigo su razonamiento. —Pasó la mano por encima de una pila de libros—. Sé del tema. Libros de Baantjer. Prestados por Hans. —Negó con la cabeza con desdén—. Son cosas de hombres, pero me han servido esta vez.

Grijpstra se puso de pie.

—Un ejemplo a seguir.

De Gier también se puso de pie.

—En efecto.

Los detectives volvieron a sentarse.

—¿Y bien? —preguntó Truus—. Ya hemos hablado del móvil y la oportunidad. ¿Qué sigue? ¿Dónde está el arma?

—No tan rápido, señorita. No estamos tan entrenados como usted.

—¿No dejó rastro?

Truus no pudo evitar reír.

—¿Cerró un ojo y se puso a jugar a los indios? Mis huellas dactilares están por todas partes en esa casa, ¿no? Trabajo allí, ¿no?

—Tiene un ojo cerrado —dijo Grijpstra—. Está borracha. ¿Pero quién se emborracha cuando la interroga la policía? Un punto para ella, ¿no cree, sargento? ¿Es inocente después de todo?

De Gier miró su plato vacío.

—No, suboficial. Un crimen pasional. Mi teoría del homicidio involuntario se refuerza. Si hubiera actuado con premeditación, si estuviéramos ante un asesinato, no estaría borracha ahora. Pero aquí, un estado emocional muy intenso habla.

—El crimen es masculino —dijo Truus con voz grave.

—No. Aunque me sorprende gratamente que pueda salirse de lo convencional. Los policías no son tan tontos como usted cree. Verá, incluso alguien con mi coeficiente intelectual puede sufrir prejuicios.

—No, en realidad no —dijo Grijpstra—. Podemos olvidarnos de esa indignación moral. Simplemente, simples y vulgares celos. Envidia. Así pasa también pasa con este tipo de personas. Tenemos que deshacernos también de nuestros prejuicios.

—¿Pero el arma, eh? —preguntó De Gier—. Si tan solo la tuviéramos, también tendríamos a la señora. Ella misma lo mencionó, ¿lo oíste? Comportamiento demasiado confiado por parte de la sospechosa, ¿no hubo una charla sobre eso hace poco?

—Una charla —dijo Grijpstra—. Bla, bla, bla, de un libro. No necesitamos eso. Somos prácticos.

—Vamos, coman algo más, muchachos.

Truus apartó la olla de mejillones con un gesto de invitación.

—Todavía tengo muchos.

—Sí —dijo De Gier—. Creo que Walther está aquí en la casa. Piénsalo. Si tiró la pistola por el camino, corre el riesgo de que alguien la encuentre, un ciudadano vigilante que nos la traiga de inmediato. La vigilancia aún está presente en el ochenta por ciento de la población de Ámsterdam.

—¿Por qué no creer en las estadísticas por una vez? —preguntó Grijpstra—. ¿Al agua?

De Gier reflexionó.

—No —respondió el suboficial, cerrando también un ojo—. Demasiado arriesgado. El único tramo de agua entre Leidsekade y Leidsedwarsstraat es un pequeño tramo del Singelgracht. Y luego tendría que cruzar la terraza de Tivoli, que es demasiado llamativa. Además, podríamos recuperar la pistola enseguida. Sí, está aquí.

—Las mujeres son ahorradoras —dijo De Gier—. Una zorra como esa cuesta casi dos mil.

—Cómete un mejillón —dijo Truus con voz lastimera.

—¿Te acuerdas? —preguntó Grijpstra—. ¿Aquella vez que me salvaste la vida otra vez? Con aquel sospechoso en el Pijp, donde tuvimos que registrar durante horas y no encontramos ni una pistola. ¿Y ese payaso sonriendo? ¿Y luego presumiendo tan ostentosamente mientras me ayudaba a ponerme el abrigo? ¿Y quejándose del frío? ¿De que tenía que tener cuidado de no resfriarme?

—Ja, ja —dijo De Gier—. Y te había metido la pistola en el bolsillo del abrigo, y la sacó de nuevo cuando te estaba ayudando a ponértelo. ¡Madre mía, qué golpe le di en la muñeca! ¡Y la pistolita se disparó al caerse!

—Me voló la punta del pie —dijo Grijpstra—. El servicio me reembolsó los zapatos, pero cojeaba bastante.

—Eso ya pasó —dijo De Gier.

—No te entiendo —dijo Truus—. Los mejillones cuestan cuatrocientos cincuenta en el puesto y aquí puedes atiborrarte gratis.

El suboficial y el sargento miraron la olla de mejillones que habían empujado hacia adelante. La olla estaba casi llena.

—¿De verdad? —preguntó Grijpstra.

—Esa olla está hirviendo —dijo De Gier—. Los cartuchos van a explotar en cualquier momento.

Agarró la olla.

—¡Ay!

—Usa tu pañuelo.

Los mejillones cayeron de la olla volcada, junto con una pequeña pistola.

—¡Saca el cargador! —gritó Grijpstra—. ¡Mira en la recámara!

—Maldita sea —dijo De Gier—. Cargada y lista. ¡Ay, ay, ay, nunca aprenden!

Hizo que el cartucho saliera disparado de la recámara.

—Estás arrestada —dijo Grijpstra.

Truus quiso levantarse. Grijpstra la empujó hacia atrás en la silla.

—Eso significa que debe permanecer sentada.

—¿Entonces debo sentarme también? —preguntó Truus—. ¿Pueden ustedes dos arreglárselas? Bueno, mejor llévenme a la comisaría ahora mismo, porque no voy a mover ni un músculo.

—Voy a hacer una llamada rápida —dijo De Gier.

Cinco minutos después, sonó el timbre. De Gier tiró de la cuerda que estaba por encima de la barandilla. Dos agentes subieron con dificultad las estrechas escaleras.

—Hemos venido andando —dijo la agente que iba delante.

—De todas formas, no se puede aparcar aquí, y la comisaría está muy cerca. ¿Quién es la paciente?

—La señora que está dentro.

—¿Una señora? ¿No podían haberla traído ustedes mismos?

—No nos atrevemos —dijo De Gier.

—Se llama Kenau S. Hasselaar. Un trabajo para ustedes.

—¿Y qué se sospecha que ha hecho la señora?

—Homicidio involuntario, asesinato.

—Hola, señora —dijeron los oficiales—. ¿Nos acompaña?

Truus apartó la mesa y corrió a la cocina.

—¡Deténganla! —rugió Grijpstra.

Truus regresó blandiendo un machete. Las oficiales la miraron fijamente.

—¡Atrápenla entonces! —dijo De Gier.

—Tiene un machete —dijo el oficial de adelante.

La oficial de atrás buscó su pistola.

—No, no —dijo De Gier.

—Miren, así es como se hace.

Truus atacó con el machete. De Gier bloqueó su brazo colocando el suyo en ángulo recto debajo del de ella. De Gier giró y, al mismo tiempo, rodeó con su brazo el de Truus. Su mano agarró su muñeca, la retorció y presionó. Truus gritó. El machete cayó. De Gier se colocó detrás de Truus y la sujetó de los brazos. Las esposas hicieron clic.

—Aquí tienes —dijo De Gier.

Poco después, Grijpstra y De Gier paseaban por el Singelgracht.

—Las mujeres —dijo Grijpstra.

—Me encantan —dijo De Gier.

—Tendrás que darle tiempo a Bakini —dijo Grijpstra—. Han pasado muchas cosas; está confundida.

—¿Una semana? —preguntó De Gier.

—Sí, en una semana más o menos probablemente se solucionará —dijo Grijpstra—. ¿Y qué vas a hacer con ella entonces?

—En cualquier caso, no comer mejillones —dijo De Gier.

Ahí va Ravelaar

Era un día de finales de verano, iluminado por un sol radiante que se cernía entre una bruma ascendente. Un Volkswagen del viejo modelo redondo avanzaba alegremente por las curvas del Amsteldijk, en dirección a Ouderkerk, pero aún en la orilla de Ámsterdam. El conductor, un hombre alto y delgado, de pelo rizado y bigote tupido, observaba a los patos que sobrevolaban el río a baja altura; su acompañante, un hombre mayor, se despertó sobresaltado.

—¿Vamos a algún sitio?

—La radio informó de un incendio y un cadáver.

—¿Lejos?

—Cerca.

El sargento De Gier, adscrito al Departamento de Delitos Graves de la Policía de la Capital, redujo la velocidad y señaló. Un ganso flotaba silenciosamente entre los juncos, con el cuello adormilado entre las alas bordeadas de plumas rizadas.

—Mira eso, ¿no es impresionante? Parece sacado de un cuadro de Hondecoeter.

—Ahora no —dijo el suboficial Grijpstra—, estoy ocupado con el trabajo.

El suboficial miró hacia adelante, a una nube negra y hollín que se elevaba de los árboles tras la siguiente curva.

—¿Y hay un cadáver humeando entre esa inmundicia?

De Gier giró bruscamente a la derecha para dejar paso a un camión de bomberos que lo adelantaba, esquivó un coche patrulla mal aparcado y frenó. Un agente, con las piernas separadas frente a una verja de hierro forjado, bloqueaba el paso. El sargento salió del coche.

—Somos nosotros, sus detectives.

—¿Accidente? —preguntó De Gier.

—¡Asesinato! —gritó el agente.

—Vaya, vaya —dijo Grijpstra, crujiendo sobre la grava del camino de entrada—, tranquilo, compañero.

El suboficial contempló los restos en llamas con admiración.

—Qué hermosa casa de campo.

—Así es —dijo el agente.

—La están restaurando magníficamente —dijo De Gier—. Solo mírenla. Arriba. Aún más hermosa que nunca. Esas viejas casas rectangulares, ligeramente decoradas con algunos adornos, del siglo XVI, son expertos en eso hoy en día.

—¡Apártate! —rugieron los bomberos—. Viene más equipo, deshazte de esa caja de trapos tuya.

De Gier condujo el Volkswagen a través de la puerta. Un camión de bomberos pasó a toda velocidad junto al cochecito. Los bomberos, con los rostros enrojecidos bajo cascos brillantes, desenrollaron las mangueras.

—¿Qué quieres decir con asesinato? —preguntó el suboficial, arrastrando al oficial con él.

—¡BAM! —rugió el oficial—. Lo oímos, mi compañero y yo. Íbamos conduciendo por el dique y de repente, ¡BOOM!, todo explotó. Dimos la vuelta inmediatamente, por supuesto, y entramos en la casa, pero esa mujer ya estaba muerta. Hecha pedazos, contra el techo, el papel tapiz, esa mujer estaba por todas partes.

—¿Dónde, en la cocina?

El oficial agitó los brazos.

—Ahí, en la casa.

—La estufa de gas —dijo el suboficial.

—Eso se ve a menudo. La señora abre el gas, la llama piloto no prende, luego se va a hacer otra cosa, la cocina se llena de gas, enciende un cigarrillo y...

El suboficial señaló las llamas que salían por las ventanas.

—Y entonces pasa esto.

—No, no, no —gritó el oficial—. Estaba en la sala. Una bomba explotó allí, yo mismo la oí.

—¿Oyó un estruendo? ¿Qué más vio dentro?

—Una bomba —dijo el oficial—, la gente es mala.

—Lo son —dijo Grijpstra—. ¡Bum! y una mujer muerta, ¿algo más que reportar?

—El gato —dijo el oficial—. El fuego ya se estaba propagando, pero aún estaba algo controlado, así que mi compañero y yo corrimos adentro. La chimenea estaba abierta, y dentro había un gato, que había salido disparado de su cesta y había caído por la chimenea. Lo oímos maullar. Le tiré de la cola, pero no pude soltarlo.

Otro oficial hablaba con una señora. La señora salió corriendo. De Gier corrió con ella.

—¿Quién era? —preguntó Grijpstra al otro oficial.

—La vecina vino corriendo al oír la explosión. Ya se ha ido a casa a llamar al señor Ravelaar. La persona muerta que está dentro es la esposa del señor Ravelaar.

—¡Bomba! —exclamó el primer oficial—. ¡Malditos desgraciados! No es trabajo, ayudante, hacer volar por los aires a una mujer.

Grijpstra se alejó tranquilamente, esquivando las nubes de humo. De Gier regresó corriendo.

—¿Te has vuelto más sabio, sargento?

—La mujer fallecida se llamaba Ravelaar —dijo De Gier—, y el gato que entró por la chimenea era Max. El señor Ravelaar es abogado y vendrá lo antes posible en un Citroën 2CV naranja. Según el vecino, se trata de unos excéntricos. La señora vivía en la casa y su marido en la vivienda del servicio. La señora estaba completamente loca y el señor no mucho mejor.

—Vamos a dar un paseo —dijo Grijpstra.

El viento arrastró el humo hacia el río. Reinaba la paz en el parque.

—Esos son álamos muy viejos —dijo De Gier—, seguro que se puede vivir aquí. ¿Podría ser la vivienda del servicio?

Grijpstra abrió una puerta.

—Garaje abajo, con capacidad para un Mercedes.

De Gier levantó la vista.

—Escaleras. Arriba hay un apartamento. ¿Vive allí el señor?

Siguieron caminando.

—Jardín de rocas —dijo De Gier—, jardín de rosas, invernadero con orquídeas, ¡qué lujo! Mira, un cenador, ahí es donde la pareja disfrutaba del té y el pastel.

—La pareja no lo disfrutaba, —dijo Grijpstra—, porque parecían discutir cuando el vecino no estaba charlando. Céspedes bien cortados. Estatuas griegas entre setos de aligustre, ¡que todavía sea posible!, y todo solo para esa gente.

—Qué asco —dijo De Gier.

—¿Qué asco? ¿Dónde?

—De repente, todo un desastre. Un estanque podrido con un puente ornamental hundido, ¡cómo apesta!

Grijpstra se frotó la barbilla.

—¿De verdad lo crees? —preguntó De Gier.

—Lo creo todo el tiempo.

—Te quedaste dormido un rato en el coche.

—Qué raro —dijo Grijpstra—. ¿Qué hace este desastre aquí? Todo el parque, tan limpio y ordenado: rosales en flor, setos recortados, césped cortado, ni una mala hierba a la vista, los senderos rastrillados, y ahora este rincón olvidado. Aquí, nadie ha movido un dedo en años. ¿Por qué? El estanque es realmente precioso. Se podrían tener pájaros ornamentales aquí.

—Antes también hacían eso —dijo De Gier—. ¿Ves esos corrales destartalados de allá? —Hizo un gesto soñador a su alrededor—. Gansos de plumas rizadas, patos de China, grullas, flamencos, si quieres. Eso encaja en una finca como esta. El esplendor de ayer.

Le dio una palmada en el hombro a Grijpstra.

—¿No reconoces la puesta en escena? Aquí los maestros de antaño crearon sus famosos lienzos. Justo como lo estás haciendo tú ahora.

—No bromeo —dijo Grijpstra.

La mano de De Gier seguía sobre el hombro de Grijpstra y ahora lo acariciaba con suavidad.

—Antes también hacían eso —dijo De Gier—. ¿Ves esos corrales destartalados de allá? —Hizo un gesto soñador a su alrededor—. Gansos de plumas rizadas, patos de China, grullas, flamencos, si quieres. Eso encaja en una finca como esta. El esplendor de ayer. —Le dio una palmada en el hombro a Grijpstra—. ¿No reconoces la puesta en escena? Aquí los maestros de antaño crearon sus famosos lienzos. Justo como lo estás haciendo tú ahora.

—No bromeo —dijo Grijpstra.

La mano de De Gier seguía sobre el hombro de Grijpstra y ahora lo acariciaba con suavidad.

—Lo digo en serio, suboficial, tienes talento, esa gallina de Guinea que pintaste el domingo pasado...

—Qué lástima —dijo Grijpstra—. Dejar que un estanque se pudra así. Míralo. Algas y lentejas de agua, un charco apestoso. El señor Ravelaar debería avergonzarse.

Un oficial corrió por el césped.

—¿Me acompaña un momento? El jefe de bomberos quiere hablar con usted.

El oficial traía consigo humo y copos de ceniza que cayeron sobre Grijpstra. Grijpstra tosió e intentó limpiarse la ceniza del traje, que se había desteñido por el exceso de vapor.

—¿Dónde está el jefe?

—En la casa —dijo el oficial—. El fuego está prácticamente extinguido.

—¿Cómo está Max? —preguntó De Gier.

El oficial se estremeció.

—Salió de la chimenea como una antorcha.

—¿Y ahora?

—Muerto —dijo el oficial—. Le echaron espuma, pero no sirvió de mucho. El vecino volvió y me lo explicó todo. Asesinato, eso está clarísimo.

El oficial señaló la casa humeante.

—Mire, es así. La señora vive allí, y el señor vive encima del garaje. Tienes que oír esto. Una disputa constante, lo sé bien, yo mismo estoy divorciado. Pero esos tontos no hicieron eso, siguieron odiándose. Una falta de armonía, continua y persistente. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—¿Y luego? —preguntó De Gier.

—Bueno —dijo el oficial—, lanzaron la bomba. Lo vimos nosotros mismos, ¿no? Las ventanas simplemente estallaron hacia afuera. Por el dinero, ¿sabes? Porque era suyo.

—Pero Ravelaar no estaba allí, ¿verdad? —preguntó Grijpstra.

—Vamos —dijo el agente—. Háganme un favor. Ustedes solo piensan en asesinatos y caos, ¿verdad?

—¿Una bomba de relojería, colega?

—Je, je —dijo el agente—, pero llegaremos. Un canalla astuto, por cierto, ese desgraciado. Escuché el pronóstico del tiempo. Las llamas se dirigen hacia allá y el señor vive aquí. Su apartamento está completamente amueblado. Mantuvo a sus toros intactos.

De Gier señaló.

—¿Era ese el gato?

—Sí —dijo el agente—. Esa bola de espuma chamuscada.

—¿Y seguía vivo? —El agente se palmeó la cartuchera—. Bueno, ya no. Deberías haber visto su cabeza.

De Gier se apoyó en un árbol. El agente siguió caminando.

—¿Vienen ya?

—Una bomba de relojería —dijo Grijpstra—. Eso no parece propio de un abogado. ¿Para sacarle más provecho?

—Codicia —dijo el oficial—. ¿Qué no vale una casa de campo como esta? —Se inclinó hacia el suboficial—. Tienes que escuchar, con toda claridad, así de simple. Solo averigua dónde mandó fabricar esa bomba ese canalla o cómo la armó él mismo, y listo.

—¿De Gier?

El sargento soltó el árbol.

—¿Dónde están? —preguntó el jefe—. Por fin tengo algo divertido y luego no hay nadie. ¡Oigan, cuidado!

Grijpstra se tapó la boca con la mano.

—Eso era un pedazo de la señora —dijo el jefe— que cayó del techo.

Grijpstra levantó la vista.

—Ya lo sé —dijo el jefe—, hay más. Eso es para los hermanos. ¿Ya llamaste a la ambulancia?

—De Gier —dijo Grijpstra.

El sargento se tambaleó hasta el coche.

—Aquí no hay nada bueno —dijo el jefe—. Salimos afuera. —Extendió la mano—. ¿Sabes qué es esto?

—¿Un trozo de metal gris?

—Sí —dijo el jefe—. También conocido como metralla. Me alegra tener la oportunidad de presenciar esto. Toda mi carrera he intentado demostrar que fue un incendio provocado y ahora, por fin lo lograré. Lo que tienes en la mano es un fragmento de una máquina infernal, en este caso, una granada.

—¿Una bomba?

—Una granada —dijo el jefe—. Sé lo que estás pensando, esos oficiales también lo piensan, pero hay un mecanismo dentro de una bomba de tiempo y no encuentro nada. He registrado toda la habitación.

—¿Quieres decir —dijo Grijpstra— que alguien disparó un cañón?

—¿Es eso lo que quiero decir? —preguntó el jefe.

Salió corriendo.

—La ambulancia ya viene —dijo De Gier—. ¿Dónde está el jefe? No tenemos que volver adentro, ¿verdad?

El jefe regresó y le dio a De Gier un trozo de cobre. De Gier lo dejó caer.

—¿No tienes las manos ignífugas, eh? —El jefe recogió el trozo—. Solo soy un simple extintor.

—¿Sí? —preguntó Grijpstra.

—O no, porque acerté con esa granada. Pero esa señora coleccionaba cobre; toda la casa está llena, y la mayor parte está rota, pero esto, ayudante... —levantó el trozo de cobre—... no es parte de un cubo de leche, ni de una jarra de vino, ni de un plato, ni de ningún tipo de objeto decorativo; es un trozo de la carcasa.

—¿Entonces la granada explotó entera?

—Sí —dijo el jefe.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—¿Por accidente?

—Naturalmente —dijo el agente—. ¿Sabes qué? Esa señora golpeó accidentalmente la granada con un martillo. No, espera un momento, sé que no es cierto. En la parte inferior de la carcasa hay una cápsula fulminante, y ahí es donde golpea la aguja percutora del cañón, ¿entiendes? Bueno, lo que pasó aquí es que esa señora, por accidente, tomó un clavo, lo clavó en la cápsula fulminante y luego, casualmente, le dio un golpe con un martillo.

—Sabe muchísimo —dijo Grijpstra.

—Sí —respondió el oficial—, pero no me interesan los asesinatos ni el caos.

—¿Sabes —preguntó Grijpstra— qué tipo de granada podría haber sido?

—Sí lo sé —dijo el jefe.

—¿Estás seguro?

—Desde luego que no sé nada —dijo el jefe—, pero solía desactivar proyectiles en el ejército, durante la guerra, y uno aprende un par de cosas. Era una granada Oerlikon.

—Yo también conozco esa —dijo De Gier—, porque una vez confisqué un montón, a extremistas, o terroristas, o lo que fueran. —Separó un poco las manos—. Así de larga. —Juntó las puntas del pulgar y el índice—. Así de gruesa.

—Oye, colega —dijo el oficial—. ¿Y hace un estallido tan ensordecedor?

—Por supuesto —dijo el jefe—. Está cargada de explosivo de alta potencia, y arde a lo loco.

—¿Pero por qué explotó esa granada? —preguntó Grijpstra.

—Aquí viene el jefe —dijo De Gier.

—Atrápenlo —dijo el oficial—, ese es el tipo, el del Citroën 2CV naranja.

—De acuerdo —dijo Grijpstra—, y no lo voy a atrapar. ¿Quiere recibirlo, jefe? Mi colega y yo estamos en el parque.

—Cuando haya visto los restos de su esposa y el gato, lo envías con nosotros.

—Señor Ravelaar —dijo Grijpstra un momento después—, permítame presentarle al sargento De Gier, y yo soy el Suboficial Grijpstra.

—Ja, ja.

—¿Perdón? —preguntó De Gier.

—Me reí —dijo Ravelaar—. Disculpe. Encantado de conocerle. Es un placer conocerle. —Se echó a reír a carcajadas—. Ahí va Max.

—¿En serio?

Las lágrimas corrían por las mejillas regordetas de Ravelaar. Se dio una palmada en la cabeza calva. Se apoyó en el cenador y acarició su chaqueta holgada con impotencia. Le dio hipo por un instante.

—Ahí va Max.

Los detectives esperaban. Ravelaar logró controlarse.

—Disculpen, pero eso fue extraordinariamente gracioso. ¿Puedo ofrecerles algo? ¿Me acompañarían a mi humilde morada?

—¿Está en shock? —preguntó De Gier.

—No, para nada —dijo Ravelaar—. Vengan de todos modos; las bebidas están frías y los bocadillos crujientes.

Miró su reloj.

—¿Un poco temprano todavía? La excepción confirma la regla.

De Gier se sentó en un taburete gótico destartalado, Grijpstra se tambaleó sobre los restos de un sillón victoriano, Ravelaar se balanceaba en un banco torcido.

—Escoria de la casa —dijo Ravelaar—, excremento del estilo de vida de Alicia, estoy encerrado aquí, pero el final está cerca. ¿Algo para los caballeros?

Grijpstra eligió limonada con gas. De Gier, un vaso de agua. Ravelaar lavó frascos de mostaza vacíos y llenó su propia coctelera con ginebra barata.

—Hasta el final —dijo Ravelaar— y un nuevo comienzo.

—¿Ahí va Max? —preguntó De Gier.

Ravelaar se atragantó con su vaso.

—Sí, en efecto.

—Creo que no le entendemos —dijo Grijpstra.

—Es difícil —dijo Ravelaar—. Una cita de *Alicia en el País de las Maravillas*. Demasiado rebuscada para ti.

—No si me lo explicas —dijo De Gier—. Mi esposa se llamaba Alicia, y sí, jaja, vivía en un mundo maravilloso.

—¿Sí?

—Y de qué manera.

Ravelaar se levantó y sacó un libro del estante.

—Aquí lo tengo. Un momento. Bien. Alicia crece a la velocidad del rayo y está atrapada en una casa; todo tipo de criaturas extrañas están metiendo un lagarto por la chimenea. Alicia le da una patada a esa bestia y, jaja... —Ravelaar se secó los ojos con un pañuelo sin planchar—. ¡Ja, ja, ja! Ahí va Bill.

—¿Te parece gracioso? —preguntó Grijpstra.

—Suboficial —sollozó Ravelaar—, por favor, ay, me duele el estómago, es increíblemente gracioso. Una de las mejores escenas del libro. Llevo años riendo a carcajadas con esto, y ahora está pasando, ¡yuju, jo jo!

—No me parece gracioso —dijo De Gier.

—¿No? —preguntó Ravelaar—. ¿Ni siquiera si es aún más gracioso? ¿Si un gato particularmente desagradable sale volando del castillo de Alicia? ¿Ahí va Max?

—No —dijo Grijpstra—. Pero escucha, ayudante. Es verdad. Alicia no paraba de crecer, tan enorme que tuve que irme de su casa. Eso no fue tan divertido. Ahí va Ravelaar. Pero en el caso de Max... jo, jo, jo, me estoy volviendo loco.

—No estarás loco, ¿verdad? —preguntó De Gier.

Ravelaar se enderezó.

—No.

Vació su mostacera. Permaneció en silencio. De Gier examinó los libros del estante más cercano. Los libros estaban encuadernados y parecían contener una serie completa de artículos sobre derecho tributario. Abrió un volumen y se lo mostró a Ravelaar.

—¿Tu especialidad?

—¿Qué? —preguntó Ravelaar.

—Ah, sí, claro. Empecé con derecho penal, también fascinante. —Se rió entre dientes—. Ahí va Max.

—¿Y tú no estás loco? —preguntó Grijpstra.

—No —dijo Ravelaar—. Sí, quizás por un momento, pero pronto pasará. No, puedes olvidarte de eso, suboficial.

Ravelaar se sirvió otra copa y alzó la suya.

—Estás loco si se demuestra que representas un peligro para los demás o para tí mismo. —Ravelaar bebió—. Y hay muchas otras cosas además de eso. Una vida irregular, no es la que llevo, al contrario. ¿Comportamiento irresponsable? Para nada. ¿Pago mis facturas? Por supuesto. ¿Soy una molestia? Imagínate. ¿Hablo sin sentido?

—Sin sentido —dijo Grijpstra.

—Ahí va Max —dijo Ravelaar—. Por favor, perdóneme, suboficial, ¿puedo ser un poco feliz? ¿Acaso ese monstruo peludo no me ha molestado ya bastante? Intente atar rosales cuando un perro que sisea y araña puede abalanzarse sobre ti en cualquier momento. La arrogancia de ese monstruo era inimaginable. ¿Tenía que hacer sus necesidades justo aquí, delante de mi puerta, y siempre justo después de rastrillar, antes de irse a jugar a ser escudero en el castillo otra vez?

La jarra tintineó.

—Un mocoso con peste. —Ravelaar bebió—. Pero eso también ya pasó.

—Oye —dijo De Gier.

—Tranquilo, sargento —dijo Grijpstra—. Señor Ravelaar, ese era el gato, que salió por la chimenea, pero su esposa se quedó pegada al techo.

—Bueno —dijo Ravelaar.

—Porque explotó una granada. ¿De dónde salió?

Ravelaar asintió.

—Buena pregunta, Suboficial. —Miró dentro del tarro de mostaza—. Yo mismo me lo he preguntado varias veces. ¿Qué opinas de esto? Alicia era muy neurótica. Coleccionaba objetos de latón. Coleccionar, como afición, puede ser educativo, pero como meta en la vida es menos valioso. Alicia no hacía más que rebuscar en tiendas de segunda mano y puestos de mercado. —Ravelaar saludó con la mano a lo lejos—. Ella se deslizaba en su Mercedes mucho más allá de las fronteras, sin cesar en su búsqueda de aldabas y cajas de organilleros. —Ravelaar dio un sorbo—. ¿Y yo? Yo iba dando tumbos en mi 2CV.

—Neurosis —dijo Grijpstra.

—En efecto, suboficial. Las personas con enfermedades mentales suelen estar inconscientes y ser maliciosas. Su destino final es la autodestrucción.

Ravelaar sacó un pañuelo sucio y se secó los ojos.

—¿Está triste? —preguntó De Gier.

—He perdido a mi esposa.

—Hace un momento estaba eufórico.

—Un poco confundido, ¿no? —dijo Ravelaar—. Eso le puede pasar a cualquiera. —Guardó el pañuelo en el bolsillo de su chaqueta—. Mira, lo que pasó es demasiado lógico. Alicia, durante una de sus compras compulsivas, se topó con un lote de casquillos. Las piezas fundidas son de cobre. Entre la chatarra había una granada que aún funcionaba. ¿Sabes qué era lo que más le gustaba a Alicia del cobre? —Ravelaar hizo gestos de frotar—. Pulir, pulir, pulir. El abrillantador de cobre llegó aquí a cubos.

—Bien —dijo Grijpstra.

—¿Lo entiende? —preguntó Ravelaar.

—No —dijo Grijpstra—, pero me estoy entreteniendo. Dígame, señor Ravelaar, ¿cuántos años tiene en realidad?

Ravelaar se puso de pie.

—Ya han pasado sesenta y cuatro primaveras.

—¿Es usted licenciado en Derecho?

Ravelaar hizo una reverencia.

—Para servirle. La firma que me jubilará la semana que viene ofrece asesoramiento fiscal, principalmente a través de mí. Soy un empleado valioso. El inspector acepta mis propuestas. Antes era diferente, pero ¿acaso no ha sufrido innumerables derrotas? Con qué esmero preparo mi negocio, con qué firmeza actúo. ¿No es una lástima que ahora tenga que dejar de ridiculizar al inspector?

—Aún nos tiene a nosotros —dijo Grijpstra.

Ravelaar volvió a sentarse.

—¿O a quien se atreva a oponerse a mí?

—Será mejor que nos vayamos —dijo De Gier.

—Y vuelvan —dijo Ravelaar—. Creo que esta reunión se prolongará un rato. Si me dan tiempo, los recibiré en la casa grande, pues la restauración empieza mañana o pasado mañana; un día o dos no harán mucha diferencia.

—Solo una pregunta más —dijo Grijpstra desde la puerta abierta.

—Ja, ja —dijo Ravelaar—. ¿No me lo esperaba? Las autoridades no se diferencian mucho en sus métodos. El inspector de hacienda siempre hace lo mismo. Solo hace esa pregunta al marcharse, pero nunca parece funcionar. ¿Qué quiere saber, querido suboficial?

—¿Usted mismo se encarga del mantenimiento de este pequeño parque?

Ravelaar también se dirigió a la puerta.

—¿Puedo pasar? Mire todo esto, suboficial. Un ejemplo de manual de diseño de jardines antiguos, concebido por un maestro y mantenido por mí.

—¿Cómo es posible? —preguntó Grijpstra—. ¿Por qué descuida tanto el estanque?

—¿Ese pantano inmundo?

—Eso es lo que es —dijo De Gier—, pero allí puede tener pájaros ornamentales y cultivar nenúfares entre los juncos que se mecen con la brisa.

—Odio el agua.

Camiones de bomberos, una ambulancia y un coche patrulla se marcharon.

—¡Qué alivio! —dijo Ravelaar.

—¿Y vives junto al río? —preguntó Grijpstra.

—Por desgracia —respondió Ravelaar—. Pero las cosas no siempre salen como uno quisiera. Desde niño, sueño que me ahogo. Siempre me he mantenido alejado del agua. ¿El Amstel? Lo ignoro. Fluye ahí, detrás del dique, pero ¿qué me importa? Dos veces al día me acerco un instante, cuando tengo que pasar junto a él, solo un trecho corto, porque giro lo más rápido posible. —Señaló en dirección al estanque—. ¿Y eso de ahí? Lo están rellenando.

—Adiós —dijo Grijpstra.

—Ahí están otra vez —dijo Ravelaar—, dos perturbadores de mi paz dominical. Siéntense y desháganse de su pesada carga.

Ravelaar levantó una botella de forma tentadora.

—No, gracias —dijo Grijpstra.

—Un excelente coñac —dijo Ravelaar—. Ya basta de celebraciones. Nos estamos divirtiendo.

—Nosotros no —dijo De Gier—, estamos de servicio. Nos han dicho que usted es el único heredero de su difunta esposa.

—¿Qué quiere, sargento? Si no hay hijos, entonces solo quedo yo.

—Entonces —dijo Grijpstra—, podemos concluir que usted es ahora el dueño de la distinguida casa de campo, el majestuoso parque, las dependencias, el Mercedes y el pequeño millón que su esposa había invertido.

—Además —dijo Ravelaar—, de más de trescientos mil en dinero del seguro, más el efectivo que la compañía de seguros está pagando para reparar la propiedad. Motivo presente.

—¿Por qué estaba asegurada su esposa?

—¿Por qué no? —preguntó Ravelaar—. La póliza ofrecía esa posibilidad a cambio de un pequeño aumento en la prima. ¿Acaso no es machista asegurar solo al hombre? ¿No es igual de terrible que la esposa tenga prioridad sobre su marido? ¿Acaso el sufrimiento masculino no puede ser también recompensado económicamente?

—Tu esposa murió —dijo Grijpstra—, y te ha ido mejor así. La semana que viene te jubilas. Se abre ante ti un mar de tiempo libre.

—Suboficial —dijo Ravelaar—, me caes bien. Ese tipo larguirucho que siempre traes contigo no me agrada tanto. Te adaptas a mi nivel; lo noto en tu elección de palabras. Puede que te cueste un poco entender mi forma de pensar, pero al menos lo intentas; te lo agradezco.

—No te queda nada por hacer —dijo Grijpstra—, excepto la jardinería. Solías pensar quizás que lo hacías para complacer a tu esposa, tu esposa, con quien no vivías, pero que podía observar todo lo que hacías aquí desde su castillo. Eso debió de molestarte.

Ravelaar suspiró.

—En efecto, suboficial. Y luego ese maldito gato que se cagó en mi trabajo.

—Su comportamiento es sospechoso —dijo De Gier.

—¿Lo ve? —gritó Ravelaar.

Inmediatamente después, volvió a hablar en voz más baja.

—¿Lo ve? Un jovencito sinvergüenza. También los hay en la oficina de impuestos, esos mocosos que se hacen llamar inspectores y que luego se equivocan. Me acusa de asesinato, sargento. Su acusación es ilegal. No puede sospechar de mí, y mucho menos en voz alta. De los hechos y las circunstancias no surge ninguna sospecha que pueda aplicarse a mi caso. Alicia compra una granada. La granada explota. ¿Qué tiene eso que ver conmigo? Iba al castillo una vez al mes para llevar la contabilidad de la señora. ¿Puede probar que vi la granada sobre la repisa de la chimenea? ¿Es visible una granada entre un montón de objetos de cobre de dudosa calidad? Mi esposa era muy neurótica. Si de verdad vi la granada allí, debería haberla advertido. ¿Sabe si lo hice? Y finalmente, sargento, ¿cómo se explotó esa cosa estúpida? ¿Tenía algún mecanismo dentro? ¿Dónde estaba yo cuando ocurrió el desastre?

—Pulir, pulir, pulir —dijo De Gier.

Ravelaar permaneció en silencio. De Gier sostenía un objeto imaginario entre las piernas y hacía movimientos de frotamiento con la mano libre.

—¿Te masturbas? —preguntó Ravelaar.

—El sargento está puliendo una granada Oerlikon —dijo Grijpstra—, cuanto más rápido y durante más tiempo la frote, más calor generará.

Ravelaar asintió.

—A mí también se me ocurrió esa idea.

Se sirvió un trago.

—¿Estás seguro de que no quieres probar este preciado coñac? ¿No? No sabes lo que te pierdes.

Ravelaar bebió un sorbo de su copa de cristal.

—¿Todavía está intacta? —preguntó De Gier.

—Sí. La única. La mayor parte del cristal... pero bueno... el daño está cubierto.

—Pulir, pulir, pulir —dijo De Gier.

—Era una mujer frustrada —dijo Ravelaar—. Ninguna actividad sexual destacable. Bueno, no era muy guapa, ¿eh? Más bien fea. —Hizo un gesto—. Pequeña, robusta, regordeta, con gafas gruesas y nariz pequeña, parecía un poco como un búho.

—¿Te casaste con ella por su dinero?

—¿Yo? —preguntó Ravelaar—. Pero si ella se lo guardó para sí misma. Acuerdo prenupcial. Y yo pagué la mitad de los gastos. Sí, gano algo, pero no me sobra. Pero ahora que lo menciona...

—¿Qué estoy diciendo? —preguntó De Gier.

—Ese pulir, pulir, pulir. Era, por supuesto, bastante sexual, ese roce eterno. Y debió de haberle puesto un poco más de fuerza a esa granada, un objeto bastante fálico, que le recordaba algo.

De Gier se levantó de un salto.

—¡BAM!

—¡Alto! —gritó Ravelaar—. ¿Podría dejar de gritar así?

—Disculpe —dijo De Gier.

—Señor Ravelaar —dijo Grijpstra—. En efecto, está bajo sospecha. Sabía que esa granada estaba ahí, sabía que su esposa estaba puliendo cobre, sabía que esa granada iba a explotar. ¿Explotó la granada entonces...?

—Ojalá tuviera una vejez sin preocupaciones —dijo Ravelaar—. Ahora también la tengo, como habitante de un castillo rodeado de un parque donde puedo podar rosales a mi antojo y rastrillar senderos, sin que me moleste una resaca terrible. Ya no estoy encerrado en una barraca destartalada. En efecto, suboficial.

—Usted fue teniente de infantería —dijo De Gier—, e incluso luchó un poco en Grebbeberg, ¿verdad?

—Hizo sus deberes a la perfección —dijo Ravelaar—, recibirá una buena nota y quizás hasta un beso del operador, pero tenga en cuenta que yo serví en infantería y no tenía ni idea de los proyectiles Oerlikon. Disparábamos con fusiles. Si hubiera sido artillería, pero incluso entonces... ¡Oh, ya se tiene que ir!

—Un momento —dijo De Gier.

Grijpstra observó a los patos que volaban a baja altura sobre el río.

—Mire, sargento, ahí está ese ganso.

—Bien —dijo De Gier—, pero estoy trabajando ahora mismo.

—Ese ganso es parte de su trabajo. Es un tataranieto del ganso que Ravelaar ahuyentó del jardín inmediatamente después de mudarse con Alicia, según los chismes de los vecinos. Ya odiaba a la joven entonces, que se casó con alguien de menor posición social con la esperanza de tener compañía.

—Exacto —dijo De Gier—. Dos tontos que se hacen la vida imposible. Ella lo echa de casa y él planea vengarse. Se acercaba su jubilación. Pagaba la mitad de los gastos, pronto con unos ingresos muy reducidos. Ahora o nunca. Trajo la granada adentro y esperó. Ese gato también tenía que aparecer.

—Demuéstralo —dijo Grijpstra—. ¿Dónde compró esa granada? Has ido a todos los comerciantes de cobre, has interrogado a todos los que conocen a Ravelaar. ¿Qué sabes?

—Así debe ser —dijo De Gier—. Mi instinto, mi conocimiento de la naturaleza humana... ¿Qué piensas entonces?

—Pienso igual que tú —dijo Grijpstra—, el fiscal también, y el juez de instrucción. Pruebas. Vivimos en una sociedad decente y no procesamos a nadie por sospechas infundadas. No voy a precipitarme. Estás actuando de forma inexperta, por un sentimiento de venganza personal. Ahí va Max, no puedes permitirlo.

—¿Y si conseguimos que Ravelaar confiese?

—¿Cómo?

—¿Con un poco de provocación?

—Espera —dijo Grijpstra—.

—¿Sobre qué?

El dedo índice de Grijpstra presionó el techo del Volkswagen.

—Sobre la justicia.

Ráfagas heladas azotaban la nieve húmeda contra el parabrisas del Volkswagen.

—¿Dónde? —preguntó De Gier.

—Amsteldijk, justo antes de Ouderkerk, un coche en el agua. Lo han sacado del Amstel con una grúa, pero el conductor está desaparecido. ¿Podría ir a echar un vistazo?

—Entendido —dijo De Gier y volvió a colocar el micrófono bajo el salpicadero. Le dio un codazo a Grijpstra.

—Suboficial, ¿se une de nuevo?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Grijpstra.

Un agente de control de tráfico en el dique.

—Ahí —dijo el agente—, un Mercedes se salió de la carretera; carretera resbaladiza, eso es lo que pasa. El coche se hundió en el hielo. El conductor consiguió salir y se deslizó bajo el hielo.

—¿Dónde?

—Mi compañero va para allá —dijo el agente—. Ve a ayudarle a buscar.

Grijpstra caminó con dificultad sobre la nieve.

—¿Estás teniendo cuidado? —preguntó De Gier—. ¿No te daba miedo el hielo fino?

—Es lo suficientemente fuerte —respondió Grijpstra.

—¿Hola? —llamó el oficial que realizaba la búsqueda.

El oficial llevaba una escoba.

—Ahora te toca a ti, tengo las manos frías. Hay que quitar la nieve del hielo, si no, no se verá nada.

De Gier barrió.

—¡Ahí está! —exclamó Grijpstra—. ¡Dios mío!

Ravelaar flotaba boca arriba bajo el hielo, con los brazos extendidos, las piernas estiradas, los ojos desorbitados y la boca abierta.

—Como si lo hubieran crucificado —dijo De Gier.

El agente salió corriendo y volvió con un mazo; le indiqué el hueco donde se había hundido el coche. Grijpstra y De Gier caminaron junto al cadáver, que se movía bruscamente bajo el hielo.

—¿No les dije que teníamos que esperar? —preguntó Grijpstra.

El cadáver rebotó y cayó al agua.

—Ahí va Ravelaar —dijo De Gier.

El narcisista

El suboficial Grijpstra, de la División de Delitos Graves del departamento de investigación criminal de la capital, miró por la ventana con satisfacción.

—Oye —dijo De Gier, un sargento del mismo departamento.

Lo dijo con voz algo ronca, de mal humor, con una voz inquebrantable.

Grijpstra sonrió.

—Basta ya —dijo De Gier—. ¿Qué pasa? Está lloviendo. Hay una corriente de aire. No es un día agradable, un día de tonterías, de aburrimiento, de profunda tristeza. ¿Qué te ocurre?

—No estoy aquí —dijo Grijpstra en voz baja.

—¿Perdón?

—Y no solo no estoy aquí ahora —dijo Grijpstra en voz baja—, no estuve aquí y tampoco estaré. Es un alivio pensarlo, ¿sabes?, siempre lo he creído…

Sonó el teléfono. Grijpstra contestó.

—Adelante, cuéntame. —Escuchó.

Anotó algo. Dijo que vendría. Volvió a bajar el gancho.

—¿Sí? —preguntó De Gier.

—El caballero está muerto —dijo Grijpstra—, no hay prisa. Como dije, siempre creí que estaba allí de verdad y ahora ya no lo creo. Lo que ves aquí no soy yo, no era yo y nunca seré yo.

De Gier se levantó, abrió el cajón de su escritorio, cogió una funda para pistola y se la abrochó bajo el brazo. Se puso la chaqueta.

—La pistola también —dijo Grijpstra.

De Gier volvió a abrir el cajón de su escritorio, sacó la pistola y la metió en la funda.

—¿Adónde vas? —preguntó Grijpstra.

—A acompañarte. ¿O no es posible?

—¿Por qué no sería posible?

—Porque tú no estás ahí —dijo De Gier.

—Solo finjo que estoy aquí —dijo Grijpstra—. Tú también, por cierto, aunque aún no lo sepas. Quizás todavía no tienes edad suficiente para comprender estas verdades. Soy mucho mayor que tú.

—Explícalo —dijo De Gier.

—Es tan sencillo —dijo Grijpstra—, no entiendo por qué no vi el «no» antes. Es mucho más fácil no estar aquí que estarlo. ¿Quién decide si estoy aquí? ¿Acaso no lo estoy? De ahora en adelante, no volveré a hacerlo. No estoy aquí y no tengo nada que ver con nada.

Un hombre mayor, de cabello canoso, con un traje de raya diplomática desgastado, caminaba por el pasillo del cuarto piso de la Jefatura de Policía. A su lado caminaba un hombre más joven, sorprendentemente delgado y de hombros anchos, con un traje vaquero.

—¿Adónde vamos? —preguntó el apuesto hombre.

—A una casa flotante en Kattenburg —dijo Grijpstra—. Unos compañeros del servicio uniformado acaban de descubrir un asesinato espantoso; un hombre cuelga de una cuerda. Lleva una falda de aros hecha de papel de aluminio.

De Gier guardó silencio.

—¿Estás callado? —dijo Grijpstra.

—¿Quizás tocaba la trompeta a veces? —preguntó De Gier.

—Eso es imposible si tienes la lengua afuera, ¿no?

—¿La tenía afuera?

—¿No es eso lo que hacen siempre que cuelgan de una cuerda?

Bajaron juntos en el ascensor abierto. Subieron a sus coches por lados opuestos. Se marcharon sentados uno al lado del otro.

—No estás ahí —dijo De Gier—, y sin embargo estás sentado a mi lado.

—Estoy sentado como si lo estuviera —dijo Grijpstra—. Puedes conducir peligrosamente, por mí, porque los compañeros están ahí esperando. Quién sabe qué está pasando en la ciudad y esos colegas no están. Hagámonos útiles cuanto antes y liberémoslos.

De Gier conducía peligrosamente. Ciclistas golpeaban el techo del coche con las manos abiertas, los peatones apretaban los puños, una furgoneta de reparto intentó acorralarlos como castigo, un policía anotaba sus números.

—Ya estamos aquí —dijo De Gier—. Un barco de lujo. Sé quién vive aquí porque un poco más abajo hay un burdel flotante y una vez hice guardia allí una noche. Como estaba aburrido, también eché un vistazo a las otras casas flotantes. Como tengo buena memoria, recuerdo los nombres en las puertas. En este barco vive un señor Staartjes, cirujano de profesión. Los cirujanos ganan mucho dinero, incluso más que los dentistas, los contadores públicos y el menos conocido jefe de la banda. Este barco cuesta cientos de miles, pero eso está permitido.

—¿Hola? —gritó un oficial.

—No grite —dijo Grijpstra—, y diríjase a mí por mi rango. Sé que ya no conviene tener modales, pero no me importa. Compórtense o les pondré una amonestación.

—Vaya, vaya, vaya —dijo el oficial.

—Vaya, vaya, vaya, suboficial —dijo De Gier.

—Ahí dentro —dijo el oficial— hay un loco colgado del culo.

—Lleva una falda de aros —dijo Grijpstra.

—Sí, pero la tiene subida.

El oficial se quitó la gorra y se secó las mejillas y la frente.

—Qué asco, suboficial. ¿Qué clase de ciudad es esta? Ayer pillé a una señora en Leidseplein caminando completamente desnuda con tacones altos detrás de un perro callejero.

—¿Era guapa? —preguntó De Gier.

—Impresionante, sargento, eso fue la guinda del pastel. Y anteayer…

—¿Cómo entró aquí? —preguntó Grijpstra.

—Trabajo normal —dijo el oficial—. El señor es cirujano y no estaba ni en el trabajo ni contestaba al teléfono. Un colega suyo fue a comprobarlo. El barco estaba cerrado con llave. Nos llamó. Conseguimos una orden judicial para entrar. La ventana estaba rota.

—Echemos un vistazo —dijo Grijpstra.

—Que eche un vistazo —dijo el oficial—, porque eso es lo que está haciendo. ¡Qué desastre! Y ya hace un día horrible. ¡Qué asco!

El oficial abrió el camino. El barco era espacioso y tenía un amplio vestíbulo, con abrigos de piel en perchas, sombreros bombín en un perchero y paraguas en una bandeja de cobre.

—Impecable —dijo De Gier.

—Y caro —dijo el agente—. El doctor Staartjes vivía solo. Esos abrigos de piel son suyos. Dentro hay armarios llenos de ropa. Todo tipo de ropa. Y espejos por todas partes.

—Hola, doctor —dijo Grijpstra a un hombrecillo calvo.

—Hola, colega —dijo De Gier a otro agente.

—En el dormitorio de arriba —dijo el médico forense—. Lo dejé colgado porque ya estaba muerto. Por las pruebas y las pistas, así es como debe ser, ¿no?

—¿No tocó nada? —preguntó De Gier al agente.

—No es un hombre al que se pueda tocar —dijo el agente.

Llegaron más coches, pero Grijpstra le pidió al agente que hiciera esperar a los hombres un momento.

—¿Qué ve? —preguntó Grijpstra.

—Veo a un hombre de mediana edad, vestido con una falda y una especie de chaleco de papel de plata —dijo De Gier—. Tiene una nariz larga y una erección que me apunta de vez en cuando porque el caballero está manipulando la cuerda. ¿Cuerda? ¿No es eso más bien parte de una hamaca? ¿Suelta y atada alrededor del cuello del caballero?

Grijpstra agarró una silla y se subió a ella.

—¿Una especie de nudo corredizo primitivo?

—El caballero se asfixió lentamente —dijo el médico—. Los ahorcados a menudo se rompen el cuello porque la cuerda los atrapa con un golpe seco, pero el cuello de este ahorcado está intacto.

—Lengua protuberante —dijo Grijpstra—, ojos saltones. Eso encaja, entonces. —¿Qué más ve? —preguntó Grijpstra.

—¿Qué no veo? —preguntó De Gier—. ¡Menudo gabinete de curiosidades es este lugar! Ídolos africanos con pechos y genitales exagerados. Fotografías ampliadas y bellamente enmarcadas que representan actos íntimos. Un retrato al óleo de una anciana vestida con ropa anticuada a la que no me gustaría encontrarme en un callejón oscuro. Una cama doble con barandilla y ribete con cuatro almohadas apiladas. Espejos en todas las paredes y un espejo enorme atornillado al techo. Una alfombra de pelo largo a diez florines el centímetro cuadrado. —Abrió un armario a la fuerza, introduciendo su bolígrafo entre las puertas—. Trajes, vestidos, disfraces de carnaval.

—Zapatos de señora y de caballero —dijo el doctor, señalando el fondo del armario—. ¿Zapatos de señora mayor?

—Bueno —dijo Grijpstra—. ¿Oficial?

—Asesinato —dijo el oficial.

—¿Por qué? —preguntó De Gier.

—Por supuesto —dijo el oficial—. Ese señor se lo pasaba bien en la vida. Y ese señor era muy pulcro. Todo aquí está igual de impecable. Impecable, reluciente, brillante y reluciente. En la cocina hay un armario lleno de todo tipo de polvos y pastas de limpieza, todo lo que usa mi mujer, pero por triplicado. Hay una biblioteca con libros abiertos. Hay un reproductor de vídeo con estantes llenos de cortometrajes.

—¿Cortometrajes obscenos?

—Naturalmente —dijo el oficial—. Ese señor estaba muy ocupado. Naturalmente tenía novia o novio. Se metió en una pelea. Gritos y alaridos. Esa novia, o ese novio, destrozó la hamaca, ató al señor dentro y lo dejó colgando.

—Exacto —dijo Grijpstra.

—Sí —dijo el agente—, nosotros también sabemos un par de cosas. Con los suicidios, siempre hay un desastre en la casa. No pueden más y dejan todo tirado. Platos sucios en la cocina, ropa en el suelo, cartas a medio escribir, botellas vacías en las escaleras, condones en la tetera... no me digas nada, lo he visto todo.

—Esto todavía no —dijo el médico.

—Es cierto —dijo el agente—. Maldita sea. Mire qué bien hizo el señor el armazón de la falda de aro. Completamente soldado con alambre de cobre. Cada soldadura perfecta. Yo no puedo hacer eso, y llevo años trasteando.

—Aquí hay un truco —dijo el doctor, dando un golpecito al cadáver para que se girara y se vieran las nalgas.

—¿Perdón? —preguntó Grijpstra.

—Un chiste malo —dijo el doctor—, porque su apellido es señor Staartjes [Coletas]. Y porque el asunto me parece bastante complicado. Doble sentido.

El doctor rió suavemente.

—¿Gracioso? —preguntó De Gier—. A mí no me parece gracioso en absoluto.

El doctor se sonrojó.

—Dejaré entrar a los dactilistas y a los fotógrafos —dijo Grijpstra—, y por mí, el cadáver puede irse. Iremos a echar un vistazo.

—Sí —dijo el vecino—, venían visitas a menudo. Siempre el mismo señor. Un tipo con barba incipiente.

—¿Un amigo? —preguntó Grijpstra.

—El doctor Staartjes no tenía amigos —dijo el vecino—. Nunca ayudaba a nadie. El año pasado me resbalé en el hielo y me rompí la muñeca; quería que me la revisara, pero ni hablar, ni un ápice de interés. Ni siquiera quiso llevarme al hospital. Dijo que no le interesaban las muñecas, sino las barrigas o algo así, y que además estaba de baja, y que solo quería que me largara.

—Ese tipo con barba incipiente —dijo De Gier—, ¿conducía un coche?

—Un Citroën 2CV azul —dijo el vecino—. Nuevo, pero con una abolladura en la parte delantera derecha.

—Es increíble que un hombre así no lo haya arreglado, ¿verdad?

—Compruébalo —dijo Grijpstra.

—Sí —dijo De Gier.

De Gier habló por el micrófono del coche, lo apartó y esperó un momento.

—Se buscan patrullas —dijo la radio—. Un 2CV azul nuevo con una abolladura en la parte delantera. Localicen al conductor o al propietario y, si es posible, llévenlo a la comisaría principal. Por favor, mantengan la calma, ya que el señor aún no es sospechoso.

Grijpstra se subió al coche junto a De Gier.

—No pudimos comprobarlo —dijo De Gier—, porque nuestro ordenador se ha quedado sin batería, pero lo atraparán.

—Herengracht —dijo Grijpstra y dio el número—. El doctor Staartjes tiene su consulta allí, junto con sus colegas.

—¿En serio? —preguntó la recepcionista—. ¿De verdad son de la policía? El doctor Tjoeng está ocupado. ¿Van a arrestarlo?

—Esperaremos un momento —dijo De Gier.

—No se permite fumar aquí —añadió la recepcionista.

De Gier le sonrió.

—¿Por qué le sonríes tan dulcemente a esa chica? —preguntó Grijpstra.

—Te conozco —dijo De Gier—. Tú también vives en Buitenveldert. El otro día íbamos juntos en el autobús. Paseamos por el parque el uno tras el otro. Vives en el mismo edificio que yo.

—Tonterías —dijo Grijpstra—. No le haga caso, señorita. Solo quiere fumar.

La recepcionista parecía soñadora.

—Él también —dijo De Gier—. Por eso te llamó «chica». Debes tener veintiocho años.

La recepcionista sonrió.

Grijpstra suspiró.

—Si volvemos a pasear juntos por el parque —dijo De Gier—, podrías dejar caer tu bolso y yo lo recogeré. Luego me darás las gracias, y yo te contaré algo sobre los patos, las fochas o lo que sea que esté nadando en el canal del parque, y seguiremos nuestro camino.

—¿Sí? —preguntó la recepcionista—. ¿Aunque sea mayor de lo que crees?

Grijpstra se puso de pie.

—¿Doctor Tjoeng?

—¿Tiene cita?

—Policía —dijo Grijpstra.

—Ya ves —pensó De Gier—, también hay chinos muy ocupados. Esa resignación oriental es otra tontería.

—¿Qué? —preguntó el doctor—, ¿qué pasa ahora? —Habló aún más rápido—. Supongo que sobre el accidente. No pude evitarlo. Pobre perro. Estoy dispuesto a pagar los daños, pero tenía que seguir conduciendo, ¿entiende?; era un asunto urgente.

—Sobre el doctor Staartjes —dijo De Gier.

—¿Sí? ¿Sí? ¿Sí?

—Quizás podamos hablar en privado en algún sitio —dijo Grijpstra.

El doctor Tjoeng condujo a sus invitados a una trastienda, pero no habló en voz baja. Fuera lo que fuese, el doctor Tjoeng no sabía nada. Con el doctor Staartjes, mantenía una relación puramente profesional y de compañerismo.

—Hay que saber respetar la vida privada de los demás.

—¿Le pidió usted a la policía que fuera a echar un vistazo a la casa flotante de su colega?

—No, suboficial. Fue el doctor Dijkstra. El doctor Dijkstra se incorporó a la empresa. Era un joven tranquilo y sereno.

—¿Tal vez el doctor Staartjes tenía problemas?

—Con los impuestos —dijo el doctor Dijkstra—. Bastante serios. Se restó demasiado y se añadió muy poco; sería posible un proceso penal.

El doctor Tjoeng tenía las mejillas regordetas. Le temblaban las mejillas.

—¿Cómo funciona eso exactamente? —preguntó De Gier—. ¿Usted y el doctor Dijkstra trabajaron juntos con el doctor Staartjes?

—Compartimos los gastos más o menos —dijo el doctor Dijkstra.

—¿Y las ganancias son para todos?

—Sí —respondió el doctor Dijkstra—. Esto no es una sociedad de responsabilidad limitada. Lo que cada uno aporta individualmente es para todos, y compartimos los gastos del alquiler, la recepcionista…

Hizo un gesto con la mano a su alrededor.

—¿Doctor Tjoeng? —preguntó Grijpstra—. ¿Es posible que usted también tenga problemas con los impuestos?

—Sí, sí, sí —respondió el doctor Tjoeng.

—¿Y usted? —preguntó De Gier.

—Yo no —dijo el doctor Dijkstra—. Soy un idealista. Puede que suene tonto, pero no me meto con los impuestos. Simplemente los pago, me queda poco y vivo modestamente, pero creo que cualquiera que se considere socialista también debe tener algo de vida social.

Grijpstra y De Gier regresaron en coche a Kattenburg.

—No tengo ganas de trabajar —dijo Grijpstra—, y hoy me viene bien. No creo que tengamos que esforzarnos tanto.

—Tú tampoco estás ahí —dijo De Gier.

—Pero finjo —dijo Grijpstra—, y eso funciona mucho mejor. Esto es solo una historia muy pasajera, sargento; uno cree que está ahí, luego vive un poco y, de repente, ya no está. —Levantó el dedo índice—. En realidad, entonces nunca estuviste ahí. Todo es una tontería. Quien muere lo sabe, pero ¿por qué no lo sabría alguien que está vivo?

De Gier se estremeció.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó Grijpstra.

—¿Por qué —preguntó De Gier— los cadáveres colgados siempre tienen erecciones?

—Eso solo lo tienen los cadáveres masculinos —dijo Grijpstra—, necesitas aprender a expresarte con más precisión.

—¿Por qué? —preguntó De Gier.

—Porque —dijo Grijpstra—, el impulso reproductivo es muy fuerte. Porque seguimos persistiendo, porque hay que mantener este sinsentido. Mantenerlo.

Grijpstra soltó una risita.

Una voz femenina interrumpió la silenciosa reunión que seguía entre el suboficial y el sargento.

—¿El 14/6?

Grijpstra tomó el micrófono.

—Dígame usted.

—Encontramos al Pato Azul y a su dueño. El señor se llama Slingeland, tiene cincuenta años y goza de beneficios. Actualmente lo espera en el cuartel general. Haga que lleven a ese señor a Kattenburg, o conduzca usted mismo; sí, mejor así. Grijpstra apartó el micrófono con satisfacción.

—Ahora bien —dijo Grijpstra, desplomado en un sillón en la planta baja de la casa flotante—. ¿Qué tenemos aquí? El doctor Staartjes cumplió cuarenta y cinco años, vivía solo, según el registro de población, nunca se casó y, según el vecino y sus colegas, no tenía amigos. ¿Un excéntrico?

—Problemas con los impuestos —dijo De Gier.

—¿A qué se debe eso? —preguntó Grijpstra—. ¿No lees los periódicos? ¿Acaso la FIOD no siempre llega a un acuerdo? Los médicos son los sumos sacerdotes de nuestra sociedad, y además, de la clase alta. No los contratan si,

inesperadamente, intentan engañar al sistema. Ese doctor Tjoeng es o un manojo de nervios o un avaro. Ingresos ocultos, gastos exagerados; eso solo cuesta impuestos atrasados, intereses y una multa. No lo meterán en la cárcel. Tampoco al doctor Staartjes. Seguro que lo sabía.

—Sí, pero —dijo De Gier—, quizás el doctor Staartjes también era un manojo de nervios. Se ahorcó, vencido por el miedo.

—Coge un cuchillo —dijo Grijpstra—, sube y corta el trozo de hamaca del que colgaba la víctima.

Grijpstra fumó un puro. De Gier estaba ocupado. De Gier volvió.

—¿Eso es un botón? ¿O acaso no es un botón? —preguntó Grijpstra.

—Un Citroën 2CV azul pasa deslizándose junto a la ventanilla —dijo De Gier—. Dejaré pasar al señor Slingeland un momento.

—¿Me están arrestando ahora? —preguntó Slingeland al sentarse frente a Grijpstra—. No he hecho nada. Soy un actor inocente y desempleado. Hago trabajos ocasionales. No es tan malo, ¿verdad?

Grijpstra y De Gier examinaron la figura demacrada con el traje mal ajustado de confección. Slingeland los miró por encima de sus gafas de media montura. Sus manos venosas se ajustaban a los pantalones.

—El doctor Staartjes murió de muerte violenta —dijo Grijpstra.

Señaló el techo.

—Allí estaba colgado de una cuerda.

Slingeland se levantó de un salto.

—¿Aquí? ¿Aquí en el salón?

—Señalé el techo —dijo Grijpstra—, pero no lo viste. Visitabas al doctor Staartjes con regularidad. ¿Por qué crees que el doctor Staartjes terminó colgado de una cuerda?

Slingeland se sonó la nariz.

—¿Estás triste? —preguntó De Gier.

Slingeland guardó su pañuelo.

—Ahí se fue mi mejor trabajo.

De Gier se lió un cigarrillo. Grijpstra sacó un cigarro de su envoltorio. Los patos graznaban junto a la casa flotante. Un gorrión pasó volando por la ventana.

—¿Quieren saber qué tuve que hacer por el doctor Staartjes? —preguntó Slingerland en voz baja.

Grijpstra y De Gier fumaban en silencio.

—Bueno —dijo Slingerland—, suena descabellado, pero yo era su madre. —Se miró las manos—. No siempre, ojo; también fui su tía a veces. —Se miró las manos con más detenimiento—. Y a veces fui su maestra; eso fue en su época escolar.

—¿Y qué hacía el doctor Staartjes mientras usted era su madre, o su tía, o cualquier otra figura de autoridad imaginaria?

—Cosas traviesas —dijo Slingerland—, o sucias. Lo que se le ocurriera.

—¿Y qué hacía usted?

—Simplemente tenía que mirarlo con severidad. Ya sabes —dijo Slingeland—, todos los trajes están colgados en el armario. También hay un retrato de la madre del doctor, pero no fue suficiente. Tuve que disfrazarme y maquillarme para parecerme exactamente a ella, o a esas otras mujeres; él tenía fotos de ellas.

—¿No habría funcionado sin ti?

—Sí —dijo Slingeland—, pero no muy bien, ¿verdad? Mi cliente también hacía todo tipo de cosas por su cuenta. Hablaría de ello si yo fuera su madre o alguna de esas otras señoras.

—¿Y cuánto cobrabas por eso?

—Cien florines por sesión —dijo Slingeland—. Sí, lo sé, debería haberlo dejado, de verdad que tenía intención de hacerlo, pero ya sabes cómo es, la procrastinación lleva a la cancelación.

—¿Qué otro contacto tuviste con el doctor Staartjes?

—Ninguno —dijo Slingeland—. Llegaba cuando empezaba la función y me iba cuando terminaba. Si no, se estropea el efecto. No hay que confundir nada, eso requiere mucha precisión en esta profesión.

Al señor Slingeland se le permitió marcharse. Grijpstra llamó.

—No —dijo el médico forense—, no hubo ninguna pelea con el doctor Staartjes. Tampoco tenía alcohol en el estómago. Ni rastro de narcóticos. Un hombre bien alimentado y bien arreglado. Quizás se masturbaba demasiado; eso se ve a menudo en quienes llevan una vida solitaria y retraída. Se quitan la vida.

El doctor soltó una risita. Grijpstra colgó sin darle las gracias.

—Cuenta demasiados chistes —dijo Grijpstra—, chistes de médicos de cadáveres, no me gustan nada.

De Gier alzó el trozo de hamaca cortada.

—¿Y esto?

Grijpstra volvió a sentarse.

—Escuche, sargento, o no me escuche, y entonces hablaré solo. ¿Qué tenemos aquí? Un hombre anormal, probablemente con una infancia anormal, probablemente criado por mujeres estrictas. Esta lujosa casa flotante es un palacio de autocomplacencia.

—¿Normal durante el día? ¿En su tiempo libre y solitario, el diablo se desató?

—Exactamente —dijo Grijpstra—. Una hamaca colgaba en lo alto, debajo de un espejo en el techo. Él yacía en ella, con un atuendo estrafalario, ¿te lo imaginas?

—Prefiero no pensarlo —dijo De Gier.

—¿Y bajo la desaprobatoria supervisión de una madre actuando?

—¡Basta ya! —dijo De Gier.

—Y cuando murió, Slingeland no estaba allí —dijo Grijpstra.

—¿Te lo crees?

—Sí —dijo Grijpstra—, de lo contrario Slingeland habría hecho algo más exuberante que simplemente tirar de sus pantalones. A Slingeland le importaba un bledo quién era el doctor Staartjes, o qué hacía el doctor Staartjes, con tal de que él, Slingeland, recibiera sus cien dólares.

—Para nada —dijo De Gier—. Slingeland era su madre.

—Nada de metáforas.

—Disculpa.

Grijpstra se puso de pie.

—Ven conmigo un momento.

El suboficial y el sargento estaban en el piso de arriba.

—Vuelve a atar esa hamaca.

—¿No destruiré la evidencia entonces? —preguntó De Gier.

—Átala.

De Gier la ató.

—¿Qué opina de esa hamaca, sargento?

—Una hamaca común y corriente —dijo De Gier—. Nada especial. Tiene mucho uso; fíjate, los anillos están muy oxidados. Es extraño, la verdad. Todo aquí es de la mejor calidad, pero esa hamaca es una chatarra.

—No hay tanta variedad de hamacas.

—¿Podría ser esa? —preguntó De Gier.

—Ayúdame —dijo Grijpstra—. Quiero tumbarme en esa hamaca.

—Pesas más que el doctor Staartjes.

—Eso es bueno —dijo Grijpstra—. Solo ayúdame.

El suboficial se deslizó en la hamaca con dificultad. Se tumbó boca arriba.

—¿Y ahora? —preguntó De Gier.

—Qué raro —dijo Grijpstra—. Me veo en el espejo. Estoy tumbado aquí, bastante cómodo.

—¡Oye! —dijo De Gier—. No tienes sueño, ¿verdad? Si empiezas a cabecear, me voy.

—Sí que tengo sueño —dijo Grijpstra—, y no me voy a quedar dormido. Voy a balancearme. Ya verás lo que pasa.

—Preferiría que no lo hicieras —dijo De Gier—. Practico judo, sé caer; podrías romperte algo.

—Soy muy bueno cayendo —dijo Grijpstra.

Unos segundos después, De Gier miró a Grijpstra. Grijpstra estaba tirado en el suelo. Grijpstra gimió.

—¿Dónde te duele?

—En la espalda —dijo Grijpstra.

De Gier ayudó a Grijpstra a levantarse. Juntos examinaron la hamaca rota. De Gier señaló la cuerda deshilachada.

—Tu cabeza podría haberse deslizado por ahí, y si esa cuerda se hubiera sujetado, te habrías asfixiado. Tuviste suerte.

—Estabas ahí, ¿verdad? —dijo Grijpstra—. Desde luego, no lo habría hecho solo. No soy el doctor Staartjes.

Grijpstra y De Gier se sentaron en el despacho del comisario. El comisario estaba leyendo un informe. Murmuró.

—¿Perdón, señor?

—¡Qué asco! —dijo el comisario—. Me alegro de tenerlos aquí, si no, habría tenido que ir a verlo yo mismo. Los accidentes ocurren.

—Fue un accidente —dijo Grijpstra.

—Esas hamacas son mortales. Averigüé quién las fabrica y llamé a la junta. Son de pésima calidad.

El comisario miró las fotos que habían deslizado en la carpeta del informe.

—Este es un modelo para dos personas.

Miró fijamente al frente.

—Había uno en el catálogo de venta por correo al que está suscrita mi esposa. Salía un caballero y una dama haciendo el amor.

—El doctor Staartjes solo hacía el amor.

—Un amante —dijo De Gier.

Grijpstra y De Gier caminaron por el pasillo.

—¿Ya regresaste? —preguntó De Gier.

—No —dijo Grijpstra.

—Entonces yo tampoco estaré por aquí —dijo De Gier—. De ahora en adelante, fingiré ser De Gier, mantendré cierta distancia, así todo será más fácil.

—No somos egocéntricos, ¿verdad? —preguntó Grijpstra.

—¿No, seguro que no? —preguntó De Gier.

Llegaron a su habitación y cada uno cogió un teléfono.

—¿Nellie? —preguntó Grijpstra—. Soy Henk. Oye, ¿te gustaría cenar conmigo esta noche?

—¿Hola? —preguntó De Gier—. Soy Rinus de Gier. Estuve contigo hoy, hablando sobre la investigación de la muerte de tu doctor Staartjes. Oye, ¿te gustaría salir conmigo esta noche?

Ambos colgaron. Se sonrieron con satisfacción.

—Me siento un poco mejor —dijo Grijpstra—. ¿Funcionó?

—Sí. Y en realidad nunca te fuiste del todo —dijo De Gier.

Un asunto doloroso

En realidad, ni siquiera era un personaje tan sospechoso, y al sargento no le quedaba claro por qué había que arrestarlo. De Gier, por lo tanto, observó mientras Grijpstra trabajaba. «Un momento», había dicho el suboficial, «enseguida vuelvo, sargento». El coche patrulla se había quedado atascado en St. Luciussteeg, donde, incluso a esas horas de la noche, una furgoneta de reparto sintió la necesidad de descargar repentinamente. Los dos investigadores de paisano se quedaron sentados. De repente, aquel hombre pasó caminando, con una chaqueta de aviador de cuero y vaqueros desgastados; un hombre a la antigua, todavía con el pelo largo, un bigote descuidado y caído, y ojos que se entrecerraban de forma poco fiable. Este sospechoso, pensó el ayudante, solo busca lucrarse a costa de la desgracia ajena.

—Policía —dijo Grijpstra—, ¿lo ves?

El hombre también era un profesional, pero del otro lado. Entendía lo que se esperaba de él. Alzó los brazos con expectación mientras leía la imponente identificación de Grijpstra, plastificada y tachada con los colores nacionales.

—Cachéeme —dijo el hombre.

Las anchas manos de Grijpstra lo hicieron, cacheando sin piedad.

«¡Ajá!», era una bolsa de plástico.

«¡Ajá!», era un sobre marrón grande y abultado.

—Venga conmigo —dijo Grijpstra—, y no oponga resistencia, o le pondremos las esposas.

El hombre subió a la parte trasera del viejo Volkswagen redondo. El coche aún no podía arrancar. De Gier había apagado el motor.

—¿Necesita saber por qué lo arresto? —preguntó Grijpstra.

—Está pensando en una posible violación de la Ley del Opio —dijo el hombre—, pero está forzando los límites, suboficial.

De Gier miró a su alrededor, sonriendo lánguidamente en el silencioso coche.

—Nos conoces, ¿verdad?

—Aún no he tenido el placer —dijo el hombre—, pero en la tarjeta ponía «suboficial» y me gusta dirigirme a mis compañeros por su título; es un poco más educado, ¿sabes?

—No sé nada —dijo Grijpstra—, ¿sabes?

El hombre rió, no del todo sinceramente, porque al fin y al cabo estaba encerrado en la parte trasera sin puertas de un coche patrulla, y eso era bastante molesto. La situación no era la ideal. Una pizca de desgracia se había sumado a su vida. Todavía no veía cómo iba a poner en marcha su próximo proyecto. Ese era el tipo de pensamiento que tenía ese hombre.

—¿Qué hay en esa bolsa? —preguntó De Gier.

—Heroína —dijo el hombre.

—Vaya, vaya, vaya.

—Medio gramo —dijo el hombre—, exclusivamente para uso personal. A ese gordo ni siquiera le permitieron arrestarme. Privación de libertad, ¿sabes? ¿Ilegal?

—¿Y cuánto hay en este sobre? —preguntó Grijpstra.

—Cien mil florines —dijo el hombre.

—No estoy gordo —dijo Grijpstra.

—Prueba la dieta cero —dijo el hombre—. Mi padre también la hizo. Funciona de maravilla. La grasa se derrite. Aunque tuvo que ir al hospital por ello, porque el autocontrol no es algo común en nuestra familia. Es increíble, ¿verdad?, que tengan que encerrarte para que adelgaces.

El hombre negó con la cabeza. La furgoneta se marchó, y el Volkswagen también. El hombre quedó encerrado en la comisaría principal.

—Pero —dijo el hombre—, no quiero esto. Tampoco es necesario. Ustedes hacen lo que les da la gana. Mi abogado se pondrá en contacto con ustedes. ¿Están completamente locos? ¿Desde cuándo se permite que un ciudadano libre sea encerrado en la ciudad más democrática del país por llevar dinero encima y una cantidad insignificante de heroína en polvo? ¿Eh? ¿Proxenetas de la Gestapo?

—¿No tiene razón el sospechoso?

Cinco minutos después, en la oficina del detective, De Gier preguntó:

—¿Es usted realmente sospechoso?

De Gier se peinó sus espesos rizos y se arregló el bigote. Se acomodó la bufanda de seda en su impecable chaqueta azul claro. Se miró en el espejo.

—Es usted guapo —dijo Grijpstra—, y también inteligente, sin duda. Pero ese hombre andaba por el barrio equivocado y alguien que coincide con su descripción lleva tiempo siendo buscado. No llevaba identificación y no tengo por qué creer que se llama Johan Jansen. Alguien de quien sospechamos que da un nombre falso puede ser detenido un momento, y como son más de las nueve, el tiempo podría duplicarse. Hasta las once de la mañana de mañana no tenemos nada que temer. Cuando amanezca, lo interrogaremos con calma. Ahora me voy a casa.

—¿No deberías guardar el dinero?

—Es cierto —dijo Grijpstra—. Ven conmigo un momento y lo guardaremos juntos en la caja fuerte.

La caja fuerte, una sencilla caja de hierro fundido que se abría con una llave simple, estaba oculta en la pared del despacho del comisario. Grijpstra también tenía una llave de la habitación. La caja fuerte estaba cubierta por un retrato al óleo de un capitán de fusileros que sonreía afablemente mientras, con su amplio y ornamentado marco dorado, era bajado de su gancho y reclinado un instante.

—Cien mil florines —dijo Grijpstra—, por favor. El producto de mil bicicletas, radios de coche o pequeños robos violentos, todo a cambio de la inmundicia que nos trae nuestro sospechoso. ¡Qué buen trabajo estamos haciendo! Pronto se usará para pagar a los policías que sacarán aún más gentuza de la miseria. El gran ciclo de reciclaje, lo mantenemos en marcha.

La caja fuerte se cerró con un crujido.

—Le diste un recibo a Johan Jansen, ¿verdad?

—Sí, sargento —dijo Grijpstra—. Todo conforme a la normativa. Ese hombre no tiene de qué quejarse.

—Sí —dijo De Gier—. Sé que está bromeando, pero aun así... El lenguaje correcto forma parte de su rango. Y ahora, otra cosa. Con todo respeto, por supuesto, porque eso también forma parte del mío. Creo que se está dejando llevar un poco. No puede arrestar ni detener a un hombre así. No tiene motivos serios para sospechar. ¿Cometió el señor Jansen algún delito?

—No hay cometido ningún delito —dijo Grijpstra—, al menos lingüísticamente hablando. Y quizás tenga razón, pero ahora mismo no me importa. Mañana lo llevaré ante el fiscal, que podrá investigar el asunto más a fondo. Mientras tanto, hemos sometido al señor a un riguroso interrogatorio y sabemos algo más. Usted sabe, yo sé, y él sabe, que trafica con narcóticos. El hecho de que se inyecte no hace sino empeorar la situación.

—Eres un purista de las reglas —dijo De Gier—, eso sigue siendo propio de tu generación. Nosotros, los jóvenes, pensamos con más lógica. ¿De qué sirven las normas si no se cumplen? Si la sociedad dicta que puedes andar por ahí con menos de un gramo de heroína y todo el dinero que quieras, entonces tú, como agente de la ley, debes acatar esa disposición razonable. No es que me importe, claro.

—¿De qué te quejas entonces? —preguntó Grijpstra.

—Solo te estoy tomando el pelo.

—¿Por qué harías eso?

—¿Por qué no? —preguntó De Gier—. Hago lo que me da la gana, siempre y cuando lo disfrute. Si ya no lo disfruto, lo dejo.

—¿Dejar qué?

—Todo —dijo De Gier—. Este trabajo de policía se está volviendo bastante aburrido. ¿Sabes que ya casi tengo cuarenta? Tengo que ir a Nueva Guinea.

—¡Ay, ya basta! —dijo Grijpstra—. Llevas años hablando de esa Nueva Guinea tuya.

De Gier reflexionó en voz alta en el ascensor:

—Palmeras, Henk y pájaros extraños. Una cómoda cabaña de paja y un coco para desayunar. Una canoa para surcar las olas. Hoy mismo, ahora mismo, las olas están rompiendo allí, pero no las veo porque estoy aquí, aunque debería estar allí.

—Que tengas un buen viaje de vuelta a casa —dijo Grijpstra—, ¿o vas a seguir quejándote en el bar?

—Mañana —dijo Grijpstra cuando ya había amanecido de verdad—. ¿Vienes a interrogar al sospechoso?

Todo encajaba a la perfección con el sospechoso. Su nombre era, en efecto, Johan Jansen. Incluso aparecía en la guía telefónica y su novia contestaba. Estaba preocupada por dónde estaba Johan. Johan Jansen quizás no trabajaba, pero disfrutaba de una libertad condicional registrada oficialmente.

—Deben liberarme de inmediato. Por falta de pruebas —dijo Johan Jansen después de un rato—. Y devuelvan ese dinero inmediatamente.

—También tienen las llaves —le dijo Grijpstra a De Gier—. ¿Puede ir a buscarlas?

Grijpstra y Johan Jansen esperaron.

—¿Dónde está? —preguntó el ex sospechoso.

Sonó el teléfono.

—El dinero ya no está —dijo De Gier al teléfono.

Grijpstra miraba fijamente al frente.

—¿Hola? —preguntó De Gier.

—Robado, supongo —dijo Johan Jansen—. Roban mucho en esta ciudad depravada. ¿Sabes que al menos cinco mil drogadictos desquiciados roban el equivalente a trescientos florines cada día? ¿Por qué no haces nada al respecto?

—Ya voy —dijo Grijpstra y colgó el teléfono—. Adelante —le dijo a Johan Jansen—. El dinero ha desaparecido un momento, pero volverá pronto. Vuelva a las cinco, ni un minuto antes, ¿entendido?

—Perfecto —dijo Johan Jansen.

—Estás bromeando otra vez —le dijo Grijpstra a De Gier—. Anoche guardé ese sobre. Estabas justo ahí. Estaba repleta de billetes de mil florines, cien para ser exactos, y trapos verdes nuevos, atados con una goma elástica roja.

—¿Dónde están?

—Robados, suboficial.

—¿Y la bolsa con la heroína?

De Gier señaló la caja fuerte abierta.

—Sigue ahí.

Llamaron a la puerta. Una joven entró con un recogedor en la mano.

—Hola, señorita Antoinette —dijeron Grijpstra y De Gier.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó la señorita Antoinette—. Intento mantener este lugar limpio y luego ustedes lo ensucian todo otra vez. Vengan, salgan de aquí y dense prisa. El comisario regresa mañana de sus vacaciones. También tengo que regar las plantas, y si no se han ido para entonces, les echaré el agua por el cuello.

De Gier cerró la caja fuerte. Grijpstra parecía indignado.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó la señorita Antoinette—. ¿Acaso has vuelto a dejar a tu esposa?

—La señora Grijpstra ha dejado al ayudante —dijo De Gier—. Lo sabes perfectamente, y no hables con tanta vulgaridad; eso no le sienta bien a una dama bella y refinada.

—¿Oh, no? —preguntó Antoinette.

Apretó sus pequeños puños contra sus caderas, que sobresalían con firmeza. Enderezó su esbelta espalda y dejó que su pecho se balanceara suavemente. Acercó su labio inferior, tenso y húmedo. Dejó que sus grandes ojos azules brillaran bajo el cabello negro azabache recogido en un moño.

—Hablo con tanta vulgaridad porque intento adaptarme a este ambiente grosero; de lo contrario, como nativa de La Haya, no tendría vida aquí.

—¿Por qué eres tan desagradable? —preguntó De Gier—. Estamos aquí trabajando duro, y tú entras y enseguida empiezas a quejarte. —Miró su reloj—. La jornada laboral acaba de empezar. ¿Por qué no te tomas un café en el comedor con las demás señoras?

—Alguien tiene que trabajar aquí —dijo la señorita Antoinette—, incluso las secretarias cuyos jefes han vuelto a pedir vacaciones. Date prisa, sal de aquí, esta habitación necesita ser desalojada.

—Señorita Antoinette —dijo Grijpstra—, déjenos en paz. Hemos perdido cien mil florines. ¿Sabe usted dónde podrían estar? Estaban en la caja fuerte. Yo mismo los guardé anoche. De Gier fue testigo.

—¿Qué? —preguntó la señorita Antoinette.

Se sentó también. Cruzó sus esbeltas piernas y se arregló la falda.

—¿Quiere decir que robaron mercancía por valor de cien florines aquí en la comisaría? Eso no puede ser, ¿verdad?

—El dinero pertenece a un particular —dijo Grijpstra—. El señor volverá a las cinco. Si no está para entonces, tendré que pedírselo prestado al comisario jefe, tomarle declaración verbalmente y llamar al Departamento Nacional de Investigación Criminal. ¡Ay, Dios mío!

La señorita Antoinette soltó una risita.

—¿Algo divertido? —preguntó De Gier.

—Ja, ja —dijo la señorita Antoinette—. Usted es del departamento de investigación criminal, ¿no? Es de la División de Delitos Graves, ¿no? Bueno, adelante.

—Ja, ja —dijo De Gier—. ¿Por qué no se va a tomar un café?

La señorita Antoinette hizo precisamente eso, entrando contoneándose por la puerta, con sus pequeñas y redondas nalgas. De Gier la vio marcharse.

—¡Vaya mujer! —dijo De Gier—. Llevo meses rondándola, pero no quiere saber nada de mí. ¿Por qué será? ¿Tengo malas intenciones? ¿Busco algo más que una relación seria?

—¿Entiendes lo que está pasando aquí? —preguntó Grijpstra—. ¿Tienes alguna idea? ¿No paras nunca con tus bromas? ¿Acaso la policía puede robar?

—Una relación seria —dijo De Gier—. Eso solo existe en el amor. De lo contrario, todo es una tontería. Lo que sea que estemos haciendo sigue siendo basura. Cuanto mayor me hago, más me doy cuenta. No deberías quejarte tanto, suboficial, el dinero es solo papel. Que se haya ido o no carece de importancia.

Lo imprimen en el banco. Ahora mismo, me preocupa la señorita Antoinette. Ella cree que quiero acostarme con ella, pero no tiene por qué ser así. Estoy dispuesto a simplemente adorarla. Ayudarla a ponerse y quitarse el abrigo. Abrir y cerrar puertas. Llevarle el bolso y cargarla sobre los charcos. Ella cree que quiero poseerla. Eso ni siquiera es posible.

—Uf —dijo Grijpstra.

De Gier se levantó de un salto.

—No hay nada de uf en la señorita Antoinette. Es un excelente ejemplo de la feminidad que adoro. Ojalá el edificio se incendiara para poder salvarla.

La señorita Antoinette trajo tres tazas pequeñas en una bandeja.

—¿Ya lo saben? ¿Alguno de ustedes robó el dinero? Si usted —señaló a Grijpstra— puso el dinero en la caja fuerte y usted —señaló a De Gier— lo vio, entonces ya tenemos a un sospechoso particularmente poco fiable.

—¿Por qué yo? —preguntó De Gier—. Ni siquiera me gusta el dinero.

—Eres un libertino —dijo la señorita Antoinette— que quiere impresionarnos de forma turbia. Eso cuesta mucho dinero.

De Gier pensó un momento.

—Pero usted también es un hombre libertino —dijo la señorita Antoinette, señalando de nuevo a Grijpstra—. Ha dejado a su esposa. Pero seguro que no puede vivir sin ella. Ahora, naturalmente, quiere comprarse un coche deportivo y trajes a medida, porque ya tiene sus años y además está bastante gordo, y con toda esa ostentación, seguro que le funciona.

—No estoy gordo —dijo Grijpstra—, y estoy a dieta cetogénica.

—Tiene al sargento Guldemeester —dijo De Gier—, él tiene las llaves de la caja fuerte, y también al comisario, y al inspector Halba, y eso es todo, no hay más llaves.

—Sí que las hay —dijo la señorita Antoinette—. Usted tiene la suya y la del suboficial.

—El comisario —dijo Grijpstra— está en los baños, en Bad Gastein, que está muy lejos. Guldemeester está acampando en Schiermonnikoog. El inspector Halba está de descanso y no volverá hasta mañana. Pasé la noche en la cama, en silencio. ¿Estás seguro de que no has vuelto solo un rato y...?

—Vamos —dijo De Gier.

—Últimamente te has burlado demasiado de mí —dijo Grijpstra.

—Lo hiciste —dijo la señorita Antoinette—. Devuélveme el dinero ahora mismo. Todos tenemos que ir a trabajar. Eres un vago. Solo pierdes el tiempo. Sientje, de la sala de radio, no para de llorar por tu culpa. Nadie aprende nada de tus coqueteos. No te tomas las cosas en serio y probablemente tampoco se te da bien el dinero.

—¿Quieres salir conmigo esta noche? —preguntó De Gier—. ¿Primero cena china, luego Bach en el Concertgebouw y después un café en una cafetería tranquila? No necesito nada más de ti; ni siquiera necesito que me des la mano. Tu compañía me bastaría.

—¿De verdad? —preguntó la señorita Antoinette—. ¿Y si quiero algo?

—Vivo solo para ti —dijo De Gier—. Sea lo que sea, te lo proporcionaré de inmediato, pero no más de tres veces seguidas, porque yo también me estoy haciendo mayor.

—Ja —dijo la señorita Antoinette.

—Ven conmigo —dijo Grijpstra.

Llamaron desde la habitación del detective. El comisario estaba, en efecto, en el baño, pero su esposa prometió que volvería a llamar. El ayudante de la policía estatal de Schiermonnikoog dijo que iba al camping donde el sargento Guldemeester había alquilado una caravana. La señora Halba dijo que no había visto a su marido en días y noches. Supuestamente, el inspector estaba involucrado en una investigación secreta de la que ella no tenía permitido saber nada.

—El señor Halba simplemente está de baja —le dijo Grijpstra a De Gier.

—Le está mintiendo a su mujer. Me dijo que iba a pescar. Ese matrimonio ya no va bien. El inspector le está siendo infiel.

—Lo sé —dijo De Gier—, pero no sé con quién está. Halba podría estar en cualquier parte. No me cae bien ese hombre.

—¿Pero robaría cien mil florines?

—Por supuesto que no —dijo De Gier—. El señor Halba es un oficial. Ha prometido y jurado todo tipo de cosas. Los oficiales son caballeros. Los caballeros no roban.

El teléfono interrumpió su breve momento de alegría.

—¿Sí? —preguntó el comisario.

—No, pero —añadió el comisario rápidamente—. Pero es un asunto muy delicado. Tienen que resolverlo. Algo así saldrá en todos los periódicos y ya tenemos suficientes problemas. Antes de las cinco de esta tarde, esos billetes estarán de vuelta sobre la mesa.

—¿Alguien puede llegar a sus llaves, señor? —preguntó Grijpstra.

Algo sonó en el teléfono.

—Son mis llaves —dijo el comisario—. Puede que haya mucho que criticar de mí, pero soy un hombre decente. Mis llaves siempre están en mi bolsillo. Le deseo suerte y confío en usted.

El comisario colgó. El teléfono volvió a sonar.

—Habla Guldemeester. —¡Vaya! —dijo el sargento Guldemeester un momento después—. Esto sí que es algo. ¿No pueden tener un poco más de cuidado? ¿Acaso no puedo irme de vacaciones? Ni siquiera llevo tres días fuera y ya están vaciando nuestra caja fuerte. ¡Menudos ineptos sois! ¿Sabéis qué? Voy a volver. Lo arreglaré.

—Quédate donde estás —dijo Grijpstra—. Siento molestarte. Nos encargaremos nosotros. Si te interpones en nuestro camino, desde luego no saldremos de esta.

—¿Dónde están tus llaves?

—En casa —dijo Guldemeester—. Escondidas, junto con mi pistola. Nadie puede acceder a mis llaves. Ni mi propia esposa sabe dónde están. La casa está vacía porque mi esposa y los niños están aquí. Buena suerte. —Colgó.

—Guldemeester es muy descuidado —dijo De Gier—. El otro día dejó su pistola tirada en la sala de interrogatorios. Se la había desabrochado para sentarse más cómodamente. Dejó un arma de fuego al alcance de los sospechosos. Podría haberme costado la vida. Allí estaba yo, sentado con un drogadicto asqueroso, pensando: ¿con qué estará trasteando ese flacucho? Miro debajo de la mesa y ahí está ese cretino intentando amartillar una pistola Walther P 5 cargada. No encontraba el seguro. No sabía que una P 5 no tiene seguro. Podría haberme disparado en la cara.

—Guldemeester —dijo Grijpstra— es demasiado tonto para robar tanto dinero. El inspector Halbal debería ser más listo, porque visitó la Academia.

—Un tipo despreciable —dijo De Gier—. Si pierde contra mí en el tatami de judo, y siempre pierde, siempre tiene historias sobre lo mucho que trabaja y lo agotado que está. Como si yo no trabajara.

—No trabajas mucho —dijo Grijpstra.

—¿Verdad?

—No es de eso de lo que estamos hablando ahora.

Llamaron a la puerta. Entró un guardia.

—Adelante —dijo Grijpstra—.

—¿Sabe dónde se encuentra el inspector Halba?

—Está fuera de servicio —dijo De Gier.

El guardia mostró un formulario.

—¿Lo firmaría en su nombre?

—¿Por qué lo haría? —preguntó Grijpstra—. No sé nada al respecto. ¿Quién es Alicia Gonzales?

—Una sospechosa de Colombia —dijo el guardia—, arrestada por robo en habitaciones de hotel y sin permiso de residencia. El inspector Halba viene a buscarla y luego la trae de vuelta, pero ahora se ha retrasado una noche. Debo tener mis registros en orden.

Grijpstra no firmó. El guardia recuperó el formulario.

—¿El inspector invita al sospechoso a la investigación secreta? —preguntó De Gier.

Grijpstra se marchó. Regresó.

—¿Y bien? —preguntó De Gier.

—Tal como sospechaba —dijo Grijpstra—. El ordenador dice que Alicia Teresa González no será procesada, sino deportada. Es adicta a la heroína. En unos días, la trasladarán en avión a costa del Estado. También vi la foto. Una joven muy atractiva.

—¿Qué opinas? —preguntó De Gier.

—Lo mismo que tú —dijo Grijpstra—, y eso es irrelevante. Es una vergüenza.

—No podemos delatar —dijo De Gier—, pero si le cuento algo, no es delatar.

—Cuénteme —dijo Grijpstra.

—No te lo diría —dijo De Gier— si no hubiéramos perdido cien mil florines. Ahora somos nosotros los sospechosos. Quizás eso sea exagerar.

—Dime —dijo Grijpstra.

—Ayer estuve un rato en el pub —dijo De Gier—. Allí me encontré con XYZ. XYZ es un sargento, asignado a la Unidad de Seguimiento.

—Son muy astutos —dijo Grijpstra.

—Son buenos observadores —dijo De Gier—. Mi informante XYZ vio ayer al inspector conduciendo un BMW Super plateado. Ese BMW fue confiscado por sus colegas, declarado incautado por el juez y pronto será subastado. El inspector Halba iba acompañado de una joven atractiva. XYZ los siguió y vio que aparcaron frente a un pequeño hotel en el West-Einder.

—Acompáñenme —dijo Grijpstra.

—Un momento —dijo el señor detrás del mostrador del pequeño hotel en el West-Einder—. Eso no va a suceder así como así. Ese señor y esa señora todavía están durmiendo profundamente. Usted es de la policía de Ámsterdam y no tiene autoridad aquí. Si no se va, presentaré una denuncia.

—¿Podemos hacer una llamada rápida? —preguntó Grijpstra.

—Claro —respondió el teniente al señor que atendía el mostrador.

El inspector Halba miró por la puerta.

—¿Qué está pasando? Tengo el día libre. ¡Lárguense!

Grijpstra entró a empujones. De Gier lo siguió.

—Buenos días, señorita.

La señorita estaba desnuda. Cubrió su voluptuosa belleza con una sábana.

—No me gusta esto —dijo el inspector Halba.

Grijpstra suspiró.

—Con el debido respeto, señor, esto es inaceptable. La señorita pertenece a su celda. ¿Qué está haciendo?

—Joder —dijo el inspector Halba, envolviéndose en una toalla.

—¿Y la investigación secreta?

—Jaja —dijo el inspector Halba—, llamaste a mi esposa. Me alegra poder contar con tu discreción. Como puedes ver, la señorita es una fiestera irresistible, y me parecía una lástima que se pudriera en esa celda.

—¿Hola? —preguntó el teniente—. ¿Así funcionan las cosas con ustedes? Con nosotros eso es imposible. Somos muy tacaños.

—La señora no sirve para nada —dijo Grijpstra—, y con razón está encerrada.

—¿No va a cumplir con su deber, verdad? —preguntó el inspector—. Ojo, suboficial, quien me cause problemas lo pagará caro.

De Gier se acercó a la señorita. Ella se echó hacia el otro lado de la cama.

—Tranquila y en silencio —dijo De Gier—, solo quiero echarle un vistazo a sus brazos. Sus brazos, por favor.

Ella mostró sus brazos. Su pecho también quedó al descubierto.

—¡Guau! —exclamó el teniente.

—¡Qué pinchazos! —dijo De Gier.

Abrió el cajón de la mesilla de noche.

—Y aquí está la jeringa, y en ese tubo hay heroína.

—Estoy harto de esto —dijo el teniente—. Voy a multar a los cazadores furtivos. Que tenga un buen turno.

—Nosotros también nos vamos —dijo Grijpstra—. Ah, sí, señor Halba, ¿estuvo usted en la comisaría anoche?

El inspector encendió un cigarrillo.

—Le hicieron una pregunta —dijo De Gier.

—Tenía cosas mejores que hacer —dijo el inspector Halba—. Escuche esto. Como todo ser humano, tengo mis momentos de debilidad. Esa hermosa joven estaba sentada allí. ¿No es un desperdicio terrible? De mi último arresto, me sobró un poco de heroína. A la joven le encanta. Combinando las dos cosas, logré complacerla y relajarme adecuadamente.

—Si por casualidad estuvo en la oficina del comisario anoche —dijo De Gier—, digamos, para recoger algo de heroína —porque a veces está en la caja fuerte, no fue casualidad anoche— y encontró allí, por casualidad, un sobre con cien mil florines, y se lo llevó por accidente, ¿podría devolverlo ahora mismo?

—Estamos en un aprieto —dijo Grijpstra.

—¿Se ha perdido ese dinero? —preguntó el inspector Halba.

—Por desgracia —respondió Grijpstra.

—No sé nada al respecto —dijo el inspector Halba—. Traeré a esa señora de vuelta después de usar el servicio. Asegúrese de que se aclare lo del dinero. No podemos permitirnos ningún problema. Y ahora, ¡que les vaya bien! ¡Buena suerte, compañeros!

—No digas tantas palabrotas —dijo De Gier en el coche—. No me gusta. Nunca lo haces. Cuida un poco tu reputación. Se te conoce por ser tranquilo y profesional.

—Sí, pero... —dijo Grijpstra.

—Solo sé lógico —dijo De Gier—. Nuestro inspector es un vago, pero no tiene el dinero.

—¿Y por qué no lo tiene?

—Puede que sea malo, pero no está loco —dijo De Gier—. Si alertáramos al Departamento Nacional de Investigación Criminal a las cinco, se armaría un escándalo de proporciones épicas. Entonces el señor Halba se iría a la perdición con nosotros, sobre todo por culpa de esa señorita. Incluso tenemos a un teniente como testigo. Si Halba hubiera tenido el dinero, ya lo habría devuelto.

—No me gusta el subjuntivo.

—Perfectamente útil en nuestra profesión —dijo De Gier—, deja espacio para nuevas posibilidades. Tengo hambre.

Comieron sándwiches.

—Deberíamos haber sacudido esa habitación —dijo Grijpstra—, y haber devuelto ese BMW. Halba no tiene moral. Lo roba todo. También tiene esos cien mil. ¿Por qué no lo esposamos?

—¿Un superior? —preguntó De Gier—. ¿Un oficial de nuestro propio cuerpo? ¿Es eso táctico?

—Un delincuente común —dijo Grijpstra.

—Para nada —dijo De Gier—. Un infractor de las normas. Tenemos permiso para usar coches confiscados y liberar temporalmente a sospechosos si es necesario para una investigación. El juicio depende principalmente de nosotros. Si ese juicio es erróneo y actuamos en nuestro propio beneficio, entonces un superior puede objetar. Somos de menor rango. Un inspector está por encima de un suboficial.

—No quiero más sándwiches —dijo Grijpstra.

Grijpstra fue a la oficina del detective. De Gier fue al comedor. Sus colegas se le acercaron, pero no respondió. De Gier reflexionó un momento. Eran las cuatro. De Gier se alejó con paso despreocupado.

—Buenos días, señorita Antoinette —dijo De Gier en el pasillo.

—¿Por qué me mira así otra vez?

—No entiendo qué tiene en mi contra —dijo De Gier—. No la estaba mirando fijamente, solo la admiraba. Tiene una forma de caminar muy sensual.

—Al final no voy a salir con usted —dijo la señorita Antoinette—. Ahórrese sus comentarios insistentes.

De Gier siguió caminando. La oficina del comisario estaba cerrada con llave. Usó su llave. Miró en la caja fuerte. El dinero no estaba allí. De Gier se escondió debajo del escritorio del comisario. A las cinco menos cinco, la puerta crujió. De Gier esperó a que la puerta se cerrara de nuevo. Saltó.

—¡Qué susto! —dijo la señorita Antoinette—. ¿Qué haces ahí?

Jadeaba y se llevaba una mano al pecho.

—¿Está el dinero en tu bolso? —preguntó De Gier.

—Dámelo, porque el señor Jansen ya está esperando, creo.

La señorita Antoinette abrió su pequeño bolso y le dio los billetes a De Gier. Todavía sufría palpitaciones y parecía tener dificultad para respirar.

—¿Cómo lo supiste?

—No hay tiempo —dijo De Gier—. Esta noche, sí. ¿Quieres salir conmigo?

—Sí —dijo la señorita Antoinette.

—¿Dónde puedo recogerla?

Dio su dirección. Las siete le vendrían bien.

De Gier se dirigió al despacho del detective.

Johan Jansen estaba de pie frente al escritorio de Grijpstra.

Grijpstra permanecía en silencio.

Johan Jansen extendió la mano.

—Tengo el recibo, suboficial. Quiero que me devuelvan mi dinero, o iré al comisario jefe.

—Sí —dijo Grijpstra.

—En realidad, es bastante divertido —dijo Johan Jansen—. Nos reiremos un buen rato. Recuperaré ese dinero de todas formas, y ustedes se meterán en problemas. Cien mil florines han desaparecido de la caja fuerte de la policía. Solo unos pocos altos cargos tienen la llave. ¿Quién robó esa cantidad?

—¿Sí? —dijo Grijpstra.

De Gier entró. Le entregó el dinero a Johan Jansen. Extendió la mano. Johan Jansen le entregó el recibo.

—¿Dónde estaban esos fajos de billetes, sargento?

—En los archivos —dijo De Gier—. Siempre pasa lo mismo con el dinero confiscado. Se pierde enseguida, pero para recuperarlo se necesitan formularios. Me pasé horas con eso.

—¿Sí?

—Debería alegrarse —dijo De Gier—. En el crimen no hay burocracia, y ahora lárguese, amigo, tenemos otras cosas que hacer.

Johan Jansen se marchó.

—¿Cómo? —preguntó Grijpstra.

—Fue muy sencillo —dijo De Gier—. Ya me lo imaginaba. La señorita Antoinette también tiene una llave. Mantiene la caja fuerte limpia. Recoge y demás. Ese dinero estorbaba. Simplemente lo apartó y se olvidó. Estaba detrás de los geranios. Cuando le pregunté hace un momento, se acordó.

—De Gier —dijo Grijpstra—. Rinus. Aquí tiene.

—No, en serio —dijo De Gier—. No tienes ni idea de lo dedicadas que son nuestras secretarias. No se permite que quede ni una mota de polvo. Le molestaba que la caja fuerte estuviera tan sucia, pero nunca podía acceder a ella. En realidad, la culpa es de Guldemeester. Ese hombre es un desastre. Dejó las llaves tiradas por ahí. La buena señorita Antoinette vio su oportunidad. Mandó copiar las llaves. Desde entonces, ha limpiado el polvo de la caja fuerte todos los días. Se quedó en silencio.

—¿Grijpstra? —preguntó De Gier.

Grijpstra cerró la boca.

—Pensé que ibas a bostezar —dijo De Gier—, pero tardaste muchísimo.

—¿Esa señorita Antoinette? —preguntó Grijpstra—. Esa chica es guapísima. Esa chica nos odia a todos. Esa chica es de La Haya. Entiendo que robe el dinero, pero no entiendo que lo devuelva.

—Estás pensando demasiado bajo —dijo De Gier—. Te lo digo a menudo. Ahora tengo que irme a casa, porque tengo que bañarme y cambiarme. Todavía tengo mucho que hacer.

Eran las once y media de la noche. De Gier y la señorita Antoinette estaban sentados en un café.

—En realidad eres un hombre bastante respetable —dijo la señorita Antoinette—. Y ese «tú» ya no es necesario. Puedes llamarme «Toine». Ese restaurante chino no tenía nada de especial, pero me encanta Bach y este café está delicioso. ¿Me das la mano?

—No estás casada, ¿verdad? —preguntó De Gier.

—¿Por qué no me das la mano?

De Gier sacudió su cabello.

—A mí también me encanta tu pelo —dijo Toine—. Siempre me emocionan los rizos abundantes. No, en serio, ni siquiera tengo novio.

De Gier tomó la mano de Toine.

—Quisiera otro café francés como ese. Puedes pedirlo, yo pago —dijo Toine.

—Toine —dijo De Gier—. Hiciste una copia de esas llaves.

—Sí, ese Guldemeester es un desastre.

—Porque sabías que suele haber mucho dinero en la caja fuerte.

—Sí. Estaba deprimida. Quería irme de aquí. Soy medio francesa y quería abrir un pequeño hotel en la Riviera.

—Pero devolviste el dinero.

—Oh —dijo Toine—, no tengo nada en contra de robar, al menos si se trata de un negocio importante; si no, no tiene sentido.

De Gier tosió nerviosamente.

—¿Qué te pasa, cariño? —Continúa —dijo De Gier.

—Devolví el dinero —dijo Toine— porque no quería molestar al comisario. Es un hombre tan amable. Está de vacaciones, pero aun así habría dejado en ridículo a su departamento. Estuve dando vueltas por esa habitación todo el día, pero siempre había alguien en el pasillo y tenía miedo de que me vieran. Esta mañana temprano vacié la caja fuerte, estaba muy orgullosa de mí misma, pero luego me insistieron tanto que cambié de opinión.

—¿También sentiste lástima por nosotros?

—Por Grijpstra, sí, él también es un hombre encantador.

—¿Y dejó a su esposa?

Toine apretó la mano de De Gier.

—Ay no, cariño, ¿esa gorda asquerosa? Me alegré de que el suboficial se deshiciera de ella. Solo quería bromear un poco.

—¿No querías que sospecharan de Grijpstra?

—No —dijo Toine—. Aquí estoy yo, cómodamente en Francia, y el pobre Grijpstra está siendo asado por el Departamento Nacional de Investigación Criminal.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó De Gier—. ¿Y del pobre señor Halba?

—¿Halba? —Toine espetó—. Es un sinvergüenza, ¿sabes? Siempre intenta meterme en problemas. ¿Sabes que se lleva prostitutas de la cárcel?

—Soy yo el que queda —dijo De Gier.

—Tú tampoco me importabas. Hiciste llorar a Sientje.

Toine parecía enfadada.

—Sientje quiere casarse —dijo De Gier—. Aún tengo que ir a Nueva Guinea. Se lo dije. De antemano. No va a funcionar para ella conmigo.

—¿Y ahora me lo dices? ¿Qué se supone que vas a hacer en Nueva Guinea entonces?

—Nadar entre tiburones —dijo De Gier—, y realizar toda clase de hazañas heroicas; al final lo hago por vosotros, pero puede que sea difícil de entender.

Toine hizo un puchero.

—Toine —dijo De Gier—. Quiero adorarte, pero también tengo que seguir adelante. No puedo seguir siendo el mismo policía para siempre, ¿verdad? Llevo siéndolo tanto tiempo.

—Adorarte —dijo Toine—. ¿Te refieres a follar?

De Gier se sentó encorvado y se rascó la nalga izquierda.

—No te estás poniendo nervioso, ¿verdad? —preguntó Toine—. Jaja, este Rinus. Sientje tenía razón. Dijo que te rascas las nalgas cuando ya no sabes qué hacer. ¿De verdad eres tímido?

—Sí —dijo De Gier.

—¿Qué le dijiste a Grijpstra?

De Gier se lo dijo.

—¿Y ese tipo tan bonachón se lo cree?

—Bueno —dijo De Gier.

—El dinero ya está de vuelta, ¿no?

Toine miró el reloj.

—Tengo que irme a la cama. Estoy muy cansada hoy.

—Te llevo.

Se besaron en la puerta.

—¿Pasó algo? —preguntó Grijpstra ocho horas después.

De Gier bebió café.

—Hice una pregunta.

—Nada a cambio de nada.

—¿Perdón? —preguntó Grijpstra.

De Gier tiró la taza.

—Quiero decir, suboficial, que trabajo sin remuneración. Mi sueldo es suficiente. Como policía, se supone que debo restablecer el orden. Y eso es lo que he hecho.

Toine entró.

—¿Quién está desordenando aquí otra vez? Hay una tacita tirada junto al cubo de basura.

—Yo —dijo Grijpstra.

—No, yo —dijo De Gier.

—Son tan encantadores —dijo Toine—. ¿Vienen a cenar conmigo esta noche? Son unos solteronos pobres, ¿verdad? Prepararé comida japonesa; ¿les gusta?

—Estaba deliciosa.

La señorita Antoinette preparó una sopa de algas, tempura de verduras y gambas, mucho sake aparte y un postre exquisito. Cada plato tenía su propio cuenco. Había mucho que fregar.

—¿Puedo ayudar? —preguntó De Gier. Por desgracia, Grijpstra tuvo que irse a casa temprano.

De Gier secó todo cuidadosamente y le indicó a Toine dónde colocar cada plato en la alacena. Le sirvió café. Él también tenía que irse a casa.

—Después de la comida japonesa —dijo Toine—, un poco de sexo viene bien. Lo leí en Tanizaki. Kawabata también lo dice, e incluso Mishima lo recomienda. Leo mucha literatura japonesa; es muy relajante. Sientje dice que estuviste en Japón bastante tiempo. ¿Es cierto? ¿Lo hacen después de cenar?

—Sí —dijo De Gier. —La mujer se desnuda y se sienta en el regazo del hombre, y luego conversan un poco.

Toine se desnudó.

—¿Sobre las rodillas?
—Así suele empezar.
—¿Y cómo termina?
—Hay muchas variantes —dijo De Gier—. Te mostraré algunas.

Una estudiante de derecho

Quien cena en el lujoso restaurante De Pruimentuin de Ámsterdam, entre palmeras frescas en cubos de cobre pulido, bajo un techo abovedado donde ángeles tocan música, tras una amplia vajilla de damasco con cubiertos relucientes, se deleita con la nouvelle cuisine y saborea vinos exclusivos, no espera que el caballero de la mesa de al lado se desplome y muera. Simplemente no lo entiende. El caballero de tez clara, elegantemente vestido, con su traje civilizado, su rostro refinado adornado con los ojos almendrados de un antiguo tapiz árabe, apartó con un gesto noble una miga de pan crujiente coronada con un trozo de caviar de esturión. Lo hizo con elegancia, y con la misma elegancia inclinó la cabeza, mientras gotas de sangre brotaban de la comisura de sus labios.

Con la cabeza inclinada, la parte superior de su cuerpo se desplomó, y siguió desplomándose. Pensaste que se enderezaría, pues en De Pruimentuin nadie se sienta torcido, y que se disculparía con naturalidad por su extraña postura, ofreciendo una explicación aceptable. Le sangraba la boca porque una piedrecita en el caviar le había roto un colmillo, y se inclinó hacia un lado porque el zapato le apretaba de repente. Sin duda, seguía siendo terrible, pues uno no se gasta cientos de florines para destrozarse los dientes cenando, y los zapatos hechos a medida en Londres, naturalmente, no aprietan, pero tenía que ser algo así. Incluso De Pruimentuin, aunque lo parezca, no es el paraíso, y la desgracia terrenal acecha por todas partes. Un camarero que se apresurara a buscar al maître, el restaurante pagaría la comida y, por supuesto, el diente. Y lo del zapato también se solucionaría. Sin embargo, que el caballero estuviera gravemente herido y ahora yaciera allí agonizando —pues no dejaba de caer y escupir sangre sobre las baldosas de mármol—nadie lo habría imaginado tan pronto.

¿Cómo era posible? ¿Acaso el hombre que ahora, aparentemente, había encontrado la muerte no había entretenido a la cocinera con un comentario ingenioso, en inglés de Oxford, con un tartamudeo refinado antes y después? ¿Y quién muere en tan atractiva compañía? La mujer era realmente deslumbrante, con su suéter de punto suelto con un cuello grueso y doblado, y una falda italiana ajustada, con su figura de modelo, ceñida en la parte superior, larga y fluida en la inferior, y su rostro elegantemente maquillado que no desentonaría en una revista de fotografía; era una belleza alta, pero el caballero, al caer, se despidió de ella y de todo.

Los camareros intentaron levantar el cuerpo inerte y lo dejaron caer de nuevo. Bajo la chaqueta que se había abierto, un chaleco rosa empolvado se tornó rojo. El caballero había recibido un disparo. ¿Alguien oyó el disparo? No. «Un estallido», dijo uno de los camareros. No más fuerte que el estallido de un corcho de champán. Y el champán se había servido a unas mesas de distancia; ¿quién se fijaría entonces en un estallido extra?

La señora de la mesa permaneció sentada, mientras los camareros y el maître le acariciaban los pies. Dio un sorbo a un vino blanco seco y mordisqueó un poco de caviar. «Hay que hacer algo». Tal vez se le pasaría. Sus delgados dedos rozaron los mechones rubios que caían sobre sus puntiagudos lóbulos.

El maître llamó a la policía.

Llegaron, primero los agentes de policía y luego el detective de paisano, un hombre mayor y corpulento con abundante cabello, seguido de un joven deportista y un hombre mucho más grande con bigote que, ante todo, la miró con sus dulces ojos marrones. Un hombre amable, a juzgar por su aspecto, pero de complexión fuerte y flexible.

—¿Quién disparó entonces? —preguntó el suboficial Grijpstra, el detective mayor.

Un camarero pensó, aunque no estaba seguro, que había sido un joven moreno, con el pelo corto, negro y rizado. Vestido con pantalones claros y una chaqueta marrón entallada. Acababan de llegar algunos invitados y un grupo ya había pagado y se marchaba. El joven pasó junto a la mesa del caballero y su bella dama de compañía, se detuvo un instante y entonces se oyó un chasquido.

—¿Y adónde se fue ese amigo?

Bueno, ahora ya no estaba allí, así que se había ido. «Simplemente se fue», pensó el camarero, junto con los demás invitados que se marchaban, mientras el caballero se inclinaba de forma espantosa, comenzando su caída al más allá.

El sargento De Gier, agachado junto al cadáver hasta ese momento, vio al hombre muerto y se incorporó de un salto.

—¿Sí? —le preguntó a la dama de compañía.

—No, en absoluto.

Su voz vibraba, no por nerviosismo, sino con un dulce temblor. Realmente no sabía nada. Buscó en su bolso el pañuelo, porque quizás estaba a punto de estornudar, y cuando levantó la vista, tras aquel pequeño chasquido, su caballero cayó al suelo.

—¿Era este árabe su amigo?

—Un conocido.

—¿De qué país es el caballero?

—¿De Persia?

No estaba segura. Se presentó entonces. Señora Everts. Yvette, así era como podían llamarla. Grijpstra hizo un gesto amable a su alrededor, mientras tanto, clavaba su mirada en el maître.

—Pueden marcharse. Váyanse a casa. Hay demasiado trabajo aquí, ¿no creen?

Estaba abarrotado. Los demás invitados se agolpaban alrededor de la terrible escena; algunas damas gritaban en voz baja y otros caballeros murmuraban: «¿Qué es eso?», «¿No se sentía bien?», «¿Por qué sangra tanto ese hombre?».

El maître se dirigió a la multitud en nombre de la gerencia: no se requería pago, era una lástima, esperaríamos mejor suerte en otra ocasión, adiós, señora, adiós, señor. Los camareros ayudaron a los clientes a ponerse abrigos, capas y chales traídos de una lejana tierra extranjera.

El pequeño salón se vació, excepto en un rincón donde Yvette recibió una luz del sargento De Gier, quien se había presentado y ahora estaba sentado a su lado en una silla que habían arrebatado. Él esperó, admirando a los ángeles en el valle de la cúpula; el ángel más hermoso frunció los labios para hacer sonar una trompeta, pero no lo hizo porque estaba petrificada. Yvette solía empezar por su propia voluntad. Pero no lo hizo.

—Pero, señora —dijo De Gier—, está cenando con este caballero, un conocido, ¿y ni siquiera sabe de qué país es?

—Me llamo Yvette.

—¿Yvette?

—¿Palestino, tal vez? ¿Saudí? ¿Iraquí? La verdad es que no lo sé. Se llamaba Omar.

—¿Y cómo lo conoció? ¿Se lo encontró por la calle?

Ella rió con indulgencia.

—No, me lo asignó una agencia. Soy su acompañante. Una velada juntos…

Grijpstra se sentó a su lado.

—Vaya —dijo con tristeza.

—Uf —dijo De Gier.

—Le decepciono —dijo Yvette con resignación.

—Es una compañía pagada —dijo De Gier secamente.

—Ya he sufrido bastante, esto es demasiado. Señaló con desprecio el cadáver que miraba fijamente al infinito.

—¿El señor tampoco es un caballero?

—Rinus —dijo Grijpstra—. ¿De verdad es necesario? Cálmate un poco. —Soltó una risita triste—. No se lo tengas en cuenta, Yvette. Ha sido un día largo. Primero, un drogadicto muerto en un sótano. Lo leíste en el periódico, pero nosotros lo vemos todo el tiempo. Es nuestro trabajo, pero no somos muy buenos en lo que hacemos. Y esta tarde, ese anciano, tres semanas en una habitación de arriba hasta que alguien finalmente lo olió. Acabamos de salir de allí, y ahora esto otra vez, ¡qué ciudad! —Su dedo índice romo señaló la sangre que cubría más mármol—. Rinus es sensible; la desgracia aún lo perturba.

—Una cualquiera y una prostituta —dijo Yvette con comprensión—. Otro revés. El lado oscuro de la sociedad está siendo expuesto públicamente. Pero no soy mala, ¿sabes?, hago un buen trabajo.

Llegaron más policías, cargando equipo. Fotografiaron el cuerpo y el médico observó.

—Visto. Hecho. Desháganse de él. Buenas noches a todos.

El médico se marchó. El cuerpo también se fue, en una camilla.

—Yo no disparé —dijo Yvette.

—¿Puedo mirar en su bolso? —preguntó De Gier.

—Preferiría no hacerlo.

Le entregó el bolso. De Gier lo palpó y lo agarró.

—No se lo lleve —dijo Yvette—, lo necesito y es mío.

El sargento colocó el arma sobre la mesa. Que fuera un arma no era inmediatamente evidente.

—Es una Derringer —dijo Grijpstra—. La miniarma definitiva. Dispara dos veces, balas del calibre 22 Magnum, que te atraviesan el cuerpo y son letales en casi cualquier parte. ¡Qué arma tan horrible! Y qué bien camuflada, en una funda que parece una cartera. Metes el dedo por el agujero y controlas el gatillo. La bala sale por esa abertura. ¿Qué se supone que debes hacer con eso?

—Bueno —dijo Yvette—, ¡qué pregunta más tonta! Estoy en peligro, ¿no? La agencia no nos deja ir con cualquiera, pero en una mala noche siempre acabas con un bicho raro y en su habitación de hotel empieza a contar chistes extraños. Y también me han echado del coche una vez, porque pensándolo bien no me apetecía ir con el tipo, y luego, en plena noche, te atacan los ladrones por sorpresa. Entonces saqué mi cartera de la bolsa para dársela a ese canalla, y salió una bala, que se la puede quedar.

—¿Alguna vez lo has hecho? —preguntó De Gier.

—Aún podría pasar. Devuélvemela. Ya pagué bastante por esa cosita tan cara.

Grijpstra sacó la pequeña pistola de la funda y olfateó el cañón. Abrió la recámara. Dos cartuchos brillaban en el acero negro. Los expulsó. Yvette extendió su mano bien cuidada.

—¿Lo ve ahora? Sin usar.

—Está usted arrestada —dijo Grijpstra—. Por violar la ley de armas de fuego. Esto no le conviene. Un arma cargada en su bolso. Eso está totalmente prohibido. Se castiga severamente.

—Oh, no —dijo Yvette—. Leo el periódico, ¿no? Soy madre soltera y vivo de la asistencia social, ¿quién cuidará entonces de mi hijo? Como mucho, una sentencia suspendida y una multa, pero tampoco necesito eso. Sea razonable, suboficial, y ahórrese problemas. Nadie le agradecerá que arme un escándalo por esto.

—¿Qué sabe usted? —dijo De Gier.

—Y ahora lo estás empeorando aún más. Si haces esto dos veces por semana, ganas cincuenta mil al año, y eso no está permitido por el sistema de bienestar social.

El maître trajo café y coñac. Le devolvieron dos coñacs. Yvette alzó su copa. Grijpstra mantuvo los pies en alto porque un camarero estaba limpiando el suelo con una fregona enrollada en una escoba. De Gier se lió un cigarrillo.

—¿Me llevas a casa? —preguntó Yvette—. Los taxistas están en huelga y no llegaré muy lejos con estos zapatos. ¿Ves esos tacones? —Estiró una pierna elegante.

—¿Cómo llegó Omar aquí? —preguntó Grijpstra.

—En su Mercedes de alquiler, te lo enseñaré después. Se alojaba en el Hotel Onesta. ¿Tengo que ir a la cárcel ahora?

—Llévate a la señora —dijo Grijpstra—. Nos vemos luego en la estación.

—¿De verdad conduces este cacharro? —preguntó Yvette, subiendo al viejo Volkswagen.

—La belleza es superficial —dijo De Gier—, y bajo el óxido y las abolladuras se esconde un alma fiel. ¿Adónde vamos?

—A la cárcel no.

—Tienes un hijo pequeño en casa, ¿verdad? —De Gier arrancó el motor—. ¿Cuántos años tiene tu hijo?

—Martin solo tiene diez años. No debe saberlo, ¿sabes? ¿Prometido? Vivo en la calle Jan Luykenstraat. Uf, está lloviendo.

—Aquí —dijo Yvette un momento después—. Si me dejas, puedes aparcar a la vuelta de la esquina; aquí hay demasiado tráfico. ¿Subes un rato?

De Gier siguió conduciendo.

—¿Por el susto? ¿Porque fui tan malo contigo? El suboficial y yo somos de la División de Delitos Graves, deberíamos estar acostumbrados, pero yo aún no lo estoy.

—¿Por qué no me dejaste en casa?

—Hay ladrones al acecho en cada puerta —dijo De Gier—. No te mojarás. Te llevo en brazos.

Aparcó.

—Un momento.

Salió del coche, abrió el portón trasero y regresó con un abrigo enrollado.

—Llevamos todo con nosotros.

—¿De verdad me vas a llevar en brazos?

Le ofreció el abrigo.

—También tiene capucha.

Ella se lo puso. Él se arrodilló y la levantó con cuidado.

—¿Así está bien?

—Maravilloso. Eres un héroe. Es un milagro que todavía existan héroes. ¿De verdad eres un héroe?

—Sí —dijo De Gier—. Por una causa perdida, pero eso es precisamente lo que lo hace tan emocionante. La pérdida eterna, eso sí que es un entrenamiento para el carácter.

Ella yacía inerte en sus brazos, con la cabeza apoyada en su hombro.

—¿Tanto alboroto por nada?

—Las recompensas son insignificantes, medallas y ascensos, no es por eso que lo hago. Restaurar el estado de derecho, eso tampoco va a suceder. ¿Y el orden público? —De Gier soltó una risita.

—Qué dulce —dijo Yvette—, cuando ríes, sientes un ronroneo en el pecho. Tienes un pecho tan ancho. Estoy aquí tumbada tan cómoda. ¿Me llevas en brazos a dar una vuelta a la manzana?

Ya habían llegado. De Gier la bajó. Ella caminó delante de él, subiendo una larga y empinada escalera.

—No mires debajo de mi falda.

Él lo hizo de todos modos. El último tramo de escaleras, tras una puerta verde recién pintada, con su nombre pintado en una hermosa caligrafía sobre una aldaba antigua, estaba cubierto por una alfombra oriental.

—Alto, ¿verdad? Siempre llego a casa sin aliento.

—Lujo absoluto.

De Gier miró a su alrededor: el mueble de Mechelen y el reloj de pie frisón, las estanterías de caoba, las flores cortadas dispuestas con arte en jarrones de alabastro. Se frotó el pie contra la gruesa alfombra. Un niño pequeño estaba viendo la televisión. Miró a su alrededor.

—Hola, mamá.

Se levantó para estrechar la mano del visitante.

—Martin.

—Rinus —dijo De Gier.

Unas señoras hablaban entre sí en la pantalla.

—Qué mal —dijo Martin.

Apagó el aparato.

—¿Dónde está Omar, mamá? ¿Se canceló la velada?

Yvette besó a su hijito.

—No, cariño, vete a la cama rápido. Necesito hablar con Rinus.

—¿Así que Omar ya no viene?

—Por ahora no. Tuvo que irse de repente por negocios en su país.

—Qué lástima —dijo Martin.

El niño se marchó en silencio.

—¿No hay niñera? —preguntó De Gier.

—No llegará hasta más tarde —dijo Yvette con voz temblorosa. Tosió—. A las nueve, la llamaré. —Dudó junto al teléfono—. ¿Seguro que no está permitido?

De Gier se paseó entre un sofá de cuero y una mesa baja de cristal, sostenida por antiguas columnas de piedra.

—¿Por qué no debería poder llamar?

—Me arrestaron, ¿no?

—Sí —dijo De Gier—, llame ahora.

Fue a mirar cuadros enmarcados, grabados firmados por artistas reconocidos. Su dedo se deslizó por una hilera de libros de texto.

Ella colgó el teléfono y se acercó a él.

—¿Estás estudiando? —preguntó De Gier.

—Derecho, ya casi termino. ¿Quieres algo de beber? —Abrió un bar bien surtido—. ¿No crees que soy buena? Empecé en la secundaria, me casé tontamente, trabajé en la fábrica, me presenté al examen estatal y pagué mis estudios. Mi marido no pudo soportarlo, nos divorciamos. Siguió siendo obrero.

—Un refresco —dijo De Gier—. ¿Ya no te paga?

Le sirvió un refresco.

—No, claro que no. Era mi ambición, ¿no? Tiene una nueva familia, y eso le cuesta todo su dinero.

—Asistencia social y la agencia —dijo De Gier. ¿Por qué dijiste que apenas conocías a Omar si es amigo de tu hijo?

Se sirvió whisky y, tras el primer sorbo, se estiró el labio superior.

—Le falta agua. Escucha, no quiero verme involucrada en esto. Pensé que me llevarías a tu escritorio y me mandarías a otro lado. Qué ingenua, ¿verdad? Podría haber predicho tu actitud conciliadora; la policía ya no es tan agresiva, eso es bien sabido. Omar está suscrito a mi agencia desde hace unos meses; viene aquí con regularidad.

—¿Y paga?

Ella rió.

—Nada es gratis. Mi agencia se especializa en caballeros que venden petróleo; en Oriente Medio, el dinero brota del desierto.

—Mentiste —dijo De Gier—. Eso es sospechoso. ¿Viste al tirador?

Se acomodó en el sofá.

—En realidad no le conozco. Era bizco. Joven, de unos veinte años, por lo demás, todo como dijo el camarero. No mentí, ¿sabes?, solo inventé una excusa.

—Mentir ya no existe. Sigues siendo anticuada. Robar se llama «apropiarse» hoy en día. Hay comprensión para todo.

Sonrió y mostró una dentadura fuerte, con encías frescas.

—¿Puedo hacer una llamada? —preguntó De Gier.

—Sí —dijo Grijpstra—. Llamé a la empresa de alquiler de coches y a esa agencia. El señor fallecido se llamaba Omar Sarab. Y sé más. En su bolsillo interior llevaba correspondencia con la empresa de transbordo de petróleo Versluys de Róterdam. Llamé a Versluys a su casa. No se sorprendió. Omar era corrupto y negociaba comisiones privadas con las que vivía opulentamente cuando estaba aquí. El Corán prescribe la sobriedad y el gran jefe en su país es un sacerdote piadoso.

—Ajá —dijo De Gier.

—Así que eso no nos incumbe —dijo Grijpstra—. Omar estaba al cuidado de un compatriota moralista. Ojos que no ven, corazón que no siente.

—No —dijo De Gier.

—¿No corazón que no siente? —preguntó Grijpstra.

—Omar se alojaba con nosotros, ¿no? —preguntó De Gier—. La hospitalidad también está en el Corán. Hay que proteger a los huéspedes.

—Vamos —dijo Grijpstra—. Admiro la maestría, colega. Un disparo silencioso directo al corazón. A nadie más le importó. Esto es política, no es asunto nuestro. Envía un informe al BVD y ellos se encargarán del resto.

—Vamos —dijo De Gier—. Déjame solo un momento. Eres mi amigo y los amigos se ayudan entre sí. Es un pequeño trabajo. Te recojo en Apollolaan. Creo que Omar era persa. Recuerdo algunas cosas.

—¿Y cómo llego a Apollolaan? Tienes el coche.

—La línea veinticuatro —dijo De Gier— es más rápida que yo. Bájate en la esquina y, antes de que te des cuenta, estaré allí.

La mano de Yvette descansaba sobre su manga.

—No hagas nada al respecto, Rinus. Omar sabía lo que le esperaba. La vida no les importa mucho. Los musulmanes viven por la espada. No son sociables. Cancela al suboficial rápido y quédate conmigo.

De Gier se rascó el trasero.

—No te estoy poniendo nervioso, ¿verdad? —dijo ella, besándole la barbilla.

—Mientras estás al teléfono, te pongo otra cosa.

—No —dijo De Gier.

Le puso ambas manos en el pecho.

—Un tipo tan guapo, y esto es una pérdida de tiempo y esfuerzo en una institución tan atrasada. Eres un héroe, ¿no? Se necesitan héroes; viajan por todas partes, ganan mucho dinero y a veces vuelven, solo por un momento, para salir conmigo. ¿Quieres que te ayude? Tengo contactos.

—De verdad que tengo que irme ya —dijo De Gier.

—Eres libre, ¿sabes? —dijo Yvette—. Puedes elegir por ti mismo lo que haces. Si eliges la libertad, puedo ayudarte.

Grijpstra estaba empapado, acurrucado en el cuello de su desgastado impermeable.

—¿Dónde estabas?

—Siempre haciendo algo —dijo De Gier—. Estaban robando bicicletas en esa calle, con una furgoneta con puerta corredera dentro, pasando, con la puerta abierta, saltando, saltando, y dos bicicletas más. Querían pelear. Lo hicimos. Llamamos a una patrulla, pero tardaron un rato.

—Eres un alborotador —dijo Grijpstra—. Y yo no paraba de mojarme. ¿Y ahora qué, Caballero de la Justicia?

—Escucha —dijo De Gier—. El asesino era un profesional, bien motivado, enviado por el sumo sacerdote, pero asesinato sigue siendo asesinato. Eso le dio un poco de náuseas, ¿no? ¿Y qué hace un persa con náuseas que mañana se va del país pero tiene toda la noche para él solo en el extranjero? Busca compañía. Con gente como él. No hay muchos persas en la ciudad, y los que hay juegan al dominó aquí, a la vuelta de la esquina, por las tardes. Allí fue él.

—Para presumir —dijo Grijpstra—. Podría ser.

—Un hombre de veinte años, con pantalones claros, chaqueta de cuero marrón ajustada y bizco.

—¿Bizco? Ese camarero no dijo eso.

—Sí, es bizco —dijo De Gier.

—Ah. Yvette sabía más, ¿no?

—¿Lo atrapamos o no?

—Rinus —dijo Grijpstra—. Hoy en día, los holandeses a veces llevan una pistolita en el bolsillo, pero los árabes andan por ahí con lanzacohetes automáticos.

—Persas, no árabes.

—Tienen bazucas. ¿Y nosotros nos metemos en medio con nuestras pistolitas Walther? ¿Has leído las nuevas normas? Tenemos tropas especiales de arresto para esto; ni siquiera nos permiten hacer esto.

—¿Y qué dice nuestro comisario? —preguntó De Gier—. Con un asesinato, hay que ser rápido. Un asesino está confundido después del crimen, entonces se le puede atrapar. En cuanto retoma su versión, se escapa. Ahora o nunca.

Grijpstra estaba absorto en un cigarro, que se había quedado atascado en el celofán.

—¿Sí? —preguntó De Gier.

—Sí, sargento —Grijpstra tosió—. Si llego a jubilarme anticipadamente, el cáncer de garganta acabará conmigo de todas formas. Conduzca, sargento.

De Gier aparcó frente a un café cuyas ventanas estaban selladas con cinta adhesiva marrón.

—Una vez comí aquí, por error, pata de cabra con pelo. Había un retrato de aquel viejo cura colgado allí. El camarero tenía que irse a rezar constantemente.

Un anciano venerable estaba en la puerta y dijo que el café estaba cerrado. El intento de impedirle la entrada fue rechazado con la placa de policía de Grijpstra.

—Inspección —dijo Grijpstra—. Permiso de residencia. Apártese, abuelo, por favor.

El café estaba lleno. Los clientes murmuraban y gesticulaban. Un joven, que coincidía con la descripción del sospechoso, se coló por la puerta trasera. De Gier, tras atravesar la habitación, se escabulló. Detrás de la puerta había una habitación vacía. La mano del joven se deslizó bajo su chaqueta. La mano de De Gier golpeó con fuerza, con el costado, la mandíbula del enemigo. El joven cayó al suelo. De Gier se arrodilló sobre su pecho y sacó la pistola de la funda de hombro que llevaba bajo la chaqueta de cuero. Arrastró al tirador inconsciente de vuelta al café.

Los persas clamaban y avanzaban en filas cerradas.

—¡Policía! —gritó Grijpstra, tranquilizador, mientras retrocedía—. No trouble [No hay problema]. Pas de merde [No jodan]. Keine Schleimerei [Nada de tonterías]. Wir gehen schon [Ya nos vamos]. Vuelvan a sus cafés.

El joven se deslizó en el asiento trasero, y De Gier lo siguió. Grijpstra condujo el Volkswagen, que arrancaba con dificultad. Se secó la cara con el pañuelo.

—Todos esos locos armados, si es que alguna vez has aprendido algo.

De Gier sostuvo un pequeño tubo junto a la cabeza de Grijpstra.

—Lo tenía en el bolsillo. Un silenciador para su arma. Yo también tengo un arma. Hay pruebas.

—Tienes al asesino —dijo Grijpstra—. ¿Podemos parar ya? ¿Después de que el sospechoso haya sido detenido?

El sospechoso abrió los ojos y murmuró en persa.

—¿Inglés? —preguntó De Gier.

El sospechoso también murmuró eso. Habló con tartamudeo sobre el deber que había cumplido. Todo estaba bien. Lo que le sucediera después no tenía importancia. En casa estarían orgullosos de él, y si los perros cristianos le disparaban, las huríes celestiales lo esperaban allá arriba. En el frente de Irak, te rociaban con gas venenoso, y aquí tampoco era nada, pero ¿qué importaba? Tenía la conciencia tranquila.

—Mientras te diviertas —dijo De Gier.

—Siempre hablas así —dijo Grijpstra por encima del hombro—. Un hermano en espíritu. Déjalo ir, y cooperará contigo.

—Interrógalo —dijo De Gier—, si es como yo, esas piadosas frases hechas no significan nada. A la hora de la verdad, siempre me asusto. Él también, ya verás.

En la habitación del detective, el sospechoso estaba sentado al borde de la silla, atrincherado con los brazos cruzados.

—Ya no dice nada —dijo Grijpstra.

—¿Oh, no? —De Gier abrió el cajón de su escritorio y colocó un par de guantes nuevos sobre la mesa. Miró al sospechoso con severidad y se los puso lentamente.

—De piel —dijo Grijpstra—. De piel de cerdo. Caros.

—Me los regalaron por mi cumpleaños —dijo De Gier—, mi hermana de Enschede, por correo. Un detalle muy bonito. Cada vez hay más palizas en Oriente Medio. Como al posadero, y demás. ¿No parece asustado el sospechoso?

—Está sudando —dijo Grijpstra—. Espera un momento antes de quitarte los guantes y sentarte de forma incómoda. Voy a encender un cigarro, así pensará que voy a encenderlo yo.

—Por favor —dijo el sospechoso—. Por favor. No lo hagas.

—¿Quién es tu jefe? —preguntó De Gier.

—No te lo voy a decir.

De Gier aplaudió. Grijpstra dio una calada a su cigarro.

—¿Ves qué cara de malo tengo? —preguntó Grijpstra, inclinándose sobre su cigarro—. Estoy pensando en mi vecina; le dio una patada a su perro. Una mujer terrible, y su marido es aún peor. Deja al loro afuera, expuesto a la corriente de aire.

El cuero de los guantes de De Gier crujió al rozarse. Saltaron chispas del cigarro que Grijpstra sujetaba con fuerza.

—Karim —dijo el sospechoso.

—¿Y dónde está? —gruñó De Gier.

—Aquí.

—¿Dirección?

—Rubensstraat.

El sospechoso también dio el número.

—Es culpa tuya —dijo Grijpstra—. Deberían usar asesinos que conozcan un poco el país. Se tiran pedos en nuestra cara. ¿Qué va a saber un chico así?

Apagó el cigarro en el cenicero. De Gier se quitó los guantes y cogió el teléfono.

—Sospechoso para el pabellón de la celda.

Los agentes detuvieron al joven.

—Regístrenlo bien —dijo Grijpstra—. Su mechero es una bomba, la hebilla del cinturón es un cuchillo y tiene cápsulas de veneno entre los dedos de los pies.

Los detectives se disculparon por su actitud irrespetuosa y le desearon buenas noches al sospechoso. Se lo llevaron.

—¿No vamos a Rubensstraat, verdad? —preguntó Grijpstra—. El señor Karim sin duda tiene estatus diplomático. Sus guardaespaldas están armados con subfusiles. La casa está vigilada electrónicamente. Si tocas el timbre, te atacará un guepardo.

—Sigue adelante —dijo De Gier—. Ese estatus diplomático puede esperar hasta mañana. Por ahora, sigue siendo divertido. Una cacería a ciegas. Sjaan vive en la calle Rubensstraat, en un piso de arriba, bajo techo.

—Deja a Sjaan fuera de esto —dijo Grijpstra—. Sjaan no solo es una oficial decente y corriente, sino también la más guapa de la policía. No es apta para ayudar en la detención de un fanático religioso. El hecho de que no tenga objeciones contigo no justifica que arruines a una compañera.

—Llama tú abajo —dijo De Gier—. Golpea la puerta. Grita sobre el asesinato, caos y policía. Yo esperaré arriba.

—¿Pero por qué, sargento?

—La suerte está del lado de los tontos —dijo De Gier—. Piénsalo un momento. Acabamos de sacar al asesino a sueldo del bar. Ya llamaron desde allí para avisar al señor Karim. Karim es el jefe, ¿no? ¿Y qué estará haciendo Karim ahora? Está nervioso. No sabe lo que le dijo su compañero.

—Va a disparar —dijo Grijpstra.

—A mí.

—Yo tampoco quiero eso. Fallará, ¿verdad?

—Ya es muy tarde —dijo Grijpstra—, y estoy muy cansado. ¿Sabes qué? Vamos a tomar algo. Hablaremos un rato. Yo pagaré todo. Haremos eso, ¿de acuerdo?

—Ven conmigo —dijo De Gier—. Sé que eres mi superior y que debes perdonarme. No te pasará nada. La academia de policía produce docenas como yo cada año. Piensa en los planes de creación de empleo y en cómo siempre te irrito.

—Es cierto —dijo Grijpstra.

—Hola, Rinus —dijo Sjaan—. ¿Te has vuelto loco? ¿Sabes qué hora es? No creerás que te voy a dejar entrar, ¿verdad? ¿Estás borracho y sin dinero para las prostitutas?

De Gier le sopló en la cara. Ella retrocedió.

—Ni siquiera estás borracho. Eso es peor. No creerás, ¿verdad?, que voy a estar a tu disposición cuando te convenga.

—Trabajo —dijo De Gier—. Investigación. Siento molestarte. Solo tengo que mirar por tu ventana y ni siquiera volveré. Tú vuelve a dormir.

—Entonces quiero ir contigo.

—No —dijo De Gier—. Es pan comido. Te vas a resfriar en el tejado.

De Gier estaba de pie en el alféizar de la ventana. Sjaan le sujetaba las piernas. Se abrió paso a duras penas hasta la canaleta. Se subió al tejado, se arrodilló y agitó su pañuelo. Las luces del Volkswagen de abajo parpadeaban. De Gier se arrastraba por el tejado. Grijpstra tocó el timbre, gritó y golpeó la puerta. Él también se apartó, porque recibir balas siempre puede esperar.

Un momento después, Karim también se arrastró hasta el tejado. Sufría de acrofobia. El sargento De Gier también. Es fácil resbalar en un tejado mojado. Con cuidado, se rodearon. Se gritaban:

—¡Suelta la pistola!

—¡Estoy disparando, ya sabes!

Se insultaban con un acento americano, como en las películas. De Gier era un hijo de puta y Karim un imbécil.

«No soy ningún héroe», pensó De Gier. «Esto me da miedo». Me lanza bolas de nieve, me pica la espalda y se me moja el bigote. A veinte metros de altura, amenazado por un creyente en quién sabe qué, en un Dios diferente, y quién sabe qué querrá esta vez. Lo que está permitido en casa de Karim lleva mucho tiempo prohibido aquí, y lo contrario también está completamente mal. Podría morderme.

—¿Señor Karim?

Karim era gordo y de mediana edad avanzada. Su hijo acababa de morir sepultado en la arena. Su otro hijo probablemente correría la misma suerte. Sus hijas andaban por ahí con harapos negros, con sus hermosos ojos, los ojos de su esposa, mirando a través de rendijas. Karim rezaba siete veces al día, pero no servía de mucho. Ahora se resbalaba en un tejado pagano.

—¿Sí?

—¡Policía! —rugió De Gier—. No tiene ninguna posibilidad. Mis hombres le esperan en la calle. Está arrestado. Ríndase.

Lo hice bien, pensó Karim. El Santo Padre me ordenó que eliminara a Omar. Omar ha olvidado la revolución para su propio beneficio. Se lucra con nuestro aceite sagrado, con el que tenemos que comprar armas sagradas. Mahoma está conmigo. Disparó. La bala silbó en la noche de Ámsterdam. De Gier se agachó tras una chimenea. Karim tras otra.

Esto no podía continuar. De Gier se impulsó hacia el tejado y se lanzó hacia adelante. Karim no lo vio. Karim rodeó la chimenea; tropezó con algo. Ni Karim ni De Gier entendieron por qué Karim se había caído del tejado. Karim nunca había tenido buena vista y además era algo ciego de noche, pero cómo, tras el tropiezo, pudo simplemente perder el equilibrio, caer y rodar, no lo comprendió tan fácilmente. ¿Acaso no lo llevaba Alá? ¿Al abismo del cielo? ¿Por qué, entonces, cayó?

Grijpstra oyó el grito que provenía del patio trasero. Suspiró, guardó su pistola y regresó arrastrando los pies al coche. Según la radio, se acercaba una patrulla, pero pasaron muchos minutos antes de que la sirena sonara a lo lejos. De Gier ya estaba allí, junto a Sjaan, que vestía bata.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Sjaan—. ¿Habéis tirado a ese árabe gordo del tejado? Era un hombre tan amable. Siempre comprábamos flores en el mismo puesto y a veces ayudaba a su mujer con la compra.

Resultó ser una noche larga, que culminó con un informe mecanografiado por De Gier al amanecer en la calle Marnixstraat.

El sospechoso debió de resbalar y caerse del tejado.

—Bueno —dijo el comisario a la tarde siguiente—. Buen trabajo, la verdad. Siempre digo: con un asesinato hay que ser rápido, pero ¿de verdad tenía que ser tan violento? Bueno, así son las cosas.

Grijpstra se quedó dormido. De Gier miró sus manos temblorosas.

—Lo que usted llevó a cabo fue una especie de ejecución sumaria —dijo el comisario—. Con la colaboración de la parte contraria. En un juicio, no habríamos conseguido nada. Karim fue el autor del crimen, pero intente probarlo. Ese joven fue el ejecutor y recibirá unos años de cárcel. Usted solo tendrá un día libre.

El comisario revolvió papeles en su escritorio.

—Váyase. Ah, sí, ¿y la señora Everts?

—¿La estudiante de derecho, señor? —preguntó De Gier.

—No veo ningún informe —dijo el comisario—. Ley de Armas de Fuego e ingresos ocultos. ¿No va a denunciarlo?

—Oh —dijo De Gier—. ¿Debería hacerlo? Los ingresos no declarados de madres divorciadas no son bien vistos por los funcionarios, y solo se trataba de una pistola muy pequeña.

—Una mujer sola —dijo Grijpstra—, que suele estar en la calle hasta tarde por motivos profesionales.

—Y se está preparando para un futuro mejor —dijo De Gier—. Entonces, ¿se lo truncamos? ¿Acaso la sociedad se beneficia de eso?

—¡Ay! —exclamó el comisario.

Estaba lloviendo, así que le dolía la pierna.

Yvette llamó.

—¿Me han arrestado o no?

—No —respondió Grijpstra.

—¿Y mi preciada Derringer? ¿Mil peniques de mis céntimos ganados con tanto esfuerzo? ¿Me la quitas así sin más?

De Gier cogió el teléfono.

—¿Estás en casa esta noche?

—Esta noche trabajo.

—¿Mañana por la noche?

—Mañana también.

—Nunca pienso tan a largo plazo —dijo De Gier y colgó.

Vino el fin de semana. Iba muy elegante y, como ya era guapa, estaba aún más guapa. La peluquera le había dado a su pelo un toque punk muy original. De Gier la ayudó a quitarse el abrigo de lana nuevo. Debajo llevaba un traje de paracaidista, decorado con pequeños y delicados lunares, y con una cremallera larga. Podía abrirla y así quitarse el traje. No lo hizo. Miró a su alrededor.

—¿Vives solo?

De Gier cogió en brazos a un gato gordo que estaba apoyado sobre sus patas.

—Con Tabriz.

—¡Qué bicho tan raro! ¿Acaso esa bestia loca surgió de la artesanía doméstica?

De Gier volvió a dejar a Tabriz en el suelo. El gato, refunfuñando, fue a escupir a su cuenco. Señaló su cama con barrotes de latón.

—No tiene por qué ser tan rápido —dijo Yvette—. Me prostituyo de vez en cuando, pero nunca me acuesto inmediatamente.

—Para sentarte —dijo De Gier—. Porque no tengo sillas. ¿Quieres un té?

El té ya estaba preparado. Le dio la taza y la pistola. Ella abrió su bolso y la Derringer desapareció en la rendija.

—Gracias, ahora me siento un poco más segura.

—De nada —dijo De Gier.

Yvette cruzó sus largas piernas.

—Vives en una choza. La maleza crece en las macetas de tu balcón. Aquí faltan muebles. ¿Tiene que ser tan destartalado?

—¿Desaliñado? —preguntó De Gier—. ¿Malas hierbas? ¡Estás loca! Tengo todas las comodidades y en verano esas plantas tienen hojas y flores. Ahora vienen los gorriones a picotear las semillas. A veces cuelgan boca abajo; lo veo desde mi cama.

—Puedes tener plantas ornamentales y pájaros ornamentales —dijo Yvette—. La perfecta realización de todos tus deseos. También vine para eso. El gerente de la agencia busca un hombre valiente al que le guste viajar y vea posibilidades. Mi relación quiere establecer conexiones, desde Oriente Medio hasta aquí y luego al mar Caribe. Nada a cambio de nada. ¿Qué, te atrae? ¿Una villa en Aruba? ¿Junto a un mar tan azul? ¿Puedo venir a quedarme algún día?

—Hazlo tú misma —dijo De Gier—. Tienes las cualidades necesarias.

—Tengo otros planes y Martin está aquí; todavía le quedan años de escuela por delante.

Se levantó y miró sus libros, apilados desordenadamente en el suelo y chocando entre sí sobre tablones de madera toscos sostenidos por ladrillos.

—¡Qué tonterías lees! ¿Eres un soñador? ¿Desde cuándo un policía lee en francés?

—Lo leo con dificultad —dijo De Gier—, y si me da pereza consultar el diccionario, puedo adivinar. Eso puede ser muy emocionante.

—A veces leo novelas policíacas —dijo Yvette—. También emocionantes y a la vez un disparate. El bien contra el mal, y el bien gana. Eso no es así, ni lo ha sido nunca. Como mucho, están en equilibrio, y quien quiere divertirse se mantiene al borde.

Se tumbó en la cama con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. La cremallera estaba tensa.

—Estás atrapado aquí; yo también estuve así durante años, pero logré liberarme. Las circunstancias no cambian, pero si las analizas, puedes aprovecharlas mejor. No te preocupa la moral, ¿verdad? Quien se atreve a ser inescrupuloso manipula las circunstancias a su antojo.

—Sí, sí —dijo De Gier.

—Eres arrogante —dijo Yvette—. La moralidad que te imponen te obliga a emitir juicios. Si crees que alguien es malo, lo tiras de un tejado. ¿Qué te había hecho Karim? Ese hombre era utilizable.

—Tienes que poder comer en paz en la ciudad —dijo De Gier—. A Omar no se le permitía. Por culpa de ese Karim tuyo. No me gustó nada.

Yvette se sentó y juntó las piernas.

—¡Caramba! Estaba justo ahí, ¿no? ¿Pero por qué debería importarme? Es solo un momento molesto, y luego sigues adelante.

—A veces es demasiado —dijo De Gier.

—Déjame atrapar villanos y observar a los gorriones. Mi trabajo me hace bien. En ese tejado, tenía miedo.

—¿Y te gusta eso?

—Sí —dijo De Gier—, porque no quiero tener miedo y si sigo esforzándome al máximo, quizás se me pase.

—La próxima vez te caerás del tejado. Por nada, solo por una palmadita en la espalda de tu insignificante jefe. En tu hombro muerto. ¿Tienes ganas de eso?

—Ojalá fuera posible —dijo De Gier—. ¿Otra taza de té?

—¿No es hora de otra cosa? —preguntó Yvette—. ¿Te seduzco? Estás actuando tan tímidamente. Soy buena seduciendo.

Se acercó a ella y la levantó de la cama. La puso de pie y la ayudó a ponerse el abrigo. Ella sonrió.

—Entonces me voy. —Siguió sonriendo—. Policía corrupto.

—Adiós —dijo De Gier—, saludos a Martin.

No injerencia

—¿A Dingjum? —El suboficial Grijpstra de la Policía de la Capital miró con recelo a su asistente, el sargento De Gier—. Está muy lejos. ¿Estás seguro?

La figura esbelta pero de hombros anchos de De Gier colgaba detrás de su escritorio abollado, con los pies sobre la superficie, entre carpetas apiladas desordenadamente. La luz del sol brillaba en el metal de la culata y el cañón de su pistola, que sobresalía descaradamente de una desgastada funda de hombro, contrastando bruscamente con la camisa a medida de De Gier. Este sonrió inocentemente, mostrando sus dientes impecables y un brillo centelleante en sus dulces ojos marrones. Su bigote, de estilo caballería —de hace cien años—, apuntaba alegremente hacia arriba.

—Absolutamente seguro —dijo De Gier—. El tiempo se mantendrá bueno todo el día, nos han asignado un coche nuevo, Dingjum es un pueblo muy acogedor rodeado de un paisaje virgen.

—Todos los factores se combinan idealmente.

—Sí, suboficial, Dingjum es nuestro objetivo hoy.

Grijpstra suspiró. Sus manos, entrelazadas sobre su vientre que subía y bajaba lentamente, se soltaron y se alzaron en una débil protesta.

—Dingjum es frisón rural. Nuestra jurisdicción termina en la frontera de Ámsterdam. ¿O hacemos novillos, sargento? ¿Probar un coche nuevo en el Afsluitdijk? Elija las vías del tranvía, también se puede conducir rápido por ahí.

De Gier saltó de su escritorio y de su silla al mismo tiempo y sacó un periódico de su cajón. Se deslizó con agilidad al otro lado de la habitación.

—¿Mira lo que leí? Noticias de primera plana.

Grijpstra miró la fecha del periódico.

—Noticias viejas. No nos incumben. Ese asesinato extraño. Creí que te referías a eso.

De Gier sacudió el periódico.

—Solo echa un vistazo.

Grijpstra leyó, murmurando.

—¿Un empresario chino? ¿Con una flecha en la garganta? ¿Mientras regaba orquídeas en su invernadero?

De Gier sirvió café en vasos de papel.

—Exótico. Sin duda.

Pasó una taza.

—Te gusta, ¿verdad?

Grijpstra dejó caer el periódico.

—¿Acaso Dingjum no tiene su propia policía? ¿No se interpretaría nuestra visita como una intromisión?

—Ignora eso —dijo De Gier—. Somos conocidos en Dingjum. Ya nos permitieron ignorar al teniente Sudema una vez. ¿Lo recuerdas? ¿Con la señora Sudema, la bella Gyske?

Grijpstra arrugó la nariz.

—Y aquel cubo de ensalada de tomate con aquel café tan cargado.

—Saludable —dijo De Gier—. Verduras del invernadero del teniente. Comimos lo suficiente como para causar buena impresión. El teniente Sudema seguramente se alegrará si se topa con nosotros.

—¡Qué casualidad, sargento! La última vez encontramos un cadáver frisón aquí y lo perseguimos en Dingjum. Esta vez no tenemos nada.

—Nosotros tampoco tenemos nada que hacer —dijo De Gier.

Quitó de un manotazo su chaqueta impecable.

—¿Vienes a comer sándwiches?

Grijpstra cogió el periódico.

—Aquí también hay chinos, y quizás aquel de allí estaba emparentado con el de aquí.

—Siempre hay una conexión —dijo De Gier—. El Dijk conecta. A mitad del Dijk venden bocadillos.

Grijpstra leía el periódico en el coche. De Gier señaló veleros y majestuosos cisnes flotando.

—Sí, precioso —dijo Grijpstra sin levantar la vista—. Caso confuso.

—Muy claro —dijo De Gier—. Nuestro cuerpo procede de Taiwán. Lie Djoeng mandó fabricar piezas de ordenador en Dingjum con su propia empresa, pero no está registrado aquí como residente.

—Eso ya es confuso, sargento.

—Eso es evasión fiscal —dijo De Gier—. Djoeng posee una finca en Dingjum a nombre de su esposa frisona, así que Djoeng vive libre de impuestos. Véase la página tres.

Grijpstra pasó las páginas.

—¿Por qué está desnuda la señora Djoeng?

—¿No del todo desnuda, verdad? —preguntó De Gier—. Fue reina de belleza y en esa foto aparece con ropa de trabajo.

—Es muy alta —dijo Grijpstra.

—Yo también soy muy alto —dijo De Gier.

El coche aceleró. Grijpstra observó a los cormoranes, que se elevaban con dificultad del IJsselmeer aleteando para luego volar sin esfuerzo.

—¿Tiene prisa por encontrar algo adecuado, sargento?

—¿Quién no la tiene? —preguntó De Gier.

—Yo no —dijo Grijpstra—. Solo busco algo adecuado para mi trabajo, y en este caso no hay mucho que me sirva. ¿Me da el sándwich ahora?

De Gier recogió los sándwiches en el restaurante de carretera. Grijpstra bajó. Juntos caminaron por el muelle. Grijpstra dejó que sus piernas colgaran del extremo del muelle.

—Bien, sargento.

—Silencio, ¿eh? —dijo De Gier—. Ojalá pudiéramos mantenerlo así, pero eso no funciona con un asesinato. Vamos a ayudar al teniente Sudema a restablecer el orden.

—¿No íbamos a echar un vistazo rápido?

Grijpstra sacudió las migas con pesar de la caja del sándwich. Una gaviota que volaba bajo atrapó con gracia los restos.

—Sudema ya ha restablecido el orden. Todo ha sido entregado a la BVD.

—Caballeros de La Haya —dijo De Gier con desdén—. Miserables James Bonds. ¿Qué saben ellos de crímenes?

—Crimen —dijo Grijpstra, frotándose las manos.

—Sargento, más sándwiches y saque ese periódico del coche.

Grijpstra comió, De Gier leyó en voz alta.

—A los culpables les falta todo…

—¿Y bien? —preguntó Grijpstra—. ¿Por qué miras esa muñeca espinosa?

De Gier salió de su ensimismamiento.

—¿Qué quiere la BVD con esto, suboficial?

Acarició el periódico con cariño. Grijpstra dejó que otra gaviota recogiera más migas.

—¿Belleza femenina? Eso no me atrae en absoluto.

—A mí sí que me atrae —dijo De Gier—. Me atrae más que yo. Un cuerpo así, con una sonrisa tan seductora, despierta deseos secretos. —Agitó el periódico—. Aquí hay un motivo. Piensa conmigo un momento, porque tú también eres reservado. —De Gier miró hacia un lado—. Estás ahí sentado, con tu traje de tres piezas, asomándote por debajo de tu cabeza, pero sabes mejor que yo que semejante... —De Gier sonrió con lujuria al ver la foto con la señora Djoeng—... exhibición desmesurada de placeres invita a la mezquindad.

—¿Yo? —preguntó Grijpstra, metiendo con fuerza las cajas de sándwiches.

—Quien consiga deshacerse del marido de este... —De Gier agitó el periódico con ambas manos—...objeto sexual no solo tendrá acceso a un paraíso de carne rosada y vibrante, sino también a una fábrica de chips informáticos multimillonaria como regalo.

—Estás hablando demasiado otra vez —dijo Grijpstra—. ¿Vienes conmigo? ¿O vas a buscar más sándwiches? Esto es espionaje, o la exportación de equipo de alta tecnología a países prohibidos. Esto es trabajo de auténticos caballeros de La Haya. No es para nosotros.

—Vas en sentido contrario —dijo Grijpstra un momento después en el coche—. Podrías haber cruzado al otro lado de la carretera por el puente. Hazlo ahora. —Grijpstra señaló el arcén—. Marcha atrás.

—No sé dónde está la marcha atrás —dijo De Gier—. Este es un coche nuevo. —Señaló hacia adelante—. Sospechoso, espera, suboficial. ¿Y si la señora Djoeng le clavó esa flecha en la garganta a Djoeng y distrajo a los caballeros de La Haya con una exhibición de belleza física digna de un premio? ¿Por qué no le lanzas tus preguntas mordaces y punzantes a la sospechosa hasta que la señora Djoeng, provocada al extremo, diga furiosamente la verdad?

—¿Acosar a una pobre viuda? —preguntó Grijpstra.

—¿O a su amante? —dijo De Gier—. Él también podría estar allí. El asesinato siempre tiene una motivación simple, ¿no? El señor Djoeng tuvo que irse porque lo que poseía, es decir, una mujer hermosa y una fábrica que generaba dinero, era codiciado por otro.

—¿Quién? —preguntó Grijpstra.

—Bueno, dijo De Gier, solo leo un periódico provincial. Alguien que supiera lo que la señora Djoeng y la fábrica tenían para ofrecer. Un amigo de la familia. Un socio. Buscaría en esas categorías.

—¿Y ese socio de la empresa, amigo de la familia, disparó con arco y flecha? —preguntó Grijpstra—. ¿Un nativo? ¿Todavía quedan de esos en Frisia? ¿O el tirador fue importado?

—Ayudante Grijpstra —dijo un gigante rubio con un impecable uniforme de la Policía Estatal, con hombreras con estrellas—. Qué placer poder saludarle de nuevo. Y sargento De Gier, mi rival. ¡Menuda sorpresa esta vez!

El teniente Sudema se puso firme y saludó correctamente.

—Gyske todavía habla a menudo de su visita anterior. De cómo usted… —Los ojos azul acero del teniente irradiaron fuego frío al suboficial— …se comía medio cordero en cada desayuno y de cómo usted… —La postura perfecta del teniente brillaba con una mirada peligrosa— …consiguió cortejarla con tanto encanto. ¿Qué clase de desgracia le trae de vuelta a mi camino?

—Casualmente por aquí, teniente —dijo De Gier—. Qué oficina tan rústica tiene.

De Gier observó con admiración las vigas de pino combadas que sostenían el techo de la antigua comisaría.

—¡Y qué vista tan rural!

De Gier miró con envidia el jardín de flores que se veía tras la ventana abierta.

—¿Coincidencia? —preguntó Sudema—. Hace siglos que no te veo. Un chino astuto y brillante ha sido asesinado aquí, de una manera misteriosa, y de repente abres mi puerta. ¿Qué puedo hacer por ti? Ya viste las atracciones turísticas la última vez.

—¿Cómo está tu esposa Gyske? —preguntó De Gier.

—No tienes permitido preguntarme eso —dijo Sudema—. Ya lo hiciste la última vez. Todavía está confundida.

—De Gier no le hace nada a las mujeres casadas —dijo Grijpstra—. Dios lo prohíbe. Y yo no lo permito en absoluto. ¿Puedo preguntarte algo, teniente? ¿Cuál es el estado de tu caso con respecto al difunto señor Djoeng? Me interesa un poco.

Sudema ordenó a un sargento que pasaba por la ventana que preparara café. Sus ojos azules gélidos brillaron como fuego helado mirando al suboficial.

—¿Te interesa?

—¿Claro, no? —preguntó De Gier—. Verá, hay muchos más chinos viviendo en Ámsterdam, y ahora pensamos que los suyos podrían estar emparentados con los nuestros. Si los disturbios aquí perturban nuestra paz...

—¿Qué paz? —preguntó Sudema—. ¿En sus cavernas de depravación, no?

El sargento trajo el café.

—Gracias —dijo Grijpstra—. ¿Sus chinos no están emparentados con los nuestros?

—Lie Djoeng vino aquí hace años, directamente de Taiwán —Sudema apartó la jarra de leche y el azucarero—. A través de una isla libre de impuestos.

—Entonces no directamente —dijo De Gier.

—No interrumpa a un superior —dijo Sudema—. En esa isla libre de impuestos, Djoeng se quedó cinco minutos para establecer una empresa matriz. Esa estructura probablemente sea defectuosa, y he entregado esa parte de mi investigación al Servicio de Investigación Fiscal.

—¿Con éxito? —preguntó Grijpstra.

—La FIOD —dijo Sudema— ahora está tratando con el socio restante de Djoeng, un tal doctor Haas.

—¿Y el resto de su investigación? —preguntó Grijpstra.

—Se la han entregado al Servicio de Seguridad Nacional —dijo Sudema—. No me queda nada por investigar.

De Gier sonrió cortésmente.

—¿La fábrica de chips informáticos la dirige ahora un socio?

—¿El director de operaciones? —preguntó Sudema—. ¿El socio Dr. Haas?

Grijpstra guardó su pañuelo tras sonarse la nariz ruidosamente.

—¿La finca y las acciones de la empresa ahora pertenecen a la esposa, a la Sra. Djoeng?

—¿Minnie? —preguntó Sudema.

—Un asesinato nunca nos resulta tan difícil —dijo De Gier—, aunque, naturalmente, se disparó una flecha. Un arma inusual complica las cosas.

—No —dijo Sudema.

—¿Que no complica?

—No fue disparada con una flecha —dijo Sudema—. Eso es lo que pensamos al principio. —Buscó en su cajón—. ¿Dónde está ahora esa cosa? —preguntó, alzando la vista—. Fuera lo que fuese, porque en aquel entonces no sabíamos qué era, pero creíamos saberlo, se clavó profundamente en la garganta de Djoeng. Solo se veía un pequeño trozo de metal brillante. «Una pequeña flecha», pensó el forense, y entonces salió en el periódico. Hoy en día existen esas ballestas modernas que disparan flechas de acero. —Sudema rebuscó ruidosamente—. ¿Dónde? Ah. Aquí. El forense sacó esto de la garganta del cadáver. Y eso se llama... Lo anoté en alguna parte.

Grijpstra y De Gier se inclinaron sobre el escritorio de Sudema.

—¿Una estrella de acero? —preguntó Grijpstra—. ¿Con seis puntas afiladas? ¿Y un pequeño agujero en el centro?

—Una tsoeriken —dijo De Gier.

—Sí —dijo Sudema—. Algún miembro del BVD me lo escribió, pero mi cuaderno está desaparecido en este momento. Un cachivache.

—¿Y con ese cachivache dispararon la señora Djoeng o el doctor Haas a la víctima? —preguntó Grijpstra—. ¿Con qué, entonces? ¿Con una honda?

—Un tsoeriken —dijo De Gier—, se lanza con la mano. Un arma de asesino.

—Sí —dijo Sudema—. Esos asesinos también tienen nombre, pero mi cuaderno se ha perdido. Lo había anotado.

—Ninjas —dijo De Gier—. Entrenados según las enseñanzas del filósofo chino Sun Tzu, que llegó a Japón y regresó a Taiwán.

Sudema y Grijpstra miraron fijamente a De Gier.

—Disculpen —dijo De Gier.

—Los "cachivaches" —dijo Sudema—. Ahora recuerdo. Los cachivaches no son de aquí. Si el cachivache no es de aquí, quien lo creó tampoco. La víctima tampoco era de aquí. Y el BVD ya estaba interesado en Djoeng porque su empresa fabricaba chips de computadora aquí para que él pudiera venderlos a países peligrosos. Ya lo estaba intentando desde Taiwán, pero la CIA estadounidense está allí y lo detuvo. Cuando Djoeng empezó a hacerlo aquí, la CIA alertó al BVD, y estos espiaron por aquí. Lo sabía porque el BVD venía a tomar café. No te imaginas lo que entra aquí.

—¿Hace mucho tiempo? —preguntó De Gier.

—No tanto.

—¿Antes del asesinato?

—Sí —dijo Sudema.

—¿Y después del asesinato, el BVD volvió?

—Lo leyeron en el periódico —dijo Sudema.

—Uf —dijo Grijpstra—, el BVD...

—Unos caballeros de La Haya —dijo De Gier—. ¿Y permites que esos caballeros de La Haya te quiten tu negocio?

—Ninjas —dijo Grijpstra—. ¿Asesinos de Taiwán? ¿No son esos enanos luchadores? ¿No aparecen solo en películas falsas? ¿Has visto alguno por aquí?

—Son fáciles de reconocer —dijo De Gier—. Son deformes, pequeños y horriblemente delgados. Sus sombreros puntiagudos son demasiado grandes y se les resbalan, así que tienen que hacerles agujeros para poder ver a través de ellos.

—Cuelgan del techo —dijo Grijpstra.

—Y se esconden en el baño —añadió De Gier.

—Había dos chinos aquí —dijo Sudema—. La verdad es que no los vi, pero se alojaban en la posada de la calle principal, y esos chinos se pelearon con Djoeng.

—Usted no estaba allí —dijo Grijpstra.

—Porque usted no los vio, admítalo —dijo De Gier.

—¿Entonces quién los vio? —preguntó Grijpstra.

—¿Y quién dijo que se pelearon con Djoeng? —preguntó De Gier.

—El doctor Haas —dijo Sudema triunfalmente—. Y el doctor Haas ha estudiado. Ese hombre sabe de matemáticas y física. El doctor Haas piensa con lógica.

—¡Ajá! —dijeron Grijpstra y De Gier al unísono—. El doctor Haas ha sido pillado —dijo De Gier. —El doctor Haas es un fisgón —dijo Grijpstra.

—¿Qué es un fisgón? —preguntó De Gier.

—Un vulgar chivato —dijo Grijpstra.

—¿Qué significa pillado? —preguntó Sudema.

—Marcado como sospechoso —dijo De Gier—, debido a serias sospechas. Somos de la División de Delitos Graves, sabemos de eso.

—Vemos la verdadera gravedad de esto —dijo Grijpstra—. Imagínense. Caballeros de La Haya perturbando su paz aquí.

—Unos charlatanes —dijo De Gier—. ¿Dónde está el Dr. Haas? Lo arrestaré.

—El teniente Sudema es quien tiene que arrestar a Haas —dijo Grijpstra.

—Disculpen —dijo De Gier—. Me dejé llevar un poco por el entusiasmo.

—El Dr. Haas no es un fisgón —dijo Sudema—. Haas es un chivato.

Unos destellos de luz cristalina brotaron en los ojos azules de Sudema.

—¿Qué pensabas? ¿Qué estábamos tan atrasados aquí? Leo la revista policial cada dos meses. La criminología no tiene secretos para mí. El móvil y la oportunidad son esenciales para un asesinato.

—El móvil está claramente probado —dijo Grijpstra.

—La casa de campo y acciones de una empresa muy rentable para la señora Djoeng —dijo De Gier—. El resto de las acciones para el doctor Haas.

—Solo hay que establecer una conexión entre los dos principales sospechosos —dijo Grijpstra—, y el caso estará resuelto —dijo De Gier con entusiasmo.

—Resuelto —dijo Sudema—. Se me ocurrió hace mucho tiempo, ¿no? ¿Qué se les ocurre ahora? ¿Acaso no sospeché de la señora Djoeng y del doctor Haas desde el momento en que vi al doctor Djoeng tumbado boca arriba en su invernadero? Con la garganta llena…

—¿Tsoeriken? —preguntó De Gier.

—¿Qué es un localizador? —preguntó Grijpstra.

—Un localizador —dijo Sudema— es un gerente de una empresa próspera que se mantiene al día. Alguien que aprovecha al máximo la eficiencia y, por lo tanto, posee un sistema de localización.

—¿En la fábrica de Djoeng, todos llevaban un busca? —preguntó Grijpstra. ¿Uno de esos objetos parecidos a una pluma estilográfica que llevas en el bolsillo de la chaqueta y que te molestan sin avisar?

—¿Para que sepas que te necesitan en algún sitio? —preguntó De Gier.

—Para que no te olviden —dijo Sudema—. También los recibimos en la Policía Nacional. Yo llamo, el sargento devuelve la llamada.

—¿Por qué no los recibimos? —preguntó Grijpstra, mirando a De Gier con enfado.

—Yo no devuelvo la llamada, ¿verdad? —dijo De Gier.

—Si el suboficial te llama —dijo Sudema—, tú devuelves la llamada porque el sargento es de menor rango. ¿Lo entiendes ahora?

—¿Que soy de menor rango? —preguntó De Gier.

—Nunca lo entenderá —dijo Grijpstra—. Entiendo que su caso está arruinado.

—¿A qué hora fue el asesinato?

—A las once en punto —dijo Sudema—. Según tres testigos. —Levantó dos dedos—. A saber: dos pequeños jardineros que acababan de recibir relojes nuevos que no dejaban de mirar, y en el último momento, vieron a Djoeng caerse en su invernadero y… —El teniente levantó otro dedo—: …la propia señora Djoeng, a quien su empleada llamó a las once menos cinco porque la lavadora fallaba, la reparó y a las once y cinco la sacaron a gritos del sótano los pequeños jardineros, que no la encontraron rápido.

—¿Dónde estaba el doctor Haas —preguntó De Gier— en el último momento?

—En su escritorio —dijo Sudema—, en la fábrica, en los terrenos contiguos a la finca de Djoeng. Tres testigos. A saber: dos empleados a quienes Haas llamó por busca, que lo llamaron al teléfono de su casa y hablaron con él, y… —tres de los dedos del teniente se alzaron de nuevo—…la señora Djoeng, que llamó a Haas al teléfono fijo.

—¿También la llamaron por busca?

—No, le preguntó a Haas si quería ir a comer.

—Me gustaría ver esa finca —dijo Grijpstra.

—Y a sus sospechosos también —dijo De Gier—, por culpa de esos ninjas, jaja.

—Por cierto, no han desaparecido —dijo Grijpstra.

—Y sus sospechosos tampoco —dijo De Gier.

—¿Y si los atrapo? —preguntó Sudema—. ¿A los de verdad, me refiero? ¿Sin su ayuda, claro?

—Entonces recibirás una condecoración —dijo Grijpstra.

—Entonces ascenderás a capitán —dijo De Gier.

—Y con el tiempo, a general —añadió Grijpstra.

—Entonces, venid —dijo el teniente Sudema.

La señora Djoeng estaba de pie en el umbral de una espaciosa casa de campo, rodeada de altos árboles. De Gier la miró boquiabierto, cubriéndose los ojos con la mano y reclinándose como si hubiera recibido un fuerte golpe. Grijpstra retrocedió dos pasos tambaleándose. Sudema, aunque aparentemente acostumbrado, aún saludaba con sumisión. La señora Djoeng parecía aún más atractiva, más madura, más perfecta de lo esperado, incluso después de ver su foto de la infancia en la página tres. Era alta y majestuosa, pero de proporciones perfectas. La figura, semejante a una diosa, vestía unos ajustados pantalones negros de cuero y una blusa blanca vaporosa. Su larga cabellera, de un rubio dorado puro, era tan fina como los hilos de una telaraña bañada por el sol, y caía suavemente sobre sus hombros. Sus grandes ojos, enmarcados por finas líneas negras, eran translúcidos y de un azul profundo e infinito. Su nariz era delicadamente esculpida y sus labios, fértilmente húmedos. Los labios se entreabrieron y sonrieron al público.

—Hola, teniente Sudema.

Sudema subió los escalones de la plataforma. De Gier caminaba a su lado. Grijpstra subió jadeando. Sudema se presentó. La mano de la señora Djoeng se sentía fresca y firme.

—Me llamo Emilie —dijo con voz vibrante.

De Gier dijo que era Rinus y a Grijpstra lo llamaron de repente Henk.

Su voz temblaba tranquilizadoramente, pensó De Gier, y añadió que la señora Djoeng, aunque deseable, era ante todo maternal, y que deseaba que ella lo alzara y lo presionara contra esos pechos gigantescos, boca abajo, con las patas arriba, como un gato al que acurrucan, un gato cansado y agotado tras muchas penurias, que empieza a ronronear y, mientras tanto, extiende una pata tímida, una mascota que pide un besito, un beso de esos labios suaves y húmedos, y que lo consigue.

—Mis amigos me llaman Minnie —tembló la voz reconfortante.

—Soy su amigo —dijo De Gier con decisión.

De repente se sintió muy amigable. Aún le sostenía la mano y la atrajo hacia sí. Juntos corrieron por playas acogedoras, un mar de camaradería y subieron dunas encantadoras, hasta alcanzar la intimidad plena en la cima de una colina, entre flores silvestres que se mecían con la brisa y hierba alta y esbelta.

—Mis colegas —dijo el teniente Sudema—, no vienen a molestar, solo quieren recorrer su hermoso parque sin ser importunados. Eso podría ser incómodo para ti, Minnie, así que no tienes que venir. Yo les mostraré el camino y les explicaré algunas cosas.

De Gier soltó la mano de Minnie, pero siguió mirando. Minnie le devolvió la mirada.

Entonces, les esperaré en la terraza trasera —dijo Minnie, con la voz temblorosa—, con galletas y té.

Le caes bien, sargento —dijo Sudema, mientras caminaba por los senderos. Yo también le caigo bien. Tú y yo somos igual de altos que ella. A Minnie no le gusta menospreciar a los hombres. Estoy casado.

—No permito coquetear con el sospechoso —dijo Grijpstra, resoplando—. ¿Cómo de alto era el señor Djoeng?

Sudema se llevó una mano a la altura del pecho. Mantuvo ambas manos a veinte centímetros de las caderas.

—Gordo, además. A Minnie no le gusta la grasa.

—Terrible —dijo De Gier—. Gordo. Estar gordo. Siempre con esa grasa flácida, con ese andar arrastrando los pies.

—¿Quién está gordo aquí? —preguntó Grijpstra—. Y si Minnie es tan exigente, ¿por qué se casa con un chino como una pera?

—¿Una pera? —preguntó De Gier.

Grijpstra siguió trotando, jadeando.

—El teniente acaba de señalarlo. No camines tan rápido. ¿Es ese el invernadero?

—Un momento —dijo Sudema—. Aquí está el jardín de rocas, y aquí se escondía ese lanzador de cosas. Los pequeños jardineros, chicos del barrio que ayudaban a Djoeng con la jardinería, miraban sus relojes nuevos al otro lado del invernadero.

Sudema sacó una estrella invisible de acero de su bolsillo, levantó una pierna, estiró los brazos, giró brevemente el torso y lanzó el destello mortal.

—¡Vietzj!

—Tsss —dijo De Gier—. Un ninja lanzando un tsoeriken en un jardín frisón. Eso no se ve todos los días.

—¡Bah! —dijo Grijpstra—. Dígame, teniente, ¿ese doctor Haas es acaso bajo y gordo también?

—Normal —dijo Sudema—. Promedio. Sin nada especial.

—¿No tan alto y guapo como nosotros? —preguntó De Gier.

—No —respondió Sudema.

Grijpstra miró a su alrededor.

—Ese Djoeng no era precisamente un genio.

—¿Por qué? —preguntó Sudema.

—Bueno —dijo Grijpstra—. Miren eso. Todo ese esplendor oriental. Jardines de rocas, colinas y valles artificiales, arroyos, un estanque, un invernadero lleno de orquídeas. Djoeng ya no tiene eso. Nunca lo entenderé. Si eres lo suficientemente inteligente como para fabricar chips de computadora, con programas infinitamente complejos, con la punta de un alfiler, ¿por qué programaban esos chips en realidad?

—Algo desagradable —dijo Sudema—. El BVD hablaba de control de misiles.

—Aún más tonto —gruñó Grijpstra.

—Lo vemos muy a menudo en nuestra práctica —dijo De Gier—, unos listillos que lo estropean todo. Siempre acaba mal.

—Aun así, es un parque precioso —dijo Grijpstra—. Teniente, ¿conoce el nombre de esos pequeños jardineros?

—Sí —dijo Sudema.

—¿Esos muchachos que de repente estrenaron relojes? —preguntó De Gier.

—Los llamaré —dijo Sudema—, pero Minnie no lo hizo. Conozco personalmente a su ama de llaves; es una mujer confiable y sensata. Si dice que Minnie estaba con ella en el sótano, entonces Minnie no estaba aquí en el jardín lanzando un cachivache.

—¿Y eso es lo que dice esa buena mujer? —preguntó De Gier—, ¿que Minnie no podía estar en el jardín a las once?

—Sí —dijo Sudema.

—Hora del té —dijo De Gier—. Terminen las galletas y yo voy a ir al jardín con Minnie un rato.

—¡De ninguna manera! —gruñó Grijpstra.

—Suboficial —siseó De Gier—, odio la insubordinación, pero si no me dejan pasear por el jardín con Minnie, se va a caer al estanque ahora mismo.

Grijpstra soltó una risita.

—¿Ahora está permitido de repente? —preguntó Sudema.

—Sí, en efecto —respondió Grijpstra—. De Gier tiene cinturón negro de judo.

Minnie se había cambiado de ropa y llevaba un vestido sencillo. Su cabello estaba recogido en un moño grueso.

—Pobre Lie —dijo Minnie—. Acababa de terminar su río de guijarros. ¿Ves? ¿Ahí, entre esas formaciones rocosas? Lie era tan poético. Esas rocas eran montañas y cada guijarro una onda en el agua. ¿Sabes que trajo un camión lleno de guijarros y que los colocó todos paralelos entre sí, uno por uno? Era un verdadero artista, mi Lie.

—¿Tu marido te hablaba en neerlandés? —preguntó Grijpstra.

—No —respondió Minnie—, en inglés, pero me cuesta mucho.

Cruzó sus largas y esbeltas piernas y se ajustó el vestido un poco más arriba. De Gier miró los tobillos de Minnie.

—Sí, es precioso aquí. —Levantó la vista. —¿Te gustaría enseñarme el jardín? Pasé tan rápido hace un momento.

Minnie y De Gier caminaban, protegidos por los arbustos en flor. De Gier sostenía en la mano guijarros recogidos del río de piedras.

—¿El doctor Haas venía a menudo por aquí?

Los largos y ágiles pasos de Minnie seguían el andar ligero de De Gier.

—Sí, Haas venía casi todas las noches a cenar, y siempre muy tarde. A veces tengo que llamarlo tres veces para sacarlo de su oficina.

—¿Haas no está casado?

Minnie se rió.

—No, para nada. Haas siempre trabaja.

—¿Tu marido se llevaba bien con él?

—Oh, sí —dijo Minnie—, Haas trabajaba y Lie ganaba el dinero.

—¿Salían mucho?

—No —dijo Minnie—. Lie prefería que me quedara aquí. Cuando se iba de viaje, a veces me escapaba, pero es muy difícil. No tengo carné de conducir; Lie no quería que tomara clases.

Minnie estaba sentada en una roca junto al estanque; se hizo a un lado.

—¿Estás casado?

—No —dijo De Gier—, vivo con mi gato, gordo y feo.

—Lie también era así —dijo Minnie—. ¿Tienes coche?

—Una bicicleta —dijo De Gier.

—Ahora tengo un Jaguar —dijo Minnie—, antes era de Lie. ¿Vendrás a quedarte alguna vez? Luego iremos juntos a Ámsterdam. ¿Me enseñarás a conducir entonces?

—¿Sabes lanzar piedrecitas al agua? —preguntó De Gier—. Antes se me daba bien.

Lanzó una piedrecita al otro lado del estanque con un torpe giro de muñeca. La piedrecita rebotó una vez y se hundió.

—¿Has olvidado cómo se hace? —preguntó Minnie—. ¿Lo intento?

Las piedras de Minnie se hundieron enseguida.

—Era mucho mayor que yo —dijo Minnie—. Quizás por eso me casé con él. Mi padre huyó de mi madre cuando yo era pequeña. Quizás estoy frustrada.

—¿Cuántos años tenía tu marido?

—Cuarenta —dijo Minnie—.

—Yo los cumpliré el mes que viene —dijo De Gier.

Debió de acercarse a él, porque su mano casi rozó la suya. Saltó de la roca. Caminaron junto a un campo de hierba. Una pelota de tenis yacía en el camino.

—Esa es de Poepie —dijo Minnie—, es la perra de mi ama de llaves.

De Gier recogió la pelota y corrió al césped.

—¡Atrápala!

Minnie saltó, pero falló. De Gier tampoco pudo atrapar la pelota que rebotó contra la casa. Minnie se rió:

—Pensaba que los policías tenían que practicar muchos deportes.

—Soy un poco perezoso —dijo De Gier—. Están mis colegas.

—¿Me llamas? —preguntó Minnie rápidamente.

Minnie se despidió y entró. Sudema y Grijpstra caminaron hacia la puerta. De Gier corrió de vuelta al césped, encontró la pelota de tenis y la lanzó con fuerza contra una pared. La pelota rebotó y fue atrapada sin mucha dificultad.

—¿Vienes ya? —gritó Grijpstra.

—Un momento.

De Gier hizo rebotar una piedra con precisión varias veces sobre el estanque. Se apresuró hacia la puerta.

—¿Para qué sirvió eso? —preguntó Sudema.

—Oye —dijo De Gier—. ¿Viste eso?

—Caramba —dijo Sudema—. Mi hijo pequeño siempre me enseña lo que puede hacer. ¿Cuántos años tienes?

—Ahora lo oyes de otra persona —dijo Grijpstra—. ¿Qué tenía que decir la sospechosa?

Informó De Gier.

Sudema también. Había llamado. Los pequeños jardineros habían recibido sus nuevos relojes del Dr. Haas.

—¿Puedo arrestar a Haas, suboficial? —preguntó De Gier—. ¿Sí? ¿Por favor? ¿En nombre del teniente Sudema?

—Puede venir conmigo —dijo Grijpstra.

—Oh, sí —dijo Sudema—. El sospechoso es extremadamente peligroso. Lanza estrellas. Eso sucede a la velocidad del rayo. Todo directo a mi garganta. ¿Seguro que no es posible un poco de ayuda?

—Un poco de evidencias también —dijo Grijpstra—. Voy a investigar un poco más. De Gier buscará conmigo.

Sudema miró su reloj.

—Luego iré a mi invernadero de tomates. Para cuando ustedes estén listos, yo ya estaré de vuelta en la estación.

Un poco más tarde, Grijpstra y De Gier caminaban por la calle principal de Dingjum.

—¿Hola? —preguntó Grijpstra.

—Estaba pensando en Minnie —dijo De Gier, acariciándole el brazo—. ¡Qué mujer! Me inspira, suboficial.

—¿Para qué?

De Gier suspiró.

—Para realizar hazañas heroicas. Ya soy bueno, pero cuando pienso en ella, quiero ser mucho mejor. ¿Y si fuera malo?

—Sugiero esto —dijo Grijpstra—. Entonces, para complacer a Minnie, querría ser aún peor.

De Gier puso mala cara.

—Pero ella no puede hacer nada por sí misma —dijo Grijpstra—. Ni atrapar pelotas, ni lanzar piedras al agua. Y estaba en el sótano.

El suboficial se quedó quieto, sumido en sus pensamientos.

De Gier siguió caminando soñadoramente.

—¡Aquí! Sargento.

De Gier regresó soñadoramente.

Grijpstra lo condujo a la posada.

—El señor Wang y el señor Tzoe —dijo el posadero, hojeando su libro—. Compruébelo usted mismo, todo está perfectamente anotado. Dos clientes de Taiwán.

—¿Qué aspecto tenían?

—Bueno —dijo el posadero—. Esos tipos que comen fideos. Uno era bastante mayor y el otro no era precisamente delgado.

—¿Atléticos? —preguntó De Gier—. ¿Lanzadores de pelotas?

—Raspadores de pelotas —dijo el posadero—. Tengo una mesa de billar aquí y destrozaron todo el tapete. Al menos pagaron bien.

—¿Y adónde fueron?

—¿Cómo se supone que voy a...? ¡Vaya!

El posadero pareció complacido.

—Eso también lo sé. Fueron a Philips. Incluso tuve que llamar por ellos, con un tal Peters, del Departamento de Electrónica.

—¿Me concede un momento? —preguntó De Gier y cogió el teléfono.

El posadero comprobó el número.

—¿Y? —preguntó Grijpstra.

—Wang y Tzoe se quedan en Ámsterdam —dijo De Gier.

—¿Ya regresaste? —preguntó Sudema—. Lo pensé de nuevo, pero... fueron esos que lanzaban cosas. Esos chinos que se hospedaban aquí en la posada. El doctor Haas no lanza estrellas de acero. Eso es una tontería. Puedes irte. Esos chinos desconocidos también se han ido.

—Wang y Tzoe se quedan en Ámsterdam —dijo De Gier.

—Teniente —dijo Grijpstra—, ¿por qué no va usted con mi sargento al Dijk para darles una lección a esos chinos, y así yo puedo ir a comer tranquilo?

—Yo también quiero comer —dijo Sudema.

—Te traeré sándwiches del Dijk —dijo De Gier—. Si son ninjas, el suboficial no nos sirve de nada; no le interesa ese tipo de cosas, pero tú eres fuerte y amable.

—Y también es tu investigación —dijo Grijpstra—, eso te hará salir en el periódico más tarde.

—Y te ascenderán —dijo De Gier—. Solo participamos por casualidad, pero mañana ya nos habremos olvidado de eso.

—¿De verdad? —preguntó Sudema—. Pero si esos chinos no fueran lanzadores de objetos, ya no estaríamos aquí, porque Haas tiene una coartada.

—Sí —dijo Grijpstra—, por eso me quedo aquí. Cuando como, pienso mejor.

—Mala conexión —dijo la oficial en la central de radio del cuartel general de Ámsterdam.

De Gier sacudió el micrófono.

—¿Pero seguro que me oyen? Busco a un tal Wang y a una tal Tzoe, dos chinos alojados en un hotel de Ámsterdam. ¿Podrían averiguar en qué hotel?

—Voy a echar un vistazo.

La radio se cortó. El Volkswagen zumbaba hacia el sur a lo largo del Dijk. De Gier señaló veleros y cisnes flotando. El teniente Sudema no miró.

—¿Sargento? —preguntó Sudema—. Llame a un equipo de arresto. No quiero que me metan ninguna... cosa en mi cuerpo cansado.

—Oh, no —dijo De Gier—. Mira. Otro cisne.

—Pero —dijo Sudema—, si son... sí, maravillosos... si de verdad son esos asesinos, Wang y Tzoe, porque es posible, ¿no? De verdad había una de esas cosas atascada en la garganta de Djoeng, ¿verdad?

—Otro velero —dijo De Gier—, bueno, ¿por qué no disparamos? Las balas viajan más rápido.

—¿Que una de esas cosas?

—Por supuesto —dijo De Gier—. Vivimos en la era de la automatización total; además, esos chinos no te harán daño. Yo tampoco soy ningún héroe. Ante el menor movimiento sospechoso, saco mi pistola. La Edad Media se acabó; no voy a permitir que eso suceda.

—¿De verdad? —preguntó Sudema.

—Sí —dijo De Gier—. ¿Sabes qué me preocupa? Darle de comer a mi gato. Es imposible con un tzoeriken en la garganta.

—¿De verdad? —preguntó Sudema—. ¿Llegaré a casa sano y salvo entonces?

La radio crepitó.

—¿Sargento De Gier?

De Gier confirmó que era él.

—Hotel Victoria —dijo la oficial—. El señor Wang y el señor Tzoe deben de ser buena gente porque rellenaron correctamente los formularios del hotel. Además, tienen la habitación muy limpia. ¿Les digo que vas?

—Aquí tienes —dijo De Gier.

—¿No es una tontería? —preguntó Sudema—. ¿Volverá Gyske a verme alguna vez?

De Gier volvió a sacar el micrófono de la pinza.

—¿Cuartel general? Llamen a la Policía Nacional en Dingjum y díganle al sargento de guardia que el teniente Sudema regresará antes de esta noche. Por favor, comuníquenle esto a su esposa.

—Gracias —dijo el teniente Sudema.

De Gier estrechó la mano. El teniente Sudema saludó.

—¿Nos sentamos? —preguntó Wang.

—¿Té? —preguntó Tzoe.

Tzoe sirvió.

—Triste noticia: Djoeng ha muerto —dijo Wang.

—¿Traslado del cuerpo a Taiwán? —preguntó Tzoe.

—Por supuesto —dijo Sudema—, pero aún no nos han preguntado al respecto. Que te metan esa cosa en la garganta en un país extranjero tampoco es divertido.

—¿Eres amigo de Djoeng? —preguntó De Gier.

—Muy buen amigo —dijo Wang—. Vecino de Taipéi. Ciudad de Taipéi. Ciudad de Taiwán.

—¿No estás enfadado con Djoeng? —preguntó Sudema.

—¿Enfadado? —preguntó Tzoe, ajustándose un audífono que sobresalía de su oreja, medio oculto entre canas—. No tenía dinero. No, Djoeng era amigo, pero no quería comprar.

Wang se movió la barriga, que le presionaba contra los muslos.

—¿Ordenadores? ¿Chips?

—¿Comprarles a ustedes? —preguntó De Gier.

—No chips —dijo Tzoe—, el conocimiento para fabricar chips. Un invento.

—A nosotros —dijo Wang—. Djoeng ya lo sabe todo.

—Haas también —añadió Tzoe.

—¿Conoces a Haas? —preguntó De Gier.

Tzoe asintió.

—Haas lleva mucho tiempo en Taipéi.

—En una ciudad de Taiwán —dijo Wang—. Haas vive allí. Juega al ping-pong. Gana todo, incluso a su primo. Su primo es un campeón.

—¿Tu primo es campeón de ping-pong? —preguntó Sudema.

—Campeones de tzuriken —dijo Wang.

Sudema sacó su estrella de acero invisible del bolsillo. La lanzó.

—¿Vietzj?

—Vietzj —dijo Wang.

—Vietzj —dijo Tzoe.

—Jaja —dijeron Wang y Tzoe.

—Bien —dijo Wang.

—Muy bien —dijo Tzoe.

—¿Y qué hacías en Philips entonces? —preguntó De Gier.

—Comprando buenas patatas —dijo Wang—, de las que no cultivamos en Taipéi. Philips sí las cultiva, y son muy buenas.

—Las compraremos —dijo Tzoe—. Ahora toca cultura. Visitar museos.

—En el escaparate —dijo Wang—, junto al canal.

—Jaja —dijeron Wang y Tzoe.

—Roban patatas —dijo Sudema de camino de vuelta en el coche—. Esos taiwaneses copian nuestras patatas.

—Para nada —dijo De Gier.

—¿Has oído hablar alguna vez de lanzadores de objetos sordos? —preguntó Sudema—. ¿O de los muy gordos?

—Para nada —dijo De Gier.

—¿Lo ves? —preguntó Grijpstra en la oficina de Dingjum—. La diferencia con el BVD es que nosotros intentamos que nuestras teorías se hagan realidad. Así que no era eso. Hemos vuelto con Haas.

—Haas está jodido —dijo Sudema—. No vas a romper esa coartada, suboficial. ¿Una triple coartada?

—Solo doble —dijo De Gier—. Minnie puede salir impune. Minnie se queda con una propiedad, un Jaguar y la posibilidad de tener amantes gracias a ese asesinato. Mintió sobre eso.

—¿Minnie me mintió? —preguntó Sudema—. ¿En mi cara? ¿No llamó al doctor Haas la mañana del asesinato a las once?

—Para nada —dijo De Gier.

—¿Siendo tan hermosa?

—La diferencia con la Policía Estatal es que nosotros vemos más allá de la belleza —dijo Grijpstra—. Vemos directamente el alma oscura.

—Ay —dijo De Gier—. De todas formas, sigo soñando con Minnie. Nos quedan dos empleados de Haas. ¿Por qué mentirían?

—No mintieron —dijo Sudema—. Yo mismo los interrogué. Dos almas simples. Ingenuos. Seguidores de Joopje-Poopje.

—¿Tú no? —preguntó Grijpstra.

Sudema se golpeó el pecho.

—Reformado, suboficial, firme en la única fe verdadera. Nada de problemas para mi alma.

—¿Dos almas simples? —preguntó De Gier—. ¿En una fábrica de supertecnología? ¿Qué quiere Haas de gente sencilla?

—Barrer el suelo —dijo Sudema—, cargar las cajas.

Grijpstra se levantó de un salto.

—¡Ajá! —rugió Grijpstra.

Se quitó la chaqueta y la tiró al suelo. Se rasgó el chaleco y tiró de los tirantes. Saltó alto y cayó pesadamente.

—¿Suboficial? —preguntó Sudema.

—¿Teniente? —preguntó un sargento a través de una rendija en la puerta.

—¿Grijpstra? —preguntó De Gier.

—¡Ajá, ajá, ajá! —rugió Grijpstra.

Grijpstra cantó: «Hei-dieho heidieha».

Grijpstra se abrochó el chaleco, cogió la chaqueta, se la puso y se sentó.

—¿Te encuentras un poco mejor? —preguntó Sudema.

—Claro —dijo Grijpstra—. ¿Y tú? ¿No lo ves? ¿Por casualidad tienes un reproductor de casetes en casa que también grabe?

Sudema apoyó los codos en el escritorio y se llevó las manos a la cabeza.

—Haas atrapó una mosca.

—No —dijo Grijpstra—, si tienes un reproductor de casetes, eso es lo que quería saber.

—La BVD visitó a Haas —dijo Sudema—, y yo estaba allí. Había una mosca muy gorda.

—Ya entiendo —dijo De Gier—. La clave está en esas almas sencillas, ¿no? ¿Quieres decir que puedes predecir fácilmente sus reacciones?

—¿Una grabadora de casete? —preguntó Grijpstra—. ¿Me prestas una?

—Una mosca rapidísima —dijo Sudema—. Ahora está aquí, ahora está allá. Volando por la oficina de Haas. Una mosca.

—Le das un chillido —dijo De Gier— al alma simple y descuelga el teléfono. Dices: —Simple —dices—, ¿dónde está esa caja de patatas fritas redondas?

—Una de esas grabadoras —dijo Grijpstra—, en las que hablas y repites lo que dices.

—Haas atrapó esa mosca —dijo Sudema—. ¿Alguna vez has atrapado una mosca volando? ¿Entre el índice y el pulgar? Entonces debería haberlo descubierto.

—Y entonces Simple dice —dijo De Gier—: «Doctor Haas, esa caja está en el cobertizo A», y luego Haas dice: «Traiga esa caja de fichas redondas al cobertizo B, Simple», y luego Simple dice: «Pero esa caja pesa mucho», y luego Haas dice: «Entonces, traiga su carretilla», pero Haas no dice nada de eso, Haas lo grabó en una grabadora.

—Sí —dijo Grijpstra—, una grabadora, solo quería pedir una prestada.

Sudema corrió hacia la puerta y la abrió de golpe.

—¡Te pillé! —gritó Sudema—. Sargento, está prohibido jugar con su caja de música durante el horario de servicio. Dame eso.

Sudema volvió corriendo.

—Aquí tienes.

—De Gier —dijo Grijpstra—, soy Haas por un momento. Yo digo «Hola», y usted dice...

—Pase —dijo el doctor Haas—. Me llamo Haas. Ya conozco al teniente Sudema. Estaba a punto de irme a casa. Me atraparon por los pelos.

—Grijpstra —dijo el suboficial—. ¿Se llama Haas?

—De Gier —dijo el sargento—. Lo tenemos.

—Haas —gruñó Sudema—. Está arrestado. Es sospechoso de asesinato. Lo que diga a partir de ahora se usará en su contra.

—¿Qué...? —preguntó Haas.

—¡Cállate! —gruñó Sudema—. Confiesa.

—De Gier —gruñó Grijpstra—, salga y vigile el edificio.

De Gier se marchó.

—Tengo una coartada —dijo el Dr. Haas.

—No tienes coartada —dijo Sudema—. Confiesa.

El Dr. Haas guardó silencio. Sudema y Grijpstra también. Una mosca pasó volando. El Dr. Haas atrapó la mosca entre los dedos y la aplastó. Sonó el teléfono.

—¿Hola? —preguntó Haas—. ¿Quién?

—El Dr. Gier —dijo la voz de De Gier al otro lado del teléfono—. El que estaba contigo hace un momento.

—¿Qué quieres? —preguntó Haas.

—Tienes que hacer algo —dijo la voz—. Tienes que confesar tu vil crimen. ¿No te avergüenza, Haas? ¿Tu propio jefe? ¿En quien confiabas?

—Vamos —dijo Haas.

—Ya estoy aquí —dijo la voz al otro lado del teléfono.

El Dr. Gier entró.

—Pero —dijo la voz al otro lado del teléfono—, yo también estoy en tu teléfono.

—Y estoy aquí, frente a ti —dijo De Gier.

—¿Una locura, verdad? —preguntó la voz al otro lado del teléfono.

—¿Que estoy aquí delante de usted? —preguntó De Gier.

El Dr. Haas colgó el teléfono de golpe. Se hizo un silencio incómodo en la oficina.

—¿Cómo es posible? —gruñó el Dr. Haas, molesto por el silencio.

—Lo sabe perfectamente —gruñó Sudema—. El sistema automatizado no sirve para nada. Cuando fabricó su coartada, usó un equipo totalmente automatizado. Mi escritorio está equipado con un sargento totalmente automatizado. Usted y yo, cada uno a su manera, dejamos que voces grabadas hablen por nosotros. Usted su propia voz, yo la del sargento.

—Y usted no quiere a Minnie, Haas —gruñó De Gier—. Minnie me quiere a mí.

—¡Fanfarrones! —gritó Haas.

—¿Ah, sí? —preguntó De Gier.

El sargento le arrebató el teléfono a Haas.

—Marque el número de Minnie.

Haas marcó con el dedo manchado de mosca.

—¿Hola? —preguntó De Gier—. ¿Minnie? Soy Rinus. Sostuvo el teléfono entre Haas y él.

—¿Sí? —preguntó Minnie, inhalando y sintiendo un cosquilleo en el estómago.

—Tengo que quedarme en Dingjum esta noche, Minnie —dijo Rinus con dulzura.

—Oh... ¿vienes a mi casa?

—Sí —dijo De Gier con dulzura—, pero pensé... bueno... pensé... ¿tienes algo con Haas?

—¿Con Haas?

—La sorpresa de Minnie quedó suspendida en el aire, temblando.

—¿No? —preguntó De Gier con dulzura.

—No —dijo Minnie con un cosquilleo en el estómago—. ¿Eh, Rinus? ¿Cómo se te ocurrió eso? Haas es un tipo raro.

—Tengo que irme —dijo De Gier con frialdad—. Adiós, Minnie.

Afuera, un zorzal silbó tres veces.

—Tu traición te traiciona a ti mismo, Haas —dijo Grijpstra—. Lo veo muy a menudo en mi práctica.

—Confiesa ahora —gruñó Sudema.

Haas soltó una carcajada estridente.

—Confieso. Maté a Djoeng. Te mataré a ti también.

Las manos de la liebre se deslizaron bajo su chaqueta. Sudema sacó su pistola. La pistola quedó sujeta a la funda de su cinturón. Las manos de la liebre se cernieron sobre su escritorio. En cada mano brillaba una estrella de acero.

—Soy ninja —dijo Haas con voz estridente—. No me subestimen. A los veintitrés años, me gradué con honores en matemáticas y física. Emigré para practicar la ingeniería germánica a fondo. Viajé al Lejano Oriente para añadir misticismo a mi formación. El entrenamiento en tsoeriken me proporcionó satori. Mi mente excepcional y plenamente iluminada ideó la construcción para obtener beneficios electrónicos y libres de impuestos del conflicto Este-Oeste. Djoeng no era más que un busca en mi mano aplastadora de moscas. Minnie es mi esclava.

De Gier aplaudió. Haas hizo una reverencia. La mano de De Gier golpeó el cuello de la liebre. La cabeza de la liebre se sacudió hacia adelante. Sudema sacó su pistola.

—Sargento, esposen al sospechoso —dijo Grijpstra—. El sospechoso es peligroso. Si recupera la conciencia, lanzará estrellas. Dense prisa.

De Gier no encontraba las esposas. Grijpstra también había olvidado sus esposas.

—Llevo años sin mis esposas —dijo el teniente Sudema.

Su pistola por fin se liberó. Haas recuperó la consciencia.

—¿Está cargada su pistola? —preguntó De Gier.

—No —respondió Sudema.

—Tome mi pistola —dijo Grijpstra.

Haas, con las manos en alto, fue llevado a la comisaría. El sargento lo encerró.

—¿Todo bien? —preguntó el sargento, agitando su grabadora.

—Es usted un autómata perfecto —dijo el teniente Sudema.

El sargento le agradeció el cumplido.

—Ahora, a por Minnie —dijo Sudema—, iré a buscarla.

Minnie fue llevada adentro y Haas le gritó bruscamente, sacudiendo los barrotes. Minnie le respondió bruscamente. El sargento dejó encendida la luz roja de su grabadora. Reprodujo la cinta después de que Minnie fuera arrestada.

—Creía que era una reina de la belleza —dijo De Gier—, ¿qué hacía en ese servicio de acompañantes donde Haas compró su libertad para entregársela a Djoeng?

—A veces una cosa lleva a la otra —dijo Grijpstra.

—La criminología no tiene secretos para mí —dijo Sudema—. Leo la revista policial cada dos meses. La maldad nace de la vanidad y eso, a través de ella, conduce a la codicia y la violencia.

—Haas contrató a Minnie —dijo De Gier—. La belleza se puede contratar.

De Gier se cubrió los ojos con las manos y murmuró entre dientes.

—Y me hubiera gustado, en lo alto de las dunas, tener un momento íntimo y tranquilo con Minnie.

—¿De verdad lo dice en serio? —preguntó Sudema.

—Me temo que sí —dijo Grijpstra—. Los sueños infantiles de De Gier son una pesada carga para mí.

Grijpstra se puso de pie.

—¿Ya se acabó todo? De Gier, nos vamos a casa.

De Gier susurró un adiós a través de los barrotes de la celda de Minnie. Minnie le respondió con rudeza. El teniente Sudema acompañó a su visitante hasta el coche.

—Muchas gracias —dijo Grijpstra—, por permitirnos vivir esto.

—De nada —dijo el teniente Sudema—. De nada. Vuelvan pronto si andan por aquí.

De Gier, conduciendo por el Afsluitdijk, cantaba. El sargento cantaba que era un vaquero solitario, solo en la pradera.

—Pero pensabas que era terrible, ¿verdad? —preguntó Grijpstra—, toda esa inhumana miseria.

—En absoluto —dijo De Gier.

Un domador de leones

—Claro que sí, Porter —dijo el sargento De Gier—. Estás hablando con Homicidios no con Incendios. Frunció el ceño al ver el auricular que sostenía alejado de su oreja y lo sacudió. Le gritó al auricular, que seguía gritando:

—Por cierto, estás gritando por los dos.

De Gier sonrió, porque estaba bromeando. El auricular continuó gritando en voz baja, ahora con voz infantil.

—Shhh —dijo el suboficial Grijpstra, un hombre mayor y más gordo, que bajó el periódico detrás de un escritorio metálico abollado—. Déjalo. No es momento para bromas.

De Gier sujetó el auricular con cuidado entre el pulgar y el índice, como si estuviera lidiando no solo con una bestia cruel, sino también con una pequeña bestia desagradable. Dejó que el sucio e impredecible animalito volviera a caer dentro del dispositivo. Se acarició el frondoso bigote a ambos lados para que se rizara aún más.

—Shhh —le dijo al teléfono, que volvía a sonar, un moderno aparato electrónico de tres tonos, suave, melodioso, por toda la eternidad.

—No contestes —dijo Grijpstra.

De Gier, obedeciendo a su superior, miró su reloj. Las nueve, apenas. También miró por la ventana y vio el cielo resplandeciente bajo un sol invernal aún oculto, en el que se extendían ordenadamente nubes color ocre. El teléfono seguía sonando, llamaron a la puerta y alguien gritó al pasillo.

—Tranquilos, pequeños —gritó una voz masculina nerviosa.

—¿Dónde está el comisario? —gritaron las voces de los niños.

—No les vamos a enseñar nada, ¿saben?

—No —dijo el suboficial Grijpstra.

Tosió y respiró hondo para poder expresar su absoluta negativa (que llenaba todo el espacio y el tiempo, incluso en otros universos) mucho más alto.

—¡No! —dijo Grijpstra—. Lamentablemente, De Gier y yo no estamos aquí hoy.

De todos modos, todos entraron. Primero el portero con tres cruces de Ámsterdam, luego los niños con gorros rojos, blancos y azules. El portero intentó sujetar a los niños, pero como eran tres, uno no paraba de correr. Las edades de los niños oscilaban entre los diez años y poco más.

—¿Son ustedes comisarios? —preguntó la niña, sujetando al niño más pequeño, que estaba a punto de entregarle a Grijpstra un objeto envuelto en papel marrón.

—Me llamo Marie y estos son mis hermanos pequeños. Necesitamos hablar con los comisarios.

El grueso cepillo de Grijpstra se deslizó detrás del periódico. Su voz grave y siniestra dijo que el portero estaba equivocado y que Marie podía ir a ver a los comisarios.

Que estaban enfermos —dijo el portero por encima del periódico de Grijpstra—. Que tenían reumatismo, se daban baños calientes y tomaban aspirinas. Aun así, eso podría llevar días.

—Marie —dijo el portero—, estos señores son comisarios generales y adjuntos, encargados de investigaciones importantes. Lo revisan todo a diario y conocen a la perfección el contenido de todos los paquetes.

—¿Tienen pistolas, entonces? —preguntó el niño más pequeño, abriéndose paso tras su paquete envuelto en una cuerda deshilachada.

El portero aplastó el periódico de Grijpstra con una mano y abrió su chaqueta azul de rayas finas con la otra.

—Aquí tiene. Cargada y lista para disparar.

Se acercó a De Gier y deslizó su chaqueta vaquera hecha a medida sobre la cremallera del sargento.

—Mire, seis balas más de la misma arma antiaérea.

Las grandes pistolas brillaban en sus relucientes fundas marrones.

—¿Han visto las pistolas? —preguntó el portero—. Cierren sus chaquetas y abrigos. Bueno, caballeros, niños, me voy.

—Pero voy a abrir el paquete ahora —dijo el niño más pequeño, chillando peligrosamente, cada vez más alto a medida que su anuncio se acercaba al final—.

—¿No quieren ver la sorpresa?

—Tu sorpresa —dijo el portero amablemente, pues le encantaban los niños—, no me interesa en absoluto. Adiós, muchacho.

El teléfono seguía sonando electrónicamente en tres tonos. Grijpstra y De Gier señalaron con autoridad al cantante que estaba causando disturbios. El portero descolgó el teléfono y lo volvió a colgar.

—Porque el que estaba ahí dentro eras tú —dijo Grijpstra—. Baja rápido, porque tu aparato está zumbando inútilmente ahí abajo. ¿De qué sirve la Jefatura de la Policía Municipal de la Capital si la caseta del portero ni siquiera funciona correctamente?

El portero quería decir que daba igual si la portería funcionaba o no, siempre y cuando el Cuartel General (como lamentablemente ocurría) estuviera lleno de personal inadaptado y, sobre todo, retrógrado, pero no encontró las palabras a tiempo y se marchó en silencio.

—Un momento —le dijo Grijpstra al niño más pequeño, que ya estaba jugando con el cordón deshilachado de su paquete.

—Un momento. Sargento, llame a Objetos Perdidos. O, mejor aún, lleve a estos pequeños conciudadanos a ese departamento.

—¡De ninguna manera! —exclamó Marie, que parecía sacada de un cartel de galletas Verkade, con sus pecas, trenzas y vestido largo de lunares bajo el abrigo de punto.

—Date prisa, pequeño Elvis, enséñanos qué es lo que los tres llevamos por turnos al otro lado del río.

Elvis ató el cordón deshilachado con más nudos mientras su hermana le explicaba cómo y qué era.

—Todas las mañanas llevo a mis hermanos y a mí misma a la escuela de aquí. La de allí se llama Rééémond. —Lo deletreó—. R-a-y-m-o-n-d.

—¿A la francesa? —preguntó De Gier—. Seguro que no te llamas así por Que-neau, que fue miembro de la Academia Francesa en vida y autor de libros que he analizado, fragmento a fragmento y palabra a palabra, en francés, y que quizás haya entendido.

—Por eso me llamo así —dijo Raymond con modestia—. Mi padre también lo hace y se beneficia de ello; nos lee en francés para que seamos bilingües. Ya sabes, *siempre se es demasiado bueno para las mujeres*. Pues bien, por eso nací entonces, porque mi padre, un poco antes, volvió a ser demasiado bueno con mi madre. Y después otra vez, pero ese era Elvis.

—No me gustan los niños intelectuales —dijo Grijpstra—. Quizás por celos.

—Si los míos pudieran pensar de forma abstracta y en más de un idioma, fracasarían mejor.

—Mamá no es intelectual, ¿sabes? —dijo Marie—. Todavía tiene el pelo naranja. Por eso a ese fabricante de botones lo llaman Elvis.

—¿No sois belgas por casualidad? —preguntó Grijpstra con brusquedad.

—¡Para nada! —dijo Marie, con las manos en las caderas—. ¿Y qué? ¿Qué importa? Los belgas son bilingües por naturaleza, y tenían todo el Congo con ellos, y nosotros aquí haciendo chistes malos sobre un pueblo sin igual.

Elvis empezó a hacer un nudo nuevo. Raymond le ayudó. Marie desató todos los nudos de Elvis y Raymond.

El cordón deshilachado se enroscaba sobre el escritorio de Grijpstra. El papel de regalo sucio se desplegó.

Un brazo yacía sobre el escritorio.

De Gier se acercó a la ventana, la abrió y miró hacia la calle Marnixstraat, algo relajado, donde los tranvías hacían sonar sus campanas a los coches que llamaban la atención y tocaban la bocina. Grijpstra se alejó en su silla de oficina. Marie tiró de De Gier. Raymond y Elvis empujaron a Grijpstra hacia atrás.

—Sois de Moord, ¿verdad? —preguntó Marie—, ¿esto no es de un cadáver?

El brazo, después de que Marietje se despidiera con la mano, yacía sobre el escritorio, ensangrentado y apelmazado por un lado, con las uñas pintadas rotas y descascarilladas por el otro.

—Qué asco —dijo De Gier.

—¿Verdad? —preguntó Raymond—. Y ese dóberman quería devorarlo. Y quería mordernos porque se lo quitamos. ¡Vaya! ¡Menudo brazo entero!

Marie volvió a explicar los detalles.

De camino al colegio, en la fría oscuridad de la mañana invernal, y como siempre, demasiado tarde, porque Elvis había hecho un desastre con su huevo y había que limpiarlo, y Raymond había vuelto a perder el sombrero. En fin, así son las cosas. Así que, para llegar a tiempo y evitar problemas con la directora Saskia: ¿Cruzar rápidamente el terreno ganado al mar que todavía era un pequeño puerto el mes pasado, en Ámsterdam Norte, en el segundo ferry? ¿Sí? ¿No? ¿No lo sabes? Bueno, ahí estaba.

—Asesinato —dijo Raymond—. Mira esto, ese muñón ensangrentado. Desgarrado, ¿verdad? Skeletor lo hizo, en el cómic. Superman, bueno, él no hace eso. Skeletor sí, y ese gordo calvo también, con su traje de baño puesto. Eso no está permitido, ¿verdad?

—Sí —balbuceó el pequeño Elvis entre las explicaciones de su hermano, profundamente conmovido, y por eso se le llenaron los ojos de lágrimas—. Y ese perro quería morderme.

Grijpstra cantó:

—Un brazo en su boca, desenterrado.

De Gier eructó tapándose la boca con la mano.

—¿Y qué dices entonces? —preguntó Elvis.

—Entonces dices «Perdón» —dijo Grijpstra, llevándose la mano a la oreja.

—Perdón —dijo De Gier—. Me encuentro mal, me voy a casa. Adiós, ayudante, adiós, niños.

—Ya estás bien —dijo Grijpstra—, y pronto recibirás órdenes. —Gruñó—. ¡Sargento!

De Gier se puso de pie de golpe. Grijpstra miró su reloj.

—Todavía tienes todo el día por delante. Ponte a trabajar. Llévate a los niños. Anota sus nombres y direcciones. También los del perro, que debes encontrar primero. Voy a llevar ese brazo a Patología. —Se puso de pie—. Adelante. —Volvió a sentarse—. ¡Marchad! De Gier extendió ambos brazos y condujo a la multitud de niños hacia la puerta.

—¡Alto! —gruñó Grijpstra—. Busquen también las otras partes del cadáver.

—Traigan una pala. ¡Vamos!

Grijpstra bebió café en la habitación alicatada donde se encontraba el patólogo, quien ahora examinaba el brazo.

—Bueno —dijo el patólogo—, ¿qué opinan? Ustedes siempre piensan mejor, ¿no?

Grijpstra asintió.

—Me parece que era una anciana o una mujer joven.

Dejó la taza.

—También creo que era rubia y atractiva. Finalmente, creo que se inyectaba drogas y era prostituta.

—Yo también lo creo —dijo el patólogo y se sirvió más café—. Aquí.

Sacó unas pinzas y con ellas un pelo del brazo muerto. El pelo se deslizó tras un cristal hasta un visor electrónico. El patólogo observó. A Grijpstra también se le permitió hacerlo.

—Rubia escandinava —dijo Grijpstra—. ¿Sí?

El patólogo negó con la cabeza, con aspecto de ave rapaz desnutrida. Sus pequeñas garras se entrelazaron.

—Ay, Dios mío. Criada en la zona rural de Vreudemeu, entre lapones y fiordos, huyendo del calvinismo, llegó a la gran ciudad. Pronto malcriada, un hombre de negocios la lleva consigo en un Veulveu con motor de inyección a tierras extranjeras. En la erótica Ámsterdam, se niega a seguir participando en sus perversiones en el asiento delantero, y él la patea hacia el muelle. Mágica Ámsterdam. Caminando de puntillas por el IJ. En el… —el patólogo hizo un pequeño gesto con las manos— …en el otro lado. ¿Sí? ¿El segundo desembarcadero del ferry? ¿Arena recuperada? Pesco allí con frecuencia. Echemos un vistazo a un grano.

Sus pinzas mordieron un pequeño grano de arena y lo colocaron en el visor electrónico.

—Sí, en efecto.

—Qué listo, muy listo —dijo Grijpstra, examinando la muestra de grano que el microscopio había formado—. Pero inyectar no es ningún arte. Tenemos el brazo y pequeñas perforaciones en él.

—Y por eso se prostituía —dijo el patólogo con perspicacia—. Atractiva, ¿verdad? ¿Acaso se puede saber por un brazo sucio y desechable?

—Intuitivamente —dijo Grijpstra, asintiendo—. Lo percibí mentalmente. ¿Quién es el detective aquí? ¿Pero cómo murió, doctor? Dígame.

Sacó un trozo de papel del bloc de notas de su chaleco.

—Lo anotaremos de inmediato. ¿Causa de la muerte? Dígame.

—¿La mordió un perro? —preguntó el patólogo—. Sí, esto es una mordedura de perro. Ahí, los dientes frontales, las muelas cariadas, exacto, pero ¿qué raza de perro es? ¿Cuál arranca un brazo entero de la articulación así como así? Mire eso, es un corte enorme. ¿Garras largas y afiladas? ¿De un perro?

—Un cuchillo —dijo Grijpstra—. ¿Por qué tienen un café tan bueno?

—Porque lo compramos nosotros mismos —dijo el patólogo—. ¿Quién tiene un cuchillo? ¿Ese perro?

Grijpstra dejó que su libreta revoloteara, cerró los ojos y habló en trance.

—Ladrones con cuchillos, seguidos por una jauría de perros, de noche, entre la niebla, en la llanura desierta, y allí camina la chica sueca, rubia, de piernas largas; está aturdida en su sombría bruma. La jauría gruñe y ataca.

— Eso es alemán —dijo el patólogo.

—Eso no es alemán en absoluto —dijo Grijpstra—. Ese dóberman sí es alemán, y en mi época el alemán estaba mal visto, así que las asociaciones son correctas, pero "jauría" simplemente es holandés, ¿sabe?

Abrió los ojos.

—Hasta ahora todo bien, ¿verdad, doctor?

El patólogo señaló una mancha marrón en el brazo, despegó un poco de la sustancia seca, preparó una lámina de vidrio y volvió a encender el microscopio.

—Mira.

—Lodo con tallos de plantas —dijo Grijpstra con aire experto—. Excremento. De un animal que come heno. ¿Caballo?

—Me alegro de ser solo un simple científico —dijo el patólogo—. Sí, excremento de caballo, señor detective místico, así que ahora había jinetes con la manada de perros. ¿Acaso galopan por ahí de noche en Ámsterdam Norte? ¿Un astuto sadismo a caballo que busca una feminidad difusa y luego la destroza?

Grijpstra se sirvió más café del que se había comprado y bebió, y pensó:

—El brazo fue atacado por un perro. Los perros son bestias salvajes. Se hacen los dóciles, pero es porque les conviene más cuando tienen que hacer de mascota, pero en realidad, preferirían comerte.

—Sí, no soy detective, por supuesto —dijo el patólogo con astucia—, pero está ese jinete, con ese dóberman que atrapa chicas, y ese jinete tumba a la chica sobre su caballo, la descuartiza, se la come, entierra el resto, el dóberman recuerda dónde, escapa esa noche, desentierra a la mujer, ¿quizás así? ¿O una variación?

—¿Por qué no se deja tratar? —dijo Grijpstra.

La mano de De Gier estaba firmemente sujeta por la directora Saskia.

—Rinus de Gier —ya lo había dicho—, sargento, detective de la División de Delitos Graves, ¿puedo quedarme con los niños el resto de la mañana?

—¿Habíamos acordado eso? —preguntó Saskia—. ¿Ya me he divorciado de ti también? No los recuerdo a todos, pero hubiera preferido quedarme contigo.

—No va a funcionar con la ayuda de Saskia —dijo Marie—. Está buscando una nueva, lo siento, debería habértelo dicho. Saskia tiene un todoterreno japonés y conduce por todas partes en su tiempo libre. ¿Vives lejos?

—En Buitenveldert —dijo De Gier.

—Puedo arreglármelas sin problema —dijo Saskia—. ¿O es que has metido a una mujer con gafas y a un montón de niños mocosos en tu piso?

—A Saskia no le gustan los niños —chilló Elvis.

Raymond se había quedado afuera un rato más.

—No —dijo De Gier—, solo un gato. Y me voy, gracias, Saskia, adiós.

Corrió atléticamente hacia Raymond. Marie y Elvis corrieron a su lado. Saskia se despidió con un gesto.

—Es difícil para ti ser tan guapo, ¿verdad? —preguntó Marie, sujetando a De Gier con una manita sudorosa—. A Saskia le encantan esos bultos grandes que rebotan en sus piernas. Es muy dulce, y podrías intentarlo. ¿Te paso las notas? Probablemente recibas muchas en tu apartamento y luego las elegirás. ¿Vendrán a besarte entonces? Yo no voy, todavía soy muy pequeña.

—Sí, sí —dijo De Gier con recelo.

El desierto artificial a orillas del río Ámsterdam Norte, al que pronto llegaron, consistía en unas pocas hectáreas de hermosa arena blanca y pura. Elvis corrió delante para señalar el punto de encuentro, con el dóberman abriendo el camino. Raymond se unió a las señales, indicando que el devorador de hombres había venido de esa dirección, emergiendo de la gris niebla matutina.

—Para nada —dijo Marie—, ese perro asqueroso estaba ahí, y vino justo de allí.

Elvis y Raymond admitieron que podrían estar equivocados y volvieron a señalar direcciones y lugares completamente diferentes.

—De vuelta a la escuela —ordenó el sargento De Gier—, y un poco más rápido.

—¿Puedo hacer una llamada rápida? —preguntó De Gier un poco más tarde en una tienda.

Dos autobuses llenos de oficiales de entrenamiento con equipo de asalto de la Unidad Móvil, así como su armamento de lanzagranadas de gas y lanzadores de piedras, llegaron poco después a toda velocidad bajo luces intermitentes y sirenas aullando. Un sargento uniformado, autoritario e instructivo, le espetó a su colega detective que nada podía hacerse hasta que el camión de café y galletas no solo llegara, sino que también funcionara. El camión llegó un poco más tarde. La pausa para el café y las galletas duró apenas una hora. Poco después, se determinó que no había excavadoras disponibles.

—¿Excavadoras? —preguntó un oficial en prácticas.

—Mi padre las alquila de todos los tamaños. ¿Le llamo? ¿No es bastante humillante palear arena para los oficiales en formación?

Unas grandes excavadoras amarillas llegaron poco después del almuerzo, servidas desde una furgoneta que se introdujo en la arena, hasta los ejes, junto a la furgoneta de café y galletas, justo a las doce en punto, igual que los autobuses. Los oficiales, formados en filas, observaron atentamente cómo las costosas máquinas, de diseño comercial y, por lo tanto, capaces de soportar cualquier terreno, avanzaban con cuidado tras sus hocicos resoplantes. Por desgracia, las máquinas no encontraron absolutamente nada.

Los agentes fueron tocando timbres, entrando y saliendo de las casas unifamiliares. Repetían la misma cantinela:

—Buenos días, señora, no se alarme. De verdad, solo servimos a los ciudadanos. Solo una pregunta. ¿Tiene usted, sí o no, un dóberman en casa?»

Un dóberman de aspecto sospechoso al principio no quería saber nada del asunto. No había salido de casa esa noche, solo comía comida enlatada y prefería pasear con correa.

—¿Vienes a dar un paseo? —preguntó el oficial.

—¿Solo vas a la carnicería? —preguntó su compañero.

Ah, sí, eso sí que era otra cosa. El dóberman, olvidando ya sus mentiras, trotó hacia la cantera de arena. Animado por al menos cincuenta oficiales que le lanzaban huevos, el valiente amante de los hombres comenzó de repente a cavar muy hondo bajo el camión de la comida que se había hundido en la arena. Le llevó el otro brazo desenterrado y algunas cosas más a De Gier, a quien, con su inteligencia, consideraba no solo el cocinero, sino también el que le recompensaba.

De Gier aún tuvo tiempo de pedir seis sándwiches de hígado al proveedor de la comida y ofrecérselos al animal de aspecto servil, pero luego tuvo que darse la vuelta e inclinarse sobre la arena. Los oficiales curiosos que se acercaban al trote examinaron lo que el perro había dejado y se alejaron tambaleándose para ayudar a De Gier a teñir la hermosa arena blanca con el contenido de sus estómagos, aún no acostumbrados al trabajo.

—Envíen expertos —ordenó el sargento al mando de la Unidad Móvil, por radio desde un autobús—. Hemos desenterrado huesos sospechosos con restos de carne y cabello. ¿De un humano? Sí, diría que sí. De una mujer rubia, sin duda.

Media hora después, el viejo Volkswagen de Grijpstra se hundió en la arena junto con el resto del equipo. El suboficial salió del vehículo, seguido por el patólogo. Otros coches que también se hundían revelaron su carga de grabadoras de vídeo y huellas dactilares.

—Qué asco —dijo el patólogo—, pero esto sí coincide con lo que ya estaba viendo. ¿De verdad le faltan las piernas? La mitad de la cabeza todavía está intacta. ¿Qué más hay que informar?

De Gier informó. Grijpstra respondió.

—¿Una jauría de perros? —preguntó De Gier—, ¿y excremento de caballo? ¡Por favor!

—Excremento de un animal henífero —dijo el patólogo— ni siquiera tiene que ser un caballo, pero ¿qué animal está trotando por estas llanuras arenosas?

Un agente llegó para informar que la gente hacía señas y llamaba a los detectives más abajo en la llanura. Todos fueron a mirar. Todos examinaron el montón que señalaban los orgullosos descubridores.

—No, no —dijo De Gier—, esto ya no cuadra. Dicen que había perros y caballos. ¿Perros montados? Y, ¿dejan pequeños montones, apilados, después de la excitación de la caza y de morder a una mujer?

—Era una bestia gigantesca —dijeron los que encontraron la evidencia, aplaudiéndose con orgullo.

—¿Un dinosaurio? —preguntó el patólogo—, ¿un cachalote que evolucionó de nuevo a la tierra?

Elvis también intervino.

—Se suponía que debías ir a la escuela —dijo De Gier con un tono de reproche severo.

Elvis explicó que, aunque era pequeño, no estaba loco en absoluto, y que si un ejército de agentes opresores con equipo de combate ocupaba el desierto al otro lado del IJ y el mismo dóberman que había querido morderlo (Elvis derramó otra lágrima) ahora desenterraba más de esa criatura y los repartía...

—¿Qué quieres, hombrecito? —preguntó Grijpstra, apoyándose en la cabeza de Elvis.

—Déjalo claro y vete.

—Elefantes —dijo Elvis secamente—. Cuatro. Animales de circo. Se sujetaban unos a otros por la cola, excepto el de atrás, que seguía fingiendo, pero apenas se notaba porque el elefante que caminaba delante mantenía la cola levantada. Sin embargo, no había contacto físico real entre el mechón del elefante delantero y la punta del hocico del que iba detrás.

—¿Y había alguien sentado ahí? —preguntó De Gier—, ¿sobre esos cuatro elefantes?

—No —dijo Elvis—, porque se cayó. Era un caballero con turbante y llevaba una botella en la mano y luego se durmió.

—Dime, muchacho —dijo Grijpstra, ahora con tono amigable—, ¿qué más tenían en ese circo tuyo?

Elvis terminó de cantar y dejó que grandes lágrimas rodaran por sus mejillas, conmovido por el importante papel que le permitían desempeñar así sin más.

Marietje, que tampoco había ido a la escuela, le explicó cómo y qué. El circo, que se iba a llamar Tristán e Isolda y era bastante pequeño, acampó aquí hasta anteayer. Tristán e Isolda se encargaban de casi todo, con la única ayuda del borracho Abdullah y una chica alta y rubia que hablaba de forma extraña y que se llamaba Ingrid; a quien Marietje acababa de reconocer por sus restos.

—Y no se le daba bien.

—¿A Ingrid no se le daba bien? —preguntó Grijpstra.

—Sí —dijo Marietje.

—¿En qué no era buena? —preguntó De Gier.

—Con los elefantes —chilló Elvis.

—También tenían dos leones —dijo Raymond, que tampoco había ido a la escuela—, sin melena, muy finos.

—¿Pero no lo hacía con ellos? —preguntó Grijpstra.

—No —dijo Marietje—, Ingrid lo hacía con los elefantes. Íbamos a verla cada vez, al menos tres veces, y jaja...

—Sí, divertido —dijo Raymond.

Levantó las manos y se estremeció.

—Ingrid hacía eso, y luego todos los elefantes la imitaban.

—¡Jejeje! —chilló Elvis.

—Sabía hacerlo —dijo Marietje—, pero luego los elefantes la levantaban y siempre salía mal; entonces tenía que subirse a la trompa, pero se caía.

—¿Así que no tuvo nada que ver con los leones? —preguntó De Gier.

—No —respondió Raymond—. Y no llevaba nada puesto, solo esas cosas brillantes y un corcho.

—La moda —dijo Grijpstra, haciendo un gesto—. Bueno.

—Estoy entendiendo demasiado otra vez —dijo De Gier—. ¿Seguimos adelante, suboficial?

—Ya he visto suficiente —dijo Grijpstra—. Vámonos.

Como el Volkswagen, un modelo antiguo, estaba atascado en la arena hasta los ejes, no lo sacaron de inmediato, pero los agentes empujaron, las excavadoras tiraron y dos helicópteros de la policía, recién aterrizados, se ofrecieron a levantar el coche, pero no fue necesario. Se armó un gran revuelo: también tuvieron que sacar a los autobuses y los camiones de comida.

—¿Y quién paga por eso? —chilló Elvis.

—Papá —dijeron Marietje y Raymond al unísono—, porque trabaja mucho y paga un sesenta y siete por ciento de impuestos sobre la renta.

En la comisaría de extranjería lo resolvieron rápidamente al día siguiente. Tras pulsar unas cuantas palabras clave, la pantalla del ordenador pronto pudo indicar que el circo Tristan & Isolda, de nacionalidad austriaca, había instalado su(s) carpa(s) en Zeist.

—¡Qué idioma! —dijo De Gier, que era sensible a eso.

El ordenador también mostraba la lista del personal: un tal Abdullah. No había ninguna mención de una tal Ingrid. Un agente de paisano que realizaba una inspección la había visto, y describió a la pobre mujer como una «puta desnuda sin permiso de residencia». No había dedicado horas extra a eso porque así se puede seguir trabajando y personalmente, prefería buscar al árabe.

—Un discriminador —dijo De Gier, que era sensible a eso.

En la bocadillería donde De Gier tuvo que pagar —pues le tocaba este año— el sargento quería saber más o menos qué pensaba el suboficial de todo el asunto.

—Hafamp Hafamp —dijo el suboficial, pues a eso no se le podía llamar hablar. Otro bocado de halfom, y otro trago de café para bajarlo todo.

—¿Quieres decir? —preguntó De Gier.

—Sí —dijo Grijpstra, quien, inspirando de golpe, se tragó todo el bocado de un tirón porque, maldita sea, no se entendía a sí mismo—. Eso es lo que pienso. La gente de circo no sirve para nada, como sabes, a menos que sean payasos, pero estos no lo son. Y ese tipo del turbante estaba demasiado borracho incluso para sentarse sobre cuatro lomos de elefante. Ahora te pregunto...

Ya estaba comiendo de nuevo.

—Hafamp.

De Gier miró con desgana su croqueta medio deshecha.

—Ya no me apetece —dijo en voz baja—. ¿Qué es esto? Y ese circocito también está fuera de nuestra jurisdicción. Zeist... Uf. —¿Medio? —preguntó Grijpstra, tomando la otra croqueta de De Gier, aún sin desmenuzar—.

—Zeist, ahí murió mi madre —dijo De Gier—. Cerca de esa rotonda. Ya soy mayor, sí, pero ¿qué voy a hacer yo allí?

—Hafamp —dijo Grijpstra con mucha más decisión.

Tomó el plato de De Gier y aplastó la croqueta restante.

—¿Quieres decir —preguntó De Gier, —con tu cabeza de perro, que fue un accidente? ¿Que fue Tristán e Isolda, de Viena, ugh...?

—¿Hafamp? —preguntó Grijpstra.

—¿No estábamos, durante la guerra, en Róterdam, ocupados por los austriacos? —preguntó De Gier, repentinamente enfadado—. ¿Con ese acento vienés tan marcado? ¿No los he visto trabajar, acaso? ¿En las historias familiares? ¡Y torturarlos duro, muchachos, azotarlos, lanzarlos a patadas a los vagones de ganado!

—Hafamp —dijo De Gier con firmeza.

—Sí —dijo De Gier—. Tú lo viviste en carne propia, y yo lo he oído contar. Pero mi abuela fue con ellos. Muy bien. Pongamos el cronómetro en marcha. ¿De acuerdo? ¿Empezamos?

Grijpstra asintió y tragó saliva.

—Bien —dijo De Gier—. Tristán e Isolda solo tienen a ese borracho Abdullah y una escasez de atracciones. Tristán, paseando por el IJ, se encuentra con la prostituta Ingrid, que se ofrece a ayudar. Lleva a la bella mujer con Isolda. La pareja contrata a Ingrid, con un generoso anticipo, para el número de los elefantes. Ingrid está dispuesta, pero está ebria. Esa misma noche, o la siguiente, o una noche más tarde, aturdida por la miseria que le han inyectado, acaba en las garras de dos flacas leonas. Gruñido. Chasquido. Tristán e Isolda vienen a mirar en pijama. Demasiado tarde. Eso es lo que querías decir, ¿verdad?

Grijpstra asintió en cuatro direcciones a la vez, girando la cabeza entre pedido y pedido de bocadillos de carne encurtida.

—Y ahora —dijo De Gier, pidiendo más croquetas, pues la idea le estaba abriendo el apetito—, esos vieneses están sentados ahí con sus suecos mordisqueados, porque cada leona ya se había comido una pata entera. ¿Verdad o mentira? Ese dóberman desde luego no pudo encontrar las patas.

Grijpstra no hizo nada para indicar que no estaba de acuerdo con la hipótesis de De Gier. Simplemente comió.

—Y entierran al empleado que no da la talla. En lo profundo de la arena dragada bajo el circo. No tienen que denunciar nada. Denunciar solo trae más problemas.

Grijpstra empezó a atragantarse.

—Hoff...

Le salió bien.

—Hoffómp.

—¿Sí? —preguntó De Gier—. ¿Así es como lo ves, más o menos? Bueno… —golpeó la mesa con la mano plana, derramando café sobre las rodillas de Grijpstra—. Bueno, no me creo ni una palabra, suboficial. Nos vamos a Zeist, llevando todo el equipo de camuflaje, e investigaremos este asunto hasta el último detalle.

El Volkswagen daba vueltas en círculos en la rotonda, porque Grijpstra conducía y también tenía que pensar. Negó con la cabeza. Repetía:

—No.

De Gier insistía, por principio:

—No pasa nada. Me llevo bien con los animales.

El auto salió de la carretera. De Gier sacó la llave.

—Bien —dijo Grijpstra, desviándose hacia un lado—, pero no pulses el busca demasiado tarde. ¿Entiendes? ¿De verdad no puedo ir a buscar refuerzos? Debe haber muy buena policía en Zeist. ¿Ayuda de mis colegas?

—No lo compliquemos —dijo De Gier—, ahora o nunca.

—¿Buscas trabajo como domador de leones? —preguntó Tristán, un hombrecillo corpulento de unos sesenta años—, ¿y tu única experiencia es domar un gato?

Tristan expresó su aprobación ante tanta valentía y su desaprobación ante tanta estupidez en perfecto neerlandés. De Gier se había disfrazado bien, con las uñas pintadas descuidadamente y rizos que brillaban con gomina, un traje de seda falsa y una funda de plástico negro imperceptiblemente colocada sobre un sano colmillo. Era decididamente sospechoso, pero atractivo. Mentalmente, el cambio también era sorprendentemente evidente. No había rastro de la timidez habitual, a veces sombría, del sargento. Gesticulaba nerviosamente y con rapidez, se tocaba la nariz, el bigote y los labios, hablaba a toda prisa, sustituyendo las comas por risitas, intercalando muchos «ya sabes» en la conversación. Una personalidad completamente nueva, pero bajo esa máscara, De Gier estaba sumido en sus pensamientos. Que un vienés de sesenta años hablara neerlandés puro apuntaba claramente a un origen en la Gestapo o en los círculos del Sicherheitsdienst, pero claro, no tenía por qué ser así. Pero lo era, pensó el sargento, disipando la duda con una perspicacia sensible. ¿Acaso la búsqueda de los verdaderos villanos no es una identificación intuitiva con el Bien que finalmente se venga?

De Gier siguió charlando un rato, alardeando de su buen trato con los animales y de lo bien pagado que está el oficio de domador de leones. Volvió a sorberse la nariz con nerviosismo y se tocó los rasgos faciales.

—¿Cuánto?

«Está olfateando», pensó Tristan con satisfacción, mencionó una suma considerable y le entregó mil dólares; el resto vendría después, y si De Gier quería salir en la película, habría mucho más.

De Gier estaba bastante dispuesto a aparecer en pantalla, pero ¿por qué?

Eso se lo explicaría Isolda, que acababa de entrar tambaleándose. Isolda era una mocosa atractiva, con muslos y nalgas para dar palmaditas, dientes blancos y grandes ojos azules inocentes, y una vista que se extendía hasta el Wiener Wald. La espuma de la cerveza aún estaba en sus labios y se la limpió con impaciencia. Sonriéndole a De Gier, este le devolvió la risita. Poco de su explicación era comprensible. Isolda hablaba un alemán confuso y entrecortado.

—Bueno, todo el mundo gana dinero con el cine, ¿no? —preguntó Isolda repetidamente en su discurso confuso, y De Gier rió asintiendo.

—Absolutamente.

—Y los héroes de las películas siempre se ven cachondos y desnudos —dijo Isolda, y soltó una carcajada provocativa.

Le trajo unos pantalones cortos brillantes y unas botas plateadas de plástico, y un látigo de juguete. Todo lo que llevaba puesto ahora tenía que quitárselo.

—¡Ay, ay! Esta Isolda —resopló con deleite cuando De Gier se desnudó para ella.

Tristán sonreía radiante y miraba su delgado reloj de pulsera, sujeto a su barriga de Mozart-Kugel con una cadena de oro macizo, ambos sin duda recuerdos de Róterdam de aquella época, pensó De Gier.

—¿No tienes función hoy? —preguntó De Gier, pero no era así. Tenía el día libre, porque Abdullah no quería levantarse y los elefantes tampoco estaban de humor.

—Pero las leonas sí —dijo Isolda—. ¡Claro que sí!

Sintió los músculos ondulantes y fluidos de De Gier y se ajustó el cinturón de sus brillantes pantalones cortos. ¡Qué excitada estaba! ¿Acaso no comprendía que un cuerpo así se forjaba con disciplina? ¿Para qué necesita disciplina una adicta sin voluntad?, pensó De Gier.

¡Qué tonta Isolda!

Y qué tonto era De Gier, porque ahí venían las dos leonas delgadas, ágiles y relucientes, galopando por el pasillo enrejado donde Tristán había abierto la pequeña puerta con una manija larga. El billete de mil florines estaba guardado en el bolsillo del pecho de la chaqueta de De Gier. La chaqueta estaba a salvo fuera de la jaula, y dentro zumbaban, muy suavemente, los pequeños aparatos electrónicos que debían alertar al busca de Grijpstra. ¿Y si el busca no funcionaba? ¿Y si Grijpstra se había ido a comer unos sándwiches?

Las leonas galopaban erguidas y agitaban sus colas, con plumas en la punta que levantaban la arena.

De Gier esperaba inquieto, sudando con sus botas plateadas y sus pantalones cortos adornados con estrellas metálicas. La cámara zumbaba, operada por Isolda, y Tristán sostenía un micrófono en la jaula, sujeto a un palo de bambú. De Gier solo esperaba que Grijpstra llegara pronto, doblemente armado, pues la pistola del sargento se había quedado con él.

De Gier señaló unos taburetes y ordenó a las leonas que se sentaran.

—¡Siéntense, queridas leonas!»

Las leonas no habían aprendido muy bien alemán en África. Se acercaron, pata a pata, meneando la cola y gruñendo. Sus colas no se agitaban, sino que azotaban. Ah, sí, su látigo. De Gier lo chasqueó, pero el látigo, hecho para turistas, se rompió. Isolda se rió tanto que casi soltó la cámara. Tristán también se rió. Esa risa fue absorbida por el micrófono y contrastaría espeluznantemente después con los gritos y el estertor de muerte de De Gier.

—¡Ja, ja!

De Gier tenía pensamientos tiernos sobre los animales. En imágenes transmitidas hipnóticamente, les decía a los leones cuánto los amaba, y a su gato Tabriz, y cómo cada tarde libre dormitaba con Tabriz, ese gato gordo y feo, hecho con retazos de alfombra persa, pata en mano.

«¿De verdad?», preguntaron las leonas, interesadas y telepáticamente, y De Gier quería contarles muchas más historias divertidas sobre animales, pero esa escena (De Gier sonriendo y los leones sentados observándolo) no funcionaba en esta película para millonarios sádicos sudamericanos. Tristán ordenó a las leonas que atacaran a su presa (¡Ataque! ¡Marchen!) e Isolda cantó a coro en apoyo.

Porque en el circo, la orden es la orden, las leonas lo lamentaban, pero la cosa se estaba poniendo seria. Se acercaron sigilosamente, cada una desde un lado diferente, y De Gier las esquivó fácilmente, pues seguía siendo campeón de judo. Tristán e Isolda lo encontraron encantador, pues aquello era la Danza del Hombre Nervioso con Dos Devoradoras de Hombres, y se podía cobrar por ella.

«Parecen bailarinas», telepáticamente De Gier, y las leonas movieron brevemente la cola antes de gruñir de nuevo y mostrar sus garras. También tenían mucha hambre.

Grijpstra aún no había llegado. ¿Podría estar Abdullah afuera aplastándolo bajo el Elefante Sentado? De Gier sudaba profusamente. Las leonas olfatearon su hedor y se gruñeron entre sí, diciéndoles que era una deliciosa piruleta de carne.

Las leonas saltaron, dejando de lado sus reservas, directamente a la garganta de De Gier; iban a arrancarle la cabeza rizada, tal como le habían arrancado de un tirón la cabeza rubia y de aspecto de muñeca a Ingrid de Vreudeumeu. ¡Saltad! ¡Chasquido!

De Gier rodaba por la jaula, y las leonas lo seguían. Tristán gritaba y gemía cada vez que filmaban la cabeza de De Gier, porque entonces parecería que estaba poseído por el miedo, y de hecho lo estaba, pero el sargento no gritaba ni gemía.

«¡Arre!», rugían furiosos Tristán e Isolda. Estaba tardando demasiado. Los saltos de De Gier se estaban volviendo monótonos. ¡Vamos, sangre y huesos que se rompen, por favor! Una leona tropezando con un brazo mientras con el otro le mordisquea una pata. Tenían permitido comerse las patas; era tradición.

De Gier sabía que pronto tropezaría; dos contra uno no era justo, y las leonas también sabían mucho de judo.

Por suerte, Grijpstra llegó al final.

La tarea del ayudante de rescate no fue fácil. Además de apuntar con un arma a los dos sospechosos sin escrúpulos, también tuvo que abrir la jaula de los leones para que De Gier pudiera escapar. De Gier, saltando y corriendo, llegó a la jaula y saltó con fuerza a través de ella, empujando la puerta con el hombro. La puerta se rompió y aprisionó a Grijpstra contra los barrotes con un estruendo. Su pistola se atascó. De Gier corrió hacia Tristán e Isolda, y las leonas miraron sorprendidas desde fuera de la jaula. Dudaron. ¿Y ahora qué? ¿Obedecer a su líder de la manada y a la líder femenina y atacar, arañar, morder y dividir al intruso? Eso era lo que Tristán e Isolda querían.

De Gier adivinó sus dudas. «Comer, atacar, marchar» eran, al parecer, órdenes a las que los animales respondían, así que eso fue lo que gritó el sargento, con un indirecto apropiado de «Orden = Orden». ¿Y acaso Tristán no era un gordito delicioso, e Isolda una muñequita rellena y exquisita?

«¿Gris?», preguntaron las leonas. De Gier se unió a ellas. Con gestos precisos y enérgicos, condujo a los amantes hacia la jaula abierta, y las leonas murmuraron un poco, pero no mordieron al sargento en los tobillos.

—¡Haaajaaa! —vitoreó Grijpstra desde su precaria posición, entre la puerta de hierro y la verja.

Todos corrieron hacia la jaula, excepto Grijpstra y De Gier, quienes se saludaron efusivamente después de cerrar bien la puerta. Dentro de la jaula, se oían algunas carreras y luego gritos. Eso también cesó. Se oían chasquidos y succiones satisfechas, y el roce de lenguas anchas y húmedas. Las leonas babeaban con ellas, pues también tenían muchísima hambre, y le guiñaban un ojo dulcemente a De Gier, quien les concedía todo, no solo las patas, pero no miraba hacia atrás, pues no se sentía bien.

El sol brillaba en el amplio despacho del comisario. Las begonias resplandecían de un rojo alegre en todos los alféizares. El anciano flacucho parecía completamente recuperado. Impecablemente vestido con un traje recién planchado, miraba con cierta reticencia a través de sus gafas sin montura. Grijpstra estaba sentado en el sillón de cuero para visitantes, De Gier en la silla recta para subordinados. La señorita Antoinette traía el café.

—Es lo que es —dijo el comisario, añadiendo un toque de fastidio a su voz suave.

—Gracias —dijeron Grijpstra y De Gier, pues les habían dado galletas deliciosamente crujientes, horneadas por la propia secretaria.

—No, en serio, colegas —dijo el comisario—, ¿qué es esto? Me ausento una semana y luego nos encontramos con esto. ¿Y ni siquiera pudieron darme una amonestación verbal? ¿De verdad tengo que conformarme con este breve informe?

—¿Verdad, señor? —preguntó Grijpstra—. Una amonestación verbal se aplica a los delitos, y no hubo ninguno. En nuestra opinión, fue más bien una cuestión de coincidencias. Mmm. Deliciosas. —Le dieron otra galleta.

—Sí —dijo De Gier—. Casualmente, dos leonas salvajes y hambrientas me perseguían, y Grijpstra se vio acorralado con su pistola. Ahora bien, casualmente, había dos tiernos trozos de carne que podía meter en la jaula para que los animales no corrieran hacia el Zeister Rond y sembraran el pánico, y posiblemente incluso la muerte.

—Era —dijo Grijpstra—, casualmente, una vez más, o esos trozos de carne o nosotros.

—La viga de Cicerón —dijo el comisario.

—¿Perdón? —preguntaron Grijpstra y De Gier.

—Están absueltos —dijo el comisario—. La sentencia de Cicerón. ¿No la conocen? Hay una viga flotando en el mar y dos hombres que se están ahogando se acercan a ella. La viga solo puede sostener a uno. Los hombres luchan, uno se sube a la viga, el otro se ahoga. El superviviente es acusado posteriormente de asesinato por testigos y absuelto por el Tribunal Supremo. En caso de extrema necesidad, el interés propio prevalece.

—No estoy de acuerdo en absoluto —dijo De Gier con enfado.

—En realidad, está completamente de acuerdo —dijo Grijpstra—. Lo conozco mejor, casualmente otra vez. Cree que se vengó, pero no es así.

—No —dijo el comisario—, porque las leonas se vengaron, casualmente, y ahora lárgate de aquí.

—¿Sabes qué es lo que tanto me gusta de De Gier? —le preguntó el comisario a la señorita Antoinette cuando la calma volvió.

—¿No? —preguntó la señorita Antoinette—. ¿Puedo decirle entonces qué es lo que tanto me gusta de De Gier?

—No —dijo el comisario con severidad—. Lo que tanto me gusta de De Gier es que aprovecha las oportunidades para llevar a cabo sus desagradables tareas. Yo jamás me atrevería a hacer eso. ¿Cree que soy un cretino, señorita Antoinette? —La miró con preocupación—. Cree que soy un cretino, ¿verdad?

—No, en absoluto —dijo la señorita Antoinette—, pero lo que realmente me gusta del sargento De Gier es... —Siguió hablando, pero el comisario se había tapado los oídos y no quería oír más.

Si hay que pasarse al Zen

Akira Suzuki era budista zen. Eso me impresionó profundamente. Quizás por eso Jeannine y yo acabamos con él. Un momento... De repente me doy cuenta de que tal vez no sepan de qué hablo. Hablo del «Asesinato de la Maleta». ¿Les suena? ¿Cómo es posible? La humanidad realmente no tiene memoria. Los periódicos estaban llenos de noticias sobre ello hace dieciséis años. Un baúl grande flotaba en el canal, y un niño lo vio y pensó: «¡Qué bien robarlo!», porque el baúl parecía estar en buen estado, aunque venía de Waterloo Square. El niño logró acercar el baúl a la orilla con gran dificultad; tuvo que buscar una cuerda con un gancho. El baúl siguió flotando: corrió, nervioso, temiendo que alguien más viera el valioso botín, pero finalmente lo consiguió. El niño abrió mi maleta y, ¡ay!, vio los brazos y piernas, la cabeza y el torso de Akira Suzuki, nuestro budista zen, cortados y serrados, perfectamente ensamblados.

El hecho de que yo mismo no haya olvidado todo ese lío (porque solo soy humano también) es porque aquí tengo todo el tiempo del mundo para recordarlo todo. Sufro de colitis y me han ingresado en el hospital. ¿Qué es eso? Una afección del intestino grueso. Hay dos tipos y yo tengo la grave, la que te mata con mucha fatiga. Tengo colitis ulcerosa: terribles calambres abdominales, sangre y pus en las heces. Llevaba tiempo así y pensaba que era solo por la heroína, el bloqueo del opio, ¿verdad? Todos los grandes opiáceos, Howard Hughes, Jean Cocteau, mi exnovia Jeannine, incluso mi tía la baronesa Eugenie van IJsselstein (el tío Ben compró el título, junto con las ruinas y el campo de cardos que lo rodeaba) tuvieron problemas para salir del abismo.

Hace mucho que no me inyecto, pero pensé que todo ese alboroto podría ser la secuela de mi adicción, que había superado con tanto esfuerzo. Por desgracia, tampoco era cierto. Voy a morir por esto, pero mientras tanto puedo esperar porque la ciencia médica es buena prolongando la vida.

Y ahora que no tengo nada que hacer y me están inyectando morfina, regreso a la época dorada de antaño, y ahí está Akira de nuevo frente a mí.

Fue en una de esas carpas de inyección. Jeannine y yo andábamos buscando traficantes alemanes; aquello nos iba de maravilla entonces. ¿Cuál era nuestro modus operandi? ¿Qué es eso? El modus operandi es la forma de operar. Robábamos dinero. Jeannine era una etíope a la que conocí en Nueva York. Nos preguntamos cómo llegar a la Quinta Avenida, ella en francés. Aparte de lo que se habla allí en Addis Abeba, Jeannine solo hablaba bien francés. Balbuceó un poco en holandés. Las etíopes suelen ser muy guapas, y en el caso de Jeannine, el aspecto físico era especialmente notable. Tenía una tez azulada, pero con delicados rasgos judíos: una nariz estrecha y curvada, una boca voluptuosa y apretada, dientes blancos como perlas y piernas largas y rectas. El pelo de Jeannine no era encrespado y lo peinaba al estilo faraónico egipcio. ¡Qué belleza! Lo más hermoso de todo eran sus pechos. Usaba blusas escotadas y se inclinaba mucho. También le gustaba ponerse en cuclillas o dejar caer cosas para luego recogerlas. En la Quinta Avenida, también dejó caer su bolso. Pensé que era una prostituta muy cara, pero era una ladrona. No funcionó conmigo. Me llevó a una habitación, nos inyectamos, me puso demasiada droga, me vació los bolsillos, pero mi dinero estaba escondido en mi cinturón con cremallera y allí no llegó. Cuando recuperé la consciencia, antes de lo que ella pensaba, en aquel momento todavía gozaba de bastante buena salud —lloró Jeannine—.

Por venganza, inmediatamente me apoderé de este ángel oscuro y la dejé continuar con el trabajo al que estaba acostumbrada, y cuando empezamos a levantar sospechar en Nueva York, la llevé a la mágica Ámsterdam, donde vivimos felices para siempre, en mi habitación del piso de arriba de una casa okupa en Kloveniersburgwal. Las cosas nos fueron bien; nos mudamos a un apartamento en el último piso en el Bijlmer.

¿Te queda claro el modus operandi? Llevaba a Jeannine delante de mí a una guarida de hachís o a una discoteca, o a uno de esos agradables cafés israelíes de narcóticos, y luego ella elegía a un pequeño traficante alemán, de esos que llevan unos cuantos miles de marcos en el calcetín. Jeannine lo atraía hacia mí haciendo reverencias y agachándose; yo le ofrecía buena mercancía.

Heinz-Hans o Mark-Dietrich (los nombres compuestos están de moda) venía a nuestra habitación donde le dejábamos tomar una dosis de prueba. Seguimos usando la dirección de Kloveniersburgwal. A los alemanes les cuesta orientarse en Ámsterdam. Si los arrastras por callejones estrechos y trasteros, jamás volverán a encontrar tu dirección. Naturalmente, los mantuvimos alejados de nuestro lujoso Bijlmer.

No fue Akira, pero aquella vez todo salió excepcionalmente bien. Uno está acostumbrado a que todos los japoneses sean iguales. Jeannine siempre decía que los japoneses se fabrican en autobuses turísticos. Al frente, junto al conductor, hay una pequeña máquina japonesa. Los saca a la fuerza, con gafas, cámaras y chaquetas azules, sombreros puestos... ¡zas!

Los vestidos para las mujeres se fabrican. ¿Alguna vez te has quedado parado con tu coche detrás de un autobús que expulsa turistas japoneses? Entonces ves el proceso en acción. La máquina siempre crea primero un guía, con una banderita en la mano, y al final de la fila, crea otro pequeño guía. Uno al frente y otro al final. Es mercancía cara y no debe perderse por el camino.

Akira era diferente. Nos lo encontramos en el pub «Melkweg». Llevaba un traje de baile negro con una capa negra enrollada, y cosido a este un sombrero puntiagudo. Gafas negras sobre una carita blanca. Los japoneses suelen tener la piel amarilla o color crema, pero Akira era completamente blanco.

No lo creerás cuando me veas aquí, demacrado en la cama del hospital, con cuatro almohadas bajo mi cansada cabeza para que mi mirada, perdida del todo, pueda captar una vista sin sentido, pero hubo un tiempo en que fui un aspirante a Boy Scout, sano y fuerte —«cachorro» se les llamaba—, con una gorra verde, calcetines hasta la rodilla y un parche colorido alrededor de mi cuello infantil, y nuestro líder, un «Moeke», con una auténtica gorra de Boy Scout de cuatro hendiduras, se llamaba Akira. Era la Loba Madre del libro de Kipling, la biblia del escultismo. María se llama Akira.

Ella es sagrada, y los cachorros elegidos pueden sentarse en su regazo. Yo fui elegido porque tenía unos rizos preciosos y pestañas largas. Me abrazaron. Pensé en ese Akira abrazado cuando Jeannine lo arrastró delante de mí. No pude evitar reír.

Jeannine también, Akira también; nos reímos a carcajadas. Nadie tuvo que explicar por qué. A veces, con los elegidos como nosotros, eso no es necesario. Se encuentran espontáneamente en el cielo, bueno, sí.

«Il veut le cheval», dijo Jeannine. Akira quería el caballo. Caballo. Heroína. Eso era posible, pero no tenía prisa. Mientras sonaban tambores vudú en el escenario y bailaban con las nalgas al descubierto, Akira explicó que incluso esperar un poco para obtener satisfacción no está mal, porque todo está permitido, porque nada importa, porque nada lo abarca todo, porque nada es lo único real. Partiendo de la nada, al fin y al cabo, vamos a la nada. Nos olvidaremos de nosotros mismos. Todo es finito. La humanidad llega a su fin, y con ella, nuestras memorias. La humanidad que ya no existe ha olvidado que existió. Por eso también todo vale.

Me pareció una charla agradable. Akira bailaba mientras hablaba. Su rostro pálido nos miraba desde el sombrero negro puntiagudo, su capa negra se extendía como las alas de un murciélago, su voz sonaba hueca, sus conjuros, en un extraño inglés abultado, como si hablara con la boca llena de caramelos, nos envolvían.

La sabiduría de Akira Suzuki provenía, según nos dijo al preguntarle, del budismo zen. Me gusta Buda. De repente me quedé muy callado. Me deslicé hacia el infinito. Akira cantaba y bailaba, explicando que a Buda también le gustaba hacer eso, flotar en el gran vacío. Eso me atrajo. Me convertí.

¿Cómo sabía Akira tanto? Nos explicó que se debía a su propio destino, resultado de un comportamiento ejemplar en el pasado lejano. Por lo tanto, poseía buen karma, que en aquel entonces afloraba gracias a buenas acciones, de una vida anterior, pues en su existencia actual aún no estaba en racha. En realidad, solo destrozó coches deportivos caros: Mazdas, Toyotas, otras marcas nacionales y, finalmente, un Mercedes valorado en unos cien (expresado en moneda japonesa, que equivale a millones). El Mercedes pertenecía al padre de Akira. Algo salió mal. ¿El hijo de un multimillonario que tiene que hacerse cargo de una gran empresa y destroza el Mercedes de su padre en la pared?

Reeducación, entrenamiento, campo de concentración.

Exilio en un monasterio zen.

¿Cuánto tiempo?

¿Tres años? Tres años de entrenamiento intenso. Meditaciones día y noche. Tiro con arco y lucha con bastones sagrados. Cualquier forma de apego está estrictamente prohibida. El desapego de todo. Victorias sobre el cuerpo y la mente. ¿Quién conquista? La nada. ¿Qué clase de nada? La nada del verdadero yo. Y eso ni siquiera existía.

Mientras Akira bailaba, Jeannine y yo fumábamos un porro. Colombian Gold [Oro colombiano]. Subimos muy alto, más alto que el techo del cielo, y mientras volábamos por ahí, saboreábamos la sabiduría de este duende zen que bailaba a nuestro alrededor.

Por supuesto, siguió siendo un sinsentido por un tiempo. Todavía no le creíamos, ni siquiera en las visiones doradas colombianas, pero entonces Akira dejó de bailar de repente y se sentó entre nosotros y deslizó su pulgar sobre cheques de viajero encuadernados pero fáciles de romper. Docenas de ellos, de cien dólares cada uno. Giro. Giro.

Los párpados de Jeannine aleteaban rítmica y nerviosamente.

«¿Y qué?», canturreó Akira con su acento exótico, «¿y qué?».

Y entonces sucedió algo. A veces pasa con la hierba fina que, cuando ya se ha secado, la vuelves a agarrar y entonces sí que te elevas. «So What», traducido a mi idioma, significa «¿y qué?», y «¿y qué?» también marcó mi primer intento serio de liberación. Debes saber que vengo de una familia buena, seria y trabajadora, y que en mi casa todo era muy importante. De pequeño, ya me sentía profundamente abrumado por tanta importancia. Lloraba, por ejemplo, cuando perdía, porque perder era muy malo, tanto en el Monopoly como en el juego de «no me dejan tirarme pedos». Siendo un perdedor, no podías enfrentarte a Papá, Mamá y los demás.

Pero alguien dijo, sobre algo completamente distinto, no sobre el partido que acababa de perder o estaba a punto de perder, y por el que lloraba de antemano, alguien dijo, así sin más: A propósito de nada (de nada, ¿entiendes? Aquí nos acercamos al verdadero misticismo), alguien, dentro de mi limitado y pueril capacidad auditiva y de comprensión, dijo: «¿Y qué?». Aquella fue una fórmula redentora, quizás incluso la fórmula redentora, como un mantra de mi gurú. Salté de alegría, encontré el vacío avance hacia la nada. Fui feliz por un instante.

Al final, me convertí en una persona preocupada. En el sofocante silencio del opio, pensé que más tarde redescubriría la liberación. Sin embargo, el subidón del opio es, por desgracia, una tontería. No voy a explicarte por qué. Si aún no lo sabes, consulta la literatura especializada. El único uso que aún le veía al producto era obligar a Jeannine a atraer a traficantes alemanes para que, viviendo a todo lujo, pudiéramos comer manjares tres veces al día. Volvió a ser una rutina, pero la perseverancia da sus frutos.

«¿Y qué?», espetó este rico Zenner, que acababa de aparecer de la nada, mientras se sentaba entre Jeannine y yo, cruzaba las piernas con elegancia, enderezaba la espalda sin esfuerzo y volvía a agitar sus cheques de viaje con gracia. Eso no servía. Ya veía a mis colegas sonriendo con avidez. Este pequeño japonés, sin embargo, era mío. Teníamos algo muy especial entre manos. Un auténtico ingenuo, un «¿y qué?».

Quizás a veces pienses, cuando ves a gente como yo paseando por ahí, «¿Qué le pasa a este tipo?» o «¿Cómo puede caer tan bajo?» y respondas a esa pregunta con hipótesis negativas. Puede que tengas razón, pero personalmente creo que las personas de mi calaña somos esencialmente almas nobles. No podemos aceptar el programa genético en el que trabajas con tanta satisfacción, con tanta comodidad, sin desviarte del camino. Seguimos buscando una solución que explique de forma concluyente toda la miseria terrenal. La duda solo nos afecta a nosotros.

«¿Y qué?», declaró Akira Suzuki.

Jeannine me susurró al oído. Teníamos que llevarlo a nuestro apartamento en Bijlmer, no a la trampa en Kloveniersburgwal. En nuestro apartamento podríamos diseccionar a Akira con cuidado. Jeannine usó el término «descuartizar». Lo diseccionaríamos. (¿Acaso tuvo una premonición?)

«Le dècouperons?» [¿Le diseccionaremos?]

«Sí, sí» —respondí con un asentimiento.

En ese momento, los tres sellamos nuestro destino. Muertos tres veces. Prematuramente.

Terrible, ¿verdad? Pero ¿qué es terrible? Lo terrible es solo lo que nosotros mismos consideramos terrible, y es exactamente tan malo como lo consideremos.

Ni más ni menos.

Un ejemplo: no me pareció terrible en absoluto la represión contra los alemanes y los japoneses. La justicia prevalece. Piensen en el bombardeo de Róterdam y en el trabajo forzado de los soldados holandeses en el ferrocarril de Birmania, en los chicos rubios de ojos azules de Heerhugowaard y Assen que fueron abusados por la Gele Gevaar [Peligro Amarillo] con fines lascivos bajo el sol abrasador, en la brutalidad de Java. Deténganse un momento y reflexionen sobre eso. Solo un momento. Miren esa escena. Se sienten mal. Suspiran por venganza.

«¿Y qué?». En efecto. Estoy mintiendo. Busco una excusa. Desde luego, no siempre elegimos alemanes corruptos, pero Akira Suzuki fue el primer japonés. Además, ¿por qué deberíamos justificar todo lo que hacemos? Simplemente lo hacemos. ¿Y qué?

Esa primera noche, Jeannine y Akira se inyectaron con una disciplina casi perfecta. (Yo misma dejé de hacerlo, ¿sabes por qué? Llevaba mucho tiempo sin querer inyectarme, pero pensaba que sería difícil; sin embargo, me dijeron que una prima mía, mi prima Anna, una mujer con cara fea y gafas gruesas, que siempre fumaba cigarrillos, había dejado de hacerlo. ¿Ves la conexión? Si mi prima Anna puede dejar sus Marlboro, yo haré lo mismo con la heroína. ¿Acaso la literatura especializada no menciona que las adicciones a la heroína y la nicotina son sorprendentemente similares en gravedad?)

Jeannine y Akira compartieron el placer. Era una escena repugnante. Después, dormimos. Me desperté, le quité dinero a Akira y compré algo de comer. Desayunamos salmón ahumado, alcaparras y limón exprimido, tostadas recién hechas, también trucha y anguila ahumadas, una croqueta de acompañamiento, café auténtico, molido y filtrado a mano. Hicimos de anfitriones, anfitrionas e invitados. Más tarde, jugamos a maestro y monje. Akira demostró cómo los practicantes avanzados alcanzan la comprensión más profunda. Nos pusimos en posición de pretzel y Akira nos guió en un canto. «¿Y qué?», cantó el maestro.

Después de eso, predicó.

Disculpen. Escribo esto con dificultad. El efecto de la morfina casi ha desaparecido y la enfermera aún no está lista. Les diré, ¡qué colon tan podrido! Es algo increíble. Sientes dolores dentro del dolor, y dentro de esos pequeños dolores, surgen otros nuevos. A veces los veo en color y los oigo. Dan vueltas unos alrededor de otros, esos pequeños dolores. Se lastiman entre sí con sus pequeñas garras llameantes. Ya llamé y la enfermera vino y ya me dijo que realmente tengo que esperar. Tanta morfina cada tantas horas y ni un miligramo más ni antes. Le doy las gracias. Le doy las gracias por la ciencia médica que hace posible un sufrimiento tan prolongado, tan intenso y doloroso. Antes uno se sentía mal, tenía calambres por un día y luego se le pasaba; ahora puede durar meses. La comida aquí tampoco es buena, y no hay vistas, si las hay, además, está lloviznando.

Ya adivinaste por qué escribo todo esto.

Sí, no me lo creo, pero de verdad tengo la conciencia intranquila. ¿Me permitieron inyectarle la droga a ese budista zen hasta la muerte? ¿Quién me lo permitió? ¿Los Otros? ¿Dios? ¿Padre y Madre? Quiero saberlo todo antes de acabar flotando en el infierno con el estómago hinchado. Era hora de preguntarlo claramente. Por eso simplemente confesé. Le pedí un teléfono a la enfermera. Me lo trajo. Marqué el número de emergencias de la policía. La amable voz me puso en contacto con los detectives, y allí hablé con un suboficial, otro hombre muy amable: el suboficial Grijpstra, que vino a verme. Lo confesé todo. Mi asesinato magistral. Sí, ¿me atreví? Claro que sí, porque el delito había prescrito. Después de tantos años, el proceso judicial termina. Además, estoy enfermo, gravemente enfermo, una objeción técnica. No se mete a un paciente con colitis entre rejas. Imagínense, debido a la ulceración constante, la pared intestinal se ha adelgazado. El intestino también está

hinchado y con forma de globo. Un visitante que se equivocó de camino me confundió (tengo el pelo largo) con una mujer embarazada. Sí, en efecto, estoy embarazado, de la muerte. La muerte está a punto de estallar dentro de mí y luego me llevará consigo, ¿a la liberación de un infierno?

Esperaba escuchar un sermón de este encantador anciano policía, un hombre corpulento con el pelo gris/blanco. Un sermón, como los que nuestro maestro Akira Suzuki solía recitarnos en aquel entonces. Qué hombrecito era ese Suzuki-roshi. Ese era su título: ro-shi, que significa "anciano". Nos dibujó los dos caracteres. Líneas temblorosas para "anciano" y una figurita andante sin cabeza para "hombre". Los ancianos son sabios, pero Suzuki-roshi ya lo era, a los veinticuatro años, porque pasó tres años en un monasterio zen, como castigo, pero eso no importó.

Hicimos lo que pudimos. Convertimos nuestro piso en el Bijlmermeer en un verdadero templo. Todos los hermosos muebles de Jeannine se fueron con los escombros. El roshi arrancó las cortinas florales de las ventanas y pegó papel blanco en marcos divididos en compartimentos; la luz del sol se filtraba maravillosamente a través de ellos. Cojines en el suelo y allí nos sentábamos a hacer pretzels, durante horas y horas, cuando no había inyecciones, porque eso simplemente continuaba. Incluso pregunté si los maestros no estaban libres de adicciones. Suzuki-roshi dijo que era libre de elegir inyectarse, y eso fue lo que eligió, y su padre era libre de seguir enviando nuevos talonarios de cheques de viajero, y eso fue lo que eligió ese padre, y nosotros éramos libres de proporcionarle heroína y salmón ahumado sobre tostadas frescas con alcaparras y jugo de limón, y eso fue lo que elegimos.

Jeannine también eligió hacerlo con él a menudo y yo elegí observarlo a menudo. El maestro decidió predicarnos, explicándonos por qué no habíamos alcanzado la misma comprensión y perspectiva, tanto ascendente como descendente, a través de la introspección, que él mismo, el hombre santo. Eso se debía a que no le servíamos lo suficientemente bien, a que no meditábamos lo suficiente y a que no nos esforzábamos lo suficiente por él.

Él quería más. Lo dijo, con amor y a la vez con tristeza. Dijo: «Solo esperaba un poco más».

Tengan en cuenta que Jeannine y yo no habíamos cometido ningún asesinato hasta ese momento. Los traficantes alemanes que atrapábamos, sedábamos, sacudíamos y dejábamos tirados en la calle siempre volvían a despertar, pero esos alemanes no nos molestaban. Al acoger al maestro Akira Suzuki-roshi en nuestra casa, elegimos nuestra propia postura de molestia. Yo elegí la irritación primero, y para Jeannine, la elección llegó un poco más tarde.

Solo tomamos la decisión correcta cuando nuestro maestro, entre lágrimas, nos dijo que los talonarios de cheques de viajero se iban a acabar porque su padre iba a llamar. Entre los japoneses, los padres llaman a viva voz. Quien no acude, se pierde. Nuestro maestro Suzuki-roshi nos habló del destino de los hijos desobedientes en Japón. En la isla de Sado, al noreste de Kioto, se extrae oro desde tiempos inmemoriales. Toda la isla está llena de pozos mineros. También hay mucha agua subterránea y, como es difícil excavar y extraer oro bajo el agua, se bombea. La bomba se acciona con los pies, con cientos, miles de pies, y todos esos pies pertenecen a hijos zen desobedientes. Los padres entregan a sus hijos a los altos maestros zen en la capital zen, Kioto.

En el noreste vive el demonio zen, que perturba todo lo bueno del zen. Para apaciguarlo, los sacerdotes zen envían a los hijos desobedientes de los padres zen que financian los costosos templos zen a la húmeda Sado.

Sí, claro, todo encaja a la perfección.

«Pierre-Jean», me dijo Jeannine aquella noche, después de haberlo hecho otra vez con Suzuki-roshi —qué cansada estaba, pues era bastante persistente, el semental zen Suzuki—, «Pierre-Jean», dijo Jeannine, «ya no me creo nada de eso».

Yo tampoco me lo creía ya. Nada era cierto, nada de nada de nuestro maestro Suzuki, absolutamente nada. Ni siquiera su traje de baile ninja era real. Los ninjas son guerreros entrenados en el zen que disparan flechas con los ojos cerrados, justo en el blanco, y la siguiente flecha parte el astil de la primera. Ese ninja realmente mantiene los ojos bien cerrados, pero Suzuki-roshi, con los ojos abiertos, ni siquiera podía apuntar una bola de papel a la papelera. Los ninjas se vuelven invisibles entrando en la sombra, o colocándose junto a una farola, o incluso respirando hondo y creyendo que son transparentes, pero Akira-san, nuestro benefactor, destacaba tanto con su pequeño hocico blanco en su sombrero negro puntiagudo, sus delgadas piernas en sus pantalones holgados y sus resbaladizas gafas torcidas, que todos los surinameses del Bijlmer rieron entre dientes «hola Charlie», y entonces Suzuki-roshi hizo una reverencia en señal de gratitud: después de todo, como se decía en su charla zen, decidió incorporar la palabra «Charlie» a su propio vocabulario como una forma de dirigirse a él aún más educadamente que «roshi».

Estuve de acuerdo con Jeannine y dije, como los ingleses saben expresarlo tan bellamente: «Si tiene que ser así», y añadí: «Zen, pero más bonito, pero no».

Olvídense del Zen, sigan siendo Zen. Esa noche, Jeannine llenó nuestra botella desechable con Triángulo Dorado doble y triple, altamente destilado y purificado, número uno, calidad A, de lujo. Incluso me preguntó si debíamos hacerlo así. Dije que sí. Claro que podíamos elegir de nuevo. También podíamos sedar a Akira, hacernos cargo de los cheques, dejar su cuerpo vivo en la calle, y así terminar con nuestro modus operandi habitual, pero entonces él señalaría nuestra espaciosa casa. Entonces tendríamos que huir. Entonces nuestros cheques de viaje estarían en la lista de los buscados. Nada de eso era posible. Además, nuestro maestro ni siquiera era auténtico. ¿Acaso no nos estaba haciendo perder el tiempo sin hacer nada? Ya no soportaba ver salmón ahumado, trucha, anguila, alcaparras, tostadas ni jugo de limón. Y Jeannine solo quería estar conmigo otra vez.

«¿Pierre-Jean? Y después...»

Después del zen, era cierto otra vez.

Las secuelas eternas.

Ya tenía el baúl en casa, la sierra y el machete. No en vano estudié medicina durante un par de años en su día. Cuerpo cuidadosamente cortado en pedazos, pedazos cuidadosamente colocados en el baúl, baúl cuidadosamente metido en el ascensor. Un vecino me echa una mano. (Muchas gracias, no, ya me las arreglo yo).

Baúl en la furgoneta de alquiler. Baúl en el canal.

Volví a casa aliviado. Jeannine ya se había ido, con los cheques. A París, supe después. Por desgracia para ella (no pude evitar reírme para mis adentros), un banco revisó sus cheques de viajero y la atraparon. Allí también se cayó por las escaleras, se rompió el cuello y murió. En París, más sospechosos se caen por las escaleras de las comisarías que en cualquier otro lugar del mundo. Eso da que pensar. En realidad no pensé mucho.

Mi poderosa y radiante belleza masculina atrae a lo extrañamente bello opuesto. Karin es (¿era? ¿También se cayó por las escaleras?) una rubia escandinava. Como antes, mi cebo logró atraer a los traficantes alemanes. Ya estaba harto de los japoneses.

Todo eso fue hace mucho tiempo. Una eternidad. En realidad, solo unos años. Invertí el dinero robado con prudencia, lo retiré, quedé satisfecho, pero enfermé y me ingresaron aquí.

El suboficial Grijpstra se sentó junto a mi cama, relatando amablemente su investigación, tomó mis huellas dactilares y las comparó con otras huellas mías encontradas en la cartera de Akira Suzuki (encontrada en posesión de Jeannine). El suboficial se alegró de que le permitieran creer en mi confesión.

Le conté todo sobre la Nada, y cómo Suzuki-roshi, el Ninja de la capucha puntiaguda, daba la impresión de que sabía más al respecto y...

El ayudante Grijpstra se aclaró la garganta. «¿Saber más sobre la Nada...?»

«Sí». Así era. El Zenner, sin embargo, no sabía nada. Y así, por mi decepción, pasé de ladrón a asesino.

El suboficial escuchaba atentamente. Todavía lo veo sentado allí. Qué hombre tan amable. Y para ser funcionario, no era tonto.

Disculpen, estoy sintiendo de nuevo esos dolores entrelazados y atormentadores. Si se ponen de acuerdo, y eso sucede cada vez con más frecuencia, me atormentan todos a la vez.

¿Alguna vez has mirado dentro de un caleidoscopio? Así son mis dolores ahora también: girando, cambiando, siempre diferentes, pero el sol del dolor brilla a través de todos los patrones cambiantes. ¿Y sabes lo inimaginablemente grande y poderoso que es el sol?

Ahí, me siento mejor por un momento, y vuelvo a escribir diligentemente porque el médico informó que mi colon, tan delgado como el papel y estirado, tiene que ser extraído ya. Si no, moriré; y si lo hago, probablemente también. Lamentó tener que decirlo tan directamente, pero esa era la nueva política médica. Simplemente diles lo que piensas, a esos malditos.

Tenía una opción. Bueno, está bien. Prefiero desmoronarme en la mesa de operaciones (como Akira Suzuki en aquel entonces, un budista zen avanzado) que explotar. Ya terminé de hablar. Ayer también, con el suboficial Grijpstra.

El suboficial resumió brevemente.

Akira Suzuki, un turista japonés adicto a la heroína, había recibido una dosis letal de mi novia Jeannine Ratslassie, ahora fallecida.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—En efecto —dije, reconociendo con satisfacción la situación, pero mi conciencia social no filosofaba. Funcionaba de forma pragmática.

—Yo —dijo el suboficial Grijpstra, señalando el lugar donde su corazón se apoyaba en su vientre—, no me involucro en esto porque represento la conciencia del pueblo holandés, y esta lo olvida todo después de dieciséis años, así que no deberías acudir a mí.

—Estoy contigo —dije con tristeza.

—¿Tus padres han fallecido?

Dije que no me sorprendería en absoluto; hacía mucho que no los veía.

—¿Fallecidos o vivos?

Solo estaba bromeando un poco; efectivamente, ambos estaban hechos un desastre, hechos un desastre, quemados, pulverizados, esparcidos por prados donde las vacas llenan sus excrementos, uno tras otro, extendiéndose hasta el horizonte. Lo cual no cambia el hecho de que mis antepasados también fueron seres humanos confundidos, y que ellos también querían saber qué está permitido hacer aquí y qué no.

—Entonces dejaremos de lado el juicio de tus padres por un momento —dijo Grijpstra.

—¿Dios? —pregunté.

—No lo conozco —dijo el ayudante con jovialidad—. Y si está ahí, entonces tampoco está, sí o no, no o sí, y alrededor de eso, debajo y detrás de eso, y siempre incomprensible, y si me preguntas, ahora que estás conmigo, como dijiste tan tristemente hace un momento, si me preguntas a mí, tu semejante, tu amigo y confidente, tu Otro, entonces yo también renunciaría cortésmente a Dios, porque tiene una manera muy extraña de no meterse y meterse contigo y con un japonés muerto.

—¿Pero quién entonces? —pregunté, desesperado en mi resignación.

El suboficial Grijpstra citó un manual médico que mencionó por título y autor.

—La colitis ulcerosa es una enfermedad psicosomática, y el tratamiento es quirúrgico (y eso es lo que te hacen) y psicoterapéutico (y probablemente ya no lo necesites).

—¿Psicosomática?

Grijpstra se puso de pie y se dirigió majestuosamente hacia la puerta de madera contrachapada de mi habitación de cemento.

—Eres un muchacho inteligente —dijo mientras caminaba—. Psicosomático significa algo así como "causado por tensiones en el subconsciente" y el tuyo, muchacho, te juzga culpable y te condena a muerte, de una manera prolongada, dolorosa y cruel.

—Ay, Dios mío —dije—, pues era cierto, por supuesto, y yo no tenía nada que ver con el juicio de esos padres, ni de Dios, ni de esos Otros; eso lo sabía desde hacía mucho tiempo.

—¿Y cómo de grave es todo eso? —pregunté casualmente, para mantener la conversación un momento, porque en el pasillo ya oía el chirrido de las ruedas de la camilla de operaciones.

—Tan grave como tú lo creas —dijo el suboficial Grijpstra y se marchó de mi vida, tal como yo pronto lo haré, espero.

La Isla de las Garzas

—¿Quiere que confiese? —preguntó el profesor Suzuki a través de su intérprete, Toshiko—. No estaba aquí en Ámsterdam cuando ocurrió, comisario-san, estaba en Kioto. ¿Y confesar qué? ¿Un crimen? Pero si fue el asesinato de mi propio hijo, mi único hijo, y fue la pareja francesa quien lo cometió, los cabezas rapadas, arrr… Ninette, y arrr… Pierre, sí, *sí*, comisario-san.

—¿Simples instrumentos? —preguntó el jefe de los inspectores, un anciano pequeño e impecablemente vestido, con bastante cortesía.

Escondido tras su gigantesco escritorio antiguo, era evidente que se encontraba en una posición de superioridad. Se sentía como en casa, por así decirlo, en la comisaría de Ámsterdam, muy lejos del Kioto de su visitante, la exótica ciudad de los templos, el corazón puro de Japón; aunque, como Suzuki le acababa de decir, la industria estaba contaminando incluso Kioto, oscureciendo el cielo sobre las réplicas perfectas de los edificios budistas de la dinastía Tang, que habían desaparecido en China desde la Revolución Cultural, pero que se reproducían a la perfección en la Tierra del Sol Naciente.

—¡Saaah! —exclamó Suzuki, admirando una garza azul gigante que, frente a la ventana abierta del comisario, batía sus alas azules y plateadas en la rama de un olmo centenario, estirando su cuello serpentino con un graznido melodioso—. Un ave rara.

—Las garzas no son raras —le aseguró el comisario—. De hecho, son una plaga. Están por toda la ciudad. Ha llegado al punto de que hemos puesto carteles advirtiendo a la gente que no camine bajo los árboles. Un buen chapuzón arruina la ropa. Son los canales los que atraen a nuestras miles de garzas, y la recesión, por supuesto. Verás, ahora tenemos desempleados a quienes les gusta pescar, así que Ámsterdam llena sus canales de pececillos y los desempleados sacan los peces y se los dan de comer a las garzas.

—¿*So desu ka* [Es cierto]? —preguntó la joven y maternal Toshiko, de edad preescolar, demasiado asombrada para traducir—. ¿Es verdad? Las garzas son *muy* raras en Japón.

—Gracias, comisario-san —declaró Suzuki—, por resolver el asesinato de mi hijo. Es terrible que el único heredero biológico de un hombre sea asesinado, y que su cuerpo sea descuartizado y encontrado en un baúl flotando en… arrrr… el Canal del Cervecero, ¿verdad?

—Sí —dijo el comisario, quien compartía una relajada ceremonia del café con sus invitados y manejaba con destreza la pesada cubertería: cafetera, tetera, tazón, mientras ofrecía galletas.

—*¡Oishiiii!* —exclamaron Suzuki y Toshiko—, ¡delicioso!

—El Canal del Cervecero —continuó Suzuki—. Quizás sea apropiado que mi hijo muriera allí. Le gustaba mucho la cerveza.

—¿Usted bebe alcohol? —preguntó el comisario.

—¿Qué? Suzuki lo miró fijamente por encima del borde de su taza de café. «Oh… no, la bebida no me apetece… pero Koichi tenía el gen malo, el de su madre. Ya sabe…» El profesor adoptó una voz exageradamente infantil, que Toshiko imitó de inmediato: *«…Sin cerveza, no hay suerte… No existe la mala cerveza»*. Retomó su discurso normal. «Los dichos favoritos de mi hijo».

El comisario echó un vistazo a las Polaroids sobre su escritorio. Algunas mostraban un cuerpo desmembrado, otra mostraba a Koichi vivo, de pie en los escalones de piedra de una casa con tejado a dos aguas en Ámsterdam, entre leones tallados en granito, entrecerrando los ojos con incomodidad. El comisario reflexionó que la expresión hosca del joven podría deberse a algo más que una resaca. Koichi parecía perturbado: la forma en que inclinaba la cabeza hacia un lado, como si alguien estuviera a punto de abofetearlo, las manos levantadas en un gesto defensivo, su sonrisa demasiado forzada. El perdedor, pensó el comisario, el pobre perro patético, tendido de espaldas como diciendo: «Por favor, no me hagas daño».

—¿Qué debo confesar? —preguntó Suzuki—. Por favor, comisario-san, dígame qué pasó, desde el principio, por favor… oh… Koichi, hijo mío…

—Ya se lo dije —respondió el comisario.

En el olmo, la garza alzó a medias sus inmensas alas, como si quisiera deslizarse sin esfuerzo hasta refrescarse las patas en el Canal de los Alces, y luego dejó escapar un graznido soñador. El olmo le ofrecía su sombra. El día de verano era caluroso. Tenía tiempo de sobra para ir a buscar su presa.

—¿Se lo dije, no? —preguntó Suzuki—. A Koichi no le gustaba viajar; solo bebía en bares de mala muerte, y yo quería que ampliara sus horizontes, que viajara. Envié a Tadao con él... Tadao, el hijo menor de mi colega Sakai... arrrr... Sakai y yo somos profesores, doctores.

—Pagaste el viaje de ambos, de tu hijo Koichi y del hijo de tu colega Tadao —resumió el comisario.

Suzuki se encogió de hombros.

—Soy rico. Invertí y cobré mis ganancias hace mucho tiempo.

Miró fijamente a la garza, juntó las manos e hizo una reverencia al animal.

—¿No hay garzas japonesas? —preguntó el comisario.

—Hoy en día solo mantenemos a los japoneses en nuestras islas —respondió Suzuki—. Otras especies se están extinguiendo en Japón.

Bajó la mirada hacia las alfombras orientales del comisario y luego hacia los retratos al óleo de antiguos capitanes de la gendarmería holandesa, todos sonrientes en sus rostros sonrosados.

Se hizo un silencio, al principio reconfortante, luego incómodo. Toshiko lo rompió.

—No toda la fauna silvestre está extinta. Hay reservas, comisario-san. El profesor es dueño de la Isla de las Garzas en el lago Biwa, cerca de Tokio. Es muy conocida.

—La reserva de monos de nieve en Hokkaido es muy conocida —protestó Suzuki—. Nadie ha oído hablar jamás de mi insignificante esfuerzo.

—Su hijo Koichi —declaró el comisario, sacando con un escalofrío un informe patológico de una carpeta de plástico y colocando cuidadosamente sus páginas junto a las Polaroids— murió de una sobredosis de heroína pura.

—Un nuevo vicio —dijo Suzuki—. Uno más que añadir a la lista. Estaba preocupado por mi hijo; pensé que un cambio de aires…

—La heroína de Ámsterdam —señaló el comisario— suele ser pura.

—Bueno —dijo Suzuki—, ¿así que dice que la muerte anormal de mi hijo fue un accidente? No lo veo así. Pierre, el traficante, sabía que Koichi no podría soportar esa inyección. Premeditación, *¿no?* Lo robaron, *¿no?* Pierre y Ninette. ¿Metieron a esa pareja repugnante en la cárcel?

—En este preciso instante, Pierre se está muriendo en la enfermería de la prisión —informó el comisario—. La abstinencia a veces tiene ese efecto. Los adictos a la heroína están en muy mal estado; llevan tiempo sin comer, viven de las drogas y, cuando se las quitas, el shock los mata.

—¿Ninette también? —preguntó Suzuki.

—En Holanda hay escasez de espacio en las cárceles —añadió el comisario—. La liberamos y la pusimos al cuidado de su familia en París. Pierre estaba prostituyendo a Ninette. Está en una clínica, recuperándose tranquilamente.

—¿Esta chica es buena? —preguntó Suzuki con recelo.

El comisario alzó una mano delgada, casi transparente, sonriendo con dulzura.

—¿Qué es *bueno*?

—Lo bueno es lo bueno para nosotros —declaró el profesor Suzuki, golpeándose el pecho.

El comisario sonrió.

—¿Para la forma de vida superviviente?

—*Hai* [Sí] —asintió el profesor.

—¿La forma de vida contaminante? —preguntó el comisario.

—Arrr… —dijo Suzuki.

—Arrr… —dijo el comisario amablemente—. No creo que detener a Ninette mejore el bien común.

La garza que estaba afuera, alertada por la voz fuerte del profesor, alzó un ala y graznó con fuerza. El rostro de Suzuki se tensó mientras se inclinaba hacia adelante en su silla.

—Escuche, oficial-san. Ninette compró el baúl con un cheque de viajero robado de un cadáver para adquirir otro baúl y así deshacerse de ese mismo cadáver. El cadáver de mi único hijo. Usted mismo me lo contó. Así fue como atraparon a Pierre y Ninette. Mataron a Koichi el sábado por la noche en el desván del Callejón Sangriento, y Pierre, carnicero de oficio, desangró y descuartizó el cuerpo de Koichi. Usted me explicó que aquí las tiendas cierran los domingos y los lunes. El baúl que encontraron el lunes por la noche, flotando en el Canal del Cervecero, era nuevo. Sus inspectores lo rastrearon hasta el vendedor del mercado al aire libre del lunes. Había aceptado un cheque de viajero de American Express de cien dólares de un cabeza rapada francés. Sabías, porque Tadao te lo había contado, que él y Koichi habían estado bebiendo con un par de cabezas rapadas en el Barbenoire, un bar en el Callejón Sangriento, aquella noche de sábado en que Koichi desapareció. La conexión era obvia. Tus detectives la rastrearon hasta la pareja francesa en su loft, y la búsqueda reveló más cheques de viajero pertenecientes a Koichi.

La voz de Suzuki sonó indignada.

—¿Sí, comisario-san, *sí*?

El comisario tosió.

—Por favor. Lo siento, Suzuki, de verdad quiero que confiese. —Se sonó la nariz—. Disculpe. Es mejor para usted. Se sentirá aliviado.

—¿Quiere arrestarme? —preguntó Suzuki—. Está bromeando… arrr… no tiene nada en mi contra. Estaba al otro lado del mundo cuando Koichi murió. ¿Cómo podría haberlo matado?

El comisario sonrió

—No le arrestaré.

—Soy médico —dijo Suzuki—. Trabajo por el bien común. ¿Por qué me condenan? ¿Porque envié a mi único hijo a Ámsterdam, con un amigo para protegerlo?

—Simplemente quiero que aclare su motivo —dijo el comisario—. No le estoy condenando. Además —e hizo un gesto lleno de dulzura, tranquilo, no has hecho nada ilegal.

Suzuki levantó las manos. Sus ojos brillaban.

—¿Entonces por qué la confesión?

—Para liberar su mente —dijo el comisario.

—¿Por el bien común? —preguntó Suzuki.

El comisario asintió.

—No le sigo —dijo Suzuki.

Se giró hacia el rostro amable de Toshiko. Murmuró furioso.

—Suzuki-san —dijo la intérprete bruscamente, abandonando el diálogo directo—, dice que no le sigue.

—Dígale a Suzuki-san —exigió el comisario— que no me creo ni una palabra. Dígale que quiero su confesión. Dígale que no le arrestaré. Dígale que puede irse a casa.

Suzuki se puso de pie.

—Primero la confesión —dijo el comisario.

Suzuki se sentó.

—Quizás si repasamos los hechos de nuevo… —sugirió el comisario.

—De acuerdo… —dijo Suzuki—. ¿Dónde estábamos? Mi hijo desempleado, Koichi, y su amigo Tadao Sakai, estudiante de medicina, que están de vacaciones en Ámsterdam, van a un bar. Koichi bebe. Tadao no. Barbenoire, el dueño del bar, le vende marihuana a Koichi. Koichi fuma los porros. Tadao no.

Una pareja francesa, vestida de cuero y con la cabeza rapada, entra en el bar de Barbenoire. La pareja tampoco se contiene y se acerca sigilosamente a los adinerados turistas japoneses. Pierre les ofrece drogas que guarda en su loft. Koichi se va con la pareja francesa. Tadao regresa solo al hotel. Koichi no aparece el lunes por la mañana. Tadao informa a nuestro embajador, natural de Kioto, que resulta ser uno de mis conocidos. El embajador avisó a la policía.

—¿Quieren más café? —preguntó el comisario.

La mano temblorosa de Suzuki hizo que la taza y el platillo tintinearan.

El comisario le sirvió una copa.

—¿Qué espera de mí? —preguntó Suzuki—. Sí, sé que acusé a Tadao de secuestrar a Koichi cuando el embajador me llamó a Kioto. Reaccioné de forma exagerada. Le expliqué la situación: mi colega Sakai perdió una fortuna en la bolsa. Ahora está de nuevo ahogado en deudas, su casa está hipotecada al máximo y la educación futura de sus cuatro hijos está en peligro. Yo soy el rico. Primero me entero de que mi hijo ha desaparecido, luego de que su cuerpo desmembrado fue encontrado flotando en un baúl. No sé nada de la existencia de una pareja francesa. Sé de Tadao. Quizás Tadao había atado a Koichi en un sótano y quería, a cambio de la liberación de mi hijo, que yo pagara sus estudios, o quizás tenía que saldar las deudas de su padre. Imaginé que Tadao podría haber matado a Koichi accidentalmente, al atarlo demasiado fuerte. Era posible, ¿no? Y Tadao estudia cirugía, sabe diseccionar un cuerpo humano… ¿para deshacerse de las pruebas?

—Veamos... —protestó el comisario, negando con la cabeza—. Veamos, profesor…

—Descabellado —admitió Suzuki—. Lo sé. Tadao es un buen chico. Además, mi hipótesis era inverosímil, como usted explicó. No hay sótanos vacíos en Ámsterdam; la ciudad está superpoblada. Y aquí, los japoneses son extranjeros que no pasan desapercibidos. ¿Cómo podría un extranjero tan visible brutalizar a otro? ¿Nadie se habría dado cuenta? ¿No le informaron?

El comisario tomó un sorbo de café.

—Usted no arrestó a Tadao —dijo Suzuki—. ¿Quieren que confiese haber acusado a un inocente? ¿Que mi motivo son los celos? Muy bien. Lo confieso. —Suzuki se dio una palmada en la rodilla—. ¿Por qué mi profesor Sakai, mi subordinado, ese fanfarrón ridículo, tiene cuatro hijos excelentes que estudian con diligencia, cuatro herederos de los que estar orgulloso, y por qué yo tengo que cargar con el inútil de Koichi?

—Gracias —dijo el comisario.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Suzuki.

—Esa fue solo la primera parte de la confesión —señaló el comisario.

Suzuki gritó.

—¿Quieren que admita haber manipulado a Koichi para que viniera a morir a Ámsterdam, esta mágica ciudad del pecado, donde las drogas peligrosas inevitablemente lo alcanzarían? ¿Que estaba seguro de que Koichi consumiría heroína? ¿Que se entregaría a esta diabólica pareja francesa? ¿Que les mostraría su fajo de cheques de viajero? ¿Que planearía su propio asesinato?

—No hemos presentado cargos por asesinato —enfatizó el comisario—. No hay evidencia de un plan consciente. Estas cosas simplemente suceden, ¿saben? No hay pruebas de que Pierre inyectara a sabiendas una sobredosis a un cliente que había dado su consentimiento. Tenemos el testimonio de Tadao: Koichi se jactaba de ser un veterano de la heroína.

—Pierre debería haberse dado cuenta de que Koichi no se inyectaba él mismo —dijo Suzuki.

—¿Cree que Pierre estaba buscando marcas de agujas en Koichi? —preguntó el comisario—. ¿En un desván oscuro, temprano por la mañana? Todos ya están borrachos y drogados, y Pierre anda vagando por todo Ámsterdam intentando comprar heroína y jeringuillas, cosas que no son fáciles de conseguir, ni siquiera aquí.

La garza miraba a Suzuki. Suzuki se cubrió la cara.

—*Kudasai... kudasai...*

—Por favor... por favor... —tradujo Toshiko.

Suzuki bajó las manos. Se quedó mirando a la garza.

—Le protegí, ¿recuerda?

—Ya casi llegamos —susurró el comisario.

Suzuki se calmó, sentado erguido en su silla, con las manos entrelazadas en el regazo.

—Me duele demasiado decirle la verdad.

El comisario le dedicó una sonrisa alentadora.

—¿Sabe por qué duele la verdad? —preguntó Suzuki.

—¿Porque la ocultamos mintiéndonos a nosotros mismos? —preguntó el comisario—. Pero las mentiras son transparentes. La verdad se agita bajo la superficie, luchando constantemente por salir a la luz.

—Se retuerce de dolor —dijo Suzuki.

—¿Y qué? —preguntó el comisario.

La garza había volado. El comisario miró por la ventana, haciendo señas a sus invitados para que hicieran lo mismo. Seis pisos más abajo, el ave estaba junto a un hombre con un sombrero rojo, que balanceaba una caña de pescar sobre el Canal Elk. Hombre y ave.

—Me encantan los pájaros —dijo Suzuki—. Koichi me odiaba. Quería hacerme daño. Estaba borracho, estaba en mi isla y disparó a mis pájaros.

—¿Qué le había hecho? —preguntó el comisario.

—No me casé con su madre —confesó Suzuki—. Me lo contó cuando mi esposa me dejó. La madre de Koichi también me odia, pero pensó que yo pagaría la educación de su hijo. Lo pagué todo. Koichi no me lo agradeció.

—¿Debería haberlo hecho? —preguntó el comisario.

Suzuki se encogió de hombros.

—¿Quizás le presioné demasiado? ¿Quién sabe? ¿Quería que triunfara? ¿Quería presumir de un buen hijo?

—Gracias —dijo el comisario.

Suzuki bailó, usando la gran alfombra oriental del comisario como escenario. Primero, bailó como Koichi, borracho, enloquecido, disparando una pistola automática. Luego bailó como un pájaro herido, desplomándose entre los pinos y arbustos ornamentales, con gritos de agonía, intentando extender sus alas rotas. El comisario comentó lo mucho que Suzuki se parecía a una garza, con su cabello plateado y ondulado cayéndole sobre las orejas y formando un mechón en la nuca, con sus largos brazos que imitaban a la perfección el movimiento de las alas, con sus pantalones estrechos y botas altas y ajustadas, que se movían con rigidez.

La garza muerta cayó en el sillón del profesor. El profesor se sentó dolorido, graznando:

—¡Arrr…!

—Ya veo —dijo el comisario.

—¿Qué? —preguntó Suzuki.

—Ya entiendo —aclaró el comisario—. Tengo un gran cariño por mi tortuga, una criatura adorable que vive en mi jardín, quizás más que por los humanos.

—¿Y por eso su hijo mata a la tortuga? —dijo Suzuki.

—¿Y por eso mato a mi hijo? —preguntó el comisario.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó Suzuki.

*

Los tres se reunieron de nuevo, por invitación de Suzuki, en un restaurante frente a la puerta sur del Parque Vondel de Ámsterdam, un conjunto de grandes estanques rodeados de arboledas y matorrales que proporcionaban un hábitat ideal para las numerosas especies de aves de la capital.

—Comisario —dijo Suzuki—, gracias.

—¿Hemos terminado? —preguntó el comisario.

Suzuki hizo una reverencia.

—Estoy lúcido.

—Me alegro —dijo el comisario.

—Yo también —sonrió Suzuki.

Tocó el brazo de Toshiko.

—Mi consejera aquí presente me dice que es hora de tomar medidas inteligentes. También me dice que la inteligencia es la capacidad de aprovechar al máximo las circunstancias. Todavía tengo la isla con una población de aves espléndidas que se están recuperando. Koichi desapareció, no tengo heredero. Me dijo que sus inspectores, cuando fueron a ver a Tadao a su hotel, lo encontraron revelando fotos de garzas, tomadas durante sus paseos por el Parque Vondel.

—Tadao se lo mencionó al sargento Grijpstra, cuyo pasatiempo favorito es pintar aves acuáticas.

—¿Qué estilo? —preguntó Suzuki—. Ah, ¿el estilo de Hondecoeter, quizás, el viejo maestro…?

—El viejo maestro —confirmó el comisario—. Tadao le dijo a mi sargento que en Japón, las garzas simbolizan la capacidad de elevarse a esferas superiores.

Suzuki asintió.

—Un chico sensible —comentó el comisario—, este Tadao.

—Mi colega Sakai estaría de acuerdo —anunció Suzuki— en darme a uno de sus cuatro hijos. Todos saldrían beneficiados. Yo pagaría los estudios de Tadao y quizás le prestaría a su padre algo de capital para ayudarlo a salir de sus actuales dificultades económicas.

El comisario, cuyo reumatismo le hacía cojear, apoyándose en un bastón con empuñadura de plata, acompañó a Suzuki y Toshiko de regreso al centro de la ciudad, cruzando el parque.

Una garza azul gigante, con su largo cuello elegantemente curvado hacia atrás y sus anchas alas completamente extendidas, planeaba sin esfuerzo sobre ellos.

A la de tres

El apuesto y exitoso Frank Nullish y su flamante Volvo superautomático se enfrentaron a una elección aquel fatídico día. Podían girar a la izquierda desde la clínica donde la esposa de Frank, Betty-Baby, no se había curado e irse a casa. Su hogar era el espacioso apartamento de Frank en el cuarto y último piso de un edificio de condominios en el lujoso suburbio de Amstelveen. El apartamento daba a un parque bien cuidado, rodeado de álamos rígidos y césped siempre cortado, que rodeaba un estanque cristalino coronado por relucientes patos Pekín blancos. Girar a la izquierda era agradable: el Volvo entraría en su garaje subterráneo, y Frank, con los dientes apretados sobre su viejo cigarrillo de espuma de mar, observaría a los patos desde su balcón, con El Gato colgando lánguidamente en sus brazos.

Frank fumando, El Gato ronroneando. Los patos abajo graznando.

Girar a la derecha no era tan agradable; significaba quedar atrapado en una maraña de calles estrechas de sentido único, callejones sinuosos y puentes empinados que conducían al corazón de Ámsterdam, originalmente una espléndida ciudad del siglo XVII con casas a dos aguas, luego devastada por la avaricia comercial, recientemente embellecida como un pintoresco centro histórico, de interés tanto para turistas como para locales, un lugar de escapadas, juegos sexuales y negocios turbios.

Había dos opciones: izquierda o derecha. El Volvo giró a la derecha. Frank sonrió alegremente por un instante, luego con más ansiedad durante varios momentos.

A Frank le gustaba verse como un introvertido distante, un hogareño que lo había visto todo, un solitario observador de patos. Su esposa, Betty-Baby, era una solitaria telespectadora, pero eso fue hace mucho tiempo, antes de que tuviera sobrepeso mórbido y fuera hospitalizada en esa clínica privada. Una breve visita diaria a su esposa enferma después del trabajo formaba parte de la vida solitaria de aquel introvertido distante que lo había visto todo.

¿Cuánto tiempo llevaba Betty-Baby desaparecida? Frank calculaba, buscando cifras y fechas, pagos de facturas médicas, indemnizaciones del seguro. Mientras calculaba, el Volvo esperaba detrás de un camión que expulsaba humo fétido.

Frank cerró el techo corredizo. El ruidoso escape del camión, que arrojaba aire manchado de aceite a las rejillas de ventilación del Volvo, apenas le molestaba, por supuesto. No había necesidad de preocuparse por las molestias inevitables cuando todo iba bien. Frank sonrió con sensatez al ver las enormes puertas traseras del camión, que le bloqueaban el paso y la vista.

El camión avanzó. El Volvo se detuvo un instante y luego arrancó, mientras Frank asentía con la cabeza, a través del retrovisor, a la frenética conductora que venía detrás. Estaba llenando un coche pequeño. El coche tocó la bocina, el camión expulsó humo. Frank soltó una carcajada.

Las cosas no podían ir mejor. ¿Acaso no estaba ganando una fortuna con lo que el padre de Betty-Baby había llamado una vez «nuestras modestas, pero rentables líneas»? Las líneas consistían en ganchos y agujas que usaban en el arte del bordado las señoras adineradas que sentían la necesidad de adornar fundas de cojines, tapices preimpresos, timbres para llamar a los sirvientes ausentes y fundas para teclados de pianos que nadie tocaba. «Debía haber unas cuantas», pensó Frank: abuelas y tías encorvadas, con pelucas desaliñadas y chales sobre los hombros, comprando los ganchos y agujas de talla extraña que su empresa fabricaba con tanto esmero. Todos los productos estaban sellados herméticamente. Las máquinas que los fabricaban se habían pagado hacía años. Las cantidades no eran lo suficientemente grandes como para que las grandes empresas se interesaran siquiera. Un producto pequeño y sencillo, un alto margen de beneficio, sin competencia, un flujo constante y abundante de dinero para la empresa de Frank.

¿Su *sociedad*? Bueno, la sociedad del padre de Betty-Baby, pero últimamente el viejo se pasaba el tiempo olvidando su nombre. La situación aún era manejable cuando Wuffo, la perra, vivía, pues solía traer a su anciano amo a casa después de los paseos. Pero Wuffo también envejeció y perdió la memoria, y luego murió. Así que el anciano se fue a vivir con las amables enfermeras de una residencia de ancianos, donde se cubrían algunas necesidades. Frank firmaba con gusto los cheques. Con los poderes delegados a Frank, el yerno, y la única hija, Betty-Baby, con mala salud, ¿quién es el dueño de qué?

Pero en ese preciso instante, otra pregunta se le escapó. Agarra la pregunta, Frank. ¿Cuánto tiempo lleva enferma Betty-Baby? ¿Tres meses? ¿La extraña? No. La casi invisible señora de la limpieza, la Sra. Bakker, mantiene la casa en perfecto orden. Que la buena vida dure para siempre. Entonces, ¿por qué el Volvo había girado en sentido contrario? ¿Por qué esta ira repentina, casi incontrolable? ¿De dónde salió este ardiente deseo de pisar el acelerador y embestir el maldito camión, de cambiar de marcha y volver al cochecito que pitaba?

¡Oye! Hay un lugar para estacionar justo ahí, entre los olmos, junto al canal. Ve. Olvídate de la señal de giro. Ignora el dedo índice que agita la señora del cochecito. Y ya que estás, ignora también a la señora que dice «gilipollas».

Frank, saliendo de su coche estacionado justo al lado del muelle del canal, reconoció el vecindario. La sociedad solía estar aquí, antes de que el corazón de la ciudad cambiara el trabajo sucio por el placer del lujo ostentoso. Ahora, las casas restauradas de los comerciantes, los almacenes y talleres, albergaban bares acogedores, hoteles turísticos y galerías de arte, tras frontones recién renovados. Frank miró su reloj. Las galerías cerrarían a esta hora, los bares estarían abiertos de par en par. ¿Y ahora? ¿Tomar una copa?

Frank no había tomado una en años. Para tomar una copa, necesitas compañeros, buenos amigos que te saluden y te den una buena bofetada antes de abrir el círculo. Frank recordó haber sido «Tarzán», alzando una copa de ginebra con sabor a enebro para brindar por la salud de un «Pirata» bigotudo y enjoyado, un «Apestoso» rechoncho vestido de militar y un camarero conocido como «Grasa Saturada». Veinte años antes, estas personas habían sido importantes en el escenario de Frank. El escenario se había derrumbado, los actores se habían marchado, aunque no del todo, porque Frank recordaba haberse topado con Pirata de nuevo hacía poco, y la nueva imagen, afeitado y sin pendientes, mencionando alegremente a una mujer y tres niños.

—Los cinco, Tarzán, desayunamos juntos todos los días.

—Los tres, Pirata —podría haber intervenido Frank.

Pero Frank, abrigado con su impermeable inglés, con el pelo ondeando al viento, no dijo ni una palabra. De todos modos, no era cierto. Betty-Baby y el Gato no desayunaban, sino que dormían hasta tarde, roncando suavemente, de la mano en la pata, mientras Frank engullía comida precocinada y liofilizada en el salón, con un ojo puesto en el periódico para ver cómo iban sus acciones. No es que alguna vez hicieran nada en particular. La cerveza que adormecía la mente y los igualmente adormecedores bancos holandeses, la electrónica, el petróleo. Tan eternamente seguros como la Casa Real Neerlandesa Naranja. Si las acciones caen, esperas cinco minutos. Y listo, vuelven a subir.

—¿Sigues con la cerveza, Pirata?

—No. Terminé.

El hombre desapareció entre la multitud, camino a ganar, con una sonrisa en los labios, más desayunos tribales. Frank, de pie entre su Volvo y un olmo cubierto de perros, se encontró frente a un cartel de cine que mostraba a una mujer desnuda acercándose a un caimán lleno de verrugas. ¿Ir a ver la película? ¿Pero no debería cenar primero? ¿Comer algo raro en algún sitio cercano? ¿Por qué no ir a casa y compartir uno de los filetes mignon de la señora Bakker con El Gato? ¿Con rebozuelos salteados? Quesos y galletas después, algo fácil y agradable. ¿Nata batida de verdad con fruta fresca? ¿Café javanés? ¿Un puro cubano? ¿Una vista del parque? ¿Otra agradable velada viendo más patos? ¿Qué hacía él allí, en ese infierno?

El general Frank se ordenó bruscamente volver a su Volvo. Las tropas se resistieron, diciendo:

—¡Nooo!

Frank se preguntó si, tal vez, necesitaban a una mujer. Debería haber varias de ellas, con los hombros descubiertos, las piernas al descubierto, los pechos al descubierto, esperando en los callejones circundantes, enmarcadas por tubos de neón, iluminadas eróticamente por focos en tonos rosas o morados, ocultas bajo los alféizares de las ventanas: un espectáculo multicolor.

Frank murmuró una advertencia para sí mismo: «Hoy te estás descontrolando. ¿Quieres enfermarte o qué?».

Intentó una solución intermedia: alquilar una película porno y reproducirla en el vídeo de casa. Pero los santos seguían marchando, por aceras estrechas, detrás de postes metálicos fálicos instalados por la ciudad cada sesenta centímetros para proteger a los ciudadanos pacíficos de los peligros del tráfico. Rozó suavemente las lisas puntas de los postes, disculpándose por su deseo. Pasó junto a bares que se llenaban de jóvenes deslumbrantes. ¿Cumplir cuarenta años sería quizás demasiado? ¿No llamaría demasiado la atención su ropa?

Se detuvo frente a una pequeña tienda, se puso unas gafas sin montura con patillas doradas y evaluó su aspecto reflejado entre el escaparate de botas de tacón alto, bolsos de hombro y otros artículos de cuero para turistas homosexuales. Su traje gris claro de tres piezas le quedaba perfecto. ¿Corbata de seda marrón? Genial. ¿Camisa rosa de algodón 100%? Impecable. ¿Pelo? Escaso, obviamente, pero aún lo cubre bien. Frank hizo una mueca. ¿Por qué iba a preocuparse por ser aceptado por la gente común? ¿Acaso no tenía el monopolio nacional de las rentables agujas de ganchillo y de bordar?

Siguió caminando, tropezando con los adoquines, cojeando un rato. Reconoció el hastial contra el que se apoyaba. Allí se encontraba la imponente casa señorial donde había empezado a trabajar veinte años antes, recién salido de la escuela de negocios, para el padre de Betty-Baby. Tiempo después, el edificio se vendió y la empresa se trasladó a la moderna zona comercial en las afueras de la ciudad, donde ahora lo controlaba todo, pero fue allí donde había comenzado su carrera.

Frank rió demasiado fuerte y luego frunció el ceño furioso. ¿Por qué estaba perdiendo el control si aún no había empezado a beber? Escuchó claramente la primera frase de una melancólica melodía de jazz. ¿La música provenía de un equipo de sonido dentro del edificio o era el viejo Frankie quejándose? Sacudió la cabeza para apartar una balada deprimente pero inquietante, interpretada con una hilera de contrabajos por hombres altos con ojos hundidos.

Para deshacerse de aquellos músicos con frac, Frank apeló a la pared contra la que se apoyaba, acariciándola con delicadeza con la punta de los dedos. Recordaba el edificio como una ruina, pero ahora su fachada estaba enlucida y barnizada, sus puertas repintadas y sus ventanas podridas reemplazadas. La alta e imponente entrada de la casa lucía siete timbres de cobre con placas elegantemente mecanografiadas, uno por cada piso. Así pues, ahora había apartamentos en lugar del destartalado despacho del padre de Betty-Baby, las salas del personal y el almacén del producto terminado. El sótano, donde antaño las máquinas martillaban y golpeaban, se había convertido en un bar.

Frank se vio de nuevo como aquel brillante joven de diecinueve años que encontró allí la puerta al éxito: cruzándola sin dudarlo. Y también al matrimonio. No sabía nada de Betty-Baby en aquel entonces, la única heredera. Betty-Baby estaba aprendiendo etiqueta en un internado suizo, pero se preparaba para regresar y hacer su entrada triunfal.

La pasarela.

¿Lo lograste?, preguntó Frank. ¿Cómo te encuentras al otro lado? Bien. Bien, respondió Frank a Frank.

Ahora era rico y Betty-Baby estaba loca. Frank, que esperaba a que desapareciera la electricidad en sus dedos de los pies y a que los aburridos contrabajistas terminaran su pieza, vio el rostro del médico de Betty-Baby.

«Físicamente», dijo el rostro, «su esposa está bien». El rostro sonrió. «Mis colegas están de acuerdo, por supuesto».

«¿Y qué hay de la picazón de Betty-Baby, sus calambres estomacales, su pierna floja, su problema de peso, sus dificultades para respirar?»

«Me gustaría remitirlo a un psiquiatra, señor Nullish».

Frank se apartó de la pared, se golpeó los dedos de los pies de nuevo, tropezó hacia atrás con un transeúnte, se dio la vuelta y se disculpó.

—Únete a Alcohólicos Anónimos —dijo el transeúnte—. Son un fastidio y siempre sacan el tema, pero de vez en cuando te pueden ayudar.

—Sí —dijo Frank.

—Tengo que decir que a mí me ayudaron —continuó el transeúnte, señalando la entrada del bar más cercano.

Frank notó un fuerte olor a ginebra que salía del bar y de la boca del transeúnte.

—Ahora puedo resistir la tentación —le aseguró el transeúnte, alzando la barbilla—. Ya no tengo que ir a sitios malos. Puedo irme a casa. —Tenía los ojos enrojecidos y bizcos—. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo Frank.

Claro, Betty-Baby estaba loca, igual que su hermano Pete y su esposa Suzie. Otra historia de éxito. Pete, a través de Suzie, fue al distribuidor exclusivo de máquinas japonesas para reparar diques. Suzie se cansó de llevar la tarjeta de crédito por los centros comerciales y empezó a ir al psiquiatra. Invitaron a Pete a que también fuera. Pete fue a ver a Frank. Y allí estaba Pete, en el despacho de Frank, recortado contra la ventana llena de ganchos y agujas curvas.

El rostro de Pete brillaba por el sudor de la ansiedad.

—El psiquiatra también quiere volverme loco, Frankie. ¡A mí no, tío, a mí no! ¡Libertad para mí!

Y Pete se compró una réplica en plástico de un Duesenberg descapotable de 1931 y empezó a ligar con chicas para llevarlas a navegar en su minigoleta de plástico.

«Nos hemos vuelto todos locos», reflexionó Frank.

Si hubiera sabido que para ganarse la vida tendría que vender ganchos de bordar, ayudando así a ancianas dando ocho vueltas de campana. Por suerte, no creía en la justicia divina. Mientras no tuviera fe, no tendría que hacer reír a San Pedro.

SAN PEDRO: ¿En qué ocupaba el tiempo ahí abajo, señor?

FRANK: Eh… ¿para ganar dinero?

SAN PEDRO: ¿Ah, sí, señor? ¿Algún ejemplo?

FRANK: Sí. Bueno, digamos que me hice con el monopolio de las agujas de ganchillo para bordar, las que tienen la punta cromada, ¿sabe? ¿Las del mango de caoba?

SAN PEDRO: ¿Qué más ha hecho, señor?

FRANK: Eh… ¿nada?

SAN PEDRO, *dirigiendo un coro de ángeles blandiendo espadas llameantes:* Jajajaja.

Probablemente ni se molestarían en arrojarlo al infierno, sino que preferirían ignorarlo cruelmente, dejándolo vagar sin rumbo como vagaba sin rumbo ahora.

Frank entró al bar al azar. El camarero le recordó a Grasa Saturada, pero era un hombre más joven, aunque aún más gordo, con los pantalones aún más rebosantes. El bar estaba decorado al estilo antiguo: asientos y una barra en tonos marrón amarillento, plagada de agujeros de carcoma, bajo vigas combadas y cubiertas de hollín, que sostenían un techo parcialmente encalado. Los paneles de teca añadían un toque de elegancia. Una barra de cobre recorría toda la longitud de la barra para los pies temblorosos. Escupideras en cada esquina.

—¿Una cerveza de barril? —preguntó Grasa Saturada II, deslizando una jarra hacia un grifo.

Frank levantó una mano. La cerveza es para los canales; sale tan fácilmente como entra, sin siquiera la cortesía de cambiar de color.

—¡Oye, La Grasa! Whisky. Americano. Con hielo, sin agua.

—Señor —dijo La Grasa—, me llamo Edmond. Ya no extendió la mano hacia el grifo de cerveza. Ya no extendió la mano hacia nada.

—Edmond —dijo Frank, acercándose con elegancia a un taburete de bar, situado entre dos hombres de pelo largo que se abrazaban y una mujer con un escote pronunciado y un corpiño de encaje, a la que desvestían con la mirada de un hombre con los dientes flojos—. Lo siento, Edmond.

A Edmond se le revolvió el estómago.

—No diría usted tal cosa, ¿verdad, señor?

—No —le aseguró Frank.

—¿No lo siente? —preguntó Edmond.

—Sí, lo siento.

—Edmond inclinó una botella cuadrada negra y removió cubitos de hielo con un agitador plateado.

Frank sonrió. Hacía tiempo que no bebía. Ni fumaba. Iba a volver a fumar también. Miró la sección de tabaco detrás de la barra y señaló los Belgas Negros. Edmond abrió un paquete, sacó un cigarrillo de un tirón brusco y acercó una cerilla.

Frank tosió, agitó el cigarrillo suelto entre el humo denso y volvió a toser.

—¿Nos estamos pasando de la raya? —preguntó Decolada, ignorando las protestas de Dientes Flojos.

—¿Señor? —preguntó Edmond, con los ojos entrecerrados, incrédulo y disgustado—. ¿Señor? ¿Podría enderezarme la dentadura postiza?

—¿Qué es esto? —preguntó Pelo Largo femenino, observando la lengua de Dientes Flojos, que intentaba frenéticamente corregir la posición de su dentadura postiza al revés.

—Fellini —dijo Pelo Largo masculino.

Tras el tercer bourbon y el quinto Belga Negro, Frank se encontró flotando en un estado de dicha. En un instante, una intuición le prometió que podría regresar al momento exacto que marcó el inicio de su error. El regreso solo se refería al tiempo, porque el lugar donde se encontraba ahora era el correcto. El momento exacto había ocurrido allí, veinte años antes. Hasta entonces, la sincronización había sido perfecta.

¡Ah, los buenos tiempos volvían! Ni una sola preocupación entonces. El joven Tarzán vaga por la dichosa jungla, recorre las mágicas calles en su reluciente Harley Davidson, vive en un ático escuchando discos de Dizzy Gillespie. Viste pantalones de pana, una chaqueta de cuero y no lleva corbata. Se encuentra con Jane.

—Yo, Frank, tú, Ravena.

—*¡Ja!* —gritó Frank, golpeando la barra con ambas manos—. ¡Ja!

—¿Señor? —preguntó Edmond.

—Edmond —susurró Frank—. Gracias, Edmond. Este tercer vaso mágico, el vaso de la casa, me revela la verdad. Gracias, Edmond. Le ofrezco uno.

Levantó su vaso.

—A la una. —Lo levantó aún más—. A la de dos. —Se lo llevó a los labios—. A la de tres.

De repente, tuvo un tercer destello de intuición. Encontrar a Ravena. Las cosas habían salido mal después de Ravena, así que tendría que volver con ella para empezar de nuevo. Qué sencillo. Traer de vuelta su presencia mágica a su vida. Empezar de nuevo. Un giro de 180 grados en dos pasos infantiles.

—¿Edmond? ¿No tendrás por casualidad una guía telefónica?

Ravena no aparecía en la lista.

Frank puso la mano sobre la página. Le iba bien entonces, antes de girar a la derecha en lugar de a la izquierda. Fiel a su estilo arriesgado, el joven Frank se enfrentó al padre de Betty-Baby en su sombría oficina. El anciano le dio una lección de modales, sobre la ruidosa y triunfante motocicleta Harley Davidson americana del joven Frank, con sus dos tubos de escape y su ancho manillar. El padre de Betty-Baby le explicó que un empleado que se estaba formando en administración de empresas no debía imitar a Marlon Brando. El padre de Betty-Baby, con su traje a rayas, pronunció palabras solemnes.

¿Pero prestaba atención el joven Frank? No. Estaba mirando las largas piernas castañas de la nueva secretaria del padre de Betty-Baby, su esbelta figura con una falda corta y una blusa ajustada, sus elegantes manos aún sobre el teclado Remington, sus ojos oscuros, su cabello negro como el azabache.

Frank se había cruzado con Ravena en el pasillo ese día. Se habían estrechado la mano brevemente. Había leído a escondidas su carta de solicitud en la sala de personal. ¿Nacida en Borneo? Frank vio hojas de palmera, oyó el trinar de los loros y el lento batir de las alas de los zorros voladores. Una puesta de sol escandalosa proyectaba nubes rojo sangre y naranja pálido, que poco a poco se transformaron en tonos plateados al salir la luna. Ravena se acerca, desnuda salvo por un taparrabos de batik. Las tobilleras de conchas tintinean. Las llaves de la Remington hacen clic. El padre de Betty-Baby había hablado, y Frank había sido enviado a vender la motocicleta, comprarse un traje adecuado, sacarse el carné de conducir y recordar el futuro.

Pero aún no.

Frank se desconectó del pasado por un instante para disfrutar de nuevas y lúcidas perspectivas.

—¿Edmond?

La botella negra y cuadrada de estilo americano sirvió otro trago de clarificador.

Frank inhaló el humo negro que le revelaba la verdad y regresó al pasado.

El padre de Betty-Baby se fue de viaje de negocios. Frank compró seis tulipanes amarillos y se los hizo entregar a la oficina presidencial a través de un becario. El mensajero, a cambio de un poco de reconocimiento, prometió no revelar que los tulipanes los había comprado Frank. El misterio va de la mano con el amor verdadero.

Siguiente maniobra. Encuentro en el pasillo.

—¿Te gustaría cenar conmigo en un restaurante chino de tu elección? —le preguntó el futuro ejecutivo Tarzán a la secretaria Jane.

—No —respondió ella, pasando de largo.

Su voz ronca y vibrante evocaba imágenes de alas brocadas de aves del paraíso, un canguro arborícola cruzando un claro sobre zancos, orangutanes gigantes lanzando cáscaras de plátano, un tigre medio oculto entre las sombras de un tallo de bambú.

Por supuesto. Esta princesa Dayak (recordaba una lección de geografía sobre los cazadores de cabezas de Borneo) era demasiado exótica como para rendirse fácilmente. Su propia precipitación le repugnaba. ¿Cómo se atrevía a esperar tanto de ella, tan pronto?

Al día siguiente, seis tulipanes amarillos más. La esperaba en la calle. Le ofreció llevarla a casa en la Harley, diseñada para el máximo contacto físico.

Prefería el transporte público.

Pasó un día. Se aceptaron más solicitudes anónimas, pero cada acercamiento directo fue recibido con una negativa rotunda. Quizás lo consideraba demasiado joven. Frank volvió a leer la solicitud de Ravena.

Ella tenía veintitrés años, contra sus diecinueve. ¿Y qué, mierda? La princesa madura y el joven príncipe apasionado. Las posibilidades eran infinitas. El formulario también incluía una dirección. Él iba allí en su Harley. Ella tenía su propio miniapartamento con puerta de entrada a la calle y un pequeño escalón privado. No estaba en casa.

Los empleados eran gente inculta, ocupados con trabajos insignificantes, garabateando todo el día antes de regresar a casa en bicicletas oxidadas. Frank se negaba a reírse de sus chistes groseros. No salía con ellos a tomar café, prefiriendo leer poesía vanguardista en su escritorio. La hostilidad resultante estalló en una broma desagradable. Un empleado se le acercó sigilosamente.

—Oye, Frank, ¿alguna vez has estado en la azotea?

—No.

—Ven conmigo, tienes que ver esta vista.

—De acuerdo.

Eran unos escalones pequeños y retráctiles que conducían a una claraboya, que el empleado abrió amablemente.

—El honor es tuyo, amigo —dijo.

En cuanto Frank llegó al tejado, la escotilla se cerró de golpe tras él. Abajo, se oían susurros y risas.

—¿Bonita vista, eh? —preguntaron algunas voces de los empleados.

La vista no era bonita. Frank podía ver otros tejados y árboles desnudos que extendían tristemente sus ramas. Trapos se secaban en tendederos flojos. Un jardín en la parte trasera mostraba su montaña de basura entre restos de árboles resbaladizos. El lado del tejado que daba a la calle dejaba ver el murmullo del tráfico, descargado por un semáforo en verde.

Frank esperó durante largos minutos. La claraboya permaneció cerrada. Caía una llovizna helada. Se agachó para oír mejor y captó la suave risa de Ravena. La de ella también.

Enojado, estaba furioso, pero la ira por sí sola no rompería su trampa. Se alejó de la trampilla hasta el borde del tejado, donde el vértigo lo detuvo. Las risas bajo la claraboya lo incitaban. Saltó al siguiente tejado, sobre un abismo estrecho pero profundo. Sus lisas suelas de cuero resbalaron y casi se cae hacia atrás, pero cortando el aire con los brazos como un molino de viento, logró mantener el equilibrio. Impulsó sus temblorosas piernas poco a poco hacia el borde del siguiente tejado. Siete pisos más abajo, un jardín trasero lleno de basura se apoyaba contra una valla destartalada. Debajo del canalón, cerca de sus pies, una ventana había quedado abierta. Si él… pero no, no podía aceptar el desafío. ¿Imaginárselo balanceándose de un lado a otro, aferrándose al canalón que sobresalía, una, tal vez dos veces, intentando ganar impulso para impulsarse, contra su voluntad, hacia afuera por la ventana? ¿Y si la canaleta cediera y lo dejara caer treinta metros más abajo, entre cajas podridas y cuadros de bicicleta oxidados?

¿Entonces, volver a la claraboya, gimiendo de rodillas, suplicando piedad a los amables empleados?

Jamás.

Destellos de furia naranja brillante recorrieron el cerebro de Frank y consumieron la mayor parte de su miedo. Estaba colgando de la canaleta, tras una parada agachado y cauteloso que, al haber empezado a resbalar de nuevo, lo llevó más rápido de lo que se habría atrevido hacia el borde. Hasta ahora, todo bien. Sus dedos se hundieron en el contenido viscoso de la canaleta antes de encontrar un agarre. Hojas tiznadas en una mezcla de excremento de pájaro. Hasta ahora, todo bien. Y ahora, el momento culminante: balancearse como Tarzán. La tensión le dibujó una sonrisa en el rostro. Lástima que hubiera olvidado el grito de guerra del hombre mono. Pero podía inventar el suyo propio. ¿Yuuuaay-uuuuh? ¡Allá vamos! ¡A la de UNA! ¡A la de DOS!

A la cuenta de tres, soltó la canaleta, salió disparado por la ventana y sus pies se dirigieron al suelo, donde aterrizaron. La habitación tenía una cama, una cómoda y un lavabo. No había rastro de nadie. ¿Una habitación de pensión, esperando al próximo huésped? Frank resbaló en el linóleo desgastado, aminoró el paso para adoptar un andar despreocupado, se alejó con la mano en el bolsillo del pantalón, abrió una puerta, caminó por un pasillo y bajó una estrecha escalera. Vivía allí y salía a dar un paseo. Si se encontraba con alguien, decía: «Hola, ¿cómo estás?», con un toque de reserva pero con suficiente calidez, sin detenerse.

Mientras descendía de piso en piso, no se encontró con nadie. La puerta que daba a la calle se abrió sin dificultad. Afuera, regresó a la oficina.

Allí estaban todos, el ejército entero, infantes y mujeres, esperando con júbilo las súplicas de Frank, que venían desde arriba, para que abrieran la claraboya, esperando la rendición de Frankie.

Frank se mezcló en silencio con la multitud que reía, se colocó junto a Ravena y le tomó la mano. Ella lo miró, con sus ojos oscuros brillando.

—¡Tú! ¿Dónde has estado?

—He volado.

Nunca volvería a contar nada sobre su hazaña, ni siquiera a la princesa Dayak Ravena, ni siquiera a la Jane de su jungla privada.

Ravena a menudo le hacía preguntas sobre el milagro cuando él yacía a su lado en la gran cama de su apartamento, que ella había abierto para él tras la derrota de los empleados. Se quedó con ella hasta que el padre de Betty-Baby lo envió por un tiempo con sus socios en París para que aprendiera los entresijos del oficio. Mientras Frank estaba fuera, el padre de Betty-Baby vendió el edificio y trasladó la empresa a unas instalaciones modernas.

También se deshizo de Ravena. Ella le escribió a Frank en París, mencionando a otro amante, un hombre con un barco que podría llevarla muy lejos a menos que Frank regresara de inmediato para llevarla aún más lejos. Él no regresó de inmediato, y cuando finalmente lo hizo, el padre de Betty-Baby lo nombró príncipe heredero.

Le llegaron rumores de que Ravena había sido abandonada en algún lugar del barco y había regresado a Ámsterdam, pero Frank nunca la volvió a ver. En cambio, vio a la sonrosada Betty-Baby, con sus hoyuelos, quien le compró el apartamento. Pasaron los años. No había razón para rebuscar en los callejones de su pasado.

Hasta hoy.

Frank examinó la guía telefónica. No aparecía Ravena Simons. Sam Simons... ¿podría ser el hermano de Ravena? Marcó el número.

—Frank Nullish —anunció Frank—. ¿Te acuerdas de mí, Sam? Salía con tu hermana.

—Claro —dijo Sam—. Ahora eres rico, Frank.

Frank asintió.

—¿Qué? —preguntó Sam.

—Sí.

—Yo soy pobre.

Sam le dio el número.

La voz de Ravena era profunda y vibrante.

—Frank Nullish al habla, Ravena. El silencio fue profundo y vibrante.

—¿Te acuerdas de mí, Ravena?

—Sí, me acuerdo de ti, Frank.

—¿Qué tal estás?

—Bueno... —dijo ella—. Bien, supongo.

—Bien —dijo Frank—. ¿Vienes a verme? ¿Ahora? ¿Aquí?

Le dio la dirección del bar. Ella respondió que necesitaba media hora. Frank sumergió el décimo Negro Belga en el quinto bourbon e inhaló la nicotina alcohólica. Entró Ravena. Llevaba un traje rojizo anaranjado, y su cabello suelto le cubría casi todo el rostro. Lo que vio de su piel estaba arrugado. Debía tener cuarenta y tres años. La mano que se cerró sobre la suya parecía una garra, la garra de un ave del paraíso.

¿Y qué? Esta vieja Ravena. Yo, el viejo Tarzán. Tú, la vieja Jane.

Una mujer deslumbrante. Una exótica madura. Lo harían de nuevo, construirían una glorieta en un banano, atenuarían las luces, rociarían perfume. Llevarían un mono.

A Edmond le temblaba la barbilla.

—¿Qué desea beber la encantadora dama?

Ravena pidió un whisky.

Las manos regordetas de Edmond manejaron la botella cuadrada y negra con facilidad y despreocupación.

—Qué amable por tu parte haberme llamado —dijo Ravena.

Necesitó más whisky para poder continuar. Le contó a Frank que tenía una hija que se había ido de casa y estaba pasando apuros, que no tenía marido, aparte del tío Joe. No vivía lejos. Esperaba que el tío Joe no la hubiera seguido.

—¿Hay un anciano mirando hacia dentro? —preguntó Frank a Edmond.

Edmond asintió.

—Le tiembla la cabeza.

—Parkinson —explicó Ravena.

—Muy viejo —añadió Edmond.

—Ochenta años —precisó Ravena—. Se preocupa cuando no estoy.

—En mangas de camisa —dijo Edmond—. Debería llevar chaqueta.

Ravena se disculpó y se marchó. Frank la vio regañando a un viejo desaliñado, despidiéndolo. La cabeza calva del tío Joe brillaba como la luna. Con poco entusiasmo, balanceaba los brazos con fuerza…

Regresó al poco rato.

—Travieso tío Joe. Ya lo acosté. Mejor que se quede ahí.

Miró su vaso vacío, que se estaba llenando. La garra del ave del paraíso rozó el brazo de Frank.

—¿Y tú, tienes hijos?

—Me casé con Betty-Baby —dijo Frank—. No tenemos hijos. No funciona. Está enferma todo el tiempo.

—¿Es ella la dueña de la empresa?

—Está a su nombre.

Ravena asintió.

—¿Así que todo lo que tienes le pertenece a Betty-Baby?

Él asintió también.

—En cierta medida, en cierta medida, pero estoy empezando de cero.

Le tocó el hombro a Ravena de una manera muy significativa.

—Te llamé, ¿sabes? ¿Podemos ir a algún sitio?

—El tío Joe se preocupará. Es mejor por la mañana. Duerme hasta tarde. Tenemos un apartamento grande.

—¿El apartamento del tío Joe? —preguntó Frank.

Un destello dorado apareció en los dientes de Ravena.

—En cierta medida, en cierta medida. —Levantó la vista—. Hay un hotel al lado. Pero mañana sería mejor.

Frank le pagó de más a Edmond. Afuera, él y Ravena tropezaron con los adoquines mientras caminaban hacia el Volvo.

Frank empezó con cautela, consciente de la posible presencia de la policía y del tío Joe en el retrovisor.

—¿Por dónde está el hotel?

—Por el otro lado.

Miró por encima del hombro.

—¡Maldita sea, ha vuelto! Detente.

El tío Joe tenía la cara pegada a la ventanilla de Ravena, con la boca moviéndose como un pez a punto de morir en el fondo de un barco.

—Ravena, ¿adónde vas? —preguntó el cabeza de pez.

—Tengo que ir con él —le dijo Ravena a Frank—. Llámame mañana por la mañana, ya veremos qué hacemos…

—¿No? —preguntó Edmond cuando Frank volvió a sentarse—. ¿Una última copa? Cerramos pronto.

La botella oscura cumplió su cometido.

—¿Estás seguro de que te gusta esta señora? —preguntó Edmond—. Ya la he visto antes. Acabé conociéndola, por así decirlo.

—¿La has probado? —preguntó Frank—. ¿Una mañana, con el tío Joe todavía machacándolas?

Edmond guiñó un ojo.

—Vamos, señor, vamos.

Frank se quedó junto al Volvo. Un coche patrulla se detuvo.

—¿No estará pensando en conducir, verdad? —susurró el altavoz del coche patrulla.

Frank cruzó el andén de nuevo, abrió tímidamente la puerta del edificio que daba a los apartamentos. Obviamente, la puerta estaría cerrada, pero no lo estaba. Subió los siete pisos, llegó a la claraboya, bajó las escaleras, las volvió a subir, empujó y salió a la azotea. El tejado seguía siendo viejo, con una capa de alquitrán desconchada que dejaba ver chapa destartalada y canalones mohosos.

Frank estaba feliz. Había vuelto, había llegado a su punto de partida. Saltaría al tejado vecino, se deslizaría, se agacharía y volvería a ser un héroe. Hundía los dedos en el jugoso contenido de la alcantarilla podrida, se dejaba caer, arrojaba su cuerpo rejuvenecido a la cama bien hecha de la habitación de la pensión de abajo, la cama de Ravena, y volaban juntos en alas de aves del paraíso, lejos del campo de batalla donde los cadáveres de empleados patéticos apestaban lamentablemente.

A la de una. A la de dos…

La alcantarilla cedió.

—¡Yuu-aayuuuuh!

—¿Podemos llevárnoslo ya, sargento? —preguntó uno de los enfermeros al corpulento inspector de policía. No tenemos toda la noche.

—Espere —dijo el inspector más joven, el del espeso bigote—. Espere, Grijpstra, dígame otra vez por qué es inútil continuar nuestra investigación sobre el cuerpo y la escena. Sé que ya me lo dijo, pero estabas comiendo tu hamburguesa.

Miró fijamente a los asistentes médicos.

—Esperen un momento, ¿de acuerdo?

—Sargento De Gier —dijo el suboficial Grijpstra—, usted estaba allí arriba. Hay huellas en el techo, solo de la víctima. El sujeto saltó solo. ¿Accidente? Los accidentes son una cosa. ¿Suicidio? Los suicidios son otra.

—Las huellas indican que el sujeto estaba colgado de la canaleta con las manos —dijo el sargento De Gier—. Dado que rompió el cristal de la ventana al balancearse, puedo suponer que intentaba saltar a la habitación de abajo. Podría ser un ladrón y un violador. Puede que esté en nuestros archivos, y ahora podemos eliminarlo de nuestra lista.

—Revisaste la cartera del sujeto —dijo el suboficial Grijpstra—. Tarjetas bancarias, dinero en efectivo, una licencia de conducir válida, documentos que coinciden con el Volvo estacionado al borde del muelle. Una foto de una mujer corpulenta. Un reloj de oro de Boucheron. Un traje de Leyden House. Las tarjetas de presentación del sujeto indican que es el director ejecutivo de una empresa que fabrica agujas para bordar. Conozco el nombre de esa empresa. Mi madre y mi ex-esposa usan esas agujas. Son de buena calidad. ¿Aún cree que podría ser sospechoso?

—Había una mujer en el apartamento al que el sujeto no entró porque se rompió la canaleta de la que colgaba —dijo De Gier—. Intentó entrar en la habitación de la mujer con malas intenciones, tal vez. Ella lo vio venir y lo empujó hacia afuera.

—La legítima defensa es más o menos aceptable —dijo Grijpstra. «Pero esto no fue legítima defensa. ¿Por qué no? Porque eso es lo que afirma la mujer. Ella estaba dormida en otra habitación, oyó el cristal romperse, oyó a alguien gritar *«¡aa-yuuuuh!»*, abrió la ventana rota, miró hacia abajo, vio el cuerpo y nos llamó. La llevamos a ver el cuerpo. Ella insiste en que nunca antes había visto al hombre.

—¿Mintió? —preguntó De Gier.

—Las mujeres feas no tienen motivos para mentir —intervino el segundo enfermero.

El sargento reflexionó un momento.

—Sí. Entonces, ¿por qué este hombre apuesto, bien vestido y aún bastante joven, dueño de un respetable negocio de agujas de bordar, provocó un accidente fatal?

—¿A quién le importa? —preguntó Grijpstra—. Los accidentes mortales, vale.

Los sensibles ojos marrones de De Gier brillaron suplicantes. Su bigote se curvó en una leve protesta. Sus dientes perfectos revelaron una modesta sonrisa.

—Sí me importa —dijo.

—Por favor —suplicó el sargento Grijpstra—. El hombre tiene cuarenta y tantos años. Vive cómodamente. Lleva años fabricando y vendiendo agujas de bordar. Piensa seguir vendiendo aún más agujas de bordar durante muchos años más. ¿Pero por qué? Ya tiene un Volvo y un reloj Boucheron. Está empezando a cuestionar sus esfuerzos, el rumbo de su vida, quizás incluso su destino. Un día vuelve a casa, pero no vuelve. Viene aquí. Bebe para recuperar el valor. Lo pierde. Los acontecimientos le sacuden con fuerza. Le preguntaremos al camarero mañana. Lo que diga tal vez no importe mucho, quizás.

—Edmond —dijo el primer médico. —Edmond La Grasa, pero no le llames La Grasa o te dará una paliza. Vinimos aquí buscando sujetos que hubieran sido golpeados gravemente.

—¿Qué dirá La Grasa, quizá no tenga mucha importancia? —preguntó De Gier.

El ayudante Grijpstra se encogió de hombros.

—Que el sujeto se emborrachó, que conoció a una mujer, que tal vez no funcionó. Que tal vez bebió de más, que tal vez era atlético en el pasado, que tal vez iba a demostrarse a sí mismo que todavía lo era.

—Ese «aayuuuuuh» que oyó la mujer fue tal vez el grito de despedida de Tarzán —sugirió el enfermero—. Yo también quería ser Tarzán. Tal vez todavía lo quiero ser.

—No bebas —le aconsejó Grijpstra—. La liana de la que te balanceas podría romperse.

—Solo bebo cerveza —respondió el enfermero.

—¿Qué marca? —preguntó De Gier.

El médico sonrió con complicidad.

—No existe la cerveza mala.

—¿Y bien? —preguntó De Gier a Grijpstra.

—Bueno —dijo Grijpstra—, el señor Frank Nullish, casado con la rubia insípida que guarda en su cartera, se ha metido en un lío que le recordó que una vez fue Tarzán, balanceándose felizmente de una liana en la jungla de Ámsterdam. Le está volviendo la memoria, sargento. Mire esto.

Grijpstra estiró los brazos hacia un cielo vacío e indiferente y levantó una pierna enorme.

—A la de *uno*.

El primer médico auxiliar asintió a su compañero. Cada uno se agarró a su extremo de la camilla.

Grijpstra estiró los brazos aún más hacia el cielo vacío e indiferente y levantó una pierna enorme.

—A la de *dos*.

Los auxiliares levantaron la camilla. Hubo un momento de respetuoso silencio, luego la camilla se deslizó dentro de la ambulancia mientras el suboficial, el sargento, el paramédico número uno y el paramédico número dos gritaban con tristeza:

—A la de *tres*.

El ángel de la reina

Ella se aproximó al señor sentado en un banco desgastado por el tiempo en la Isla de los Príncipes, un antiguo suburbio en la orilla sur del río, parte de la ciudad de Ámsterdam. La mujer de rojo se sentó junto al anciano. Ella dijo:

—Es usted un buen hombre, señor.

—¿De verdad? —preguntó el jefe de policía de Ámsterdam.

Un dedo gélido rozó su mano.

—Sí.

Había estado observando a una pareja de ánades reales en pleno cortejo, un poco más adelante en el canal. Se rodeaban, la hembra abriendo el camino y danzando sobre el agua; ahora inclinaban la cabeza y se saludaban. Se preguntó si él también debía inclinar la cabeza y saludar.

Pensó que era atractiva: piernas largas, un cuerpo firme, el discreto y caro vestido rojo. Su rostro podría haberse sometido a alguna cirugía estética, y podría tener unos cuarenta años. Su maquillaje sencillo y efectivo resaltaba sus ojos grandes, brillantes y encantadores, sus labios carnosos y húmedos, y sus pómulos altos. Tenía orejas pequeñas, puntiagudas y delicadas que contrastaban con su cabello corto y oscuro. Era delgada.

—Te ves impecable.

Lo estaba. Su traje de shantung y algodón, ligeramente desgastado, estaba confeccionado para vestir con elegancia su esbelta figura. El nuevo sombrero de paja protegía sus inteligentes ojos azul pálido. Tenía una nariz recta enmarcada por unas grandes gafas con montura dorada. Sus delicadas manos descansaban sobre el mango dorado de su delgado bastón de bambú.

—Dígame qué la trae por aquí, querida —preguntó el jefe de policía con firmeza.

—¿Me toma por una prostituta? —preguntó la mujer.

—¿Lo es?

Ella negó con la cabeza.

—¿Cree que estoy pidiendo limosna? ¿Para pagar drogas, quizás?

Él la examinó a los ojos.

—No, no lo creo.

—¿Le molesto? —preguntó la mujer de rojo—. Puedo irme.

Una voz sofisticada, pensó el jefe de policía. ¿Un acento académico? Su manera de ser le recordaba a parientes que habían estudiado en la Universidad de Leiden, una institución muy exclusiva. Y parecía segura de sí misma. ¿Alguien con una carrera exitosa en una profesión liberal? ¿Una abogada? No, él veía abogados todos los días. Los abogados la traen de vuelta. Esta mujer parecía amable e introvertida a pesar de su actitud momentáneamente despreocupada.

—¿Doctora? —preguntó.

Ella rió.

—Exacto.

Se fijó en un anillo de diamantes, un reloj de oro, el vestido nuevo, bien cortado; los zapatos, la bufanda, el bolso, todo a juego. El conjunto parecía evocar a las bellas modelos profesionales de las revistas que su esposa dejaba deliberadamente sobre las mesas de centro.

—¿Ejerce? —preguntó.

—Hace ya unos años que no.

Notó que su voz, invariablemente fría y a la defensiva, contrastaba con su manera directa y encantadora. Su modo de observar era el de la policía, obviamente: siempre centrado en las contradicciones. El punk al volante de un Rolls-Royce, el caballero discretamente vestido que tropezaba, borracho, por el peor callejón de la ciudad, la mujer tímida y encantadora. El punk robó el coche. El hombre está a punto de dispararle a una prostituta que lo está chantajeando. ¿Qué hace esa mujer tímida y cautivadora?

Se puso de pie, se quitó el sombrero, se presentó, dijo que estaba encantado de conocerla y le tendió la mano.

—Marion —dijo ella, estrechándosela.

Él volvió a sentarse a su lado.

—¿Marion qué?

—¿Puedo permanecer en el anonimato de momento?—preguntó ella—. ¿Le importaría, comisario? ¿Hasta que le conozca un poco mejor?

Seguramente había visto su rostro en la prensa, pensó. Lo habían mencionado, una vez más: un caso complicado, uno que ni siquiera había resuelto. El sargento de Gier había hecho el trabajo, pero a los periodistas les gustaba publicar la foto del comisario: el anciano sabio, según el periódico.

—¿En qué puedo ayudarle, doctora Marion? —se oyó preguntar.

¿Permitiría un anciano sabio que interrumpieran sus meditaciones en el banco desgastado por el tiempo en la Isla del Príncipe? Le gustaba venir aquí a reflexionar sobre la relatividad de las cosas. A contemplar fijamente las aguas onduladas del río. «Reflexiones sobre el Océano de la Ilusión». Había leído esas palabras en alguna parte.

Era cierto: cuanto mayor se hacía, menos reales le parecían las cosas.

—Tengo algo que preguntarle —dijo la señora.

El síndrome del gurú, pensó el comisario. La señora quería información gratuita desede lo alto. ¿Por qué preguntarme a mí?, pensó. ¿Qué creía que sabía? No era más que otro ignorante, arrastrado por milagros, trasteando con enigmas, pero ¿quién se atrevería a admitir eso en el periódico matutino? Un anciano sabio.

—Vivo con la muerte —declaró Marion.

«Como todos nosotros», reflexionó el comisario, pero no lo dijo.

—Todo con lo que vivo muere —añadió Marion.

Notó que su voz era ronca y sin vida, como si un viento seco soplara a través de una frágil máscara: su rostro. Los dedos que rozaron su muñeca estaban fríos. Su sonrisa era fría.

Él se estremeció. Ella retiró la mano.

—Tengo baja temperatura corporal, comisario. Siempre he tenido este problema. Ya me acostumbré.

Vio que la piel tensa de su rostro no era resultado de una cirugía estética. Marion era una calavera viviente. Sus ojos ya no parecían misteriosamente seductores, sino huecos, vacíos.

—Lo siento —dijo cuando él volvió a estremecerse.

—¿Quién murió? —preguntó—. ¿Con quién vivías y quién ha muerto?

El proceso había comenzado lentamente, explicó. Primero, su casa empezó a marchitarse. Siempre le había encantado cultivar plantas. Cultivaba palmeras en miniatura y grandes helechos en un solárium en el porche trasero. Geranios premiados adornaban las ventanas. Y entonces todas sus plantas murieron.

—¿Por una enfermedad? —preguntó el comisario.

—Sí —respondió Marion—.

Pero las enfermedades de las plantas se pueden curar. Había lavado las palmeras, quitado el polvo de los helechos y podado los geranios. De todos modos, todo se marchitó.

Peabody también murió. Peabody era el perro, un pequeño y adorable mestizo. Tenía cáncer.

—¿Era viejo?

—Solo tenía cinco años.

Albertine, la gata siamesa, había muerto después.

Marion había ido a la perrera a buscar un cachorro y un gatito; algún virus desconocido los había infectado y nunca crecieron. Había empezado a montar a caballo en el Bosque de Ámsterdam. Todos los caballos que montaba enfermaban. El centro hípico le había retirado la membresía. Se compró un caballo. Kaiser también murió.

—¿De qué?

—Una bala en la cabeza. Tenía una extremidad rota.

El comisario permaneció sentado sin decir nada.

—¿Mala suerte? —preguntó Marion.

Él respondió que esa era su interpretación. Le contó la historia del tío de su esposa y el bombardeo de Róterdam, durante la Segunda Guerra Mundial. Aviones trimotores alemanes Junkers bombardearon la ciudad abierta cuando esta se negó a rendirse ante los comandos de las SS que habían entrado clandestinamente en barcazas. Cuando los marines holandeses repelieron al enemigo, los Junkers incendiaron la ciudad. El tío había ido en coche a la ciudad para intentar salvar la valiosa mercancía de su tienda. El almacén se incendió. Mientras el tío veía cómo su fortuna, sin seguro, se consumía en llamas, unos fugitivos robaron su coche. El tío volvió a casa y encontró su casa devastada; ni su esposa ni sus hijos estaban allí. Al tío siempre le había molestado que se rompieran los cordones de los zapatos. En ese momento, un cordón se había roto. El tío se había reído, reído y reído.

—¿El cordón roto le trajo buena suerte? —preguntó Marion.

El comisario no sabía cómo analizar el suceso, pero el tío, sin nada que perder, se había convertido en un luchador de la resistencia cubierto de medallas. Se había vuelto a casar, había abierto un nuevo negocio y nunca más se había preocupado por casi nada.

—¿Libre para siempre? —preguntó Marion.

El comisario frunció sus finos labios.

—No exageremos, querida.

—Mi historia podría ser diferente.

Unos labios helados rozaron la mejilla del comisario, y este se encontró solo, observando a los patos.

—Aún no ha terminado —le aseguró su esposa mientras él describía la escena de aquella noche, con un dejo de culpa en la voz, mientras le rozaba suavemente los pies bajo el edredón; un contacto íntimo que él disfrutaba.

—¿Quieres volver a ver a la dama de rojo?

—En realidad no, Katrien.

—Entonces no vuelvas a la Isla del Príncipe.

Y así lo hizo el comisario para complacer a Katrien. No creía que a sus sesenta y cuatro años, aquejado en sus peores días por el reumatismo en las caderas, con sus dientes de plástico y su tos a veces dolorosa —ya no fumaba, pero el tejido pulmonar quemado tarda en regenerarse— representara ningún desafío.

Siempre quería meditar sobre el océano de la ilusión durante sus días libres, así que alquilaba una barca en el Amstel.

Marion apareció en el muelle.

—¿Le importa si le acompaño?

—Por supuesto.

Tenía unas piernas elegantes. La falda roja corta no era precisamente para navegar.

—Debería tocar la guitarra —comentó Marion.

—Podría cantar.

El comisario cantó «My Funny Valentine».

—La versión de Chet Baker —dijo Marion—. "Tenía el disco, pero se rayó en las fiestas." (Le acarició la rodilla.) Eres muy valiente, ¿verdad? Pensé que esa nota sostenida se iba a romper antes de que pudieras terminarla." (Sonrió.) "Eso es todo, pero no hace falta nada más."

—Miles Davis a veces toca así.

Sonrió.

—Debes saber mucho de jazz.

—Dos de mis compañeros lo tocan. El suboficial Grijpstra a la batería y el sargento de Gier a la flauta. Me están animando a unirme a ellos.

Miró las ondas levantadas por la brisa.

—¿Llevas mucho tiempo cantando?

—Solía cantar de niño. Y luego, durante mucho tiempo, fui demasiado tímido. Me alegro de haberlo retomado gracias a mis compañeros. (Remaba con fuerza, sintiéndose vigoroso por una vez.) Cantar jazz puede llevarte lejos.

—¿Hasta dónde?

—¿Hasta el final? —preguntó él.

Ella soltó una carcajada.

Él dirigió la barca hacia una cala. El sol aún calentaba. Las carpas rayadas realizaban su ritual de cortejo, agitando sus aletas caudales. Una garza, con su cuerpo robusto, marrón y amarillo, perfectamente oculto entre las sombras de los juncos que se mecían, las sobresaltó con resonantes llamadas de alarma, como repentinos redobles de tambor.

—Grijpstra explota así a veces —dijo el comisario—, y luego vuelve al borde de su caja y asesta pequeños golpes secos: el crujido de la sutileza que vuelve loco al oyente. (Sonrió). Es la sutileza lo que le da autenticidad al jazz.

Había traído un termo lleno de café muy fuerte y una bolsa de galletas de jengibre. Ella bebió con él de su taza de plata.

Empezó a sentir frío y comenzó a roer sus viejos huesos.

—Queridos viejos huesos. (Marion sonrió.) Quizás no deberíamos encontrarnos así. La próxima vez, almorzaremos juntos.

Ella le habló sobre un padre divorciado al que apenas conocía, pero con quien se había topado por casualidad en París. Él la había invitado a almorzar y habían comido lenguado frito en un pequeño restaurante con vistas al Sena.

—Fue la única vez que estuvimos cerca.

—¿Soy una figura paternal para ti?

—¿Qué si no? (Volvió a reír, con esa risita gélida.) Pero no eres mi padre.

—Me gustaría recibir algún consejo paternal —dijo Marion mientras la barca entraba en el puerto deportivo donde se alquilaban barcos.

—Un anciano solo sirve para eso —respondió el comisario en tono de broma.

Ella no reaccionó. Él notó una vez más que su máscara estaba congelada.

—Hasta las malas hierbas de mi jardín se están muriendo. ¿Crees que es por algo que hice?

—¿Qué hiciste? —preguntó el comisario.

Ella esperó hasta que, una vez que la barca estuvo amarrada en el muelle, él la ayudó a bajar.

—Sabes que soy doctora —dijo, apoyándose con una mano en el hombro del comisario mientras subía al muelle—. Los médicos curan a la gente. Pero yo maté a mi marido.

El viento arrastró la lancha del comisario río abajo por el Amstel. Para cuando la recuperó, el coche de Marion ya estaba arrancando.

—Un diagnóstico erróneo, tal vez —le dijo el comisario a su esposa—. Los médicos no pueden evitar cometer errores trágicos de vez en cuando. ¿Te acuerdas de tu primo Jasper?

—Jasper —dijo Katrien—, era solo un estudiante, y el profesor a cargo del departamento estaba enfermo cuando trajeron a la niña.

—La niña murió —dijo el comisario—, por el trágico error de Jasper.

—Jasper vive ahora en el campo —dijo Katrien—, cultiva tomates como pasatiempo. También tiene cabras sanas. Manten las distancias con esta asesina.

—Pero, Katrien…

Marion y el comisario estaban comiendo lenguado frito en un restaurante cerca del Concertgebouw; él la había invitado por teléfono.

—¿Cómo me encontró? —preguntó Marion.

No se lo dijo, pero fue muy sencillo. Gracias al sargento de Gier. Las pistas eran pocas, pero claras: una mujer de unos cuarenta años llamada Marion, licenciada en medicina por Leiden, que conducía un Ferrari rojo.

—¿Cómo me encontraste cuando alquilaba la barca? —preguntó el comisario.

Por casualidad. De hecho, le había visto. El encuentro en la Isla del Príncipe también fue casual. Sabía cómo era él por las fotos que habían publicado, y se le había acercado instintivamente.

—¿Habría retomado el contacto conmigo? —preguntó él.

Ella respondió que sí; incluso el enorme árbol frente a su casa se había secado.

—¿Estoy matando al pueblo?

El lenguado a la molinera, servido entero, más grande que la gran bandeja de plata en la que lo habían traído, estaba excelente, crujiente por fuera y tierno por dentro. Las patatas pequeñas estaban deliciosamente desmenuzables. La ensalada de endivias belga estaba fresca y esponjosa. Marion seguía llevando un vestido rojo, no el mismo de la segunda vez, ni el mismo de la primera vez. El rojo le sentaba muy bien.

—¿Así que mataste a tu marido? —preguntó el comisario en tono informal. ¿Cómo lo hiciste?

—Agravé una condición psicosomática. Paul creía que tenía un problema cardíaco. Su ansiedad le provocaba palpitaciones. Le receté medicamentos que le causaron la muerte por esas palpitaciones.

—¿Por qué querías que muriera?

—Quería su dinero y a su brillante amigo, el Sucio Sam.

—Dame la definición de "sucio".

—¿Crees —preguntó Marion— que tiene importancia?

—¿Esa era la opinión de Sam?

—¿Y la *suya*? —preguntó con frialdad.

—Creo que la experiencia de la creación es fortuita —respondió el comisario—, pero en cualquier caso, encuentro fascinantes las vicisitudes de la evolución, quizás por su naturaleza caótica.

Ella suspiró.

—Sam era de la misma opinión. Todo le parecía absurdamente fascinante, yo incluida. Creí estar de acuerdo. Quería demostrar mi perspicacia, sorprenderlo. En aquel entonces leíamos a Sartre. Sam me juró que éramos libres.

—*Eres* libre —dijo el comisario.

—Preferiría no serlo —dijo Marion.

—Y nada importa —añadió el comisario—. Pero quizás la cosa va más allá. (Se hurgó la suela del zapato). ¿Fue idea de Sam que mataras a tu rico marido?

—No. Afirmaba que le era imposible, por una especie de inhibición condicionada, acostarse con la esposa de un amigo, así que eliminé a su amigo. (Se frotó las mejillas tensas). ¿No le parece una estupidez ahora?

—¿Es como el encuentro con tu padre en París? —preguntó el comisario.

—No. (Dejó el tenedor). No esperaba nada de él entonces. Nos encontramos por casualidad y compartimos aquel delicioso almuerzo.

—¿Qué esperas de mí? —preguntó el comisario.

—Quiero que dejen de morir cosas a mi alrededor. Su tono era tenso.

—¿Cuándo ocurrió este asesinato?

—*Sucedió*, eso es todo. Todo sucede. Nosotros existimos. Nada está planeado. Sucedió que la vida comenzó hace cuatro mil millones de años y que finalmente llegamos con ella, y sucedió que yo maté a Paul. Eso es lo que pensé en ese momento; no sé qué pienso ahora.

Él quería pedir un pastel de durazno Melba o una mousse de chocolate, tal vez, algún capricho para reemplazar la nicotina; era el día en que podía permitirse un postre. Ella solo quería café. Él tomó un sorbo mientras la observaba fumar.

—¿Fumas mucho?

—Rara vez. (Ella rió). No tengo malos hábitos. Simplemente maté a mi esposo.

Rebuscó en su bolso y sacó una fotografía ampliada. Mostraba un cadáver masculino sonriente tendido sobre una alfombra oriental. Llevaba un esmoquin. En su mano derecha sostenía un mensaje. Unas palabras escritas a lápiz decían: "Adiós, mi amor", firmadas con la huella de unos labios rojos. Un pie femenino con un zapato de tacón rojo descansaba sobre el pecho del cadáver. Una pierna larga. El dobladillo de una falda roja.

—Ah —dijo el comisario. ¿Paul? ¿Después del infarto? Parece bastante encantador.

—Aburrido —dijo ella—. Repetitivo. Paul bebía como un cosaco.

—¿*Su* pierna?

—Sí.

—¿Su mensaje, su letra, la huella de pintalabios de su boca?

—Sí, sí —dijo con impaciencia—. ¡Sí!

—¿Quién tomó la fotografía?

—Tenía la cámara con temporizador, con el botón en automático.

—Soy policía —dijo el comisario—. Usted se me acercó dos veces. Por voluntad propia. Hizo un esfuerzo. Logró despertar mi curiosidad. Podría ir tras usted ahora. ¿Sabe lo que está haciendo?

—¿Cree que me voy a rendir? La foto es una prueba.

—¿Cuándo ocurrió esto? —preguntó el comisario.

Ella sonrió con tristeza.

—Hace quince años. El plazo de prescripción para un arresto es de dieciséis años. Aún puede arrestarme. Tomé esta foto para impresionar a Sam el Sucio. Lo cual agrava mi delito. ¿No es un caso interesante?

El comisario jugueteó con su servilleta.

—Ha investigado un poco, pero ¿ha examinado lo que me está mostrando aquí? Confesiones extrañas respaldadas solo por pruebas indirectas. ¿No hubo autopsia?

Ella negó con la cabeza.

—Llamé a una colega. Diagnosticó problemas cardíacos. Muerte natural.

—¿Ningún testigo? —preguntó el comisario, mostrando la foto—. ¿Lo vio todo el sucio Sam?

—No.

—¿Iban usted y Paul a una fiesta?

—A un concierto.

El comisario se quedó pensativo.

—Pffff.

—La evidencia podría ser suficiente. Mi letra, mi pierna…

—No —le aseguró el comisario—. No me haré cargo de este caso. (Le entregó la foto). Ni el fiscal. Ni el juez. Esta foto podría ser una broma, tomada mucho antes de la muerte de su esposo, como señalaría su abogado. Su confesión podría ser histérica. (Agitó la servilleta). Este país tiene raíces calvinistas; todos estamos obsesionados con la culpa.

—Yo lo estoy ahora. Lo estaba entonces. Sam ni siquiera era sucio.

—¿Qué le pasó?

—Al débil Sam tampoco le gustaba que todo muriera a mi alrededor, y luego él también murió, por su adicción a la heroína. Se cayó de un tranvía.

—¿No fuiste tú quien organizó eso?

—No. (La sonrisa fría reapareció.) Yo pagaba el tratamiento. Se escapó de la clínica.

El comisario ayudó a Marion a ponerse el abrigo.

—Sé lo que hago —le aseguró ella mientras él la acompañaba hacia el Ferrari—. Usted es un oficial de policía de muy alto rango, al servicio de sus conciudadanos, pero también de la reina. La reina es la corona. La corona es el intermediario mágico a través del cual los ciudadanos alcanzan la divinidad. El simbolismo es claro. Para una petición de clemencia, debo ver al ángel de la reina…

El domingo por la mañana, el comisario caminó hasta la casa de Marion. Le dolían las caderas de nuevo; no podía dormir. Eran las cinco de la mañana. Los pájaros cantaban y el sol de verano proyectaba una luz naranja pálida sobre las estrechas calles. Marion Janssen, médica, según le había informado el sargento de Gier, vivía en una casa alta con un hastial gris plateado en el Canal de los Caballeros, una dirección muy elegante en el corazón del casco antiguo. Era viuda. Paul Janssen era el heredero de una prestigiosa marca de galletas. Su muerte la había enriquecido. Y quizás la había perturbado, pensó el comisario.

El comisario lamentó que algo así le hubiera vuelto a suceder. Debería haberse negado. ¿Por qué iba a permitir que una conciudadana con problemas mentales lo molestara?

¿Era como el profesor universitario alemán al que la bailarina exótica Marlene Dietrich transforma en un tonto despreciable en la película *El ángel azul*, que tenía en vídeo, un drama de autodestrucción que a veces veía mientras tomaba una taza de chocolate caliente cuando Katrien salía?

¿Quería consumirse por una bruja?

¿Estaba atrapado en otra historia absurda?

Y entonces, en el muelle desierto, bajo la tenue luz de un domingo de principios de verano, el único habitante en la calle en una ciudad aún deshumanizada, vio el árbol muerto.

Había muchos árboles a lo largo del Canal de los Caballeros, plantados a intervalos regulares: majestuosos olmos que extendían sus ramas, cada uno cargado de un millón de hojas, pero solo el árbol de Marion estaba muerto. Su imponente esqueleto lo llamaba con una expresión desoladora, frente a una casa enfermiza. El comisario examinó los alféizares agrietados y las puertas del sótano, recién pintadas pero ya desconchadas. La enorme aldaba de cobre estaba opaca. Los escalones de granito estaban agrietados. La casa de seis pisos parecía inclinarse peligrosamente hacia adelante. Subió con dificultad los escalones que conducían a la puerta principal, apoyándose en su bastón y mirando por las ventanas de la planta baja.

Ni una planta, por ningún lado. Ni un perro ladrando. Ni un gato con sus movimientos sinuosos. Ni gorriones piando, ni siquiera un cuervo en el árbol muerto, ni palomas revoloteando alrededor de las tejas o las canaletas. Sin embargo, estamos en Ámsterdam, reflexionó el comisario, la ciudad de los pájaros. Podía ver claramente las gallinetas un poco más adelante, a ambos lados del canal. En el agua, muy cerca, solo había un pato, con la barriga al aire.

La puerta se abrió. Marion, con un kimono rojo, intentó esbozar una sonrisa de bienvenida.

—¿Ves el pato muerto? ¿Crees que le disparé porque presentí que venías?

Ahora, la creo.

—Explícame eso —preguntó Marion, sirviéndose café instantáneo.

Él se encogió de hombros.

Ella señaló con el dedo el pecho del comisario.

—No, usted es el jefe de policía, tiene un título en derecho. Los periódicos dicen que es un genio. Pertenece al servicio público. ¿Acaso no soy yo el público?

Se deslizó de su asiento, se arrodilló en el suelo desnudo y le tocó el pie.

—Sé que me estoy sometiendo a todo esto. Me arrepiento de haber matado a Paul. Este sufrimiento es interminable. Por favor, sálvame.

Se quedó sentado allí, bebiendo el café instantáneo que tanto detestaba. Un anciano pequeño, impecablemente vestido, que no podía dormir, salía a pasear y acababa en la guarida de un demonio, una casa en ruinas entre el esplendor de la elegante arquitectura de la Edad de Oro de Ámsterdam y los canales, siempre rebosantes de vida. Vio el pato muerto afuera, con sus patas palmeadas anaranjadas apuntando al cielo, sus diminutas velas ondeando al viento. Hizo una mueca. El café era horrible. ¿Por qué no servía café de Sumatra, preparado en una cafetera de filtro y tostado localmente en una de las tiendas gourmet de la ciudad? Conducía un Ferrari.

—¿Qué tal va el Ferrari, Marion?

—Problemas con el carburador —respondió ella, aún de rodillas—. La inyección de combustible también se obstruye. En el taller lo arreglan de cualquier manera. Ahora voy andando a todas partes. (Tiró de la costura de la pernera del pantalón impecablemente planchado del comisario). Mis máquinas también se estropean.

Casi sonrió. El café estaba malo, pero, en cierto modo, era agradable ver a esta criatura exótica humillarse. Suspiró. ¿Acaso un demonio crea otro?

—Por favor —dijo Marion.

—Voy a ver qué dice mi mujer. Déjame ir y le preguntaré.

—Es sencillo —le aseguró Katrien—. Mira, no me cae muy bien tu nueva mujer, pero ya ha sufrido bastante. Haz lo que te dije.

—Pero Katrien…

—Hazlo.

Así que el Cadillac negro, el coche del alcalde —aunque el alcalde era amigo suyo—, llegó, escoltado por dos motocicletas BMW blancas de dos cilindros, conducidas por sargentos de la policía militar altísimos y corpulentos —el coronel de la policía militar también era amigo suyo—. El chófer del alcalde vestía su uniforme de lacayo, con una gorra puntiaguda de papel maché. Los sargentos llevaban gorros de piel de oso, cinturones de cuero blanco y fundas para pistolas, uniformes de fieltro negro, botones plateados y galones blancos. El comisario vestía una túnica idéntica y pantalones ajustados, pero sus botones y galones eran dorados. Su gorra era plana, con más galones en la visera. Unas coronas brillaban sobre sus hombros. Sus botas estaban lustradas. Llevaba su espada corta.

(«Bueno», había dicho Katrien riendo cuando lo vistió, «bueno»).

Marion abrió la puerta. El comisario, flanqueado por los dos sargentos, subió cojeando los escalones de piedra. Los sargentos se pusieron firmes, y el comisario continuó cojeando.

El espacioso salón de Marion solo tenía dos sillones de respaldo recto y una pequeña alfombra. Ella se sentó en uno, él en el otro.

—Marion Janssen —dijo el comisario—, según tus propias reglas, has pecado contra otra forma de vida de tu especie. Desde entonces, te has castigado a ti misma. No puedes deshacer tu crimen, como tampoco la corona, pero hoy la corona te perdona. Arrodíllate sobre esta alfombra.

Se levantó y desenvainó su espada. Tocó el hombro de Marion con el acero reluciente. Volvió a envainar el arma, se irguió y su voz cantó:

—¡Alégrate y lleva una vida mejor!

—¿Se sintió mejor? —preguntó Katrien mientras le ayudaba a quitarse el rígido uniforme.

—Sí.

Ella tiró de una bota.

—¿Y luego te besó apasionadamente?

—Katrien, por favor —protestó él, frotándose la cadera dolorida. Lloró, tembló, estaba terriblemente intimidada. La pobre no se habría atrevido. Yo era su ángel de la guarda.

—Por supuesto —dijo Katrien.

—Pero creo que todo este revuelo que montaste rompió el hechizo. Dijo que se va a Florida a trabajar en una clínica que cría polluelos sanos nacidos de aves acuáticas enfermas, sobre todo pelícanos, una especie en peligro de extinción.

—¡Perfecto! —Katrien le dio un beso en la cabeza calva a su marido—. Perfecto. Estoy encantada.